JULIA PLA



LA CANCIÓN PERDIDA DEL MAR

matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Prólogo. El mayor tesoro de la superficie

1. Bendecido por las olas

2. Aguaoscura

3. Compañía

4. Dos monstruos

5. El jardín de los durmientes

6. Una joya resplandeciente

7. Lo que se pierde en el mar

8. Magia

9. Solo oscuridad

10. Vía de escape

11. Azul y dorado

12. Tonterías

13. El azote de la ironía

14. Esperanza

15. Libertad

16. Una charla sobre la libertad

17. Distancia interpersonal

18. Más como siempre

19. Aguas cristalinas

20. Una fama inmerecida

21. Una inefable calidez

22. El sonido y su significado

23. Motivos para cantar

24. Aguaoscuras

25. Dolor

26. Un bonito adorno de jardín

27. Hablando de ladrones

28. Una disculpa

29. Aquel verano

30. Alguien que no huye de sus sueños

31. Un lugar al que huir

32. El Dios del Mar

33. La persona correcta

34. Generosidad

35. Temores

36. El corazón en la orilla

37. Un lugar cálido y luminoso

38. Un alto en el camino

39. Días de tranquilidad

40. El mayor gigante de la historia

41. Todos los colores del mundo

42. Una pesadilla

43. Monstruo

44. Un largo sueño

45. A casa

46. La Sombra del Abismo

47. Un deseo irrefrenable

48. Cosas de humanos

49. La casa del acantilado

50. A pesar de todo

51. En todos los idiomas

52. Lo mejor del mundo

53. Una sirena en la piscina

54. Las olas quitan y devuelven

55. Disparidad de opiniones

56. Magia y sueños

57. Un romance fugaz

58. Todo el tiempo del mundo

59. En ninguna otra parte

60. Sin un final a la vista

61. Ausencia

62. Solo un sueño

63. Una canción perdida

64. Hasta que él regrese de la oscuridad

65. Un nombre que suena a océano y a cielo

Agradecimientos

Créditos

La canción perdida del mar

Julia Pla



Para quienes son lo que son, no lo que se espera que sean,
y para quienes aún están en el camino de descubrirlo.

Prólogo

El mayor tesoro de la superficie



El mayor tesoro de la superficie es uno que no puedo tener. Es azul y resplandeciente, esculpido en haces de luz que se deshacen en la orilla, tan cerca de mis manos que siempre creo ser capaz de atrapar, en las ondas del agua, ese mundo inalcanzable.

La oscuridad submarina me envuelve y me impulsa hacia el sol. Viste el oro de mis escamas de penumbra y cálidos destellos sobre los que se detiene una sombra. Entonces, algo asoma por la borda.

«Podría ser yo, con esos ojos azules», pienso, aunque no son míos esos dedos que veo jugar, perezosos y anhelantes, con el límite imposible del agua. Por un instante, parecen abrir un camino para que se crucen nuestras miradas.

«Al menos, déjame atesorar el rastro de un mundo ignoto hasta que las olas me lo arranquen», le suplico.

Pero la mano se retira y la barca opaca el sol como una sombra más.

1

Bendecido por las olas



Kai

–Kai, ¿me estás escuchando? Olvídate de nadar esta tarde. Se avecina tormenta.

La voz me arranca a duras penas de mi ensoñación mientras el balanceo de la barca rompe una y otra vez mi reflejo en el agua.

—Sí, señor An.

Todo sigue exactamente igual que la última vez: la pintura descascarillada de la barca de pesca, la playa solitaria, la arena del mismo color que el tronco de las palmeras. Incluso el acantilado que recorta la silueta del anciano me recibe bañado en la misma luz. Sin

embargo, en un nuevo lienzo, ahora tendería hacia tonos más apagados.

—Créeme —insiste el antiguo pescador—, las olas me cantan la misma canción fúnebre desde hace años. No vuelvas hoy al mar.

Su advertencia me transporta a aquellos días en los que trataba de convencerlo de que me sacara en su barca. En algún momento, mi reticente vecino volvió al agua y yo descubrí cómo era la más sutil de sus sonrisas. Nunca lo he visto sonreír de otra manera.

—La ciudad te ha devuelto apagado. Tienes la piel desteñida.

—Las pantallas no broncean. —Esta vez soy yo quien suspira al retirar la mano del agua. Tras varios años de cielos nublados, mi piel ha adquirido un matiz que hasta ahora desconocía. Es como si el bronceado profundo hubiera quedado enterrado bajo pinceladas ocres y grisáceas, incluso más pálidas que la línea de piel oliva que siempre me ha marcado el bañador. Parece el color desvaído de un lienzo mal conservado. Aun así, me anima recordar la recompensa que hay en esos días grises lejos de la costa—. ¿Vio la última película?

Mi sonrisa se ensancha al verlo asentir.

—Me quedé hasta el final para encontrarte en los créditos. ¿Quién iba a decirme que ese chiquillo que no paraba quieto iba a tener paciencia para hacer...?

—Las hadas, diseñé las hadas —completo con creciente entusiasmo—. Pero ¿a que no imagina cuál va a ser mi siguiente trabajo? Sirenas, señor An. ¡Voy a trabajar en una peli de sirenas y yo haré la cola de...! Oh...

Hay que saber qué colores poner alrededor del señor An para hacerlo brillar. Es pura teoría del color: él y el azul del mar, pero nunca uno que contenga sirenas. Eso aprendí de los largos silencios

de mi infancia, más allá de los cuchicheos que en el pueblo siempre han tachado su luto de locura.

El anciano insiste en que su esposa era una sirena que, de tristeza, se arrojó a las olas, pero yo solo veo en sus palabras la más desgarradora metáfora. Y una metáfora es también su nombre: «An» de «ancla», aunque nadie en el pueblo tenga la deferencia de abreviarlo para convertirlo en algo más cálido que ese metal pesado y frío, aferrado durante años al pasado. Su verdadero nombre es un rumor más en torno a ese anciano que vive sobre el acantilado, como si las olas lo hubieran engullido junto con la voz más hermosa que alguna vez lo pronunció.

Aunque el señor An no quiera oír su nombre si no es de labios de su difunta esposa, a mí me gusta cómo él impregna el mío de familiaridad. Es otro tipo de ancla, una que, por muy lejos que me vaya, aún me ata al pueblo.

—¿Quién mejor que tú, que fuiste bendecido por las olas? —comenta tras un apesadumbrado silencio—. El mar siempre es gentil en tu presencia. Por eso, Kai, solo contigo me permito salir al agua.

—Pero han pasado tres años desde que me fui...

—Está bien, no se debe abusar del mar. Si no, uno corre el riesgo de quedar atrapado.

La vieja barca de pesca es una mota de polvo sobre el destello del agua. Quiero limpiarme cada poro con la sal, arrancarme el gris de las calles abarrotadas y pintar mi piel del color de la arena oscura. Que mi pelo vuelva a peinarse con las olas y que la brisa me tire de la comisura de los labios.

Estoy aquí, convertido en una pincelada más de la costa, con el espíritu quebrado como el trazo de los acantilados, pero dispuesto a convertirlo en uno de los suaves y coloridos guijarros de la playa. Estoy aquí y amo hasta el último recoveco de azul, marrón y verde

que enmarca el lugar al que siempre regresa mi corazón, por siempre atrapado entre las olas.

* * *

Nadie me abre la puerta ni me ayuda a instalarme entre palabras de bienvenida.

Poco a poco, voy subiendo las persianas para ver cómo mi hogar destierra a la penumbra, tan contradictoria con la acogedora claridad del exterior, y la reemplaza con los recuerdos de mi infancia.

En una de las pocas fotografías que decoran los muebles y las paredes del salón, una gata reposa con elegancia en el sofá; en otra, aguanta con envidiable paciencia los intentos de un niño por convertirla en una sirena con una manta y una tiara de conchas. No me detengo en esas otras imágenes en las que mi madre ya no sonríe, sino en las conchas que resplandecen en tarros de cristal. Ninguna es más brillante que la perla que guardo en una cajita, sin exhibirla, como un secreto y un tesoro.

Sigo las conchas como un sendero en la orilla hacia mi habitación, sin reparar demasiado en el polvo que se acumula en todo como recuerdos, esos de los que mi madre aún huye con fervor.

Tenía diecinueve años la primera vez que dejé la cama hecha sin saber cuándo regresaría, pero acoge mi peso sin ningún resentimiento. Es un lugar con vistas a cada uno de los lienzos marinos que poco a poco fueron desbancando al paisaje tras la ventana, llenos de la magia de los sueños cumplidos y de otros distintos, azules e imposibles; la misma pincelada roja en cada uno, ondeando sobre una cola de sirena. A modo de cabecero, una tabla de surf rota: me recuerda un verano difuso, una mitad que me falta. Justo al lado, una completa me llama hacia las olas.

* * *

Cierro la puerta lanzando una mirada de disculpa hacia el borde del acantilado, donde se alza la casa de mis sueños. Mi vecino tendrá que perdonarme por ignorar sus advertencias de viejo marinero: la previsión augura una tarde maravillosa.

Conozco de memoria cada escalón del sendero labrado en la roca de haberlo recorrido tantas veces con una mochila y la tabla bajo el brazo, siguiendo el camino de vallas de madera que bordea la costa. A lo lejos, las casetas de vigilancia abandonadas se erigen como un monumento a lo largo de la playa. Está también salpicada de sombrillas; escasos puntos de color cortados por el espigón.

Mi destino se encuentra más allá, tras un camino hecho de puro equilibrio que desemboca en una diminuta cala. Una parte de mí anhela las terribles olas que ha augurado el señor An para darle un poco de cariño a mi tabla, pero la quietud del mar promete algo mejor cuando suelto la mochila en una de las cuevas del acantilado.

Tal vez soy un poco exagerado por cargar con toda esta parafernalia que supone un peso extra, pero en un pueblo pequeño, poco dado a la privacidad, uno aprende a proteger sus asuntos más íntimos. A mis veinticuatro años, ya no soy un niño del que vayan a burlarse en el colegio por gustarle las sirenas, o al menos no soy un hombre al que le importe que esos niños, ya bien crecidos, reproduzcan esas risas del pasado por las calles. La tabla de surf siempre ha sido mi vieja compañera y, en cierto modo, me resulta antinatural pisar la arena sin ella. Pero hace también algunos años que se ha convertido en el camuflaje perfecto para no tener que dar explicaciones.

Con ella bajo el brazo, nadie se preguntará qué llevo en la voluminosa mochila de la que saco plegado mi mayor tesoro.

El azul profundo de un mar de tormenta, degradado de aguas cristalinas y escamas con forma de conchas. Turquesa iridiscente a lo largo de cada punta de la cola... y la perfecta fusión con la piel en torno a la cintura. El nombre técnico y respetable es «natación con monoaleta»; el que despierta rumores sobre criaturas mitológicas avistadas entre las rocas de la costa es «natación con *cola de sirena*».

No es un juguete de niñas pequeñas. Es un deporte que requiere resistencia y técnica, una obra de arte que vale una fortuna: los primeros sueldos de un artista digital que ha prosperado en la industria. Como pocos lo entenderían, mi respetable trayectoria como surfista sirve como excusa.

Por desgracia, la magia se disipa un poco en cuanto me enfundo mis gafas de bucear graduadas, otro gasto necesario para no perderme detalle del fondo marino con mi vista de quien ha pasado ingentes cantidades de tiempo delante de una pantalla.

Nada más deslizarme al agua olvido que hay un mundo más allá de la penumbra de la cueva.

El mar me da la bienvenida después de tres años de ausencia y yo lo saludo a través de las lapas y mejillones que visten las rocas. Las algas son un velo de intimidad que se abre sin pudor a mi paso para presumir de los destellos de tantas escamas. Las mías también brillan, bruñidas por la misma luz que llena de pálidos trazos la arena y mi piel de un tono más vivo, como si la caricia de las olas me cargara de energía y color.

El paisaje es más hermoso enmarcado en la distancia. Envuelto en el perfume exacto de los días de verano, mi casa no parece un lugar solitario y ajeno a mí bajo la cuesta del acantilado ni el mundo que

lo rodea algo a lo que regresar. La inmensidad del mar reclama todo como suyo: no existe nada más allá y yo me siento arropado como una más de sus gotas.

Me limpio de todo lo que traigo del exterior: el hastío y la desgana nacidos de un éxito insatisfactorio; el deseo culpable de deslizarme hacia abajo en lugar de seguir escalando hacia una cumbre que no anhelo, de hacerme pequeño y dejar de existir o, más bien, existir para mí mismo. El miedo y la soledad enfrentados a ese deseo. La incertidumbre ante un futuro que para mí solo puede brillar aquí, entre el mar y la quietud, entre pinceladas de verde y los acantilados de mi infancia. Aquí, en el mar. En este mar y no en otro, que es todos y uno al mismo tiempo.

Las olas me deshacen en calma y luz, dejando solo la parte más intrínseca de mí. Podría convertirme en espuma y ser feliz besando siempre la orilla, viajando en las ondulaciones del agua y descubriendo cada tesoro oculto entre las rocas. En este momento soy uno más entre los peces, como la silueta difusa que marca cada uno de mis lienzos con trazos rojos y dorados y que siempre imagino siguiéndome: un sueño esperando a ser descubierto.

También he soñado con las conchas, con el rumor de las olas y el graznido de las gaviotas, con el silencio bajo el agua y esa sensación de quedarme sin palabras. Incluso cuando no estoy rodeado de vida y color, el azul profundo y solitario del agua cada vez más fría me envuelve con el vértigo reconfortante de mirar hacia arriba. Así descubro que el sol ya no brilla y que la lluvia y el viento comienzan a agitar este esplendoroso día de verano.

No tengo miedo al verme sorprendido por un fuerte oleaje. Soy un nadador experimentado y un surfista que ha encontrado en olas mucho más grandes unas cuantas medallas polvorientas que juzgan mi talento desperdiciado. Pero también conozco el temperamento

del mar y soy consciente de su peligro, sumado al de los rayos, por lo que no me demoro ni un segundo en bucear hacia la orilla, lejos de las olas que azotan la cueva. Por el momento, ahí deberán esperar mis cosas.

De repente, veo una cabeza en el agua: el cabello rojo de una mujer engullido por las violentas olas.

Grito sobre el bramido de la tormenta, con el corazón tan acelerado que podría oírse desde la orilla, pero no hay señales de vida. No me detengo a pensar si arriesgo la mía al acercarme tanto al acantilado ni a cuestionar si lo que he visto es en realidad un objeto a la deriva. He distinguido pelo y ojos. Y ya no están.

Regreso mar adentro, con la cola blandiendo el agua como una segunda piel ajena al frío arañazo de la tormenta, a ese rugido que me pide volver y que engulle cada uno de mis gritos. Aun así, persisto cada vez que salgo a respirar, buscando un atisbo de color en la negrura.

Al fin vislumbro un destello rojo. Nado desesperadamente hacia él. Está justo ahí; un poco más y podré alejarlo de un horrible destino que me recuerda al pasado.

Lo intento con todas mis fuerzas. Está tan cerca que casi puedo rozar su mano. Tan cerca como las rocas hacia las que me veo arrastrado antes de que la oscuridad lo engulla todo.

* * *

Apenas logro enfocar la penumbra cuando una arcada me obliga a inclinarme hacia el agua. Algo cae de mi pecho —¿perlas?— para desaparecer con el medio mar que he vomitado. Me quedo con ese desagradable sabor en la boca reseca mientras respiro

abruptamente, con el aire frío acuchillándome los pulmones y alguna palabra luchando por salir.

Mis pensamientos chocan entre ellos como el oleaje contra las rocas. Como yo contra ellas. ¿Cómo... estoy ileso y dentro de la cueva?

Entonces recuerdo. La mujer.

La mujer.

La cueva me devuelve el eco de mi voz llamando desesperadamente a alguien que sin duda se ha ahogado. Apenas puedo moverme; ni mis brazos, lánguidos tras el esfuerzo, logran deshacerse de la maldita cola, solo de las gafas de bucear, que arrojo a un lado sin miramientos. Tampoco consigo desprenderme del amargo alivio de haber sobrevivido al mar por segunda vez, cuando otra persona no lo ha logrado. O al menos eso corrobora el silencio hasta que alguien responde al fin a mis gritos desesperados.

Una melena roja flota tras las rocas como tentáculos que se aferran a la vida. Un fantasma resentido, un cadáver varado... o una mujer a la que algún milagro ha dejado ilesa. A su espalda, las olas se agitan con la furia de la que carecen esos ojos turquesa, cuya pupila se expande hasta abarcar toda la oscuridad de la cueva. Es un detalle que no podría haber percibido sin gafas —quizá ni siquiera con ellas a esta distancia—, pero el alivio no me permite más que concentrarme en un suspiro.

—Estás bien —consigo decir. Al cerrar los ojos sobre la fría y húmeda piedra, el silencio martillea mis oídos—. ¿Estás bien?

Me sorprende una voz más masculina de lo que promete ese pelo infinito.

—¿Por... por qué no iba a estarlo?

—Te ahogabas.

—Tú. Te ahogabas... tú.

—Fui a buscarte.

—¿Estás bien? —pregunta por todo agradecimiento mientras yo, con cierta vergüenza, forcejeo con la cola. De algún modo inexplicable, se me ha quedado completamente atascada.

—No... no puedo quitarme esto.

Una risa nerviosa se funde con el rugido de las olas.

—¿Por qué ibas a querer quitártela?

—¡Para volver a casa!

—Oh... eso... es un problema.

Y aquí acaba mi paciencia.

—¿Me juego la vida por ti y tú ni siquiera te dignas a echarme una mano?

—Solo... quería ayudar. Había sangre.

—Pues ayúdame a sacarme esta cosa.

—No parece posible.

—¿Qué? ¿Por qué? Me la has... ¿pegado? ¿Qué clase de broma es esta?

No encuentro otra explicación. Sigo luchando con el pegamento sin esperar respuesta. Ha debido de parecerle gracioso pegarme la cola mientras estaba inconsciente. Aunque no siento las piernas, mis movimientos desesperados descartan cualquier lesión grave.

El frío me entumece. No siento el frío. Siento demasiadas cosas. Me ahogo.

—Lo siento... —murmura—. No entiendo... Oye, no respires por las branquias.

No me percato de que ha salido de su escondite tras las rocas hasta que tengo sus largas uñas encima, iguales al lamentable postizo con el que ha culminado su broma. Hasta que esos ojos se me clavan en la cola con desesperación fingida y los míos siguen el

rumbo de su torso musculado hasta... otra cola, tan dorada que solo puede ser un tesoro refulgiendo bajo el agua.

En cualquier otra circunstancia, me habría alegrado de compartir afición con otra persona. Tras haber estado al borde de la muerte, me siento furioso.

—¡No vamos a jugar a las sirenitas!

Trato de apartarlo de un manotazo, pero él se mueve primero y caigo al agua.

Los pulmones se me inundan con el alivio de poder respirar al fin. Irónicamente, es eso lo que me deja sin aliento antes de que me envuelva la negrura del sueño.

2

Aguaoscura



Ociel

He matado a un humano. No. *No*. Está vivo y yo lo he salvado.

He secuestrado a un humano. Lo he robado como un tesoro de la superficie, como todos esos objetos que él ha dejado en la cueva y que me he esforzado por no investigar. ¿Podría dejarlo ahí, revolviéndose como un pez fuera del agua...?

No soy una de esas sirenas que disfrutan arrastrando criaturas terrestres hacia las profundidades. ¡Si la primera y última vez que cacé una gaviota me volví algariano! Solo lo estoy ayudando. *Solo* lo estoy ayudando hasta que podamos deshacer este lío.

Porque yo no he matado ni secuestrado a ningún humano. Tal vez... a una sirena.

* * *

El chico recobra el sentido a ratos mientras lo arrastro hacia la corriente secreta que conduce al interior de mi caracola. Balbucea palabras sin sentido que deseo aprender. En sus momentos de mayor lucidez —y cuando se acuerda de respirar correctamente— forma frases completas: «Una sirena que habla mi idioma y con acento de pueblo, ¿no?». No sé lo que es un *acento*, pero el resto me resulta tan comprensible que me siento halagado, igual que cuando me siguió con naturalidad la conversación tras despertar en la cueva.

Yo solo quería ayudar. Que desapareciera la sangre que el mar lamía con avidez de la roca y el agua que anegaba sus frágiles pulmones. Ser útil.

Por primera vez, odio lo cerca que está la corriente de mi refugio. Desde que era una cría, la he cogido tantas veces que me resulta natural deslizarme por el pequeño agujero de la caracola, oculto tras un velo de algas y lejos de la luz que se cuela por la entrada. Por desgracia, introducir a un acompañante poco cooperativo no destaca entre mis habilidades.

Las algas son cómplices de mi escondrijo junto a todos mis tesoros. A la parte más orgullosa de mí le molesta que lo primero que haga el humano no sea deshacerse en halagos ante mi colección, pero la pobre criatura se ha empeñado en decir que está muerto. Si yo fuera un ser hecho de rayos de sol, también pensaría que la muerte es este lugar. Lo pienso de todas formas.

Lo primero que hago es acomodarlo en mi nido de ostra mientras él se deja manipular con pasividad, ahora convencido de que se encuentra en un sueño.

La otra cortina de algas, en la entrada, tamiza la luz del exterior, pero el plancton adherido a las paredes de la inmensa caracola resplandece como el fulgor de un mundo inalcanzable. Parece

atrapado en esos ojos azules arrancados del cielo. Incluso ese tono imposible —que los míos imitan sin éxito— lo convierte en una sirena perfecta: pálida tez besada por las profundidades, torso y brazos de hábil cazador. La cola, del azul del fondo marino, centellea en escamas y aleta con un brillo que atrapa su melena negra. Su rostro permanece sumido en un trance mientras nos observamos mutuamente: tiene la belleza necesaria para hundir barcos, heredada de nuestras antepasadas menos civilizadas.

Aunque muchos de esos atributos no son obra del inexplicable accidente que ha hecho desaparecer sus piernas, una sirena perfecta significa una coartada perfecta para garantizar su seguridad. Significa que no debo entrar en pánico mientras le explico el plan con optimismo. Todo va a salir bien.

No lo he secuestrado.

No le he arruinado la vida.

—Esto es un sueño —repite mientras sigue con los dedos algún rumbo hipnótico entre las ondas de mi pelo—. ¿Eres la sirena de mis sueños? —Una tímida sonrisa de colmillos ideales para desgarrar se desliza por mi torso—. ¿Sireno? ¿Tritón?

—Sirena, todas somos sirenas. No digas palabras raras, por favor. Eh...

—Soy Kai.

—¿C-cómo?

—Mi nombre es Kai.

Kai... Breve y fluido. Aceptable.

Las manos de Kai, que deberían ser secas y cálidas, no parecen distintas a las mías cuando se deslizan por mi rostro, despertando un cosquilleo al borde de mis labios. Descubro que me observa obnubilado a través de las membranas entre sus dedos. Yo tampoco dudaría en recorrer cada poro de un cuerpo bípedo, pero tengo que

conformarme con cogerle la mano —con esas uñas largas y curvas, diseñadas para cazar— y condensar en ese apretón todas mis trémulas esperanzas.

—Voy a arreglar esto, Kai.

Él me mira como si no hubiera nada que solucionar.

—¿Cómo te llamas?

La luz del exterior destierra de repente esta penumbra onírica. Al separarse, las algas de la entrada permiten vislumbrar retazos del reino y una silueta a contraluz. Esos ojos que traen al mar un pedazo del cielo se giran sobresaltados hacia una furiosa sirena.

—Príncipe Ociel, ¿quién rayas es este?

* * *

Me han caído tantos sermones del Rey del Mar que mi gesto más característico cuando me llevan ante él es agachar la cabeza y asentir. Es un precio justo por cada vez que me pillan regresando de la superficie, algo que he perfeccionado tanto con los años que mis escapadas diarias parecen esporádicos descuidos, planeados para justificar el tono bronceado de mi piel.

A veces me descubren porque ese es el trabajo de la guardia; otras, porque me dejo ver regresando con tesoros y por una corriente que no es la mía, para desviar sospechas. Nunca, sin embargo, he tenido que justificarme por traer a un *aguaoscura.* A una sirena desarraigada del resto. *Rebelde*, *enemiga*, como diría mi hermana —un eco de mi padre—, cuando el significado literal es: «de aguas lejanas». Solo espero que Kai, absorto ante el trono de conchas, corales, perlas y toda cosa inmensa y resplandeciente sobre la que un día deberé sentarme, me siga la corriente.

Por el momento, hace un buen trabajo con esa cara de tener burbujas en el cerebro.

Aunque tal vez las tenga, en realidad. No todos los días el mar —uno con el rey y su voluntad— ejerce sobre tu cuerpo esta presión, como si unas garras se te clavaran en los hombros para que te inclines aún más ante la imponente figura del trono. El agua, un súbdito más del rey.

Sin embargo, nadie agacha ante él la cabeza más que yo. Miro la arena para no recordar, al ver sus escamas verdes, que no me parezco en nada a mi padre. Su barba. Los años que lleva gobernando —cada uno, uno menos para que yo lo suceda—. Su pelo infinito, del color de la arena oscura, no es solo un símbolo de su alta alcurnia, sino que se extiende como tentáculos dispuestos a atraparlo todo a su alrededor.

Lucho contra el impulso de retroceder.

—Padre, sé que he cometido un error, pero él me ha salvado de ser visto. De no haber sido por eso, tal vez me hubiera atravesado a mí el arpón.

Todas las sirenas de la corte contienen un grito ahogado. A mi lado, la guardia que nos ha descubierto parece tener ganas de atizarme con la cola.

Apelar a la maldad de los humanos siempre es una mentira segura. También una tan ruin que jamás la había usado, pero nada podría justificar que las olas arrastraran a una sirena hacia el acantilado como a un animal desvalido.

—¿Estás diciendo que lo *curaste*? —El Rey del Mar no habla con orgullo, sino con escepticismo. Al fin y al cabo, normalmente no soy capaz de curar ni los dolores de cabeza que le causo.

—Sí... Sí, padre. La desesperación despertó mi don.

Sé lo que él y todas las demás están pensando: «¿Así que cuando llegan nuestras guerreras heridas no estás desesperado?». En cambio, se dirige a Kai en busca de confirmación.

«Por favor, no abras la boca. Por favor, no digas palabras raras. No te ahogues hablando».

—Padre, me temo que tiene burbujas en el cere...

—Así es, Su Majestad, el príncipe me salvó.

Todas se quedan estupefactas al escuchar al desconocido. La mirada de Kai, firme y serena, está anclada al suelo nacarado del salón del trono con solemne respeto.

Mi padre le pide que alce la cabeza. No verá a una sirena desarraigada en esos rasgos ni a un conspirador contra el trono. Pero Kai es claramente un forastero, y mi padre, de lo más suspicaz.

—¿De dónde vienes, aguaoscura?

—N-no albergo recuerdo alguno, Majestad...

Al menos, su vacilación casa a la perfección con la historia que, contra todo pronóstico, se ha aprendido.

Es suficiente para que mi padre se relaje en el trono. Me pregunto si algún día lograré ocuparlo en toda su magnitud. Si alguna vez me veré tan grande, tan invencible y respetado. Tan acorde a los colores del océano y con tanto poder sobre él y todos sus habitantes.

A su lado, mi hermana esboza la misma mueca desdeñosa de siempre. De algún modo, realza su belleza. Ella es un filo más del trono, una sombra tan omnipresente como los durmientes que nos rodean, esos humanos de piedra que no están hechos para descansar aquí, pero que yo no puedo imaginar en otro lugar. Cuántas veces la he imaginado a ella con la corona, su pálida piel fundiéndose a la perfección con cada destello nacarado. Sin embargo, soy yo el heredero, algo que mi padre siempre menciona con vergüenza.

—Así que has salvado a mi hijo —concluye con un deje despectivo en la última palabra. El Rey del Mar nunca sonríe, pero juraría que lo está haciendo, con la mayor sorna posible, por debajo de la barba—. Lleváoslo.

Mi único alivio es que no se refiere a Kai.

3

Compañía



Kai

El tiempo es inmensurable en los sueños, donde no suelen existir los relojes; como mucho, la alarma que te despierta en el momento menos indicado. Gran parte de mí no quiere despertar.

Todo es luz y color, pinceladas oníricas. El plancton bioluminiscente salpica de turquesa cada rincón de la caracola hasta fundirse con los destellos de mi cola, oscura y majestuosa, *viva*. Más allá de la cama-ostra desde la que observo cada detalle, un velo de algas separa la penumbra de un exterior demasiado brillante y abrumador. En el lado opuesto de la estancia, semioculta por más verdor, descubro una esquina repleta de trastos.

No tengo demasiado interés en curiosear: mi mirada está anclada al agujero del techo, donde la distante luz del sol acaricia una cúpula de nácar. Me pregunto si llegará a hacerse de noche o si este día será eterno.

Una pequeña parte de mí insiste en que esto está durando demasiado. Tengo una vida a la que regresar más allá de este sueño lúcido, pero no sin antes cerrar los ojos con fuerza y desear que aparezca el pelirrojo. Independientemente de sus cuestionables actos, no me gusta la forma en la que ha desaparecido, ni estar solo en lo que debe de ser su dormitorio.

El entusiasmo me dice que salga a explorar, pero el sentido común me advierte que no mueva ni un pelo, algo complicado con toda la melena ondeando como si tuviera vida. Aunque normalmente la llevo suelta, por debajo de los hombros, de repente me planteo recogérmela con cualquier abalorio de un tocador —o una roca que pretende serlo—. A duras penas me veo reflejado en el bronce bruñido del espejo, aún menos con esa pátina verdosa. ¿Cómo se las apaña el pelirrojo con todo ese pelo flotando a su alrededor? Es la más insignificante de todas mis preguntas.

«¿Dónde estás, Ariel?».

No es pelirroja la sirena que acude a mi llamada silenciosa. La he visto junto al trono, con aura de reina, clara y oscura al mismo tiempo. Una parte de mí sabe que debo agachar la cabeza, pero me quedo obnubilado mirándola, no como algo hermoso y benigno, sino como la belleza aterradora de un tiburón.

Nada con gesto altivo y despreocupado, ignorándome a mí y al orden caótico de este lugar. Y es que la montaña de trastos parece apilada con cierto esmero y cariño.

De repente, un cofre como sacado de cualquier historia de piratas, y no de todo este caos, se desparrama por el suelo, seguido de

objetos menos espectaculares: gafas de sol y de buceo, botellas de vidrio y latas, plástico en todas sus formas (más botellas, pelotas de playa desinfladas, flotadores pinchados...), hasta una sombrilla. El destello oxidado de incontables baratijas se mezcla con el de otro espejo antiguo, cuyo metal difumina cada movimiento descuidado de la sirena. Sus largas uñas se abalanzan sobre una tabla de surf.

Media tabla.

No sé en qué momento la he agarrado de la muñeca.

—No deberías tocar las cosas que no son tuyas. —Mi voz suena firme y fluida, como una clara advertencia. Es mejor no preguntarme cómo puedo hablar; si lo hago, volveré a ahogarme, igual que cuando uno es consciente de que pestañea y respira y, de repente, deja de poder hacerlo.

La sirena chasquea sus labios azul verdoso, a juego con el brillo de su pelo.

—Este imbécil, siempre coleccionando basura. —Con una mirada desdeñosa, me arroja la última palabra como un insulto—. ¿Sabes a quién estás tocando, aguaoscura?

No entiendo el significado exacto de esa palabra, pero ya tengo asumido su matiz despectivo. Por el bien de que mi sueño no se convierta en pesadilla, decido bajar la mirada con una disculpa mientras aparto la mano. Requiere un ingente esfuerzo no quedarme hipnotizado con mis propias membranas.

Ahora es ella quien me toca.

—¿Qué es esto?

Solo una cosa me da más grima que tocarme el ombligo: que lo hagan dedos ajenos. Sin embargo, ella lo observa con tal curiosidad que me atrevo a pasear la mirada por su ceniciento torso. Aunque un entramado de perlas y conchas envuelve con más ornamento que recato su esbelta figura, no hay señal alguna de ombligo por encima

del púrpura hipnótico que llena de escamas sus caderas. Tampoco tiene apenas pecho, al igual que las otras sirenas, como si tan solo fuera un vestigio evolutivo de sus ancestros humanos. ¿Nacerán de huevas? Eso explicaría que no tengan ombligo.

—Una cicatriz —miento por alguna razón.

—Así que mi hermano es tan inútil como su don, después de todo.

—¿Dónde está?

—Donde debería quedarse siempre. —El tono condenatorio de su voz se vuelve aterciopelado, como el roce de sus manos en mis hombros—. Sé que mi padre impone, pero a mí puedes decírmelo... ¿De dónde sales? *¿Quién te envía?*

Los ojos de la sirena me parecen de repente un abismo al que anhelo saltar; su voz, la negrura que me llama hacia un mundo inexplorado, nublando mi vista y mi juicio. El trance dura solo el instante que tardo en ver cómo es realmente: un manto de sombras a mi alrededor, lleno de filos con los que es mejor no jugar.

Ella sigue rozando escama con escama, acariciándome con esa piel que no ha conocido el sol, entonando en mi oído una melodía que trata de arrancarme las palabras. Cuanto más se prolonga mi silencio, más cerca está su rostro del mío.

—N-no... no lo recuerdo —logro balbucear—. El príncipe me salvó. ¿Dónde puedo encontrarlo? Debo agradecérselo.

Entre atónita y ofendida, la sirena me apuñala con la mirada, y temo que lo haga también con esas garras. En cambio, las cierra en torno a las mías, con una sonrisa igual de afilada que tira de mí sin remedio.

* * *

El espectáculo marino me hace obviar que me está arrastrando una sirena poco amigable. También el tono sarcástico que emplea frente a una cueva al anunciar que el príncipe tendrá compañía. Por su cara de pocos amigos, queda claro que la princesa no está pensando en hacerle una visita a su hermano.

Estoy tan absorto viendo cómo una de las guardias mueve una roca colosal con un simple gesto de manos que sigo embobado cuando la oscuridad me envuelve. Todo, incluida la princesa, ha desaparecido. Esta prisión de piedra es el castigo por mi atrevimiento.

Comienza la pesadilla.

Mi inconsciente dominio de las branquias llega a su fin en cuanto empiezo a ahogarme con mis propios gritos, aporreando la roca que engulle toda la luz del exterior. Mis uñas se han astillado con cada arañazo, pero comienzo a serenarme en cuanto reparo en la lumbre azulada que me ha permitido apreciarlo. A lo largo de la aleta, y en menor medida por mis escamas, mi cola es bioluminiscente. Su tenue brillo me concede el valor suficiente para buscar una salida.

De vez en cuando, unas pequeñas grietas aparecen en el techo para dibujar sombras mucho más aterradoras que la negrura. Mientras nado en la oscuridad casi absoluta, sorteando a duras penas rocas que me reciben con la caricia escalofriante de las algas, el silencio me devuelve el eco de ciertas palabras: «El príncipe tendrá compañía». Tardo un grito ahogado en recordar su nombre.

Ociel. Océano y cielo.

Me trago una extraña timidez para gritarlo. *Ociel*. *Ociel.* Lo llamo una y otra vez. Cada letra alumbra el camino como un destello más de mi cola, aunque es la luz cálida y dorada de la suya la que imagino en este extraño sueño lúcido. Pero la fantasía no es suficiente y mi voz se va apagando, creyéndome solo y encerrado.

Perdido en la negrura, es fácil pensar en la muerte y en la luz al final del camino. Tal vez el más allá tenga la forma de una sirena dorada y resplandeciente, envuelta en la melena roja de la persona por la que he arriesgado en vano la vida.

Si estoy durmiendo, quiero despertar. Si estoy muerto, quiero volver a aquel mundo indescriptible. Si estoy en coma, no quiero ver ni un destello traicionero de esa sirena.

—¿Ociel? —A pesar de todo, su nombre suena a esperanza. Una profunda vibración lo hace temblar en mis labios—. ¿O... ciel?

No veo nada, pero lo siento ante mí: algo inmenso, furioso y hambriento.

Si el príncipe de las sirenas tiene tentáculos, esta no es forma de hacérmelo saber.

Nado a toda velocidad con esa cosa gigantesca pisándome los talo... la aleta, chocando con cada roca que no me da tiempo a sortear. Lo que para mí son obstáculos, para la criatura —¿un kraken?— no es más que otra cosa que arrasar a su paso.

Varios desprendimientos acompañan al azote de sus tentáculos, tan cerca de mí que es un milagro no quedar atrapado. No sería una opción nada desdeñable, o eso pienso en cuanto sus fauces comienzan a aspirar. Me veo arrastrado hacia ellas. Si muero, al menos podré poner fin a esta pesadilla.

Todo lo que puedo hacer es gritar auxilio hasta que la criatura me arranca la voz con la presión de sus tentáculos.

Un poco más y me romperá las costillas. Un poco más y seré polvo. Espuma. Solo un poco más... y lograré despertar.

—Gahon, suéltalo. —No va a soltarme—. Suél-ta-lo.

Al desplomarme, lo último que veo es esa luz dorada al final del camino.

4

Dos monstruos



Ociel

Ha tardado un instante eterno en obedecerme. Una sucesión lacerante de latidos en la que todo se ha detenido excepto la certeza de que soy el único culpable del destino de este humano.

Yo no soy el Rey del Mar, con poder sobre la voluntad de todas sus criaturas, ni estoy cualificado para serlo, por mucho que mi padre se empeñe. Pero el monstruo de la cueva de castigo me ha acompañado en tantas ocasiones —desde que salí por primera vez a la superficie— que me concede el honor de escuchar algo más que mis lamentos. Con frecuencia le repito lo mucho que ha merecido la pena, jactándome de todas las veces que nos volveremos a ver porque nunca me apartarán del sol. En la oscuridad absoluta es fácil fingir una entereza que no tengo. En la oscuridad absoluta, y en especial bajo el mar, las lágrimas no existen.

Por eso no existen ahora, ni de pena ni de impotencia, y mucho menos de alivio.

—¿Ociel...?

Una trémula voz se expande por cada gota que nos envuelve en la negrura, demasiado lejos para rozarla, demasiado cerca como para no sentirme abrazado por ella. La dejo ahí, deshaciéndose en el silencio, porque no pienso tocar a Kai. Así no volveré a destrozarlo, a convertirlo en un ser hecho de frío y oscuridad, incompleto. Aunque ya es tarde para eso, no lo es para dejar que el mar borre el recuerdo de su cuerpo casi inerte entre mis brazos.

Mis brazos cargando su cuerpo ensangrentado entre las olas.

Mis brazos arrancándolo de su mundo para arrastrarlo hacia la oscuridad.

Hay dos monstruos en la cueva, un kraken y una sirena, y Kai parece tener cierta predilección por acercarse a ellos.

No reacciono cuando me encuentra a tientas y mucho menos cuando apoya su mano sobre la mía, ahora surcada por esas membranas nuestras que no están hechas para encajar del todo con otros dedos. Siempre habrá un espacio insalvable.

—Estás aquí —musita—. ¿Estás bien?

Río para mis adentros. Otra vez esa pregunta. ¿Por qué no iba a estarlo? ¿Por qué está él aquí?

Si algo me ofrece la oscuridad de la cueva, es la posibilidad de fingir ser quien no soy. Los días aquí me desdibujan hasta convertirme en otro ser. Si entorno los ojos lo suficiente como para obviar el leve fulgor dorado de mi cola, es fácil imaginar tersa piel en su lugar. También tengo unas preciosas orejas de humano con las que ignorar a quienes señalan mi locura. Son redondas, tan distintas a las de las sirenas; tres puntas separadas por suaves curvas hundidas hacia dentro, como la silueta de un mar encrespado.

Con Kai aquí, sin embargo, no encuentro la forma de esquivar el pánico.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Has hablado con ella? —grito, cogiéndolo por los hombros para que no desaparezca en la oscuridad. Pero la fascinación que debería sentir al tocar a un humano (*sirena, sirena, sirena*) se convierte en horror ante la certeza de que Pisínoe lo ha hecho antes—. Kai, mi hermana puede sacarte el mayor de tus secretos con una simple palabra. ¿*Qué* le has dicho?

La princesa es un cofre de secretos robados; con un susurro o un simple roce, puede arrancarte tu mayor tesoro. El príncipe Ociel, dicen por ahí, no es capaz de curar ni a una medusa.

Aunque sienta que debo tratar a Kai con la delicadeza de algo que puede romperse bajo la presión del agua, me descubro zarandeándolo para sacarle una respuesta.

—Solo le dije que quería encontrarte. Y no me malinterpretes, ha sido genial volver a verte en sueños, y todo parece tan real..., pero ahora solo quiero despertar. —Kai ahoga un sollozo en mi hombro—. Despiértame, por favor.

Lo siento. Lo siento. Lo siento. Ese no es mi don. Tampoco consolarlo, pero hago lo que puedo acariciándole la mejilla con el dorso de la mano. Aunque apenas es un tímido roce, descubro que tiene los ojos cerrados con fuerza. Lo imito en un vano intento de despertarme con él.

—Si despierto... —susurra—, saldrás de aquí, ¿verdad?

Asiento, con su pelo haciéndome cosquillas. No sé en qué momento se ha refugiado en mi cuello ni cuándo he apoyado yo la barbilla sobre su cabeza. En qué momento he empezado a abrazarlo. En qué momento existe en esta oscuridad alguien más que el monstruo y yo.

—Siempre salgo de aquí.
—Entonces nos iremos juntos.

5

El jardín de los durmientes



Kai

No he despertado. No he despertado, aunque la oscuridad solo me acompañe hasta que abra los ojos en mi cama o en la de un hospital. Por el momento, sigo inmerso en el sueño; un sueño que no llega del todo a atraparme con los hipnóticos retazos de una civilización submarina. Solo me queda la negrura, un tenue destello dorado fundiéndose con mi azul y una sirena recordándome que no estoy solo. Cuando la luz al fin nos llama —que no es el sol besándome en la playa ni bombillas de tonalidad mortecina, tampoco aquella al final del camino—, solo deseo volver a encerrarme en la cueva de la que nos permiten salir.

Ociel emerge con el porte seguro de quien no ha estado encogido sobre sí mismo y languideciendo de hambre durante tres días —lo que suelen durar sus castigos—, con esa voz agrietada por el silencio, tan firme que despacha sin objeciones a las guardias. Aunque hace un instante lo tenían encerrado, se han ofrecido a llevarlo con su padre para comer. Así, como si nada, al príncipe le espera un banquete, pero ni su estómago vacío ni la luz del sol lo han cegado. Lo último que debe de querer en este momento es ver al rey, sentimiento que yo extiendo hacia la princesa, por lo que lo sigo como un niño extraviado.

La cueva continúa a nuestra espalda, acechándonos con cada sombra que nunca se aleja del todo en este páramo rocoso. Parece un lugar de castigo y destierro, situado a la distancia justa del reino para verlo destellar y recordarte cuál es tu sitio.

Las sirenas nadan en la lejanía, orbitando en torno al núcleo de una civilización de esplendor y ruinas. A nuestro alrededor, donde no hay nada más que arena y piedras, descubro que, de repente, no logro sentirme del todo desamparado.

—Puedo cazar algo para ti —me ofrece Ociel.

Nos envuelve un arcoíris de peces.

Lo primero que pienso es que veré en directo el lado más salvaje de una sirena. Él, sin embargo, no se abalanza hacia ellos. Su tono ni siquiera parece insinuar un festín compartido.

Tal vez comer algo que se asemeje a una mitad de su cuerpo se considera canibalismo.

—¿Y para ti?

El príncipe baja la mirada hacia las rocas vestidas de distintos tonos de verde. Una sirena vegetariana. Qué considerado es mi subconsciente.

Tras devorar un surtido de algas no demasiado apetitoso —pero preferible a nadar en una nube de sangre—, lo sigo con los ánimos renovados y una sonrisa contenida que se asienta en mi rostro.

Ociel también sonríe. Sonríe sin parar, aunque sea con cierta vergüenza, mientras aclara que esto solo ha sido un aperitivo para saciar el hambre: los manjares están en otro lado, hacia el que nadamos con premura. No obstante, su entusiasmo parece tener menos relación con la comida que con el lugar «secreto» y «espectacular» sobre el que se niega a compartir detalle.

Aparece tras unas cortinas de algas que escalan hacia los distantes rayos del sol y juegan con los destellos, que lo tiñen todo de una penumbra turquesa. Los peces son puntadas de color entretejidas en el verde; el verde, pinceladas que esconden una vibrante paleta: el rosa de los corales en todas sus variantes, el resplandor iridiscente de las conchas, el naranja y amarillo de los helechos marinos, el rojo que se funde con una larga melena que ondea entre las plantas. Y blanco. El blanco del mármol.

—Lo llamo el jardín de los durmientes —explica Ociel, que contempla el rostro de una estatua apoyado en sus hombros desnudos y ligeramente inclinados por el *contrapposto*. Su cola dorada envuelve la marcada anatomía de las piernas con toques de luz—. No puedo evitar preguntarme cómo acabaron así. He intentado despertarlos de tantas formas... En el fondo sé que nunca lo harán y eso es tan triste que no debería gustarme venir aquí, pero es que son tan hermosos...

De repente, yo tampoco quiero despertar, y no es por ver a una sirena intentando descifrar el latín y el griego de algunas inscripciones, convencida de que son palabras mágicas para resucitar a los durmientes. No quiero despertar porque no recuerdo la última vez que reí tanto.

Por cómo oculta la cara en su melena ondeante, el príncipe se lo ha tomado como una burla. No puedo evitar seguir riendo mientras nado hacia él, maravillado por esta colección de figuras en perfecto estado. Lo cojo de los hombros para que alce la mirada hacia unos ojos de mármol.

—Son esculturas, Ociel. Nunca han estado vivas, aunque lo parece. ¡Es arte!

Su ceño fruncido se va relajando con mi breve explicación. A pesar de que está familiarizado con el concepto de arte, acaba haciendo piruetas de asombro.

—¡Son tan reales! ¡Me tenían engañado! —exclama mientras pasa como un torbellino entre todas las estatuas—. ¿Así que no existe una especie de humanos gigante, como los durmientes del palacio? ¿Cómo hacéis esto con vuestras manos? ¿Cómo?

Con incansable entusiasmo, la sirena exige respuestas y traducciones que me hacen escarbar en los recuerdos de mis asignaturas favoritas del instituto. Aunque algunas palabras en latín se me escapan y soy incapaz de descifrar el griego, puedo hablar largo y tendido sobre el resto. ¿Quiere una clase gratuita de historia del arte? ¿De anatomía? ¿Del proceso de creación? Estoy aquí para ello.

Ni siquiera la idea de que tengo un mundo al que regresar —donde todo eso se reduce a una tableta gráfica y un ordenador, a clientes que aguardan mis esculturas digitales porque me resisto a tomarme unas vacaciones completas— logra mermar mi entusiasmo. Tampoco lo hace tener que sustituir cada término por algo comprensible para él ni el hecho de que, de todas las maravillas que podría ofrecerme un mundo submarino sin límites, mi subconsciente haya decidido mostrarme algo humano.

Ociel y yo nos sumimos en una charla incansable, llena de preguntas por ambos lados. Me siento tan bien que, sin darme cuenta, empiezo a tararear *No ordinary girl*, la intro de H20.

Ociel me embiste como un torbellino.

—Kai, Kai, Kai, ¿qué cantas? ¿Qué idioma es? ¿Qué significa? ¡No entiendo nada y me suena al mismo tiempo!

Ya he tenido suficiente inglés durante tres años como para que una sirena pretenda cambiarme el idioma de los sueños, así que le respondo con una de las canciones de la mejor serie de animación: *Pichi Pichi Pitch*.

—Kai, Kai, ¿qué es «tul»?

Sigo nadando a su alrededor, embargado por la energía de un musical espontáneo que comienza a contagiarle.

Él me sigue en la coreografía lo mejor que puede, cantando *Aquí flotamos sobre el mar azul*. ¿Se ha ruborizado con la letra?

Seguimos al unísono y bailamos durante largo rato, Ociel esquivando con sutileza las pocas palabras que se le traban.

Qué viva y llena de energía está la sirena, que ha tenido que adquirir nombre y forma para resucitar esa parte marchita de mí que deseo conservar al despertar. Tampoco quiero olvidar esa melena pelirroja y esos ojos cristalinos como el mar en un día de verano; esa sonrisa sincera que al fin toma forma más allá de la silueta esquiva que vive en cada uno de mis sueños y pinturas.

Pese a ser reacio al contacto físico, lo abrazo con fuerza cuando ya no nos queda voz para cantar.

—Ojalá existieras de verdad.

Ociel no responde, quizá para no romper la magia del sueño. Entierra los labios en mi pelo mientras con un trémulo abrazo me roza las escamas que él mismo me ha dado.

6

Una joya resplandeciente



Ociel

Los humanos no son criaturas atroces, como narran todas nuestras leyendas; tampoco seres lujuriosos que se dejan ahogar por un destello de piel y una melodía hipnótica. Todos los humanos no son Kai, pero sé que también ríen, cantan y bailan. Kai no es todos los humanos, porque no cualquiera afrontaría con valor y optimismo quedar atrapado en las profundidades. Por suerte, él ama el mundo submarino y, si le gusta tanto... seguro que le gustará aún más al descubrir que ya está despierto.

Además, Kai es tan encantador que va a enseñarme sus tesoros, aunque no me haya avisado al tomar la corriente.

Lo sigo hasta la cueva terrestre del acantilado, imaginando todas las maravillas que tuvo que abandonar allí al acompañarme al mar. Por algún motivo, él no parece compartir mi emoción, y se dedica a farfullar cosas a las que me cuesta seguirles el ritmo.

Todavía empeñado en creer que está soñando, le preocupa tener que cancelar todos sus «encargos»; sus «clientes» estarán descontentos por el retraso y no tardarán en pedir un «reembolso», por no hablar de que en un par de meses empieza su «contrato», pero antes tiene que buscar «piso» e instalarse, algo que llena la cueva de un eco exasperado.

El pobre está tan alterado que, de haber recordado alguna de las canciones que me enseñó, me habría puesto a cantar para animarlo. Más me vale no tentar a la suerte con mi espantosa voz, por mucho que quiera comprobar si en el lenguaje de los humanos puedo entonar una melodía más o menos tolerable. Sin duda, habría sido un gran descubrimiento, pero nada como lo que Kai tiene preparado.

De espaldas a mí, alza un objeto negro y resplandeciente, con los bordes enmarcados en turquesa y tan grande como la palma de su mano. De un instante a otro, deja de ser negro para mostrarme algo indescriptible. Kai sigue dándome la espalda —fuerte de nadar y de lo que sea que cace en la superficie—, pero también veo su cara, tensa por una sonrisa forzada. *Lo veo.*

Tras taparse bien las orejas con el pelo, alza dos dedos. Chasquea la lengua con desaprobación al reparar en las membranas y prueba a levantar el pulgar, sin obtener mejor resultado. Resignado, se obliga a ensanchar más la sonrisa, asegurándose de no mostrar sus perfectos colmillos para cazar o, en su defecto, masticar algas. Veo los míos reflejados con nitidez justo encima de su hombro, pero Kai sigue ignorándome mientras se acerca el objeto maravilloso a los labios.

—Eh..., mamá..., resulta que me ha surgido un viaje repentino con un... amigo para... bucear y eso. En fin, que no sé cuándo volveré a casa. Siento mucho haberte hecho ir al pueblo para nada, ¿vale?

Nuestra imagen permanece inmortalizada en el artefacto, bajo algunos símbolos del lenguaje humano. Apenas pasa un instante hasta que retoma la palabra con una carcajada amarga.

—Anda, en sueños sí que responde rápido.

Una voz desconocida me impide distinguir la tristeza en los ojos de Kai mientras miro hacia todas partes. «Se me olvidó avisarte de que al final no podré ir al pueblo, me ha surgido un imprevisto», dice esa voz femenina. También parece dudar de que Kai tenga amigos, pero lo felicita por haberse echado al fin novia. «Pelirroja, ¿eh?».

Kai observa nuestros rostros inmortalizados antes de girarse hacia mí.

—Nunca había conseguido hacer fotos en sueños y vas tú y te cuelas en la primera.

Aunque la cueva se ha llenado de voces mientras repite una y otra vez el «Se me olvidó avisarte», yo apenas encuentro palabras.

—Kai. Eso es un *móvil*.

—Por supuesto, todas las sirenas saben lo que es. ¿Nacéis sabiéndolo o es un conocimiento que se transmite de generación en generación?

Con menos sutileza de la que he ido perfeccionando a lo largo de los años junto con mis dotes de sigilo, le arrebato el tesoro de las manos.

—¡Oye, mi móvil!

Kai se lanza a recuperarlo y me quedo sin el mágico artefacto, pero nadie puede quitarme la enorme sonrisa.

—Así se aprenden idiomas, humano: haciéndoos hablar —me jacto con orgullo.

Él me tacha de ladronzuelo. Indignado, defiendo mis fines didácticos, aunque omito que, si alguna vez hubiera logrado aprender a usar un móvil, no habría tenido reparos en robarlo.

Me cuelgo de su brazo mientras él lucha por secarse los dedos en una *toalla*, un tesoro más de sus pertenencias. Al parecer, tener los dedos mojados no es muy compatible con invocar símbolos de la nada.

—Kai, Kai, quiero verme de nuevo.

—Sirenita vanidosa, vas a dejarme sin batería.

Esa última palabra suena a un gran impedimento, por lo que esbozo la más inocente de mis sonrisas.

—Pero esto es un sueño, ¿no?

Fotos. Eso es lo que hace el móvil aparte de hablar: *fotos*. Por eso la gente siempre apunta con ellos al mar, en especial cuando chapoteo demasiado cerca de la costa.

Me veo a mí, con la sonrisa a punto de estallarme en la cara del asombro; los ojos clavados en Kai, él borroso y dejándose llevar un poco, sonriendo a mi lado. También se hace fotos en detalle de las escamas para guardárselas de inspiración. Imagino que mi torso oculta unas piernas bajo el agua.

Cuando nos damos por satisfechos, Kai me entrega el tesoro de la superficie para que vea pasar cada instante inmortalizado con un simple gesto. La *pantalla* —nueva palabra— solo se enciende con su cara, pero una vez se vuelve luminosa yo también puedo usarla.

Me encuentro con mi reflejo atónito tras observarme un rato con nitidez. No puede compararse con los deteriorados espejos de bronce o plata ni con la imagen aún más distorsionada del agua.

—¿Este... soy yo? Soy...

—¿Guapísimo? Sí, sí, me importa bien poco, no voy a descubrir nada nuevo. A no ser que mi subconsciente me esté llamando feo a la cara.

¿Cómo podría una sirena eclipsar la belleza de un humano, hechos de luz y calidez?

—Eres precioso, Kai. —Apenas se sonroja cuando le enmarco las mejillas—. Todo tú, absolutamente tod...

—No mires abajo como si tuviera piernas.

—Tus escamas también...

—Quiero mis piernas. —A pesar de ese intento de aparentar firmeza, su voz suena frágil, como si hubiera atravesado un nudo en la garganta—. Quiero... mis piernas.

Empiezan a salirle perlas de los ojos. Solo son líquido un instante, mientras brotan de ellos, como si fuéramos agua por dentro y la tierra convirtiera nuestras lágrimas en algo sólido, algo suyo. Recorren sus mejillas, como pequeños fragmentos de una joya, hasta desaparecer en el agua.

No es la primera vez que una sirena llora en esta cueva, y mucho menos en la superficie, pero sí es la primera vez que veo unas lágrimas que no son las mías.

No sé cómo detenerlo. No sé cómo consolar a Kai sin sentirme culpable.

7

Lo que se pierde en el mar



Kai

En algún momento me he dado cuenta. No fue al desbloquear el móvil para oír que mi madre no va a pasar las vacaciones conmigo; tampoco durante el reportaje fotográfico con una sirena. Fue en un punto intermedio, cuando Ociel ha dicho por primera vez que esto es un sueño. En los sueños, nadie te dice que estás soñando.

Aun así, me he convencido por última vez de que voy a despertar, aunque apenas haya conciliado el sueño hecho un ovillo en el suelo, reticente a compartir cama-ostra con alguien. No importa lo cómoda que sea la burbuja que hace de colchón; una inexplicable comodidad probablemente fruto de uno de esos dones que tienen las sirenas.

Tras horas observando la noche acariciar el nácar del techo, los primeros rayos del sol perfilan la superficie y hago, por fin, lo que debería haber hecho desde el principio.

No miro atrás cuando me escabullo por la entrada de la caracola, solo hacia los distantes rayos del sol.

Hay tantas historias de sirenas como opiniones sobre ellas. En algunas son criaturas astutas y cautivadoras sin buenas intenciones; en otras, seres cándidos y hermosos; y en unas cuantas, ni lo uno ni lo otro: grises como el corazón humano. Ahora, con una tirando de mí hacia las profundidades, solo puedo tener una opinión al respecto.

—¡Que me sueltes, secuestrador! ¡Devuélveme mis pier...!

Ociel tiene más fuerza que yo. Unos brazos esculpidos por las olas no pueden rivalizar con unos acostumbrados a máquinas sudorosas de gimnasio y a una piscina de agua turbia, por lo que consigue encaramarse a mis hombros y taparme la boca.

—¡Kai! Es por tu bien, ¿qué pasaría si te descubren? ¿Qué vas a hacer ahí arriba tú...? ¡Ay!

Entre arañazos, le aparto la mano de un mordisco y me lo quito de encima clavándole el codo en el esternón. Nado hacia arriba, hacia la salvación. Hacia un mundo en el que puedo soñar con sirenas que no van a retenerme en las frías profundidades.

Ociel no se da por vencido y me tira de la cola como antes, cuando me pilló escapando de su dormitorio. Trato de zafarme de un coletazo, pero él sigue aferrándose a mí con mil excusas que ya no ocultan su verdadera naturaleza.

—¡Que me devuelvas mis pi...!

—¿Se puede saber qué hacéis?

Mi agresor logra reducirme en el momento justo en el que esa voz me hace contener un escalofrío.

—¡Noe! Estamos jugando, ¿te unes? Kai es mi nuevo mejor amigo.

Atrapado entre sus brazos, y frente a la sirena que me encerró en una cueva con un monstruo, decido que no es el momento de refutarlo.

—Otra medusa descerebrada, como esa que hacías llamar tu amiga y que desapareció por lo pesado que eres —comenta ella con el oscuro azul de sus ojos en blanco.

—¡Oye! Dusi solo ha emigrado a aguas más cálidas, volverá...

La princesa le dedica una risa sarcástica mientras recorre con mirada desdeñosa nuestras colas entrelazadas. Ociel me tiene atrapado en un fingido abrazo, pero ella solo presta atención al remolino de escamas azules y doradas.

—Sabes que no puedes emparejarte con él, ¿verdad? Por no hablar de lo obvio, ni siquiera tú te mereces a alguien de tan baja alcurnia. Tan solo mira por dónde le llega el pelo; se nota que tiene que cazar por sí mismo. —Algo en su tono cambia de repente—. *¿De dónde vienes, cariño? Debes de sentirte muy solo aquí*.

La sirena trata de pasar las garras por los mechones negros que flotan en mi cara, pero sus largos y cenicientos dedos solo encuentran agua y la severa mirada de su hermano.

—No lo toques. Es mi invitado. Además, pierdes el tiempo tratando de persuadir con tu don a alguien que ha perdido la memoria.

—Es un aguaoscura sospechoso. No tienes suficiente con tener un don inútil, que también vas a traer al enemigo a nuestras aguas.

—¡Por los mares, Pisínoe! Deja de hablar como si viviéramos en una constante batalla. No hay enemigos ni tú has visto uno en tu vida. Padre es poderoso. Que una sirena se resista a su soberanía no significa que sea malvada.

—Por eso nunca serás un buen rey.

Me falta contexto para comprender su discusión al completo, pero la mirada que la princesa le dedica al heredero sobrepasa cualquier explicación. Su voz, gélida como el agua que nos envuelve en la penumbra, va directa a su pecho. Ni siquiera yo, que hago de escudo, soy capaz de protegerlo.

—¡Pues ocupa tú mi lugar!

El príncipe grita cuando su hermana ya se ha marchado. Tiembla como si al fin el frío pudiera hacer mella en su piel. Veo la oportunidad de escapar.

Aún sigo a su lado cuando musito su nombre.

—Oci...

—Vas a perderte, ¿te enteras? Si nadas hacia arriba, no vas a encontrar tu acantilado. Hay algo llamado *corrientes*, y me parece que ya conoces la única que lleva a donde quieres. —Con esta última advertencia, el príncipe regresa a su caracola.

La cortina de algas, la montaña de trastos que oculta el pasaje a mi libertad.

Si quiero volver a casa, tengo que entrar ahí y meterme por ese agujero oscuro.

Miro hacia arriba, donde la luz distante me promete el paisaje al que durante años he anhelado volver. Abajo me espera el mundo con el que he soñado toda la vida, aunque más frío y solitario. En ambos me encuentro perdido.

* * *

—¿Eres real? —murmuro, tirando del pelo de Ociel. Es infinito y está por todas partes, aunque él, tan largo como es, parece pequeño encogido en su gran cama-ostra.

—Lo siento. Siento que todo esto lo sea. —Su voz quebradiza me recuerda a cómo las perlas de mis mejillas desaparecieron en el mar.

No sé si estar feliz o enfadado, si dejarme maravillar o embargar por el terror. Si reír o llorar: lo primero está fuera de lugar, lo segundo no puedo hacerlo bajo el agua.

—¿No tienes mis piernas?

—Si las tuviera, ya habría salido corriendo. —Una risa amarga le agita la espalda; después, el silencio la convierte en un turquesa triste y sincero—. No, Kai, si las tuviera, te las habría devuelto. Tampoco sé cómo te las he quitado. Es como si esa cola falsa se hubiera fundido con tu cuerpo al curarte. Supongo... que te confundí con una sirena y mi don creyó lo mismo.

—Podrías intentar...

—Ya lo ha dicho mi hermana. Soy un inútil.

La sirena que soportó el cautiverio en la cueva se ha apagado con unas pocas palabras. Aunque duela ver a algo tan hermoso perder su luz, el sol me está esperando fuera.

Nado hacia el agujero de la corriente, camuflado entre todos los trastos desparramados. Será porque no me gusta dejar las cosas desordenadas a mi paso por lo que me pongo a organizar el estropicio que armó la princesa.

Ociel tarda menos de lo que le permitiría su corazón herido en nadar a mi lado, atraído por el destello de sus tesoros. Cuando comprende que no voy a robarle sus tapones de botella, se pone un sombrero que aguanta poco en su sitio antes de mostrármelo todo en detalle.

Hay mucha basura y objetos ordinarios, pero también hay tesoros de verdad y otros sin valor que lo han sido en el corazón de alguien. Muchas cosas se pierden en el mar.

Ociel me está enseñando cómo un abalorio trenzado con piedrecitas azules le queda demasiado grande en la muñeca y demasiado pequeño en el cuello cuando se lo arrebato con una exclamación.

—¡Oye, esta es mi tobillera!

Nuestro reencuentro, después de casi una década, dura el segundo que el príncipe tarda en arrebatármela.

—Lo que se pierde en el mar es de las sirenas. —Su expresión recelosa cede a la curiosidad—. ¿Qué significa «tobillera»?

—Significa que es para ponérsela aquí.

No comprendo cómo alguien que tiene una joya por parte inferior del cuerpo puede entusiasmarse tanto al lucir justo sobre su aleta una tobillera de mercadillo, pero Ociel sonríe mientras da vueltas con aire presumido.

Casi me hace olvidar qué otra cosa es también mía; la media tabla de surf, que reclamo solo con una mirada. La sirena achaca mi apesadumbrado silencio a otra cosa.

—Voy a devolverte tus piernas, Kai, aunque tenga que encomendar mi vida entera a ello.

El sol, que en su cenit atraviesa la cúpula de nácar, parece tan cerca en su piel y en el dorado de sus escamas que por un instante no dudo de ello. Después, la penumbra vuelve a convertirlo todo en incertidumbre.

—¿Por qué ibas a tomarte las molestias?

—Porque estás aquí por mi culpa. Y porque yo también quiero unas piernas.

8

Magia



Ociel

El mayor tesoro de la superficie está al alcance de mis manos, pero nunca llego a rozarlo.

—Trabaja.

La voz de Kai resuena con dureza en la cueva donde comenzó todo. Al mismo tiempo, un coletazo frustra mi intento de hurto, ya que cierto ser egoísta se niega a dejarme el móvil para hacerle fotos a la luna. Como si al fin comprendiera que su querida batería no va a durar más por quedarse mirando la pantalla, oculta el tesoro entre sus pertenencias.

Quiero quejarme de que esto me drena la energía, pero no da buena imagen que la sirena que ha prometido devolverle las piernas se canse tras apenas unas pocas horas con las manos sobre sus escamas. Al igual que lo ha sido secarle la cola con su toalla, es inútil tratar de usar mi don en Kai porque no hay nada que curar.

Tampoco puedo curarle la tristeza que transforma su rostro en un destello melancólico de la luna. El firmamento se filtra por las grietas de la cueva para dibujar su esbelta figura extendida sobre la roca, oscura y pálida como lo son todas las sirenas, como la noche que envuelve nuestro silencio con el murmullo de las olas.

Trato de sacarle una sonrisa poniéndome uno de sus artilugios en la cara, similar a unos cuantos de mis tesoros, pero la vista se me emborrona y choco contra el borde de la roca. Cuando Kai me devuelve la visión al quitarme las *gafas de buceo* para ponérselas él, descubro que ni siquiera mi tropiezo ha logrado estirarle las comisuras. Por alguna razón, se alzan levemente al quitárselas con una mirada de sorpresa. Al hablar, regresa su seriedad.

—¿Por qué tu hermana tiene un nombre griego? —pregunta. Ante la ausencia de respuesta y mi ceño fruncido, añade—: La lengua que no supe leer en las estatuas.

Me trago una punzada de envidia al descubrir que Pisínoe es un vocablo humano. La superficie siempre ha dejado huella en nuestro mundo; ya sea en las ruinas y los naufragios que se extienden por todo el fondo marino, llenándolo de tesoros y de hogares más lujosos que las rocas, o en todas las leyendas que marcaron mi infancia.

—Supongo que nuestros mundos siempre han estado conectados. Hablando de Noe, ¿de verdad que cuando te preguntó de dónde vienes no sentiste... la necesidad de contarle todos tus secretos?

—¿Debería?

—Nadie puede resistirse al don de mi hermana. —Me inclino sobre los antebrazos para acercarme a él, reacio a regresar al agua—. ¿No te parece atractiva?

—No entiendo por qué la belleza de alguien debería afectarme.

Que Kai tenga ahora la expresividad y el raciocinio de un pedrusco me pone en una situación incómoda.

—La pregunta es, cuando mi hermana te habla usando su don..., ¿no te dan ganas de... poner huevas con ella? —La princesa Pisínoe, conocida en todos los mares por su arrebatadora belleza, jamás ha conocido semejante cara de asco—. Oh, ¿entonces es que me prefieres a mí? Es decir, no a mí... A un *sireno.* —Trato de no tomarme su mueca como una ofensa a mi especie. «Guapísimo», me dijo. Ahora sé que le damos asco—. Vale, vale, solo seres humanos, ¿no?

—Nadie.

Oh.

Veo mi asombro reflejado en sus pupilas. Kai no experimenta atracción física. Eso hace que probablemente la persuasión de mi hermana —que en mí tira del afecto fraternal, aunque toda una infancia de pequeñas manipulaciones me haya vuelto casi inmune— no surta efecto en él.

Kai no tiene interés en poner huevas con nadie. Por si fuera poco, come algas y quiere piernas. Somos almas gemelas.

—Vamos a ser mejores amigos, Kai.

—Vas a ser pescado frito como no te apliques en devolverme mis piernas.

—No me afectan tus amenazas, sé que no te lo comerías.

—Se lo echo a los gatos.

¡Gatos! Kai definitivamente es un gran amigo, aunque se haya zafado de mi intento de abrazo como si fueran los tentáculos de mi otro gran amigo, Gahon. El entusiasmo de interactuar con un humano y ver su asombro contenido cada vez que me oye hablar su idioma me impide revisar mi concepto de amistad. Él, sin embargo, no está lo suficientemente hablador como para que pueda exhibir

demasiado mis destrezas. Sé que tiene una pregunta por cada una que yo quiero hacerle y, aun así, apenas ha logrado elaborar unas pocas frases en lo que llevamos de noche. En mi imaginación, ya me ha revelado todos los secretos de la superficie. En la realidad, el silencio custodia su mirada en el esquivo reflejo de la luna.

La quietud, apenas quebrada por el ligero oleaje de la noche, persiste mientras se estira hacia su maleta.

Pensaba que no había mayor magia que los móviles; tal vez los pájaros blancos que surcan el cielo sin mover las alas. Había olvidado que los humanos son la mismísima magia.

—Kai. Estás... —Mi susurro es tan débil, reacio a romper el hechizo, que pienso que las olas lo han engullido. Entonces me mira. Y yo me miro a mí mismo en el papel—. ¿P-puedo?

Me seco las manos a conciencia antes de tocar el cuaderno, aunque un rastro húmedo se adhiere a los bordes para recordarme que nunca podré desentenderme del agua. Estoy ahí, observándome desde las olas, hecho de luz y penumbra. Luego está mi cuerpo al completo, con una cola esplendorosa de la que parece un crimen desprenderse. Cada músculo de mi torso me recuerda la única mitad de mí que aprecio.

Hay otra sirena, siempre de espaldas, que llena cada página. A veces a color y otras teñida por la misma noche que nos envuelve.

—Al principio, cuando pensaba que todo esto era un sueño, creí que tú eras la sirena de mis dibujos —confiesa Kai en voz baja, con la vista perdida entre esas manos capaces de obrar magia—. Ahora sé que no.

9

Solo oscuridad



Kai

No es mi sirena. La sirena de mis sueños y lienzos no es un niñato incapaz de enmendar sus errores; muy poderoso para salvarme del azote de la tormenta, pero tan inútil para devolverme las piernas que él mismo me ha arrebatado. A veces pienso que están ahí, ocultas tras una radiante sonrisa demasiado inocente para ser verdadera, mientras espera el momento para enfundárselas y huir.

Por eso duermo desde hace días con un ojo abierto, atrapado entre el sueño y los fulgores de un mundo onírico que a estas alturas ya debería haberme cautivado. Siempre he soñado con ser una sirena, pero no así, de repente y a la fuerza, sino bañado por los

destellos de la luna llena en una isla desierta. Tendría mis piernas y la tarea de ocultar una doble vida cada vez que una gota de agua tocara mi piel, lo cual tiene ciertos fallos logísticos si consideramos el sudor o el simple hecho de beber agua, pero me las apañaría y sería feliz.

Ahora me fastidia no poder disfrutar, demasiado preocupado por que vuelvan a encerrarme con un monstruo, que el rey decida que soy un enemigo o que el pelirrojo me arranque el corazón para entregárselo a una bruja. Por el momento, Ociel parece decidido a que se me salga del pecho.

Superado el sobresalto de haber sido arrancado del duermevela porque la criatura más sigilosa de los mares se cree con autoridad para despertarme, abandono mi rincón desnudo del suelo de la caracola —no entiende que dormir entre algas da grima— apremiado por Ociel y las primeras luces del día. A estas horas, el mundo submarino comienza a despertar y las sirenas van y vienen por los alrededores del palacio entre bancos de peces.

Como si el príncipe supiera hacia dónde van mis pensamientos, anuncia:

—Hoy toca visita guiada.

Una explosión de escamas esparce su luz con cierto frenesí. Apoyadas en la superficie plana de rocas y corales, jaulas de pesca oxidadas y cestas orgánicas añaden notas de color en torno a una multitud de sirenas. El príncipe cosecha saludos y miradas curiosas antes de intercambiar un pedazo de cuerda por los tomates marinos y las algas que llenan su cesta y nuestras tripas.

Las sirenas tienen comercio y funcionan con trueque. Maravillado por ese aspecto de su civilización, me dejo guiar con entusiasmo contenido por los distintos puestos.

Las joyas de uno resplandecen entre las largas uñas de un grupo de sirenas, pasando de sus cabezas a sus cuellos y brazos mientras se miran con indecisión en un espejo de plata. Yo tengo a otra sirena alardeando en mi oído de lo maravillosos que son sus tesoros mientras agita con aire presumido esa cola adornada con mi tobillera.

Ociel se ofrece a comprarme lo que se me antoje e incluso me prueba un tocado de conchas y perlas, pero yo me mantengo tan receloso como todas las miradas que voy cosechando a mi paso. Si me dejo embaucar, no habrá vuelta atrás.

Así que me refugio en la seriedad que debo fingir para no parecer más *aguaoscura* de lo que ya soy, término que en realidad carece de connotaciones negativas. Solo significa extranjero: cuanto más lejos está un lugar, más oscuro se ve, por mucho que yo alcance a ver los reflejos de este día soleado. A nosotros, sin embargo, solo nos espera otra noche de pruebas fallidas para recuperar mis piernas, por lo que me concentro en sortear las columnas clásicas por las que Ociel serpentea.

¿Cuántas historias de veracidad cuestionable hay sobre personas que desaparecen en extrañas circunstancias en el agua para regresar años después como si nada? El tiempo aquí no transcurre de forma diferente, o eso he comprobado por la fecha que marca mi móvil, con la batería al límite, en modo avión y sin notificaciones tras una semana desaparecido. Aun así, es demasiado fácil perderse en cada rincón repleto de estatuas y ruinas clásicas, surcadas por la fauna marina más exuberante, en las cuevas que dejan ver un atisbo del hogar y de la vida cotidiana de las sirenas, o en esos ojos azules llenos de entusiasmo.

Ociel me guía hasta el palacio, un esplendoroso templo clásico incrustado en inmensos corales y conchas. Cerca descansan los

restos de una urbe que me hace contener el aliento. ¿Cómo se hunden ciudades enteras? ¿De la misma forma en la que nosotros desaparecemos en el acantilado para emerger en el agujero oculto de la caracola? En el fondo del mar, las ruinas resucitan llenas de vida y la penumbra deja paso al plancton bioluminiscente y plantas que hacen temblar con sus colores cada rincón en sombra. Pero sobre todo hay un resplandor imborrable, producto de la cúpula luminosa que envuelve el reino.

—El don de mi madre era la luz —explica el príncipe—. Sigue iluminándonos mucho después de que se fuera. —Ociel rechaza mis condolencias con un movimiento de cabeza—. Era muy pequeño cuando desapareció. Ni siquiera la recuerdo.

—¿Desapareció?

—Bueno, todos dicen que las malvadas criaturas de la superficie acabaron con su vida, pero yo creo que ella logró salir.

—¿Por eso quieres tener piernas? —susurro con cautela—. ¿Para ir a buscarla?

—Quiero correr y saltar y volar y nadar. Quiero eso con lo que doblegáis el mundo entero: el cielo, el mar y la tierra. Quiero conocer cada rincón de lo que solo puedo imaginar desde la costa y que la orilla deje de ser el límite. —El suspiro del príncipe arroja un surco de burbujas—. Por supuesto, también sería bonito encontrarla.

En lugar de ofrecerle una respuesta, me pierdo en mis propios pensamientos. Ociel piensa que su madre lo abandonó por la llamada de un mundo ignoto, lo mismo que él está dispuesto a hacer con una familia que no lo aprecia demasiado y un trono que no codicia. Pienso en mi madre, en su «Se me olvidó avisarte» y en mi móvil sin mensajes tras una semana de ausencia. He desaparecido y nadie me echa en falta, como mucho el señor An, a quien espero que mi madre haya avisado de mi repentino «viaje».

Tal vez en algún momento me den por desaparecido y la policía encuentre mis pertenencias en la cueva. Buscarán en el mar y nunca me encontrarán porque esas extrañas corrientes separan mi mundo de otro oculto bajo el agua. He desaparecido y nunca tendré que pagar facturas ni trabajar más horas de las estipuladas ni sentir ansiedad por un futuro incierto o preguntarme qué significa para mí la soledad. En las profundidades del océano, no tiene sentido cuestionarme si estoy haciendo realmente lo que deseo o si lo que un día deseé se ha convertido en una satisfacción insípida. No soñaré con sirenas porque las veré a cada rato. No atraparé sus paisajes en un lienzo porque despertaré cada día ante esta estampa inefable.

Y, aun así, no quiero desaparecer.

Quiero sentarme en la orilla y contemplar el horizonte. Decirle a mi madre que, si ya no quiere la casa del pueblo, yo se la compro. Vivir una vida tranquila con las manos llenas de la pintura de una melena pelirroja. No quiero desaparecer sin más, no tener siquiera la opción de elegir. No quiero sentirme solo en esta oscuridad, rodeado de luces que no puedo hacer mías.

Ociel me mira, diciendo algo a lo que no le presto atención. Me cuesta enfocar mis pensamientos entre tantos estímulos, darles forma a cosas que no sé describir. Tengo un millón de preguntas para el príncipe acalladas por un silencio suspicaz y la idea de que esto es producto de mi imaginación. Pero el tacto de la sirena es muy real en torno a mi muñeca. Por sus brazos aún se extienden las marcas de nuestro forcejeo: largos trazos rojizos por su piel bronceada. Aunque no fue intencionado, no me he disculpado. Tal vez lo haga cuando me devuelva las piernas y pueda apreciar sin temor la experiencia de tener cola.

En este momento, la suya aletea hacia una cueva coronada por media caracola, una pincelada de sombra entre los vívidos tonos de los corales y los peces.

—La corriente siempre los atrae hacia la cueva —comenta—, por eso no necesita cazar ni que la proveamos.

—¿Qui...?

—¡Abuela!

—¿Quién te acompaña, solecito?

La voz emerge de la densa penumbra hacia la que nada Ociel, sustituyendo su característico frenesí por movimientos lentos y suaves que marcan un camino de resplandores dorados. Su piel, más propensa a fundirse con las sombras, hace destacar la palidez grisácea de unas manos que envuelve con cariño entre las suyas.

Unos ojos turquesa sonríen hacia donde otros de blanco empañado ya estaban clavados.

—Kai, es mi nuevo mejor amigo.

—Oh... ¿Y qué es?

—Una sirena, abuela, esta vez no es una medusa.

—¿En serio?

No logro descifrar el matiz de esa voz, que suena al eco trémulo y lejano de una risa. La de Ociel no es especialmente disimulada al responder:

—Bueno, un poco medusa sí que es.

—Acércate, Kai, nuevo mejor amigo que no es una medusa.

Con más curiosidad que cautela, avanzo hacia el príncipe y la vieja sirena, cuyo cabello envuelve como tentáculos blancos toda la cueva; cada mechón, el barrote de una jaula.

—Abuela, Kai está muy lejos de casa. Nos gustaría saber qué ves.

La anciana toma una de mis manos entre las suyas: piel tersa contra surcos de manchas grisáceas que me recuerdan a la textura

de la roca. Al mismo tiempo, es tan fina y quebradiza que parece capaz de mostrar la inmensa concha que enmarca su figura. Carente del ornamento de alguien de su posición, el asiento es como la propia sirena: revestido por el paso del tiempo. Solo deseo saber cuántas décadas pueden contarse en sus escamas púrpura.

Siento que sus ojos ciegos me desmembran por dentro, que la sirena puede oír cada latido de mi acelerado corazón y oler cada vestigio de la superficie que aún no se ha borrado de mi piel. Hay algo fascinante y aterrador en ella que sirve para definir el mundo submarino al completo.

Como si se arrojara sobre mí todo el frío del océano, me estremezco ante su prolongado contacto.

—Oscuridad. Una inmensa sombra en la oscuridad más absoluta.

—¿La superficie... tal vez? —interviene el príncipe.

—Solo oscuridad. —Su tono me hace temblar, aún más cuando me suelta para aferrar durante un breve silencio las manos de su nieto —. Tú eres luz, Ociel, todo luz, como tu madre.

No necesito oír más para alejarme de la oscuridad y, sobre todo, de esa luz.

10

Vía de escape



Ociel

Oscuridad. Eso no es lo que me viene a la mente cuando miro a Kai, que tiene la esencia de los días más cálidos de verano. Su oscuridad es solo la del firmamento que opaca nuestras aguas. Pensaba que mi abuela vería un rayo de esperanza, tal vez una pista, pero todo lo que he visto yo ha sido a un chico huyendo de las sombras. Un chico al que he condenado.

Nado tras él con una disculpa en los labios y todo mi optimismo condensado en las innumerables interpretaciones que se les pueden dar a las visiones del don de mi abuela.

Su nombre es un grito suplicante; cuando lo alcanzo, apenas un murmullo.

—¡Suéltame! —Kai se zafa con tal brusquedad que mis uñas quedan grabadas en su muñeca—. ¿Me traes aquí para que tu abuela me diga que no voy a regresar nunca a casa? ¿Y que tú te

vas a pasar la vida con mis piernas al *solecito*? Estoy harto de ti, Ociel, *harto*.

Las palabras se me atascan en el nudo de la garganta mientras lucho por no incrementar el volumen del mar. No se puede llorar bajo el agua. No puedo llorar delante de Kai. Aunque las lágrimas solo sean perceptibles en la superficie, aprieto los párpados con fuerza. Cuando abro los ojos, él ya no está.

Grito su nombre hacia los distantes rayos del sol, pero se pierde junto con toda advertencia. Kai no quiere saber nada de mí y yo no volveré a saber de él si permito que esa luz engañosa lo engulla.

Las corrientes son útiles senderos, usualmente ancladas a las zonas más cristalinas o a las profundidades; también mi vía de escape de un mundo sofocante hacia otro con el que soñar. Para una sirena experimentada, es fácil sentirlas vibrar en la piel; incluso en la distancia, es casi una habilidad inconsciente la de distinguir su posición y así evitar perderse o dar rodeos innecesarios. Son invisibles y, al mismo tiempo, tan familiares como una roca conocida que se sortea por inercia con los ojos cerrados. Las corrientes móviles, en cambio, se asemejan más a un torbellino: nunca sabes con exactitud hacia dónde van, solo cuándo aparecen. Y cuándo se detienen.

La corriente me hace emerger en un mar de tormenta. Sus olas compiten con el cielo negro en altura; cargado de nubes, me aguijonea la piel con furiosas gotas de lluvia mientras trato de ver sobre la espuma. No es el cielo de los ojos de Kai ni el mar que lo arrastró hacia el acantilado, sino uno hecho para albergar a las colosales criaturas que sacuden las olas. No hay nombre para esos dos monstruos, quizá kraken, pero no son tan amigables como Gahon. Solo puedo compararlos con alguna pesadilla llena de

tentáculos y dientes afilados, de heridas nuevas que, entre alaridos, atraviesan las viejas cicatrices.

Ojalá la corriente haya cambiado justo en el instante en el que he entrado tras Kai, cuyo nombre es engullido por la furia de la tormenta y la pelea. Sus gritos tampoco se oyen.

El agua me arrastra con una fuerza que supera al impulso de mi cola y mis brazos. Lucho por alejarme del mortífero caos al que insisten en sumarse las olas, tan altas como los rayos que quiebran la oscuridad del cielo. En mitad de todo, un resplandor azul titila exánime.

—¡Kai! —Las olas se tragan mi voz mientras dejo de combatir contra ellas. Nada más lucho contra mi sentido común al dejarme arrastrar hacia el torbellino.

Solo tengo ojos para Kai, que cuelga en las alturas de uno de los tentáculos a los que se aferra para no caer. El agua que salpica de las embestidas de los monstruos y de las inmensas olas borra el rojo de su cuerpo, una y otra vez. Con la aleta desgarrada, lucha aún por una vía de escape.

No sé cómo vamos a salir de esta. Que la corriente que nos ha traído aquí desaparezca y no pueda devolvernos a casa es el menor de nuestros problemas.

Lucho por llegar hasta él.

Cuando nuestras miradas se encuentran en medio del caos, leo en sus labios «Aléjate». Pero también puede ser «Ayúdame». «Sálvame».

Cualquiera de las opciones me habría impulsado a dejarme arrastrar hacia él.

Consigo sostenerme de un tentáculo. Estoy lo suficientemente cerca como para tenderle la mano.

Entonces pierdo el agarre.

El brazo de Kai tiembla en su intento de sostenerme al borde del torbellino que crean los monstruos con su furia y la del mar. Hay pocas posibilidades de que sus dedos no se aflojen o no nos traicione nuestra piel resbaladiza, pero encuentro en él un ancla firme que me permite aferrarme al tentáculo.

Todo es puro frenesí, escenas distorsionadas por las embestidas de los monstruos y las olas: Kai perdiendo mucha sangre; Kai ahogándose porque aún no controla bien la respiración; Kai con la aleta hecha trizas; yo sin la oportunidad de intentar curarlo.

—¡Tenemos que soltarnos! —grito.

Abajo hay un torbellino esperándonos. A nuestro alrededor, un tentáculo por cada colmillo que destella en la negrura. Demasiado cerca. Demasiado lejos.

¿Así es como vamos a morir?

Hay cosas que quiero decirle a Kai.

Perdón. Perdón. Perdón.

—S-suelta... —musita él.

Así que me suelto.

11

Azul y dorado



Kai

La luz que se cuela entre mis párpados me hace ser consciente de que hay algo más allá de la oscuridad y del frío que arañan mi cuerpo. He despertado y ya no tendré la oportunidad de disculparme con la sirena, porque no existe. Me pregunto si la habré salvado al dejar de soñar.

Una voz femenina me devuelve a medias a la realidad.

—Idiota, Ociel, eres idiota. ¿Se puede saber qué estabas haciendo?

—Me pilló una corriente persiguiendo a una medusa. No se lo digas a padre, por favor.

Las voces me llegan opacadas por la misma penumbra que me arropa. Poco a poco, voy despertando. Ahora despertar solo significa estar vivo.

—¿Y ese? ¿Qué hace durmiendo en tu nido?

—Me gusta dormir con él —miente, pero no voy a ser yo quien abandone su cama-ostra.

—¡Por los mares, Ociel, compórtate! ¡Eres un adulto y el maldito heredero! No puedes ir por ahí siguiendo a cualquier criatura que se te pegue, lo cual lo incluye a él. Debe irse.

—Créeme, está deseando hacerlo, pero no puede hasta que recupere lo que ha perdido.

—No es asunto tuyo.

—Lo es. —El príncipe continúa antes de que el gruñido de su hermana se convierta en palabras—. Gracias por ayudarme con el vendaje, Noe.

—No habría sido necesario si tu don no fuera inútil.

El silencio aligera el peso que comprime el interior de la caracola. Con los ojos cerrados con fuerza, no existe más que la calma que me mece en mi cuerpo liviano. Según mis últimos recuerdos, al borde de la muerte y con la aleta desgarrada, liviano debería ser un eufemismo para el desmembramiento, pero me siento extrañamente completo. Ahora las puntas de mi aleta son como la certeza de tener todos los dedos de los pies. En este momento, me es imposible seguir odiando a Ociel por esos dedos que me faltan. Me ha salvado otra vez.

El agua vibra ante un ligero movimiento que cesa junto a mis manos. Es un roce demasiado tenue para lo mucho que se sobresalta la sirena al verme abrir los ojos.

Farfulla una disculpa que deja tambaleándose una cesta llena de comida —no sé en qué momento las algas y los tomates de mar han

empezado a parecerme comida— al borde de la cama-ostra.

Lo agarro del pelo antes de que se aleje. Es tan largo que ni siquiera debe de sentir el tirón.

—Lo siento —decimos al unísono. Solo debería sorprenderme a mí, pero me encuentro con el mar cristalino de esos ojos lleno de asombro.

Él toma la palabra.

—Nada de esto habría ocurrido si no...

—Lo siento —lo interrumpo. Me descubro agarrando su brazo como el ancla que me ha aferrado a la vida. Sin darme cuenta, he rozado ahí el vendaje de algas que oculta su pelo, pero Ociel se esfuerza en contener un siseo de dolor—. Lo siento. Lo siento. Lo siento. Ha sido culpa mía. —Agita la cabeza, con una negativa firme en los labios. Pierde la voz cuando me aferro un poco más a su torso. No lo estoy abrazando, pero, sea lo que sea, siento que volveré a caer si no lo hago—. No sé cómo nos has sacado de allí.

Probablemente no quiera escuchar que ha sido pura suerte. Que Ociel se soltó por desesperación de aquellos frenéticos tentáculos que nos mandaron volando lejos del remolino, aunque no lo suficiente de los colmillos que lo rozaron en el brazo, dejando esa herida que ni siquiera he llegado a ver. No quiero oír cómo encontró la corriente de milagro, tan tenue que estaba a punto de desaparecer. No quiero oírlo porque, a pesar de todo, a pesar de que estoy aquí en contra de mi voluntad y de que nadie me ha advertido sobre olas tan altas que rozan los rayos ni sobre torbellinos ni monstruos, ha sido mi culpa.

—Dijiste que soltara —resume con un encogimiento de hombros —. Y solté.

«Y me curaste».

Quiero decirle que ni él ni su don son inútiles, pero tengo un nudo en la garganta que se traga las palabras que a él también parecen atascársele. Después de compartir el silencio, el príncipe lo quiebra para decirme que descanse.

Ni siquiera está a un metro de mí, pero vuelvo a sentir el abismo en el hueco entre nosotros. Lo agarro otra vez del pelo, rojo como la sangre que impregna de un aroma cobrizo el ambiente.

—Le acabas de decir a tu hermana que te gusta dormir conmigo —musito—. No querrás parecer un mentiroso.

La tormenta sigue ahí cuando Ociel se deja arrastrar hacia la cama-ostra, pero ya no hay un monstruo marino que justifique ningún abrazo de esos de los que depende la vida. En cambio, la oscuridad se va haciendo cada vez más pequeña hasta reducirse a la tenue sombra entre espalda y espalda, teñida de un fulgor azul y dorado que hace la noche menos oscura.

12

Tonterías



Ociel

No hay nada como una experiencia cercana a la muerte para afianzar la amistad. Aunque Kai tenga su propio ritmo para asimilarlo.

—No. No soy tu amigo. Deja de decírselo a todo el mundo.

Su tono irritado resuena en la cueva de su pueblo. En la oscuridad de la noche nuestras colas parecen brillar con más fuerza, como las estrellas; nuestras voces, más intensas entre el murmullo de las olas. El chapoteo constante de su aleta contribuye poco a reforzar la contundencia de esas palabras, pero ni estas pueden borrarme la sonrisa.

—Mejor repítelo cuando dejes de mirarme embobado.

—¿Y qué le hago si eres un maldito ser mitológico?

No me parece prudente mencionar que él también.

—Dibujarme de nuevo.

—Ya he tenido suficiente de tu cara de tonto.

En su cuaderno también descansan mis intentos de retratarlo. Sin duda, dibujar como «un niño de cinco años» es un gran elogio para una especie que carece de arte.

Escuchar a Kai me resulta tan reconfortante que probablemente mi cara sí corresponda a su amable comentario. La suya está lista para fruncir el ceño cada vez que habla y para mirarme de soslayo como si fuera el mayor de los tesoros cuando me cree distraído. No está inexpresiva ni teñida por una palidez ajena a la suya, mucho menos manchada de sangre. En sus ojos, el reconocimiento ha sustituido a la bruma del sueño, y eso, de algún modo, los hace brillar de un azul imposible. Tal vez sea el simple reflejo de sus escamas.

Las mías tiñen de un resplandor áureo la roca al deslizarme hacia sus pertenencias, de las cuales el móvil me ha quedado vetado. Aunque algunos de mis furtivos intentos por conseguirlo han pasado desapercibidos, la pantalla en negro ha acabado con mis esperanzas de hacerlo funcionar. Y no lo conseguiré, me informa Kai, porque se ha quedado sin batería. El resto de sus cosas, no obstante, son tesoros de libre acceso.

—Llaves —digo, sacando un objeto tintineante del *bolsillo* pequeño de su mochila. Más que aprender palabras nuevas, adoro presumir de todas las que sé tras más de una década espiando conversaciones ajenas—. Gafas de sol. Crema de s... ¡Crema solar! Camiseta. Chancl... ¡Zapatos! Toalla. Bañador. Otro bañador.

—Muda de ropa interior —me corrige su dueño—. Te sorprenderá saber que no es ahí donde se pone.

Esbozo una mueca a través de uno de los agujeros para las piernas.

—Ya sé dónde va, pero de momento no tengo nada interior con lo que llenarla.

Kai no me deja jugar demasiado con esa intrigante prenda que huele, al igual que el resto de su ropa, a algo agradable que no sé describir. Sin demasiadas explicaciones, ha dicho que existe algo llamado *lavadora,* lo cual me vendrá bien conocer junto con la *ducha* si no quiero ir por la superficie apestando a pescado cuando consigamos nuestras piernas. Sin embargo, como ahora él también es mitad pez, acaba tragándose sus palabras para confesarme que huelo a mar. Supongo que no le parece desagradable por la distancia a la que lo murmura de mi pelo.

—Hablando de lo que yo tampoco tengo, ¿cuál es el plan?

—Pues no sé qué plan podría tener con esa parte de la anatomía humana, Kai. ¿Alguna sugeren...? —Una mirada de advertencia me disuade de cambiar de tema, a pesar de que ha sido una pregunta genuina—. Vale, vale, eh... Claro que tengo un plan. Llevo como media vida urdiéndolo.

—¿Cuántos cientos de años son eso?

—Doce, más o menos.

—¿Doce qué? ¿Décadas?

¿Pero qué clase de información fraudulenta manejan en la superficie? A sus doscientos, mi abuela supera con creces nuestra esperanza media de vida.

—Años. Tengo veinticuatro. Y sí, sé contar.

El silencio inunda la cueva mientras Kai me mira con un ligero asombro que no sé si achacar al sistema numérico. Personalmente, no me parece práctico usar todos esos números, es más intuitivo emplear medidas genéricas y aproximadas, pero no lo imagino yendo al mercado a intercambiar algún tesoro por *un banco* de algas.

—No pongo en duda la inteligencia de tu especie. Ahora, por favor, no hagas que me cuestione la tuya.

No contribuyo demasiado al ponerme a balbucear, aunque suena menos estúpido que decirlo claramente. Cuando al fin vomito mi plan, Kai suelta una risa silenciosa.

¿Qué le hace tanta gracia de la peligrosa tarea de visitar a una bruja y viajar al Abismo en busca de una deidad legendaria capaz de concederte cualquier deseo?

—Ah, genial. Y entonces la bruja pedirá tu voz a cambio de unas piernas.

—No digas tonterías, todo el mundo sabe que no hay que hacer tratos con las brujas —le advierto, aunque en realidad solo quiero decir: «¿Quién te ha contado mi secreto más denigrante?».

—¿Entonces para qué vamos?

Apenas me salen las palabras al arrancarme la respuesta:

—Para recuperar mi voz.

13

El azote de la ironía



Kai

El silencio del interior de la caracola me ayuda a procesar varias cosas: una es que Ociel no tiene un plan sólido para devolverme mis piernas. La otra es que gracias a su don estoy indemne, mientras que él tiene una terrible herida que no puede curarse a sí mismo.

Ni siquiera imagino lo que debe de dolerle bajo esa máscara de sonrisas, pero es lo suficiente como para que tengamos que posponer un plan lleno de lagunas hasta su recuperación. También mis incontables preguntas: ¿por qué una bruja tiene su voz? ¿Y cómo que «recuperarla», si habla perfectamente? ¿Acaso no es más fácil entregar su don a cambio de unas piernas? Además, ¿es real

esa deidad todopoderosa de la que habla? La Sombra del Abismo, la ha llamado, sin arrojar demasiada luz sobre su paradero en las profundidades abisales. Por mucha magia que exista bajo el agua, las leyendas parecen ser tan ficticias como en la superficie; de lo contrario, el príncipe no se habría pasado media vida fantaseando con poder contarse los dedos de los pies.

A pesar de mi desconfianza en su plan —y todavía en él—, decido depositar un poco de fe en ese arrollador optimismo suyo. La herida que me concentro en cubrirle con un alga es prueba de que él es capaz de mucho más que de sacarme de quicio.

Mientras aseguro el vendaje alrededor de su bíceps, me pregunto cómo alguien que no sabe contener una sonrisa consigue reprimir el resto de las emociones: el dolor de su piel desgarrada, a pesar de que las propiedades del alga aceleran la curación; la impotencia de que su don funcione en raras ocasiones y la desazón de ser menospreciado por ello. A lo mejor todo eso resbala con más facilidad bajo el agua. O tal vez es que está demasiado acostumbrado.

—Te va a quedar cicatriz —le digo.

No preveía esa sonrisa antes de que Ociel la esbozara, pero nunca resulta fuera de lugar en su rostro, de rasgos delicados y amables pintados por el sol. En concordancia con toda esa luz, su pelo evoca unas llamas atrapadas bajo el agua, flotando hacia un lado para despejar la zona afectada.

—Así pareceré más peligroso.

Más peligroso que nada no es demasiado, pero es un punto a favor para que me atreva a pedirle algo:

—Cántame como agradecimiento.

No es el príncipe quien responde, sino la princesa, con su manía de irrumpir en caracolas ajenas y su tono sarcástico de siempre:

—Eso, hermano, deléitanos con tu voz.

Ociel vuelve a sonreír. Esta vez es una sonrisa tensa, pero también resignada, consciente de que la nueva puerta —casi literalmente una puerta, es decir, un pedazo de madera de un naufragio— no disuadirá a la princesa de nadar por donde le venga en gana.

—No me pilláis inspirado.

Pisínoe me dedica una persuasiva mirada de esos rasgos afilados que en su hermano son suaves contornos.

—Entonces tú, Kai.

—Solo me canta a mí al oído —miente Ociel, al tiempo que ignora su herida para envolverme los hombros con fingido afecto y otra sonrisa. Esa sonrisa cómplice me roza el pelo al atraerme hacia él—. Guarda tus celos, hermana.

La princesa no tiene tan amplio repertorio de sonrisas. Solo una afilada.

—Oh, eso me recuerda... ¡Guardias!

Ociel no me suelta cuando irrumpe un grupo de sirenas con aspecto de estar curtidas en mil batallas, sino que me protege a su espalda, exigiendo una explicación para esta invasión de la privacidad. Pisínoe se la da: como aguaoscura, constituyo un peligro para la seguridad del reino y, en especial, para su príncipe.

—¿Acaso no estás esperando a curarte para escapar con él a donde sea que viva? ¿No fue así como os perdisteis por una corriente?

Cuando la naturaleza de la visita queda aún más clara con todas esas garras que se extienden hacia mí, el príncipe apela a su posición como heredero. Pero esto es orden del rey, y a él poco le importa que una decena de guardias tenga que reducir a su hijo mientras a mí me arrastran lejos del aroma de su sangre.

Me llevo a la oscuridad un último destello del dolor de sus ojos azules. Por alguna razón, lo primero que lamento es no haberle puesto mejor la venda.

* * *

Mi experiencia previa en la prisión no hace más acogedora la cueva, por muy familiar que sea la sensación de saber que voy a tropezar con cierta piedra entre los miles que hay. Y esta vez no hay ninguna sirena que me salve del monstruo.

El sentido común me dicta que tendré menos posibilidades de encontrármelo si me quedo pegado a la entrada, tras la que una sirena con el don de controlar la roca hace guardia por si el mío resulta ser el de la fuerza sobrehumana. Por otro lado, la lógica me dice que moriré de hambre si no busco una salida. Así que, en contra del miedo que me paraliza, avanzo una vez más hacia el interior de la cueva.

Nado contando los resquicios de luz que se cuelan por el techo. Son grietas tan pequeñas como la esperanza que se abre en el corazón al creer que en cualquier momento aparecerá otra más grande. Pero solo se trata de pequeñas rendijas abiertas a conciencia para quebrar la voluntad o, más bien, para hacer avanzar a los cautivos hacia las fauces del monstruo. La penumbra juega con mi imaginación a crear nuevas criaturas en cada esquina o la silueta de una sirena con el rostro enterrado en la cola.

Al imaginar a Ociel, castigado por su simple deseo de visitar la superficie, me veo a mí mismo hace once años, encerrado en mi cuarto la primera vez que mi madre me pilló regresando de la playa tras el accidente de surf. Ni la segunda ni la tercera, ni siquiera la décima vez que volvió a ocurrir, hasta que se resignó a dejarme

marchar, puede compararse al cautiverio casi cotidiano del príncipe. «Siempre salgo de aquí». Recuerdo sus palabras, dichas como si las hubiera repetido demasiadas veces en esta oscuridad.

Yo, en cambio, no tengo tan claro que consiga salir. Ojalá me sacaran para ajusticiarme de otro modo por lo que sea que no he hecho. Entonces recuerdo que mi imprudencia casi acaba con la vida de Ociel y nado con un poco más de premura, con un poco más de culpa. La parte de mí que aún piensa que vendrá a salvarme es consciente de que solo se lo pongo más difícil al seguir adentrándome en la cueva.

Ya no hay grietas, como si aquí no alcanzara la esperanza, pero una estremecedora reverberación me advierte de dónde estoy. O frente a qué me encuentro.

Cuando el monstruo me atrapa, como era de esperar a pesar de mi desenfrenada carrera, siento junto con la presión de sus tentáculos el azote de la ironía. Mis propias acciones me han traído hasta aquí. Es mi final: la oscuridad que vaticinó la anciana.

En la distancia, Ociel ya no parece una luz traicionera, sino todos los días soleados que se me escapan con cada respiración. Fue una estupidez huir de él sabiendo que podía perderme en las corrientes o, más bien, lo fue seguir aquel destello de rojo en la tormenta.

La certeza me golpea con otra embestida de los tentáculos: no me arrepiento de haber conocido a una sirena, aunque eso signifique que ya no tengo piernas en las que se me escape la fuerza, solo una cola que se apaga lentamente, cansada de luchar en vano.

No quiero morir en este lugar. En esta cueva. En el mar. ¿Acaso el kraken no anhela la libertad?

Apenas me queda voz para gritar: «¡No! No. No...».

14

Esperanza



Ociel

Me duele todo el cuerpo de embestir la jaula, pero sus barrotes de hueso son tan inamovibles como las guardias apostadas en la puerta. Una de ellas es la que ha hecho aparecer esta prisión con su don.

No le guardo rencor a mi hermana por acatar las órdenes de nuestro padre, pero tampoco albergo intención de dirigirle la mirada. Bajo el agua, Pisínoe no puede ver mis lágrimas de impotencia, y yo no quiero ver la sonrisa con la que acaricia los barrotes de la jaula.

—Tranquilo, hermano, saldrás cuando Gahon digiera al aguaoscura.

No duro demasiado ocultando mi desesperación, que me obliga a enfrentarla, con los nudillos blancos en torno al hueso de ballena.

—¡Kai no ha hecho nada!

La princesa se da la vuelta. Para mi sorpresa, solo es para coger un nuevo vendaje.

Si cierro los ojos, aún puedo sentir en mi piel el cosquilleo que han despertado las manos de Kai, una sensación que se ha impuesto al dolor por un instante... antes de que me la arrebataran. Ahora Pisínoe replica sus movimientos, con más parsimonia que con la delicadeza del humano. Veo en ella a la pequeña y severa sirena de mi infancia. Me venda el brazo con la misma mirada de reproche que usaba cuando, recién descubierto mi don y mi poca destreza, decidí practicar curaciones en mí mismo.

—Padre lleva llamándolo desde que llegó. Tuvo la gentileza de dejar pasar unos días para que sus sentidos se estabilizaran, pues un buen rey, además de justo, es agradecido con quien ayuda a los suyos. —Su tono, aleccionador, se transforma en sentencia—. El aguaoscura ya ha tenido suficiente hospitalidad. Que no perciba la llamada de padre solo significa que es una sirena salvaje que ha perdido el camino. Un insurgente. Un enemigo.

—¡Que no responda al Rey del Mar no lo convierte en malo!

—Quizá no, pero ¿vas a negar que, además de encariñarte de él, has visto la oportunidad perfecta para escapar lejos de tus responsabilidades? Sea aguaoscura o no, esa sirena es una amenaza directa al trono.

—Yo n-no... —Lo que fuera a decir muere en mis labios. No soy capaz de ocultar lo mucho que detesto ser el heredero.

Un largo silencio flota entre nosotros mientras Pisínoe termina de colocarme el vendaje. Muchas cosas terminan también en el oscuro azul de sus ojos; en este momento, es la esperanza.

—De pequeña me preguntaba qué clase de rey serías. Desde hace tiempo sé que serás uno del que todas nos avergonzaremos.

—¡Pues reina tú! Siempre te lo digo, Pisínoe, reina tú. Sé que serías mejor de lo que yo podría llegar a ser, por mucho que me esfuerce.

La mirada de mi hermana brilla con anhelo. Muchos lo llamarían codicia, pero yo sé que, en la superficie, donde no hay agua que ahogue la verdad, serían perlas de impotencia. Me pregunto cuántas veces se habrá visto así en su reflejo: reina por fuera, despojo de una estúpida tradición patriarcal por dentro. Una que nuestro padre se niega a abolir, aun decepcionado con su heredero.

—Si pudiera, no lo dudaría ni un instante. —La princesa es demasiado elegante para apretar los dientes, por lo que impregna su voz de gélido desprecio, de deber y de honor; una mezcla de todas esas cosas que a mí me faltan.

—Solo tengo que desaparecer.

—Seré muchas cosas, pero no una fratricida.

Parece dispuesta a que esas sean sus últimas palabras, pero yo no estoy dispuesto a perder mi última esperanza, aunque quede reducida a un murmullo.

—Pensaba hacerlo. Pensaba desaparecer de todas formas.

—No hay lugar en el mar donde puedas huir de tu deber. Padre siempre te acabará encontrando.

Pisínoe se gira de nuevo hacia la jaula para encararme con la verdad. Para proclamar la mía necesito desviar la mirada.

—No, en el mar no.

—Que no te soporte no significa que te desee el destino que corrió nuestra madre.

Me aferro a los barrotes con desesperación al ver que pierdo a mi hermana también.

—Mentí, ¿vale? Kai es humano. Estaba herido y conseguí curarlo y... no sé cómo lo convertí en una sirena.

—Oh, ¿así que resulta que encima tienes un segundo don?

—No, él... —¿Cómo explicarle que Kai llevaba una cola falsa y que, de alguna forma, la curación le adhirió aquella cosa a su piel?

—No sé qué es más inverosímil: esa historia o que tú hayas logrado curar a alguien. ¿Tanto se ha encaprichado nuestro inocente principito que está dispuesto a convertirse en un fugitivo por un simple desconocido?

—Yo lo metí en esto. Es mi responsabilidad devolverle las piernas. Y también conseguiré las mías.

—Ahora dilo cantando.

Ni esa burla ni mi previo fracaso logran mermar mi determinación. Aún agarro los barrotes, como si pudiera quebrarlos con mi simple fuerza de voluntad.

—No me permitiré fallar: esta vez no se trata de mí, y no puedo seguir posponiéndolo por miedo. Sé que no lo entiendes porque nunca lo has sentido. Nunca has sentido el sol en tu piel ni lo que es anhelar que esta recubra tu cuerpo entero. Los humanos no son malvados y madre lo sabía. Por eso ocultó una corriente en su refugio.

Son escasas las ocasiones en las que Pisínoe se permite quitarse su máscara de seriedad e indiferencia. Casi puedo contar con los dedos las veces que la he visto sonreír de verdad, todas perdidas en recuerdos lejanos, cuando conseguía sorprenderla con algún tesoro de la superficie.

Ahora la consternación resquebraja su máscara hasta dejar paso a una certeza agridulce. Es la misma que yo saboreé hace años, cuando me instalé en el antiguo refugio de nuestra madre y descubrí un camino hacia la libertad enterrado en tesoros a los que no tardaron en sumarse los míos. Es una extraña mezcla de

sensaciones, la del abandono y la dicha ante la idea de que esté viva en alguna parte. Lejos del mar, lejos de nosotros.

De repente, algo más cambia en su rostro. ¿Pensará que tal vez yo podría encontrar a nuestra madre si me marcho? ¿O que si no es tan terrible el destino que me espera en la superficie, tampoco es un crimen dejarme partir y quedarse con el trono? Sus ojos, del azul de las profundidades, nunca me han permitido ver demasiado a través de ellos. Solo por un instante, creo distinguir un retazo de comprensión.

Mi hermana llena el silencio con un suspiro mientras asimila que, al igual que nuestra madre, yo también pretendo abandonar a mi familia.

—Vas a acabar convertido en espuma —murmura justo antes de llamar a las guardias apostadas en la puerta.

Entran con la presteza y el aire amenazador de quien está a punto de enfrentarse a un conflicto. La princesa, sin embargo, las recibe con una sonrisa tan dulce como su voz:

—Abre la jaula, cariño. Qué cansadas debéis de estar... ¿por qué no os echáis un sueñecito?

El tono embaucador de Pisínoe contrasta con el filo calculador de su mirada, a la que le basta un segundo para hacerte caer en las redes de su don. Para dos sirenas que le profesan absoluta lealtad, el efecto es tan inmediato como el cambio en sus semblantes.

La guardia que hace un rato ha cerrado la jaula con gesto amenazador, ahora sonríe al abrirla. Tan pronto como cumplen la orden, ambas se sumen en un profundo sueño.

Aún temo una última jugada de mi hermana cuando salgo con cautela. Los rayos del sol atraviesan el nácar del techo con la misma intensidad que antes, cuando eran juegos de luces en la piel y el pelo de Kai, en esos ojos que prometen el cielo más cerca de las

manos. La libertad, que antes era un pasadizo oculto por tesoros, ahora tiene la forma de una sirena de brazos cruzados mientras mira de soslayo el sendero hacia la corriente.

Aunque en mis exploraciones me he topado con una considerable cantidad de criaturas a las que no conviene acercarse demasiado, mi hermana sigue encabezando el primer puesto. Sin embargo, yo nunca me he caracterizado por mi prudencia.

Siento cómo se tensa nada más recibir mi abrazo, pero acaba por sucumbir, dejando caer las manos lánguidas a ambos lados. Es su manera de corresponder: nunca sentiré su roce en la espalda, pero el silencio compartido y la quietud son el lenguaje de su afecto. Mi hermana siempre ha sido como una roca: está ahí porque debe estarlo, no porque quiera. No es un refugio de cariño y calidez, sino uno de piedra, del tipo que te ampara con su entereza. Por eso solo puede ser producto de mi imaginación el temblor que noto entre los brazos al plantarle un beso en la frente. Al instante, Pisínoe ya me está dedicando su mueca de asco más convincente, aunque haya olvidado apartarse, aunque su voz, siempre firme, ahora no sea más que trémulas vibraciones.

—Más te vale encontrar vivo a ese humano y no volver jamás.

* * *

Hay muchas posibilidades de que Kai esté muerto y de que yo me haya convertido indirectamente en un asesino.

Mientras Pisínoe y yo nadamos hacia la prisión, lejos de la mirada indiscreta de otras sirenas y del resplandor del reino, solo puedo imaginar la sangre en torno a los tentáculos del monstruo marino, manchando por siempre mis manos, condenándome a huir de esa horrible visión lejos del sol. Sin embargo, aún brilla la esperanza:

Gahon no acostumbra a deambular demasiado y mi hermana sigue a mi lado, preparada para ordenar con su voz más persuasiva que abran la cueva.

Puede que a Pisínoe Kai no le importe en absoluto y que asegure que quitarme de en medio y hacerse con el trono es su único objetivo, pero sé que en el fondo esto lo hace por mi felicidad. También sé que Kai estará ahí, esperando. Kai estará ahí, vivo, indemne y a un paso de recuperar sus piernas.

La cueva de castigo asoma a través de incontables bancos de peces. Durante un instante, no hay nada más que ese arcoíris que nos envuelve a mi hermana y a mí; la vibración de su frenético aleteo estampada en nuestra piel. Mi corazón late tan rápido como nadan los peces. El mundo tiembla en consonancia. ¿Un terremoto?

La prisión parece estremecerse con cada sacudida. Espero que Kai no tenga miedo. Pero, sobre todo, deseo que Kai no esté justo cuando estalla la cueva.

15

Libertad



Kai

Quién iba a decirme que el kraken era tan razonable y que las grietas de la cueva podían ceder ante el azote de sus tentáculos. Que a él tampoco le gustaba estar ahí dentro.

Aun así, he tenido demasiados encuentros con la muerte a lo largo de esta semana como para no dudar de que esto sea real. Quizá estoy muerto y el más allá es una lluvia de rocas que disemina la oscuridad de la cueva en la luz más cegadora. En esa luz, hay un fulgor dorado. No es el final del camino, sino el inicio.

—¡Ociel!

Subido en Gahon, extiendo la mano hacia las ondas rojas que ocultan el negro de otra melena. Entre los restos de la avalancha, distingo un brazo malherido —pero bien vendado— que protege la pálida piel de la princesa. Él ha sido rápido en reaccionar, pero es ella quien responde a mi llamada; su rostro, siempre impertérrito, ahora turbado por todos los tentáculos entre los que asoma mi mano.

Pisínoe empuja a Ociel hacia mí. De algún modo, ese gesto parece condensar una despedida más profunda que cualquier palabra. Tras una última mirada, el tiempo recupera su frenesí: sirenas armadas, rocas que vuelan en nuestra dirección y gritos sobre un monstruo, un secuestro y un fugitivo.

El príncipe se agarra con fuerza a mi cintura para no caer entre los violentos tentáculos, que parecen extenderse hacia el infinito tras toda una vida enclaustrado, a merced de la voluntad del Rey del Mar.

Por sí solas, las sirenas no tienen nada que hacer contra esa fuerza arrolladora, pero mientras huimos por el páramo rocoso surgen obstáculos por todas partes. A nuestra espalda, todo un ejército ataca con la fuerza de sus músculos y de sus dones para detener a Gahon. Es la sirena con el poder de controlar la roca —el más inoportuno de todos— la que no se resigna a ver la cueva hecha añicos.

La piedra comienza a cobrar forma a nuestro alrededor, alzándose y tiñendo de sombra la luz que tras tanto tiempo roza al fin esos tentáculos. La prisión se está reconstruyendo con nosotros dentro.

Ociel y yo soportamos el forcejeo mientras esquivamos la roca que se desprende sobre nuestras cabezas, pero cada vez son menos las extremidades del kraken que luchan por la libertad.

Entonces veo a la princesa susurrarle algo al oído a la sirena que controla la piedra. Una simple palabra con el don de Pisínoe basta

para que se detenga. Una lluvia de rocas impacta contra la arena.

Antes de que logre interpretar la mirada que le dedica a su hermano, nos vemos reemprendiendo la huida entre las frenéticas sacudidas del monstruo.

La libertad parece encontrarse en algún punto inescrutable, lejos del esplendor del reino y de toda escama que no pertenezca a los peces que se dispersan a nuestro paso, pero apenas alcanzamos a degustarla cuando Gahon se detiene. Su cuerpo se retuerce, como si luchara contra un enemigo invisible enredado entre sus tentáculos.

Ociel no reacciona al verme hablar con el monstruo. Se encuentra demasiado ocupado balbuceando algo sobre el don de su padre, sobre que la voluntad del Rey del Mar está imponiéndose a la de Gahon y que estamos perdidos. Algo parece dolerle más allá de nuestra inminente captura, pero no tengo tiempo de mirarle el brazo herido: el monstruo agoniza mientras trata de deshacerse del yugo del rey y yo necesito calmarlo. Repetirle, como hice en la cueva, que la libertad le está esperando.

A nuestro alrededor, el agua comienza a ondularse de manera antinatural, acorde al destello cada vez más cercano de la imponente figura del rey. Incluso yo siento el poder que me arrastra hacia él, arrancándome de las manos de Ociel, quien lucha por mantenerme encima de la criatura.

Una fuerza invisible sigue tirando de mí.

El mar me ahoga, enroscándose como una cadena alrededor de mi cuello. Grilletes de agua en torno a mis extremidades. También debe de estar tirando de Ociel, o al menos de esa conexión que comparte el rey con todas las sirenas, pues nuestras manos se separan con uno de sus espasmos de dolor.

Como príncipe, debe de ser un poco descorazonador tener que suceder a alguien con el don de dominar el agua. Ociel poco podrá

hacer con sus poderes curativos más que reunir mis pedazos cuando el rey logre atraparme, pero ahogo mis gritos desesperados en la calma con la que le hablo al monstruo. «Libérate. Libérate».

Unos tentáculos invisibles vuelven a tirar de mí. Al mismo tiempo, los de Gahon levantan una nube de arena entre la que perdemos al rey y a su ejército. Entremezclada con el dolor, percibo la vibración de una corriente. Primero cerca, en algún punto indeterminado; luego una caricia en toda mi piel. Ociel y Gahon están a mi lado. No hay nada más que ellos.

De repente, todo es calma y silencio. Azul y dorado.

16

Una charla sobre la libertad



Ociel

La sonrisa de Kai tiñe de calidez el azul infinito. De algún modo, Gahon le devuelve el gesto con esa cara que, de repente, no parece prometer la muerte tras sus fauces. Yo, sin embargo, no consigo unirme al jolgorio. Tras todo el frenesí, ahora la calma me mantiene inmóvil, a diferencia de la corriente que nos ha salvado, y con un ceño fruncido imposible de disimular.

—¿Por qué no me dijiste que tu amiga era un encanto? —me dice Kai sin mirarme, aunque acto seguido comienzo a cuestionar que se siga dirigiendo a mí—. No, preciosa, nos has salvado tú.

¿«Encanto»? ¿«Preciosa»? Mi relación con Gahon se basa en su decisión de no devorarme, lo cual, en realidad, es todo un detalle merecedor de esos apelativos.

—Kai, ¿qué ha pasado?

—Entiendo que te dé miedo empezar una nueva vida, ¡pero mira todos esos peces! Pues claro que vas a encontrar el amor y tendrás preciosos monstruitos, aunque recuerda que no hacerlo es igual de válido. ¿Cómo que ya eres demasiado mayor? ¡Si estás en la flor de la vida!

A pesar de lo imponentes que resultan los tentáculos de Gahon, nado entre ellos para llegar hasta Kai, quien sostiene uno como si fuera la mano de una vieja amiga. Solo su evidente estado de locura —marcado por esa entonación alegre que creía incompatible con su voz— me impide sentir celos del monstruo.

—Kai, ¿estás bien? —Le enmarco el rostro con las manos en un vano intento de curar su mente, y me encuentro con la claridad de sus ojos azules, esos que se enturbiaron de incredulidad al descubrir un nuevo mundo submarino.

—¿Por qué no iba a estarlo? Todos lo estamos.

—Estás... hablando con un monstruo marino.

Yo también lo hago siempre que me encierran, y por eso sé bien lo que es estar al borde de la locura. Si las sirenas pudiéramos comunicarnos con los monstruos y con los animales, Gahon sabría todos mis secretos.

—Lo mínimo que podrías hacer tú también es escuchar a Gahon. ¿O es que solo te interesaba para contarle tus problemas? No eres el centro del mundo, Ociel.

Mientras trato de no sentirme ofendido, presencio cómo un tentáculo empuja ligeramente el hombro de Kai. Él pone cara de sorpresa, como si se hubiera ido de la lengua, ante la mirada que le dedica la criatura. Quiero sonreír. De verdad que quiero hacerlo para agradecerle al destino esa fugaz corriente de azul en calma y poder sumarme al fin a su extraña broma.

—Kai... ¿Por qué ha explotado la cueva? ¿Qué ha pasado ahí dentro?

Él intercambia una mirada cómplice con el monstruo.

—Una charla sobre la libertad y una milagrosa grieta. Gahon solo tuvo que hacer algo de presión para romper la roca.

Ser prácticamente ignorado por esos dos me permite reflexionar en silencio mientras veo a una sirena hablar sola ante los elocuentes aspavientos de unos tentáculos. De todas las cosas inverosímiles que han ocurrido, lo único que a Kai le parece desconcertante es que me eche a reír.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Tu milagroso don para comunicarte.

17

Distancia interpersonal



Kai

Hay varias razones por las que me encuentro tumbado mirando el techo y una de ellas es haber descubierto las ruinas de unas termas romanas medio sumergidas por las que se cuela el crepúsculo. Es un buen lugar donde descansar tras una huida desenfrenada: ya no me quedan fuerzas. Para Ociel, todo se resume en que la despedida de Gahon me ha puesto melancólico. Aunque tal vez haya sentido un ligero nudo en la garganta, no necesito el consuelo de una sirena.

El príncipe fugitivo tiene la mejilla apoyada en mi estómago mientras me rodea con los brazos. En realidad, me da la impresión de que solo está así para acercarse furtivamente a mi ombligo. La

situación se vuelve aún más confusa cuando le agarro la mano tras intentar en vano zafarme de él de todas las maneras posibles.

Ociel es más lapa que sirena, pero supongo que eso responde en parte a un vacío demasiado reciente que aún no ha tenido tiempo de llenar, como el agua ha hecho con las termas. Abandonar para siempre tu hogar no es una decisión que se tome a la ligera, en medio del caos y la agitación, y eso ha tenido que hacer para salvarme. No importa si él siempre ha fantaseado con huir: no es tan fácil pintar un cuadro como imaginarlo. Del mismo modo, los sueños a veces son más bonitos en nuestra imaginación, donde podemos cumplir nuestros deseos sin tener que hacer sacrificios a cambio. Por ello, me tomo la libertad de acariciarle fugazmente el pelo mientras me maravillo con el fulgor que delata su inexplicable existencia. Su ligero acento de pueblo no la hace menos mágica, solo algo menos mística.

—Creías que hablábamos con los peces —se burla una sirena que, al parecer, no puede comunicarse con criaturas distintas a las de su especie.

El cosquilleo de una risa se extiende por mi estómago. Justo debajo, el cuerpo de Ociel y mi cola comienzan a desdibujarse en el agua turquesa.

—*Parece* que hablas con los peces. ¿Por qué ibas a tener si no una amiga medusa?

Comprendo el sinsentido de mis palabras al recordar cuántos amigos felinos tengo yo en el pueblo, un número que ridiculiza al de humanos. Aun así, tal vez alguien se haya percatado ya de mi ausencia.

—¿Vosotros habláis con los animales terrestres? De ser así, hay unos cuantos asuntos en los que podrías mediar por mí con las gaviotas.

Sé que uno de esos «asuntos» tiene relación con un bocadillo robado que Ociel les usurpó a su vez para degustar los exóticos manjares de la superficie sin traicionar del todo su dieta *algariana.* Ahora que esa es también mi dieta, me planteo robarles bocadillos a las gaviotas, aunque al menos las algas evitan que agasaje a Ociel con un concierto de rugidos hambrientos en su oído.

Sin embargo, incluso las necesidades primarias parecen insignificantes al lado de la revelación que intento procesar entre los últimos destellos del día. A pesar de la naturalidad con la que Ociel ha asumido mi don, yo barajo la locura en la misma medida en que todo esto me parece todavía un sueño. Tal vez por eso necesito que las palabras no solo existan en mi cabeza.

—Gahon... de verdad que te consideraba su amigo.

—¿Le dijiste que tienes un mejor amigo?

Siento la sonrisa de Ociel dibujada en mi piel mientras traza furtivos círculos alrededor de mi ombligo. Le cortaré la mano como se atreva a tocarlo.

—Le dije que no se contuviera al rebañar tus espinas. —Una risa que no logro compartir reverbera en mi torso hasta alcanzar el nudo que tengo en la garganta—. Ociel... agradezco mucho lo que has hecho por mí, por eso mismo supongo que te debo... la oportunidad de que reconsideres todo esto. Renunciar a tu hogar y al trono no es una decisión que se tome a la ligera. Tu padre aún podría perdonarte.

Cada palabra me ahoga con el frío y la soledad del mar al tiempo que me vacía por dentro. La idea de renunciar a toda ayuda se confunde en mi piel con el fresco de la noche, que Ociel insiste en ahuyentar con su calidez. Él no tiembla, aunque haya dejado atrás la luz que se filtra por el nácar, el jardín de las estatuas y todos sus tesoros, entre los que ahora soy consciente de que se esconde la

esquiva sonrisa de su hermana. Que él me haya quitado algo no significa que yo desee arrebatarle todo eso.

Los ojos de la sirena nunca dejan de ser aguas cristalinas, un mar turquesa que muestra sin reparos cada secreto que oculta en la arena. Aunque yo no sepa nombrar los peces y las conchas más que de manera genérica, me pregunto si con este poder aprenderé el nombre real de cada cosa. Por el momento, lo que veo en su mirada es una inquebrantable determinación salpicada de melancolía y luz de luna.

—Debía marcharme para que ella cumpliera su propósito de reinar, pero también para cumplir mi objetivo. Esto no solo se trata de remordimientos y de ti.

Ociel se ha apartado para dejar un reguero de gotas alrededor de sus codos en el bordillo de las termas, medio sumergidas como nosotros. Su pelo se extiende a su espalda como una laguna de atardecer, confrontada a la noche que asoma entre los arcos. Las columnas reducen el lugar a una penumbra acogedora salpicada de destellos; el agua, solemne y silenciosa, parece el lugar idóneo para un suceso mágico, como convertirse en sirena. Pero yo ya he vivido ese momento y ha resultado no ser tan maravilloso. Lo es todavía menos cuando Ociel se separa de mí y el frío reclama cada poro de mi piel que él ha rozado. Ha aprovechado el contacto para tratar en vano y sin demasiadas esperanzas de devolverme las piernas con sus poderes. La agridulce idea de recuperarlas en un lugar abandonado y desconocido se mezcla con la soledad.

—Piénsalo de todas formas. Si al final decides volver, no te lo echaré en cara.

De nuevo, esa manía suya de sonreír en todo momento.

—Pero bueno, Kai, ¿qué ibas a hacer tú sin mí?

Tener menos problemas y más posibilidades de que el Rey del Mar acabe olvidando mi existencia. También, sentirme terriblemente solo y perdido porque, a pesar de todo, valoro la capacidad de Ociel para llenar con su presencia esta inmensidad helada y oscura.

—Además —continúa—, si te abandono, no tendré a nadie que me guíe en la superficie, y yo sigo sin entender muy bien eso de la ropa interior.

Antes de que siga fantaseando con comida o un pudor que le es ajeno, existe todo un abismo de detalles que debemos cubrir. A pesar de que el plan implica a una bruja, una voz que robarle y una criatura ancestral a la que entregársela a cambio de unas piernas, no logro organizar la prioridad de mis preocupaciones.

—¿Duele? —Mi murmullo recibe un encogimiento de hombros, más débil en el brazo vendado—. No me refiero a tu herida, sino a...

¿Cómo ha llamado él a eso que le produce dolor? *Desarraigo*.

—Solo cuando mi padre me llama. Pero se pasará. Dejaré de sentirlo, porque así es como debe ser.

Ociel habla de desligarse del Rey del Mar como si se tratara de su herida, aunque, al fin y al cabo, tal vez no sea algo demasiado distinto: un hueco abierto en la mente o en el alma por el que ese don de los monarcas se cuela. Me ha explicado que se hereda con el trono y que nada tiene que ver con la capacidad de su padre de controlar el agua. Aunque desconozco los pormenores de su naturaleza hereditaria, sospecho que el príncipe lo utilizaría incluso menos que su habilidad innata para curar. No por ello debe de resultarle más fácil ceder al estado «salvaje» que implica la liberación. Pero si para Gahon ha sido posible, para él, que no conoce límites, también lo será.

—Lo que sea, me avisas, ¿vale? Prefiero aguantar tus lloriqueos a que finjas esa irritante sonrisa tuya.

He escogido cada palabra cuidadosamente para evitarlo, pero aun así Ociel sonríe.

—Oh, Kai, te preocupas por mí.

Forcejeo en vano entre los brazos de una sirena que no conoce la distancia interpersonal.

—Me preocupo por que me seas de utilidad.

Me recuerdo eso mismo mientras miro las estrellas a través de las grietas. Lejos del frío del agua y de la piedra, la piel de Ociel me hace soñar con una orilla salpicada de nuestras huellas; su calidez, con el sol que brilla sobre los acantilados de mi hogar.

18

Más como siempre



Ociel

Todo sería mucho más fácil si conociera un camino directo a la guarida de la señora Coral, pero todo lo que conozco es la trágica historia de amor de esa bruja con mi abuela y la existencia de esa corriente que, solo una vez al año, aún las conecta.

Kai asegura que está recabando información sobre el paradero de la bruja, pero más bien parece estar de cháchara con los delfines. Los animales emiten un chillido agudo que él corresponde con una risa agradable y musical nacida de sus entrañas, donde normalmente anidan frases cortantes y amenazas que ilustran la gastronomía de la superficie.

Tras varios días observándolo en un hábitat libre de peligros, puedo concluir que Kai tiene dos personalidades: el chico reservado que es con los seres antropomorfos (humanos y sirenas) y aquel a quien todo animal con el que entabla un mínimo de conversación le

parece adorable, incluidas las morenas que muy amablemente le han gruñido.

A pesar de que las habilidades sociales de Kai son estrictamente selectivas, no siento recelo alguno por que considere a una esponja de mar más amiga suya que a la sirena que se desvive por su seguridad. Me gusta observarlo desde la distancia, igual que siempre he contemplado ese mundo al que no pertenezco y que aquí tenemos para nosotros solos: una isla desierta que salpica las cristalinas aguas de arena dorada y espesura verde. La corriente que nos permitió huir del reino nos ha traído a un lugar más que agradable.

Si tuviera piernas, no perdería ni un segundo recostado en las rocas, sino que saldría corriendo hacia los árboles donde, según Kai —una fuente especializada en asuntos terrestres—, aguarda alguna criatura hambrienta con predilección por los pelirrojos. Lejos de disuadirme, eso solo me insta a soñar más con el día en que esparciré mis propias huellas por la arena. Por el momento, debo resignarme a salpicarla, algo que Kai no recibe con agrado.

—¿Te doy un pin o un aplauso? —dice.

Para alguien que se pasa el día empapado, su expresión denota una molestia desmesurada por unas pocas salpicaduras. Sin duda es envidia por mis piruetas.

—No sé qué es un pin, pero podrías pedirme que te enseñara.

—Para eso tengo a los delfines.

Lanzo una mirada suspicaz hacia su espalda. Tan encantadores como parecen, bien podrían estar guiando a mi padre hacia estas cálidas y remotas aguas. Sería solo una más de sus muchas perversidades.

—Son criaturas convenidas, Kai, demasiado inteligentes.

—¡Ahora todo tiene sentido!

Para cuando comprendo que es una broma relacionada con mi intelecto, él ya está huyendo.

Por desgracia o por fortuna, no ha sido una sirena toda su vida, por lo que no me cuesta seguirle el ritmo por el arrecife de coral. Por una vez, soy yo quien se camufla mejor en esta explosión de coloridos peces y corales, donde Kai parece un fragmento de aguas más profundas, con el oscuro azul de su cola y su pelo negro. El brillo de sus escamas refleja el turquesa que nos envuelve.

Lo persigo con más entusiasmo que esmero para que la diversión no termine cada vez que se queda embobado viendo las tortugas y los peces, que se dispersan en una nube de coloridos destellos al retomar nuestra persecución.

Al fin, lo atrapo junto a unas rocas en las que hemos pasado las últimas mañanas tumbados al sol del verano. Los pocos días tras nuestra huida, que estamos aprovechando para organizarnos y recuperarme, se asemejan bastante a las vacaciones que le he arrebatado.

A diferencia de las otras ocasiones en las que he tratado de abrazarlo, esta vez la situación invita a que Kai se revuelva. Al final, deja caer los brazos a ambos lados, un gesto que me inunda de nostalgia al mismo tiempo que me hace sentir en casa. Parece un alma tan afín a mi hermana que lamento las circunstancias en las que se han conocido; aunque él, a diferencia de ella, establece un ligero contacto físico. Apenas siento el roce de sus dedos en mi brazo mientras murmura:

—Estás mejor.

Lo estoy gracias a él, que ha buscado incansablemente las algas necesarias para el vendaje, el cual cambia y revisa con una frecuencia exagerada. Por eso puedo abrazarlo ahora sin sentir una punzada de dolor más allá de esa que siempre está presente,

enterrada junto al tirón que ejerce mi padre en las profundidades de mi ser.

—Y tú tienes mejor color —aprecio al notar el contraste cada vez menos notorio de su piel junto a la mía—. Ya no pareces un coral enfermo.

La tenue risa de Kai reverbera en mi pecho, más parecida al rumor lejano y nostálgico de las olas que a diversión genuina.

—Creo que acabas de insultar a toda tu especie.

Él tiene ese tipo de piel que el sol le oscurece a los humanos al instante, volviéndola cálida y luminosa, mientras que lejos de sus rayos se acaba tornando algo grisácea, desvaída. Aunque no por ello resulte menos hermosa —es, de hecho, el canon de belleza de las sirenas—, me recuerda a lo que ocurre con las conchas fuera del agua: se deshidratan y pierden la viveza de sus colores. Kai está hecho para el agua.

—Es solo que así pareces más tú —explico en un murmullo a su espalda. Su pelo desprende un perfume hipnótico, como si nunca se le fuera del todo ese toque dulce que comparte con su ropa y que lo ancla aún al mundo con el que sueño—. Más como siempre.

—¿Qué? ¿Qué has dicho, Ociel?

—Digo muchas cosas a lo largo del día y no todas tienen sentido. Ya sabes, por eso de que los delfines son más inteligentes que yo.

—¿A qué te refieres con «como siempre»? Para ti, siempre he estado desteñido.

Podría mentir. Tras media vida escabulléndome a la superficie, las mentiras salen con facilidad de mi boca. Pero con Kai soy incapaz de hacerlo. Por eso, cuando no funciona el silencio, salgo huyendo.

19

Aguas cristalinas



Kai

Queda demostrado quién de los dos no es una sirena de nacimiento cuando pierdo a Ociel en cuestión de un pestañeo. O tal vez sea que aún estoy desconcertado.

Mientras mi confianza en él se va deshaciendo en la estela que deja entre las rocas, la parte de mí que se ha dejado abrazar sabe que no ha ido demasiado lejos. Ociel siempre está ahí, quiera yo o no, aunque ahora no sepa hasta qué punto.

Lo encuentro a través de una gruta submarina que desemboca en una cueva parcialmente sumergida. Cuando tenía piernas, nunca dudé en bucear por el más angosto agujero mientras fantaseaba con

descubrir algo extraordinario. Ahora el destello de las escamas de Ociel es ese tesoro, apenas una pincelada entre las rocas sobre las que asoma su pelo. Siempre he soñado con encontrar una sirena, tanto que no me habría espantado la posibilidad de que intentara ahogarme. Envuelto en oscuridad y silencio, la que conozco ha dejado de ser un mar cristalino de intenciones puras.

—No es lo que parece —musita con el rostro enterrado en la cola. Es extraño cómo la marcada musculatura de sus brazos puede hacerlo parecer tan frágil en esa posición, aferrado a un tenue resplandor dorado.

Sin embargo, hace falta algo más que una carita de pena para conmoverme.

Mi voz suena firme y fría, tan serena que engulle las notas trémulas de la suya.

—¿Y qué es lo que parece, Ociel?

—No es lo que parece —repite. Busco su mirada para ver si son los ojos de un mentiroso, pero el aguamarina es un color esquivo en la penumbra—. Tú... siempre estabas por todas partes. Lloviera o tronara, no había ni un día que no fueras a la playa. ¿Y qué si el día de la tormenta no fue la primera vez que te vi? Ni siquiera te reconocí al principio. Habías desaparecido durante mucho tiempo.

Se me forma un nudo en la garganta al descubrir que nunca he estado solo en el agua. Mientras yo soñaba con no salir del mar, una sirena dibujaba huellas en la arena. Son sueños tan opuestos que resultan más aptos para un intercambio que para ser compartidos, pero aquí estamos los dos ahora, anhelando unas piernas.

Me esfuerzo por ignorar que ese nudo también viene de darme cuenta de que ha sido consciente de mis tres años de ausencia.

—Y qué. Eso digo yo. Tanto que te gusta hablar, podrías habérmelo contado.

—Entonces habrías pensado lo que estás pensando ahora.

La respuesta queda en un murmullo. A su lado, mi tono parece ofensivamente alto. Tal vez es un mecanismo inconsciente para no delatar lo acelerado que tengo el corazón.

—¿Sí? ¿Qué estoy pensando?

—Te juro que no te convertí en una sirena a propósito.

—¿Por qué ibas a hacer eso?

No encuentro ninguna satisfacción en alargar el tema, pero no seré yo quien diga que Ociel es una sirena con carencias afectivas obsesionada con la superficie. No seré yo quien insinúe algo tan terrible que me obligaría a apartarme de su lado. Y no lo haré por temor a quedarme solo, sino porque no lo creo capaz de algo así. Pero, aunque el príncipe transmita una familiaridad que invita a relajarse en su presencia, la realidad es que no lo conozco. No sé lo que significan sus silencios ni sus miradas esquivas, por mucho que sus ojos parezcan aguas cristalinas.

—Kai, no es así. No te convertí en sirena por unos sentimientos egoístas que estás presuponiendo. Solo quería salvarte, como habría hecho con cualquiera. Tampoco se te ocurra pensar que eres el motivo de que quiera piernas.

Aunque el rostro de Ociel está oculto por su pelo, mi vergüenza queda expuesta ante las paredes húmedas de la cueva. Dicho en voz alta, suena prepotente insinuar que yo haya podido significar algo para él, pero tampoco puedo ignorar que los humanos lo maravillamos tanto como a mí las sirenas. Aunque seamos tan ordinarios que no alcanzo a comprender qué magia ve en nosotros un ser con escamas doradas y un don curativo.

—Aquí nadie ha hablado de sentimientos. Solo de tus tesoros de la superficie. —Suspiro a su lado, dejando caer la cabeza contra la roca —. Considerando que ya no tengo nada que llame tu atención, daré

por hecho que esta cola fue un accidente y que decidiste callarte porque no me he mostrado especialmente confiado.

Ociel no da por zanjado el asunto. Sigue perdido en sus murmullos, en una playa llena de cuevas ocultas en los acantilados.

—Siempre me mantuve alejado de ti.

Me dan ganas de reír. Es tan surrealista como cierto el hecho de que no me lo habría podido quitar de la cabeza si hubiese sido yo quien lo hubiera visto primero. En una versión de los acontecimientos distinta, sería yo quien se desviviría por ganarme la amistad de una sirena. Aunque me muestre esquivo, en el fondo lo prefiero así, despojado de una fantasía que me habría impedido conocerlo como es de verdad. Si hubiese conocido a Ociel con mis piernas, nunca habría descubierto que se le escapa una sonrisa cuando me zafo de sus abrazos furtivos. En cambio, habría dejado que me arrastrara hasta las profundidades con tal de que no se fuera.

—Está bien, sirenita, no estoy enfadado.

Algo anda mal cuando no me responde «humanito».

—Puede que haya robado unas cuantas cosas a lo largo de mi vida —insiste—, y que no tenga reparos en volver a hacerlo, pero nunca la libertad. Antes que la mía, va la libertad que te he quitado.

Pocas cosas me irritan tanto como tener que repetirme, así que le agarro la barbilla para asegurarme de que me mira a los ojos mientras hablo.

—Está bi... —Una perla resbala por su mejilla hasta caer en mi mano. En cuanto la suelto, su brillo iridiscente se pierde en el agua. Temo por un instante que el de sus ojos desaparezca del mismo modo, pero unas pocas palabras bastan para hacerlo regresar—: Confío en ti.

20

Una fama inmerecida



Ociel

La confianza de Kai es algo que me ha devuelto la sonrisa, pero que no me he ganado. Desde que abandonamos la isla para seguir buscando a la bruja, más bien, parece una piedra en precario equilibrio: inmóvil en apariencia hasta que un simple roce te la echa encima. Aunque haberme jugado la vida por él debería ser motivo suficiente para que se fíe de mí, el trato que ha recibido por parte de mi especie y la omisión de información de la que soy culpable no equilibra demasiado el asunto. La idea de que pueda creer que decidí arrastrarlo a las profundidades por un enamoramiento despierta en mí la imperiosa necesidad de hacer un agujero en la arena y esfumarme.

Su actitud, por el contrario, no ha cambiado. Aunque no sé si es de agradecer, me lleva a sospechar que esas especulaciones solo siguen en mi mente y que él, de algún modo, ha llegado a

conocerme lo suficiente como para saber que yo no haría algo así. En mi corazón, la superficie abarca un espacio tan grande que no deja lugar para nada más, pero es precisamente el hecho de que Kai pertenezca a ella lo que me atormenta con la culpa de haberle arrebatado a la tierra algo invaluable.

Mientras día a día la perspectiva de una gran aventura va deteriorándose por las amargas circunstancias en las que he abandonado el reino, me paro a pensar en todo lo que le he arrebatado a Kai además de las piernas. Durante los primeros días, se lamentaba mucho por su trabajo, un asunto que parece entrar en conflicto con la extraña carcajada con la que en una de esas ocasiones afirmó: «Ya no tengo que trabajar». Me parece una tragedia que por mi culpa el mundo se prive de sus dibujos y de sus estatuas, que no son de mármol ni de ningún material que pueda describirme, que crea con una *pantalla*. Pero, por mucho que eso me explote la cabeza, aún me queda espacio para pensar en los seres queridos que Kai ha dejado atrás.

—¿Tienes hermanos? —le pregunto mientras nado de espaldas para estar cara a cara. Algo que podríamos haber tenido en común acaba con una negación de cabeza—. ¿Abuelos?

—No que vivieran doscientos años.

Qué situación tan incómoda. Casi tanto como lo sería si no fuera consciente de que no debo preguntar por sus padres. «*Se me olvidó avisarte*». Recodar la expresión con la que oyó eso me parte el corazón.

—¿Amigos? —Un gruñido suena demasiado similar a un «Desde luego que tú no»—. ¿Pareja?

—Hay cosas mucho más interesantes por las que podrías preguntarme. —Mis cejas alzadas no ceden su posición hasta que suelta un resoplido—. No.

Me pregunto si tendrá algo que ver con su encantadora personalidad o es simplemente elección propia mientras lo rodeo con una sonrisa en las aguas solitarias que surcamos. Aunque siempre haya vida oculta en las rocas o en la arena, en este momento siento que solo estamos nosotros dos.

—Bueno, Kai, por suerte para ti, tu mejor amigo, quien se preocupa por tu seguridad y por que no te sientas solo en este mundo desconocido, tiene un regalo para ti.

A pesar de lo mucho que trato de ganarme su confianza, me dedica una expresión suspicaz.

—¿Por qué me ofreces un regalo justo después de preguntarme si tengo pareja? Si albergas intenciones ocultas, prefiero rechazarlo.

—Es casualidad. —No siento dolor al propinarle un codazo con el brazo herido, donde sigue aplicando algas con la esperanza de que se atenúe la cicatriz—. Cierra los ojos.

En realidad, mi pregunta ha sido algo conveniente, ya que las sirenas tienden a ser algo posesivas (me permito pensarlo en tercera persona). Puesto que ese aspecto del carácter humano me resulta bastante ambiguo, prefiero no arriesgarme a que una persona con sentimientos por un chico huraño me enseñe los colmillos en la superficie. De no haber evitado eternamente emparejarme —algo en lo que mi padre insiste con la esperanza de que le dé un heredero digno—, sería Kai quien se habría visto envuelto en un malentendido.

Cada día admiro la tobillera de mi cola, pero, sobre todo, me hace sonreír la naturalidad con la que Kai me la puso, como si una parte de mí pudiera encajar en su mundo. No solo a modo de disculpa, sino por su conexión con el mar, quiero hacerle sentir del mismo modo. Por eso ahora es él quien observa una joya similar en su aleta.

—No te contengas en admirar la artesanía de una civilización submarina, Kai —lo apremio al reparar en su sorpresa. Mi voz irradia tal confianza que disimula bien mi nerviosismo—. Es... una tobillera. Espero que la aceptes como símbolo de nuestra amistad.

—Me la has puesto sin opción a que la rechazara. —Al fin retira la mirada de los destellos que he estado ocultando desde la isla desierta, cuando empecé a recolectar las conchas y piedras más bonitas que encontraba. Ninguna rivaliza con la sonrisa que en este momento transforma su rostro—. La acepto, Ociel. Es preciosa, gracias. ¿Esta trenza roja... es tu pelo?

—Normalmente habría usado cuerda, pero al venir de la superficie pensé que te parecería cutre y no el tesoro que es. ¿Te da... asco?

—¿Qué dices? Esto sí que es un tesoro.

Contengo el impulso de salir disparado hacia arriba y hacer piruetas hasta que me falte el aliento. Kai mira mi regalo como si fuera lo más valioso del mundo y no una simple baratija, a pesar de que mis manos no están hechas para hacer dibujos ni esculturas ni ningún artefacto mágico de la superficie. Él ve magia en el azul frío e insondable, en las hebras rojas trenzadas sobre su aleta y en cada destello que para mí es el reflejo de un mundo inalcanzable.

De repente, me siento como algo completo, y no como la imagen desdibujada de lo que podría haber sido si la piel continuara más allá de mi cintura. Su tez cada vez se acerca más al punto de fundirse en color con la mía y deseo comprobarlo con un abrazo, pero él se me adelanta de una forma distinta: entrelazando nuestras colas. Las observo perplejo.

—¿Qué? ¿Tú te pasas el día intentando toquetearme y yo no puedo ni rozarte?

Me quedo sin habla mientras me obligo a recordar que Kai no está familiarizado con nuestras costumbres. Él solo está admirando lo

bien que quedan nuestras tobilleras juntas, no cortejándome descaradamente.

Si tuviera voz, le explicaría que entrelazar las colas es algo así como lo que va después de un beso. Y, aunque mi nerviosismo delata que es algo que yo nunca he hecho, él me degollaría al recordar que no estoy en lo cierto: llené toda su cola de destellos dorados para fingir delante de mi hermana que era mi amante —y no un humano secuestrado— cuando él intentó huir hacia la superficie.

—S-sí, es solo que... —Estoy buscando una forma sutil de explicar el malentendido cuando él deja de prestarme atención. Sus ojos están fijos en la distancia. En una sombra—. Kai, no te asust...

—¡Un tiburón!

Estoy demasiado alterado como para diferenciar en su tono la emoción del terror, y que nada hacia delante en lugar de escapar.

Antes de alcanzarlo, él ya ha pasado con suavidad la mano sobre su hocico y ahora lo está acariciando. No logro conciliar esta escena con el pánico que los humanos les tienen a los tiburones. O, al menos, eso demuestran sus gritos cada vez que chapoteo demasiado cerca de la costa y me confunden con uno.

—Tienen una fama inmerecida. Qué precioso —comenta abstraído.

Me ahorro responder que yo también soy precioso y que me dejo acariciar. Prefiero escuchar con asombro que esta no es la primera experiencia de Kai nadando con tiburones, aunque según él no puede compararse. A mí me parece más fascinante el hecho de que cogiera una gaviota gigante llamada avión y, andando con esas piernas suyas, se zambullera con tiburones gracias a ciertos artefactos que permiten respirar bajo el mar. Agua, tierra y aire. Nada queda fuera del alcance de los humanos.

El tiburón parece altamente complacido con los rascamientos mientras recibe conversación. Sin apartar la mirada y solo para que no piense mal de él, Kai señala que nada más se atreve a tocarlo porque ahora él también es una criatura marina: los humanos deben explorar el mar desde el respeto y la distancia.

¿Acaso no soy yo también un ser acuático? Me siento tan excluido de la escena como de las muestras de afecto. Cuando Kai al fin me mira, su expresión está lejos de ofrecerme esa devoción.

—Dice que ha visto a un grupo de sirenas buscando algo. Andan cerca.

—*Nadan* cerca —lo corrijo al cruzarme de brazos—. Las sirenas buscamos muchas cosas, Kai.

Como que deje de rascar al tiburón para acariciarme a mí. Esa idea me acelera tanto el corazón que su nuevo mejor amigo comienza a mirarme como a una presa desvalida. Lo soy, en cierto modo. Y es que no son pocas las veces al día en las que tengo que aguantar el dolor que me causa el proceso de desarraigo, como si cada gota que me aleja de la voluntad del Rey del Mar me aguijoneara el cuerpo. En los peores momentos, me asalta el deseo de dejar de resistirme y volver con él para acabar con esta agonía.

Kai me ha pedido que no se lo oculte si me duele, pero solo ahora comprendo que hacerlo es otra forma de traicionar su confianza, como si él pudiera saber que cada vez que trato de abrazarlo es para ahogar el dolor. Para reprimir la fuerza que tira de mí hacia un palacio donde solo me espera el más duro de los castigos.

—Ahora están a cinco bancos más o menos —añade el traductor —. No sé qué es eso.

Significa que eso de lo que huimos acaba de aparecer en la distancia.

21

Una inefable calidez



Kai

Aun sin la vista privilegiada que me ha concedido la curación de Ociel, el Kai miope y con un astigmatismo que va en aumento se habría percatado de que algo se aproxima. Al principio, es el mismo borrón en el que el mundo se convierte cuando me quito las gafas, pero no tardo en distinguir el color de al menos una decena de colas y, sobre ellas, una perfecta alineación de rostros poco amigables.

Hay muchos habitantes en el océano y el hecho de que las sirenas no sean especialmente simpáticas no es razón para presuponer nada. Puesto que me acompaña una llamativa mancha de rojo, dorado y piel morena, es lógico que todas las miradas se claven en

Ociel. Sin embargo, las opciones más optimistas se desvanecen en cuanto se desvían hacia mí.

Le suplico al tiburón que nos gane algo de tiempo, a lo que responde con una mirada firme y una lustrosa colección de dientes. Estoy tan alterado que ni siquiera se lo he pedido por favor —una descortesía que los delfines jamás me hubieran perdonado—, pero el pez, a quien he bañado en sinceros halagos por su magnificencia, se toma la amenaza como algo personal.

Al tiempo que un torbellino sale disparado hacia delante, nosotros lo imitamos en la dirección opuesta, sin permitirnos siquiera echar un vistazo a cómo se dispersan nuestras perseguidoras. Sin embargo, uno contra un grupo apenas supone una amenaza —considerando que las sirenas no tienen depredadores naturales—, por lo que solo ganamos unos preciados segundos de ventaja para lanzarnos hacia la nada.

Excepto por unas cuantas rocas, estamos en un páramo sin opciones para esconderse, y mi lentitud tampoco ayuda. Las colas son como las piernas y, aunque yo también tenga un aspecto atlético, es evidente que mis capacidades no están a la altura. Cuando jugamos a perseguirnos, Ociel me deja creer que soy rápido, pero ahora tiene que cogerme de la mano para no dejarme atrás mientras, por mi culpa, nos ganan terreno.

Nuestra única esperanza es encontrar un lugar para escondernos o alguna corriente móvil, aunque nos arrebate el camino que ya hemos avanzado hacia la guarida de la bruja.

Descubro que las tenemos encima cuando entramos en el radio del conocido don de una de ellas. Las rocas, como ocurrió con Gahon, se elevan y cambian de posición para entorpecernos el camino, agrupándose para aprisionarnos.

Siento su áspero roce en las escamas al pasar de milagro entre ellas gracias a que Ociel sigue tirando de mí. Mi mente humana no está preparada para reaccionar a tal velocidad, pero lo que me preocupa es que él, de repente, comienza a volverse torpe.

Comprendo que lleva un rato luchando contra el dolor que me sigue ocultando y que su padre está a punto de atraparnos sin encontrarse siquiera presente.

Justo cuando voy a darme por vencido, capto el murmullo de unos peces. El príncipe fugitivo no duda cuando tomo el control y lo guío, nadando con todas mis fuerzas entre las traicioneras rocas. Cuando todo se vuelve arena, aparece el naufragio. Aunque las tenemos detrás, no nos queda más remedio que adentrarnos.

La velocidad no es buena amiga de los barcos destrozados. Lo aprendo cuando, al atravesar una grieta a modo de puerta, me clavo una astilla.

—¡Kai!

Apremio a Ociel para que sigamos hacia delante, pero descubro que apenas puedo moverme. Es irónico cómo el dolor parece pertenecer a otro cuerpo mientras siento mi mente tan lejana, advirtiéndome de que lo que estoy a punto de hacer no es lo más recomendable.

Aun así, me saco la madera astillada del costado.

Una nube roja llena la penumbra sin que apenas logre reprimir un grito. Si algo me mantiene en pie, es la esperanza de que el olor de mi sangre contribuya a desorientar a las sirenas y oculte nuestra ubicación.

El rostro de Ociel es de puro pánico tratando de curarme. Cuando comprende que no tiene tiempo de hacerlo, tira de mí hacia la oscuridad.

La tenue lumbre del exterior dibuja la silueta de los peces en las mismas zonas astilladas con las que he tenido la desgracia de rozarme. Más allá de la evidente catástrofe, el barco transmite un aura de pesar, como si los espíritus de sus tripulantes vagaran aún alrededor de los esqueletos que rozamos en nuestro cauteloso avance.

Algo cruje. Ociel me aprieta la mano con fuerza mientras yo presiono mi costado, donde el dolor recalca el hecho de que sigo vivo. Probablemente al borde del desmayo y contagiado de mil enfermedades. Sin embargo, no pierdo la determinación; si por algo tengo ventaja aquí siendo humano, es por conocer mejor la distribución de los barcos.

Rezo para que las sirenas no piensen demasiado en la existencia de las trampillas mientras dejo escapar una nube de sangre lejos del escondite que he encontrado y regreso con rapidez.

En la oscuridad más absoluta, no hay espacio para imaginar cuántas criaturas o esqueletos nos acompañan, sino que cada uno de mis pensamientos se va diseminando: uno sobre ese reconfortante fulgor dorado, otro por la mano que aprieta la mía contra la herida y otro por el pecho que me envuelve con calidez y temblores. El último, por los labios que tengo hundidos en el pelo, murmurando incontables súplicas.

—No pasa nada, Ociel —susurro para que no me oigan, pero también porque no me sale la voz—. No es tu obligación curar a nadie. No vales menos sin tu don.

—No voy a dejarte m...

—No voy a morir —completo lo que él ha dejado en un sollozo ahogado—. Estoy bien.

—No.

Quiero replicar que lo estoy en la misma medida en la que él siempre afirma encontrarse bien, pero los pensamientos se deshacen antes de convertirse en palabras.

—Abrázame.

—Eso hago...

—Más fuerte.

—Kai...

—Sin temblar.

Ociel obedece como puede. El sueño me arrastra lejos, al tiempo que su firme contacto me mantiene en el sitio. De nuevo, el fin se acerca con una luz dorada en la oscuridad. Pero esto no parece el final, sino un lugar en el que descansar un poco sobre su hombro y soñar con sirenas.

Quiero repetirle que todo está bien, que su existencia ya es de por sí demasiado extraordinaria como para exigirse emplear esos poderes inexplicables, pero no logro decir nada, mientras que él murmura sin parar mi nombre.

—Ociel —consigo susurrar, o creo hacerlo—. Está bien.

Mis dedos se aflojan en torno a los suyos cuando trato de cogerle la mano.

La oscuridad es dorada y el dorado, un sueño. El sueño, una inefable calidez.

22

El sonido y su significado



Ociel

Lo abrazo con todas mis fuerzas para que no se marche, pero Kai se me escapa irremediablemente.

—¡Esas confianzas, Ociel! Una experiencia dramática en común no te da derecho a sobarme.

Es difícil relacionar las mismas manos que buscaron las mías con las que ahora me empujan por los hombros en un intento de despegarme de su costado, justo donde mi mejilla reposa sobre piel tersa e indemne. Estoy tan concentrado en venerar esa zona donde antes había una herida mortal que ni siquiera reparo en que hay un fascinante ombligo desprotegido.

—Confiaste en mí —murmuro contra su torso.

Por un momento, Kai deja de empujar.

—Te dije que no iba a morir. Mientras a ti no te pase nada, puedo considerarme inmortal.

Lo parece. Recortado contra el azul cristalino de un arrecife lleno de vida y lejos de la fúnebre oscuridad del barco, toda la sangre parece pertenecer a una pesadilla. El rojo solo está en mi pelo y en los corales. Kai desprende ese perfume dulce y melancólico de la superficie, no el olor inconfundible de una presa herida.

Aún no logro decidir si ha sido valiente o insensato el modo en el que ha confundido a nuestras perseguidoras con su sangre hasta el punto de que se marcharon a buscarnos en otra parte, quizá convencidas de que habíamos encontrado una corriente móvil. Si ha sido desesperación o algo distinto: una certeza que late en las palmas de mis manos, pero que se vuelve trémula en mi voz.

—Confiaste en mi don.

Un don inútil que solo me convierte en lo mismo.

—Sería estúpido no hacerlo. Desde luego, es más útil que lanzar piedras. Diría... que maravilloso, si no se te subiera a la cabeza.

—¿Soy maravilloso?

La luz resplandece sobre la cabeza de Kai cuando alzo la mirada. No tengo claro si arriba hace un día radiante o si ese es el color de la felicidad. En cualquier caso, se adhiere a cada parte de mí que siempre ha sentido impotencia. Ahora es luz. Alegría.

Kai no me borra la sonrisa al plantarme una mano en la cara mientras él aparta la suya.

—Tú no, tu don. Tú, si eso, un maravilloso incordio.

—¿Así me agradeces que haya vuelto a salvarte la vida? —Una fingida seriedad reprime a duras penas las comisuras de mis labios. Un Kai borde es un Kai lejos de la muerte.

—Ya te he dado las gracias, ¿qué más quieres?

—Como mínimo, que te dejes abrazar como cuando estabas moribundo.

Para mi sorpresa, parece considerarlo.

—Me lo pensaré... si me pillas.

Dura frente a mí mucho menos de lo que yo tardo en darme cuenta de que está jugando. Justo cuando se convierte en una pequeña mancha azul, salgo disparado.

No tardo en posicionarme a su espalda. Si estiro el brazo, casi puedo rozarle la punta de la aleta. Mientras que otras veces me he quedado rezagado para alargar la diversión lo máximo posible, esta vez no dudo en forzar los límites.

La inminente derrota insta a Kai a acelerar con todas sus fuerzas. Me sorprendo teniendo que esforzarme para volver a alcanzarlo. A base de momentos así, ha ido adquiriendo velocidad, convertido en un torbellino que disemina los bancos de peces y agita las algas.

La victoria es algo ambigua porque hemos alcanzado a la vez la orilla. Su dorado húmedo y centelleante acoge a dos sirenas rodando entre el último suspiro de las olas. Tras todo el esfuerzo, Kai ha acabado jadeando y se rinde al fin a mi abrazo. Su corazón late con fuerza en mi oído. Si cierro los ojos, ya no veo el naufragio; si los abro, el cielo me devuelve el color de su iris.

Cuando nos serenamos, nos tomamos un tiempo para inspeccionar el entorno: un sendero de conchas sin huellas, a excepción del trazo triangular de las gaviotas, indica junto con la espesura que hemos llegado a otra isla desierta. En realidad, es mucho más fácil toparse con una de estas que con una zona habitada, razón por la que la corriente de mi refugio siempre ha sido el mayor de los tesoros.

Las olas de una mañana soleada rompen perezosas contra los acantilados teñidos de verde, un pedazo más salvaje de ese lugar del que no pudimos despedirnos. Nos recostamos en la orilla mientras el turquesa besa nuestras colas y el sol nuestra piel. La de

Kai es ya un destello dorado más de la arena que hace resaltar sus ojos expectantes, entornados por el sol y una tenue sonrisa.

Se me forma un nudo en la garganta al ver esos caracteres en la orilla: *Ociel* y *Kai*. El suave oleaje me permite contemplarlos durante un largo rato.

Reúno las fuerzas para esbozar una sonrisa de suficiencia mientras los replico justo al lado.

Kai alza las cejas al verme escribir mi nombre. A este lo siguen tres letras que imito sin dificultad; después, un sinfín de palabras que llenan mi mente de sueños y la playa de risas. Aunque asociar el sonido y su significado con los símbolos es una tarea complicada para una especie que carece de escritura, mis imitaciones me hacen sentir más cerca de ser humano.

Pasamos tanto tiempo escribiendo y dibujando en la arena que él tiene ya el pelo completamente seco, alborotado por unas ondas que atrapan los destellos azules de su cola. El mío, como es mucho más largo, se extiende húmedo más allá de mi espalda, con las puntas mecidas por las olas.

Kai, maravillado por mi destreza con la escritura, me propone aumentar la dificultad. La emoción se mezcla con desconcierto cuando me retira el pelo para pasármelo con delicadeza por el hombro, dejando mi espalda expuesta a los rayos del sol y al roce de sus dedos. Hay algo casi reverencial en ese gesto, como si yo fuera una ilusión que pudiese desaparecer al más mínimo roce.

De repente, traza una letra en mi piel. Como no la veo, me limito a dejarme guiar por ese cosquilleo que invita a cerrar los ojos.

—¡Oye, no te duermas! —Toda su anterior delicadeza se transforma en un suave golpe que me hace salir a regañadientes de mi letargo.

—Es que es muy agradable...

—Pues paro.

—¡No! —Me enderezo con gesto de concentración—. Sigue.

Luchando contra la somnolencia, me esfuerzo en identificar la forma de cada letra y plasmarla sobre la arena. Al principio son suaves caricias, pero entre mis errores y sus sospechas de que me estoy aprovechando —algo que niego, dada la dificultad de la tarea — sus trazos se vuelven más firmes sobre mi piel.

Siento una mezcla de orgullo y decepción cuando deja su mano sobre la arena al concluir el reto, justo junto al resultado. Lo observa con una sonrisa contenida cargada de aprobación.

—Léelo.

—Ojalá supiera. —Suspiro—. Pero aprendo rápido.

Kai desvía la vista de mi mirada expectante. Mientras trago saliva ante ese ininteligible conjunto de letras, sus mejillas van tiñéndose del color de mi pelo. ¿Por qué no quiere leérmelo?

—No puede ser. —Me llevo las manos a la boca al figurarme la respuesta, ahora tan ruborizado como él—. Me has escrito un mensaje de amor.

—En efecto.

Kai parece aliviado de confesar sus inesperados sentimientos. Yo, en cambio, no sé qué hacer con ellos más que empezar a ver mensajes ocultos en cada detalle.

—¡Así que el otro día sí que me estabas cortejando!

—¿Qué dices?

—Cuando me rodeaste la cola con la tuya... Ay, Kai, no sé qué decir... Esto es tan precipitado...

Su ceño fruncido no le da mucho aspecto de enamorado.

—¿Qué mierda dices?

Adoro cuando emplea palabras malsonantes. Demuestra que me tiene en alta estima al dar por hecho que conozco su significado,

aunque tal vez sea yo quien se ha precipitado al presuponer lo de la cola.

—Nada —me apresuro a decir—. Déjame pensarlo, ¿val...?

Mi voz queda acallada por un rugido que sincroniza nuestra retirada tras unas piedras.

En realidad, no debería haberme asustado tanto, pues es un sonido familiar que con frecuencia va acompañado de risas, zambullidas y curiosos hábitos que me permiten estudiar a la especie que tanto envidio. El rugido procede de un barco, una de esas criaturas con las que los humanos doman los mares. Se queda adormecida sobre las olas que acompañan su llegada. Normalmente, habría sido un gran acontecimiento que desembocaría en una larga sesión de estudio. Incansable, aguzaría oídos y vista para quedarme con palabras, expresiones y gestos: cualquier detalle con el que ampliar mis conocimientos sobre la superficie. En este momento, sin embargo, solo siento que nos han interrumpido.

Con una punzada de frustración, desvío la mirada hacia Kai, quien los observa con un semblante indescifrable. Debido a las reducidas dimensiones de la roca, mis brazos se encuentran rodeando su espalda. Aunque ambos tenemos las manos apoyadas, todas las demás partes de nuestro cuerpo están en contacto.

No comprendo cómo después de esa declaración puede estar tan cerca de mí sin que se le entrecorte la respiración o su corazón truene como el barco. A mí, que aún no sé qué hacer con esos sentimientos suyos, se me olvida respirar de solo ser consciente de que estamos compartiendo el mismo aire, tan cerca que puedo contarle las espesas pestañas y las adorables motitas que le recorren la nariz y las mejillas; tan cerca que su pelo es un cosquilleo en mis labios mientras su sutil perfume me transporta a un mundo donde siempre brilla el sol.

Kai me propina un codazo en el estómago. Sin duda me he acercado más de lo que le permite su corazón de enamorado en vilo.

—¿Traduces? —le pido con la poca voz que me ha quedado.

—Ni en nuestro idioma entendería a esos borrachos.

Nuestro. Podría desbordar el mar de la emoción. Sin embargo, por mucho que adore la superficie y que Kai me haga sentir más parte de ella, si hay algo a lo que jamás podré acostumbrarme es a su música o, al menos, al estruendo que según mis conclusiones pretende serlo. Solo las encantadoras canciones de Kai me han hecho reconciliarme un poco con los sonidos de la superficie.

Nos limitamos a observar esos rituales de gritos, gestos exagerados y lo que parece ser el preludio de una llamada de apareamiento. No logro comprender cómo esos seres tan escandalosos pertenecen a la misma especie que mi amigo, un chico al que siempre he visto respetar al mar, a sus habitantes y a la música de las olas. Ahora, lejos de parecerme una escena fascinante, me resulta molesta, algo que él comparte con su mohín crispado. Este solo va en aumento al presenciar cómo uno de los humanos derrama el contenido de un objeto resplandeciente que, entre sus propios tambaleos y los del barco, se precipita por la borda.

—¿Sabes que lo que acaba de arrojar no es un tesoro?

Asiento sobre su hombro. Es una lata.

Aunque para mí esos objetos sean valiosos por su variedad de colores y texturas, también soy consciente de que casi todo lo que provenga de la superficie resulta perjudicial para el océano y sus habitantes. Si he reunido tantos de ellos en mi refugio es porque están mejor conmigo que por ahí sueltos, donde algún animal pueda ingerir sus componentes o resultar herido. Si no son más las latas y

los plásticos entre mis tesoros, se debe a que cierto chico siempre se me ha adelantado.

De repente, me asalta un deseo culpable que he estado reprimiendo a lo largo de los años. Si algún sentimiento pugna con la emoción de estudiar a los humanos, es lo mucho que me divierte cuando, por algún descuido, acabo asustándolos.

Muchas criaturas terroríficas moran en los mares. Para los reyes de la superficie, todas ellas acechan bajo sus pies, tan cerca de la orilla que en realidad ni siquiera hay espacio para un tentáculo malintencionado. Hasta ahora, jamás me he permitido el lujo de ahuyentarlos por gusto, pues solo habría ido en detrimento de mi aprendizaje. Ahora tengo a Kai.

Lo descubro esbozando una sonrisa maquinadora que le devuelvo al mirarme de soslayo.

Todo empieza con una lata resurgiendo de las aguas insondables para sembrar el desconcierto en el barco. Se oyen arañazos y siseos. Los que van en flotador, a fin de poder comer en el agua y esparcir sus restos en el mar, se retiran entre gritos tras sentir el roce de una sombra al acecho.

Mucho después de que el rugido del barco se pierda en la distancia junto con esa música espantosa, nuestras risas siguen sonando bajo el agua.

23

Motivos para cantar



Kai

He tenido que confesárselo.

Ociel nada frente a mí sabiéndose objeto de mi atención. A cada aleteo, hace coincidir su cola con la distante luz vespertina para que el efecto no sea menos que hipnótico cuando se gira con una sonrisa y el ondear de su pelo infinito.

—Oye, perdona... —dice con una voz suave y tímida que contrasta con lo cerca que está de mí: la distancia justa para presenciar en primer plano cómo le aparto la mirada—. Tú no serás tonto, ¿no? Pero no tonto cualquiera, sino «tonto el que lo lea».

Suspiro por milésima vez en el día, el número exacto de veces que la sirena más ingeniosa de los mares ha hecho el mismo chiste. En ocasiones, me deleita con una nueva variante que no tarda en quedar manida por sus incansables repeticiones. En todas ellas se ríe como si fuera la primera vez.

Mis resoplidos, en cambio, van en aumento. Casi prefiero al Ociel turbado por una declaración ficticia que al que se cree gracioso. No lo vaticiné cuando, consciente de que se ponía nervioso a mi alrededor y de las extrañas atenciones que me dedicaba, como si tratase de tantear cómo se amoldaba nuestra supuesta amistad a algo más, me vi en la obligación de contarle sobre la desafortunada broma.

—Soy el que va a convertirte en sushi —mascullo.

—No sé qué es eso, querido Tonto. ¿Me lo escribes? ¿Y me lo lees? Como hiciste hace un par de días en la isla. Cuando te negaste a leer, para ser precisos.

—Es pescado crudo que se come con palillos —le explico mientras le pongo las manos en la piel como si fuera a escribirlo, pero lo que gana es una demostración de lo que hacen los palillos—. Porque tú eres un pescado.

—Ay, ¿y cómo es eso de comer a seres más inteligentes que tú?

Desconozco en qué categoría encaja una sirena, que es un pez en el aspecto reproductivo y un mamífero de cintura para arriba. En mi opinión inexperta, es una mezcla, tal vez un mamífero ovíparo, como los ornitorrincos. Aunque, cuando se retuerce de cosquillas por mi hábil uso de los palillos, parece completamente humano.

—¿Es cierta esa leyenda sobre las sirenas que cuenta que, si besan a un humano, se convierten en espuma?

Ociel acoge con las cejas alzadas el cambio de tema. Temo que lo relacione con el reciente malentendido y ahora tenga que aguantar

sus dos versiones: la que se cree graciosa y la que no sabe cómo rechazar los sentimientos de alguien, pero al instante descubro que solo le ha sorprendido que esa leyenda haya trascendido a la superficie.

—La verdad es que no sé de nadie a quien le haya ocurrido, pero, claro, tampoco conozco a ninguna sirena a la que le gusten los humanos. En fin, no me atrevería a comprobarlo.

No comprendo cómo esa sensatez puede convivir en la misma persona con la ingenuidad que lo llevó a entregar su voz a una bruja —o, más bien, a permitir que esta lo engañara y se la arrebatara— a cambio de las piernas que brillan por su ausencia.

—Tienes una voz bonita.

—Tú también, Kai, me gusta oírte hablar y hablar contigo.

—Me refiero a que tienes voz para cantar —especifico, sin prestar atención a su aleteo de pestañas—. Yo mismo te escuché. Creo que podemos ahorrarnos la visita a la bruja.

Llamándose Coral —según ciertas fuentes, en honor al color rojizo de sus escamas— me resulta un poco difícil tomarla en serio, casi tanto como me cuesta entender nuestro plan.

Para las sirenas, su «voz» es su canto. Ese, supongo, que en las historias vuelve locos a los marineros. Es una suerte para Ociel no verse mudo como Ariel.

—Gracias por el cumplido, pero eso no era cantar, sin ánimos de ofender.

Ociel me da la espalda. A nuestro alrededor, la vida submarina continúa ajena a nuestra infructífera búsqueda. ¿Cuánto tiempo llevamos? ¿Un par de semanas? Bajo el mar, los días se desdibujan como las vacaciones de verano durante la infancia, y eso solo hace que me sienta aún más perdido. Un calamar me dice una cosa sobre el paradero de la bruja y un pez globo, que me ha dejado

embelesado con sus adorables crías, otra completamente distinta. Sobre nuestras cabezas, se extiende la sombra de una raya que asegura haber oído rumores que se contradicen con la información cuestionable de un pez martillo. Los caballitos de mar son tan nobles que reconocen no estar al tanto de los escondrijos de las brujas.

He aprovechado además para preguntar por la Sombra del Abismo, en busca de indicios sobre su existencia, pero poco pueden decirme más allá de que, en alguna parte, hay unas ruinas. Aunque a la mente maestra de nuestro plan las leyendas le parezcan suficiente, yo me pregunto... ¿Es realmente sensato dejarme arrastrar hacia las profundidades abisales sin ningún tipo de prueba? Puesto que no tengo muchas más opciones, lo único que puedo decirme a mí mismo para no caer en la desesperación es: «Sigue nadando».

«Sigue nadando sin rumbo, buscando a la maldita bruja porque Ociel dejó que le robaran la voz y ahora la necesita para entregársela a un ser del Abismo».

—Pues entonces tú me dirás qué es cantar para una sirena. De momento, no he oído ni a una sola hacerlo.

—Ay, mi tonto el que lo lea —dice al percibir mi irritación, pero a mí poco me ayudan sus bromas o que me acaricie el pelo con ademán condescendiente—, mejor para ti, porque probablemente sería lo último que llegaras a oír. Si oyes a una sirena cantar, es que te has convertido en su presa y estás a punto de sumergirte con tu último aliento y una sonrisa.

A pesar de sus esfuerzos, Ociel no logra intimidarme con los relatos de terror de lo que les hacen las sirenas menos amables a los pescadores y a los bañistas que siguen nadando tras la puesta de sol, sino que me siento fascinado por el poder hipnótico de sus voces. Por si no tienen suficiente con esos dones innatos, con una

sola nota son capaces de inducir a la locura, de enamorarte, de dejarte sin habla u observando el infinito para siempre o de hacerte olvidar todo lo que no sea su mágica voz.

—¿Entonces las sirenas vegetarianas no tienen motivos para cantar?

—Las *algarianas* también cantamos, pero no necesariamente por motivos más éticos. Alégrate de que no tuviera voz para comprobar cuánto aguanta un humano bajo el agua.

En otra situación más desenfadada, tal vez le habría confesado que me hubiera encontrado más que dispuesto a saciar todas sus curiosidades si tan solo se hubiese atrevido a acercarse. Hasta hace poco, la simple visión de ese fulgor dorado habría bastado para sustituir cualquier canto.

—Lo que yo quiero saber es por qué me la estoy jugando —respondo en cambio.

Ociel me da la espalda con su precaria fachada de amenaza convertida en un murmullo.

—No quiero que te rías de mí.

—Como habrás podido comprobar, no tengo por costumbre reírme de lo que no tiene gracia.

* * *

La luna corona el firmamento cuando emergemos sobre una roca. En la costa, unos dispersos puntos de luz replican lo que ven en el cielo; del mismo modo, yo imito el silencio de Ociel. La brisa fresca del verano huele a la esperanza de que el tiempo sigue aguardando mi regreso, a su pelo y a la sal de su piel.

—Aunque no lo creas, mi voz era tan bonita que hacía llorar a las estrellas.

El cielo suelta de repente una lágrima, pero no me da tiempo a pedir un deseo. Solo cuando caen las siguientes estrellas fugaces comprendo que no sé qué desear.

Tener mis piernas. Un poco de paz. Que Ociel vuelva a sonreír.

Me acostumbro a su seriedad en el silencio, hasta que, al cabo de un rato, anuncia que se dispone a cantar. Con esa voz tan dulce, no logro imaginar su canto de otra manera; tal vez, convertido en un triste silencio.

De pronto, un chillido desagradable y estridente amenaza con romperme los tímpanos. Lucho contra el impulso de huir a las profundidades solo porque sé lo mucho que le ha costado mostrarme esto.

Una bruja custodia la armoniosa voz de Ociel, pero no logro que me parezca tan trágico. Él estuvo dispuesto a entregarla y, si pretende recuperarla, es solo para ofrecerla como sacrificio de nuevo.

—Qué horror —confieso—. Aunque me ha subido la autoestima después de saber lo que opinas sobre mis dotes musicales.

Apenas le saco un encogimiento de hombros. Perfilada por la luz de la luna, su cola esconde los destellos allí donde la envuelven sus brazos. No me gusta verlo tan vulnerable, porque eso no casa con la imagen de una sirena que debe enfrentarse a una bruja y encontrar a una criatura todopoderosa —quién sabe si más un monstruo que un dios— para devolverme las piernas.

Pero, sobre todo, no me gusta porque me hace sentir de la misma manera.

Dorado y azul se funden al rozar la punta de su aleta con la mía. Al principio se sobresalta, pero Ociel no tarda en dejarse envolver por ese gesto que me parece mucho más sutil que darle un abrazo.

Siguen sin ser lo mío y, aunque animar a otros tampoco lo sea, hago mi mejor intento.

Voy por la segunda estrofa de *Abre la puerta al paraíso*, de *Pichi Pichi Pitch*, cuando le pillo el atisbo de una sonrisa entre verso y verso.

Entono que es «un tesoro para mí» con la habilidad que proporciona toda una infancia interpretando las mismas canciones delante de la tele; sin embargo, la efusividad de aquellos tiempos se reduce a un susurro cerca de su oído.

Aunque mi aventura submarina no se merece ser un musical de bajo presupuesto, Ociel le otorga algo más de prestigio al unirse con un murmullo contenido y algo a destiempo.

Terminamos al unísono, cantando sobre sueños y sobre conocer el lugar, pero hace rato que su risa ha eclipsado la canción.

Mientras, las estrellas se difuminan ante el resplandor entrelazado de nuestras colas, que balanceamos lentamente en el agua. La noche cae con un manto rojo sobre mi hombro. Ni estando piel con piel soy capaz de deslizar el brazo alrededor de él. Aunque decir lo que pienso es más complicado, por alguna razón, rompo el silencio.

—Hace once años tuve un accidente de surf. Volví ileso con media tabla. Mi madre me llevó al hospital antes de echarme la bronca de mi vida. —Cojo aire. No se me dan bien los discursos largos, y eso que solo acabo de empezar—. Recuerdo poco de aquel verano, tal vez porque realmente fue una experiencia traumática y porque tenía reciente la ausencia de mi padre, a quien perdimos en un accidente del mismo estilo. Pero supongo que ni con esas un crío podía ver de cerca la muerte, porque al día siguiente ya me estaba escapando para ir a la playa. Aunque no lo evoque con nitidez, tampoco recuerdo un día en que decidiera estar lejos de las olas: siempre nos habían unido y aún me hacían sentir cerca de él.

He perdido muchas cosas en el mar, algunas de las cuales han acabado entre los tesoros de una sirena, pero nunca he considerado a mi padre entre ellas. Culpar al agua es como reprocharle al aire que alguien exhale su último aliento.

—Con esto no pretendo ni mucho menos comparar nuestras historias —añado para llenar el silencio de Ociel—. Quiero decir que los dos, aunque el mundo y las circunstancias nos griten lo contrario, siempre hemos luchado por lo que deseamos. Buscaremos tu voz, sirenita, y si no la encontramos, seguiremos adelante, porque tienes mucho más que ofrecer que eso.

El silencio se extiende por el rielar de la luna mientras dos colas tiñen el agua con su tenue brillo. En la oscuridad, apenas se aprecia el resplandor iridiscente de las lágrimas, pero las siento resbalar por mi pecho cuando Ociel hunde el rostro en mi cuello. Mi mano, perdida tras su pelo, no deja a las estrellas contemplar el abrazo.

24

Aguaoscuras



Ociel

Llevo una década sin usar mi voz para nada que no sea disculparme ante mi padre, guardar silencio o practicar el lenguaje de los humanos con el eco de alguna cueva. Ahora, tarareando una canción con una voz que nada tiene que ver con la que me arrebató la bruja, no hay nadie para decirme que eso no es música y que cometí un error al desprenderme de mi voz.

Sé que estoy en el lugar correcto, aunque Kai parezca más perdido que de costumbre mientras trata de comunicarse con unas medusas que lo marean con un sinfín de rumores sobre el paradero de la bruja.

Nado hacia él para animarlo con una canción, como hizo conmigo, envolviendo sus hombros hundidos por tantas semanas de infructífera búsqueda.

—Eres un disco rayado, sirenita.

Aprovecho que no se resiste para acercarme más a su oído. En el mío, aún siento el cosquilleo agradable de su voz entonando canciones de amor que, según él, son de «princesa sirena». Conociendo de primera mano lo que es ser una, no soy tan despiadado como para discutirle ese curioso eufemismo.

—Gracias, humanito. —Me debato entre hacerme el listo o ceder a la curiosidad—. ¿Qué significa?

—Que debemos ampliar repertori...

Un grito es todo lo que queda de él cuando el agua comienza a nublarse, borrando los destellos de una mañana soleada. Por fortuna, estamos tan cerca que apenas necesito cambiar de posición para protegerlo con mi cuerpo. De la canción solo queda un crujido ensordecedor.

—Es solo un temblor —lo tranquilizo—. Pasa todo el tiempo.

—Sé lo que es un terremoto. Tan solo... me ha pillado desprevenido.

Hasta que la bruma no se disipa en el tenue rubor de sus mejillas, no reparo en el vacío que siento de repente en la piel. Kai me ha abrazado primero y eso basta para sacarme una sonrisa y que él desvíe la mirada. La deja clavada en la niebla. Cuando se disipa, descubro qué observa con preocupación y reticencia.

Echo a nadar hacia unas rocas antes de que él pueda advertirme de que podría ser una de nuestras perseguidoras.

—Solo es una cría... —musito con voz quebradiza. Suena como un reproche al mar y a mi propia impotencia.

Medio sepultada por un desprendimiento, la pequeña sirena no da muestras de vida. Por un momento, yo tampoco.

—Respira. —La voz de Kai me insta a coger aliento. No puedo—. ¡Ociel! La niña respira.

Ese atisbo de esperanza nos da fuerzas para mover juntos las rocas. Además del olor a sangre que rodea su cabeza, la cola partida no augura más que la muerte. Una presa fácil. En las sombras, un tiburón da vueltas a la espera.

Aguardo a que Kai diga algo. Si no lo intento, no puedo fallar. Si no fallo, su muerte no será mi culpa, como la de todas aquellas guerreras que cargo a mi espalda. Muchas vidas se han perdido durante las constantes trifulcas con las sirenas desarraigadas. Hace años, tras la peor de las batallas, me hice una herida por cada guerrera a la que no pude sanar. Mi hermana me detuvo antes de que mi inservible don me llenara de cicatrices.

Una mano se posa en mi hombro. Sé que es para decirme inútil. Que las dejé morir. Para encerrarme en la cueva hasta que sepa hacer algo más que llorar.

—Nunca será tu culpa, Ociel.

Una mano en mi mejilla, la otra en mi pecho. Kai sabe dónde calmar exactamente la pena. Sus ojos azules disipan la niebla. Mis manos no tiemblan al rozar a la sirena.

Respira. Respiro. Y él respira a mi lado. Me concentro en ese punto que irradia la luz del sol, canciones dulces, sonrisas que se esconden como un tesoro y que siempre hallo en aguas cristalinas, pero también en la oscuridad, donde no creo ser capaz de encontrarme ni a mí mismo.

Ya no estoy en la cueva. Nadie chilla. Nadie espera nada de mí. Solo hay silencio y una mano sobre mi hombro.

Una cola comienza a moverse. Ojos verdes, abiertos de par en par. Y una voz que llenaría de perlas la superficie:

—Necesita ayuda.

* * *

La pequeña tira de mi mano con fuerza, como si creyera que voy a escaparme o a desaparecer entre la bruma. Mi otra mano está atrapada en la de Kai, quien, usualmente reacio al contacto físico, vigila que una cría no me secuestre para entregarme al rey. Si no ella, la adulta que la recibe desde las sombras de un naufragio para arrastrarla con urgencia hacia el interior.

A las puertas de lo que debe de ser su humilde hogar, nos llegan retazos de una reprimenda. Al parecer, la madre es tan desconfiada como mi amigo, quien la recibe con la misma mirada suspicaz que ella nos dedica desde el umbral de madera desprendida. Los malos recuerdos de otro naufragio se cuelan por cada grieta hasta teñir de rojo el torso bajo los brazos cruzados de Kai. Me recuerdo que es solo obra de mi pelo ondeando; su piel indemne, de mi don.

—Mi hija dice que la habéis salvado. Os lo agradezco.

Un casi imperceptible gesto de alivio se perfila en unos rasgos afilados por aguas tempestuosas. No hay amenaza en ellos, ni nada con lo que puedas cortarte, como el cruel atractivo de mi hermana, sino la aspereza de una roca que no invita a descansar a nadie.

Piel pálida y grisácea jamás besada por el sol, escamas tan verdosas como el destello oscuro de su pelo; en sus ojos, el color de las algas que la pequeña aferra tras su madre. Son sirenas como cualquier otra, pero al mismo tiempo sus facciones están marcadas por un dolor que me hace diferenciarlas de todas las que he visto hasta ahora.

Kai me da un codazo al anticipar lo que estoy a punto de decir.

—Me llamo Ociel. —«Ociel, el heredero del Rey del Mar. Ociel, el príncipe fugitivo del que no tenéis nada que temer. Ociel, el que de milagro ha podido usar su don». Ociel, a secas—. Este es Kai, eh... Mi pareja.

Camuflo el codazo que le devuelvo con una inocente sonrisa. Mientras, él disimula su amable opinión con un rictus que pretende imitar mi gesto al tiempo que masculla un «Recién casados» lleno de sarcasmo.

Madre e hija se llevan su expresión de sorpresa a las sombras para discutir.

Kai no parece estar demasiado contento con su título provisional. Cruzado de brazos y con esa expresión poco amistosa, sigue intimidando como el guardia personal de un príncipe demasiado confiado. Antes de que falte a su deber asesinándome, me explico en voz baja:

—Saben quién soy. Si no queremos parecer sospechosos, debemos demostrarles que estamos tan al margen de la ley como ellas.

Su semblante se suaviza al reparar en lo que implican mis palabras: eso mismo de lo que él ha sido acusado.

—Oh, un amor prohibido. Buen recurso cuando no sabes callarte tu nombre.

—A partir de ahora jugaremos a contar sirenas pelirrojas con la cola dorada.

Mi propuesta recibe el descaro de unos ojos en blanco, como si a mí se me hubiese subido la fama a la cabeza por ser físicamente un calco de la antigua reina, cuyos singulares colores respondían a las características de su don: la luz. Por desgracia, a diferencia de mi madre, yo no ilumino las profundidades con mi melena. Soy una simple mancha disonante que, sumada al color de mi piel, no me hace especialmente afín a los cánones de belleza.

—No eres la única sirena pelirroja que conozco, ¿sabes?

Kai responde a mi bufido incrédulo con una expresión enigmática. ¿Cómo que *otra* sirena? ¿Y cómo que *pelirroja*? ¿Quién es esa tal

princesa Ariel que lo hace sonreír de esa manera? ¿Y por qué me importa?

Respiro profundamente antes de zarandearlo en busca de una explicación, pero él mantiene los labios sellados, conteniendo una risa que se desvanece cuando regresan nuestras anfitrionas.

Con la pesadumbre hundiéndole los ojos verdes en el rostro, la madre nos invita al interior del naufragio.

Sin pensarlo, envuelvo a Kai con un brazo, tan acorde al papel que debemos interpretar como a los recuerdos que bañan la penumbra de olor a sangre. Descubro que no es mi imaginación cuando nos detenemos en una estancia oscura y la hija se precipita sobre el cuerpo inmóvil y plegado sobre sí mismo que yace en el suelo.

—Mamá, te he traído ayuda —susurra la pequeña sirena, envolviendo en un abrazo unos hombros llenos de arañazos.

—Le hemos dado elixir del Abismo, pero no es suficiente. El dolor es demasiado grande —informa la otra madre.

Que dos sirenas hembra compartan la crianza de sus huevas cuando el macho se desentiende de sus labores paternales es algo tan habitual como raro es verlos a ellos en parejas del mismo sexo. Punto extra para mi amor prohibido.

Kai trata de disimular su confusión al desviar la mirada hacia un antiguo frasco de vidrio con agua de las profundidades. No es el momento de explicarle que, en lo más hondo del mar, el alcance del don de mi padre es tan escaso, por no decir nulo, que se dice que unas gotas son capaces de curar los males del desarraigo. Visto lo visto, al parecer es una exageración.

Mientras que las sirenas más osadas parten hacia la inhóspita oscuridad con tal de escapar del dolor, la mayoría queda relegada a sombras como las de este naufragio. Por supuesto, para mí siempre han sido rumores, mezclados con los gritos que exaltan su crueldad.

Aguaoscuras; como si las demás conocieran la luz del sol. Nunca he podido comprender qué mal pueden hacernos sirenas que habitan tan lejos.

Kai se aparta para hablar con la madre mientras yo inspecciono a la afligida. Las mismas algas que envolvieron mi cicatriz cubren su piel arañada. Se ha desgarrado a sí misma, como si tratase de salir de su propio cuerpo para escapar del dolor. Prefiero no imaginar en qué estado se encontraría sin las propiedades paliativas del elixir del Abismo.

Los efectos de la sustancia paralizante que le han suministrado no tardan en disiparse y, con ello, retornan los gritos, junto con las lágrimas invisibles y silenciosas de la hija y su madre. Su sufrimiento es tan grande que me repta por la piel en forma de advertencia: tarde o temprano, yo acabaré así.

Decido creer que soy un experto en aguantar el dolor, como llevo haciendo hasta ahora.

Rozo piel y escamas con toda mi fe, pero todo acaba con la mano de Kai sobre mi hombro a modo de consuelo. Curo los nuevos arañazos. Sin embargo, solo la fuerza de voluntad podrá sanar de verdad a esta sirena.

Por encima de la derrota, siento la vergüenza de ser heredero de un don que ata voluntades, que convierte al individuo en súbdito. Y la siento también por carecer de la determinación necesaria para hacer de ese don algo mejor. En mis sueños egoístas, solo hay una orilla infinita por la que correr con mis piernas. A la luz del sol, todo parece posible, pero aquí solo puedo agachar la cabeza y murmurar una disculpa.

25

Dolor



Kai

Aun teniéndolo atado al cuello, aferro con todas mis fuerzas el pequeño y antiguo frasco del que Ociel siempre aparta la mirada. Está rezagado, ensimismado. Tras varios días sin oírlo cantar, comienzo a añorar su manía de repetir bromas y canciones hasta la saciedad, pero ya tengo suficiente con mis propios pensamientos en bucle. «La roca con forma de diente de tiburón, diente de tiburón...».

Siempre me he deleitado con la singularidad de cada detalle del mundo submarino. Ahora todas las rocas me parecen iguales.

Una familia de tortugas huye despavorida cuando me oye preguntarles algo que contiene la palabra «tiburón». Ojalá uno de esos amables y predispuestos peces rondase por los alrededores.

El temor a habernos perdido se acrecienta con cada roca idéntica que dejamos atrás, cuyos filos insuficientes van carcomiendo mi esperanza. El frasco, sin duda de algún naufragio, late con pulso propio de tanto apretarlo; más que ansiedad, decido ver fe, nacida de las profundidades abisales. Y es que si debo interpretar con pragmatismo la desgarradora escena que hemos presenciado, ahora tenemos algo mucho más sólido que la inestable confianza de Ociel. Hay cosas que su don no puede sanar, como el mal de esa sirena —que ella misma tendrá que curar a base de resistir—, pero hay otras muchas que sí, y prueba de ello son estas pocas gotas de elixir, una muestra de gratitud por haber curado a la niña con sus increíbles capacidades.

Aún lo veo hundir la cabeza hasta querer desaparecer ante aquella sirena agonizante, murmurando una disculpa cargada de remordimiento que sobrepasaba la mera empatía. Aún oigo a la sirena preguntarme si nosotros ya hemos pasado por lo mismo. El frasco acabó entre mis manos.

La gratitud de aquella madre trae consigo algo más, el verdadero tesoro con el que hemos partido: una detallada explicación que nos indica el paradero de la bruja Coral, a quien la sirena de ojos verdes le entregó su voz a cambio de aplacar el sufrimiento de su pareja.

Por supuesto, todo sería mucho más fácil si la corriente que Ociel tomó siendo apenas un niño fuera accesible. Lo imagino aguardando al momento exacto en el que aparecía el sendero del que su abuela le había hablado; aquel que se abría un solo día al año y su única oportunidad para alejar del mal camino a su mejor amiga, quien

había creado aquella corriente móvil para ella con su poderosa magia.

Sobraba decir que a su fracaso se sumaba un nieto con aflicciones de garganta.

—¿Te parece que esa tiene forma de diente de tiburón? —Me giro esperanzado hacia Ociel en busca de una segunda opinión—. ¡Oye, espabila!

El príncipe se apresura a alcanzarme con movimientos erráticos, adormilado a pesar de que aún brilla el sol.

Su languidez, en lugar de irritarme, dispara mis alarmas. Lo hubiera pasado por alto de no tener demasiado reciente el recuerdo de una sirena silenciosa, adormecida en su agonía. La quietud de Ociel solo lo hace más real al decirlo en voz alta:

—Te has envenenado. —Hay ira, reproche y pánico en mi voz. No puedo evitarlo al seguir pensando en aquella sirena enferma y adormecida del naufragio. Ociel ha ignorado dos normas: la primera, la de no separarnos, cuando es evidente que en algún momento de la noche se ha escabullido para adormecerse con porquería de medusa, pez globo o cualquier sustancia no apta para el consumo. La segunda es que me ha estado ocultando su dolor. Lo veo en sus ojos, en sus manos temblorosas, en la sonrisa ausente. Casi paralizado por fuera, pero no por dentro—. Dime qué hago.

—S-seguir...

Eso debería hacer: seguir hasta que desfallezca, porque estamos en esta situación por su culpa y no puedo arriesgarme a perder un punto de referencia. Mucho menos, a caer en alguna corriente movediza.

Mientras aferro con fuerza el frasco, lo agarro a él con la mano libre para arrastrarlo. Lejos de aquí. Lejos del agua y del influjo de su padre.

* * *

El grito contenido de Ociel rebota contra las paredes de una cueva medio sumergida. Apenas lo acalla el rugido de las olas que embisten el acantilado. Por lo que he visto mientras arrastraba su peso lánguido, aquí no habitan más que albatros y el viento salvaje que esparce la furia del mar sobre este páramo rocoso. Por las grietas se cuela la luz desteñida del día hasta arrancar el color de la vívida tez de Ociel; su cola, siempre fulgurante como un cofre abarrotado, titila débilmente. Ahora me planteo si adormecerlo no sería tan mala idea.

—¿El elixir puede curarte? —le pregunto, con miedo a gastarlo demasiado pronto.

La respuesta se dibuja en su rostro antes de que niegue con un gesto. Estas gotas de agua de las profundidades son solo como una pastilla para el dolor de cabeza. También algo para apaciguar la aflicción de quienes acompañan a las sirenas en proceso de desarraigo.

Sobre la roca húmeda, besada una y otra vez por las olas, no parecemos más que dos peces que han saltado del agua. Ociel no tiene piernas con las que huir del dolor ni de su destino. Al verlo postrado, conteniendo a duras penas su sufrimiento, de repente deja de importarme que yo tampoco tenga piernas.

El cielo se va oscureciendo hasta apagar más y más al príncipe. Su agonía, en cambio, no es nada que el crepúsculo pueda llevarse, por lo que rebota libremente contra las paredes hasta perderse más allá del rugido de las olas. Al cansarse de la piedra, el dolor busca otros lugares contra los que impactar.

Me escuecen los arañazos de forcejear con Ociel; a veces para que no se desgarre la piel, otras para que no se lance al agua. Su respiración irregular me ahoga con los recuerdos de mis primeros días, cuando aún no controlaba bien esto de tener branquias y pulmones. Por eso mismo, a ratos me acecha el impulso de dejarlo ir por temor a que se ahogue. Si regresa, ningún dolor será más fuerte que ese con el que ha aprendido a convivir: el abandono o la muerte de una madre, un padre que lo repudia sin despojarlo de su deber, ese don esquivo, el sentimiento de pertenecer a otro mundo. Todo eso parece albergar su sueño febril.

Cuando se hace insoportable —no sé si para él o para mí— vierto entre sus labios el elixir del Abismo.

No tengo claro si funciona, pero es la primera vez en un rato que habla:

—L-lo siento...

—No pasa nada —susurro contra su sien, donde he dejado reposar los labios con canciones de princesa sirena. Sus manos, atrapadas entre las mías, cumplen el cometido de controlar sus garras, mientras que nuestras colas son una espiral de trémulo dorado y azul para que no se escurra hacia el agua.

—Lo siento, lo siento tanto... Siento lo que te hice...

—Está bien, Ociel. En realidad, siempre había soñado con ser una sirena, pero no quería que te lo tomaras como un aliciente para no esforzarte en conseguir nuestras piernas.

—Perdóname.

—No estoy enfadado. Solo lo estaré si no te pones bien.

—No puedo perdonármelo... Pensé muchas veces en acercarme a ti.

Mi respiración ausente tarda en permitirme responder.

—Me habría encantado, sirenita. Seguro que hubiéramos sido amigos.

—¿Lo somos?

Hasta el momento no he dudado en negarlo, pero ahora solo logro asentir contra su pelo. Si lo digo en voz alta, la voz se me quebrará en mil pedazos.

«Lo somos. Lo somos. Ponte bien».

—¿Kai? Dime cómo hubiera sido. Si me hubiese acercado a ti.

Así que me invento una historia bonita mientras mezo a una sirena sumida en su propio delirio. A ratos, la lucidez lo lleva a completar mis frases, pero la mayor parte del tiempo son balbuceos sin sentido.

El rostro de Ociel es de una belleza tan dulce y delicada, tan ajena al mundo inhóspito que se oculta bajo el mar, que solo por él parecen existir esas perlas que les brotan a las sirenas de los ojos. Tengo el pecho lleno de ellas. A pesar de su hipnótico destello, deseo estar más cerca del agua para que desaparezcan.

Sigo cantando e inventando historias mientras el dolor de Ociel se derrama por mi piel.

26

Un bonito adorno de jardín



Ociel

El azul se cuela por mis párpados: es el color de los destellos entrelazados con mi cola. Las paredes de la cueva reflejan su fulgor onírico entre los retazos de un cielo despejado.

Azul. Falta el de una mirada porque Kai tiene los ojos cerrados, como si sus párpados hubieran caído por la fuerza de ese ceño fruncido que al mismo tiempo parece reprenderlos por tomarse un descanso. Densas ojeras delatan que ni se ha permitido un sueño ligero.

Con una mano débil y temblorosa, le acaricio la mejilla mientras susurro su nombre, un eco quebradizo que ahogan las olas. Rebotan en la roca como un grito de furia, de agonía. Ahora veo que es débil en toda su potencia: el último suspiro de las olas antes de convertirse en espuma.

Sigo pensando en espuma cuando, al rozar con el índice sus labios entreabiertos, mi nombre escapa en un murmullo que me envuelve como sus brazos.

—Gracias —musito contra su cuello. El aire es frío y puro al respirar el instante en el que me estrecha con todas sus fuerzas, que son más mías que suyas en este momento—. ¿Cuánto...?

—Una semana. —Kai carraspea con languidez al intuir que nunca he logrado descifrar el número exacto de días que componen ese término—. Siete días. Creo.

Demasiado tiempo en esta cueva manteniendo la misma posición, que es, al mismo tiempo, un abrazo y un cerco contra los delirios de un enfermo. Mi dolor ha pasado a costa de que se asiente en otro: el cuerpo fatigado y exánime tras largas noches sin dormir, la incertidumbre y la impotencia mermándole el espíritu y consumiendo su salud.

Una dulce música me alcanza en retazos de sueños con forma de historias y canciones, de fugaces palabras y mi nombre. Hay perlas deshechas en el charco que rodea nuestras colas porque todo lo lejos que podemos estar del agua es siempre demasiado cerca. Abrazo a Kai como si nunca fuera suficiente.

Él me da un golpe en la cabeza.

—¿Cómo se te ocurrió dejarme solo? ¿Y si no hubieras podido volver?

Sonrío al oír cómo su voz regresa a su tono por defecto, por mucho que me pese la sombra de aquella primera noche en la que no pude resistir más el dolor. Pero sonrío, sobre todo, porque mi don nunca falla con él.

Kai ni siquiera me ha abandonado para buscar sustento. En mis difusos recuerdos, entre la vigilia y el sueño, un delfín deja algas a su alrededor. Tal vez deba mejorar mi opinión sobre ellos.

—Oye, que no soy una medusita desorientada... —me defiendo, sin señalar a ninguna porque tengo las manos alrededor de su cintura.

—Eres tonto, eso es lo que eres.

Por supuesto, Kai ya no me abraza. A pesar de ser consciente de que debería sentirme arrepentido —por haberle ocultado mi estado, por haberme separado de él en busca de alivio para mi dolor—, no lo logro.

Kai está bien y yo estoy feliz.

—Pero tonto... ¿tonto el que lo lea?

Él aparta la cara hacia un lado. Las traicioneras sombras de la cueva perfilan su sonrisa contenida antes de saltar al agua.

—El tonto que me debe un concierto en cuanto recupere la voz.

* * *

Sí que parece un diente de tiburón.

—¡Bien hecho, medusita!

—Sigamos buscando —suelta un Kai menos entusiasta que el que ha deshecho con lentitud pero con éxito sus aleteos—. No cabemos por ahí.

Una estrecha e insondable oscuridad se hunde entre las rocas para no reflejar más que el desafío.

—Como los pulpos, Kai.

Él se cruza de brazos, como si tratase de refutar sus similitudes, por lo que retrocedo para tirarle de una mano. Al ver que no consigo moverlo, le acaricio el pelo con voz tranquilizadora.

—Cierra los ojos, *miedusita* mía, y déjate llevar por la corriente.

—Sí, tú dame una razón más para abandonarte en ese agujero. —La firmeza de su tono se debilita tras una mirada de soslayo—. En

esa... fina línea llena de oscuridad por la que no cabe un cuerpo humano... ¿*Miedusita*, Ociel? ¿En serio?

Por toda respuesta, me acerco tanto a Kai que su acto reflejo es cerrar los ojos. Sus pestañas me rozan las mejillas al sonreír.

—Ahora confía en mí.

* * *

A pesar de sus reticencias a meterse en el agujero, Kai ha demostrado ser muy valiente, pero en este momento me maravilla especialmente su inteligencia. Él, chico humilde, argumenta que las brujas son una figura universal, por lo que no he tenido que entrar en detalles sobre mi desafortunado primer encuentro con la bruja de las historias de mi abuela. Agradezco haberme ahorrado el relato de cómo acudí a ella para que me arrebatara la voz a cambio de unas piernas que, al final, fueron una efímera y simple ilusión. ¿Acaso no se daba por hecho que las quería de carne y hueso?

Me pregunto cómo serán las brujas de la superficie y si tendrán también el alma corrompida debido a su afición por devorar corazones palpitantes para hacerse con sus dones.

—Bueno, ¿y cuántos tentáculos tiene esa bruja? —pregunta Kai para romper el silencio. Hay un matiz despreocupado en su voz que invita a ignorar por un instante la siniestra bruma que nos rodea. Qué audaz medusilla.

Medito la respuesta mientras me debato entre contar o no las protuberancias que nacen de los tentáculos propiamente dichos. Las escamas rojizas que los cubren son el único parecido que conservan con lo que una vez fue una sola cola. Tal vez cuando deguste unos cuantos corazones más su alma se deformará lo suficiente como para seguir alimentando esa forma monstruosa, pero en mis recuerdos unos pequeños dedos con ventosas aún me rozan la

barbilla. Como han pasado diez años, concluyo que habrán crecido lo suficiente.

—No sé, como... el doble de dedos de los que tengo —calculo con la aflicción contenida de quien carece de pies.

Ha transcurrido casi media vida desde que un ingenuo príncipe soñó con salir del agua aleteando con dos piernecitas; ahora, la madurez me lleva a cuestionarme si hubiese logrado aguantar la respiración hasta la superficie, dadas las precarias cláusulas de nuestro trato.

—¿Y qué criaturas la acompañan? Dime que son dos morenas.

Estoy a punto de comentar que las mascotas de la bruja pertenecen a su propia especie de seres deformados, cuando reparo en ciertas semejanzas que sugieren que quizá lo fueron antaño.

—Oye, ¿cómo sabes tanto?

—Cultura general, *sirenita.*

A pesar de que admiro la actitud despreocupada de Kai, la oportunidad de lucir mi valía está quedando en las sombras. Temo que se me haya pasado la tierna edad de que nadar impertérrito por estos siniestros lares pueda resultar encomiable.

De repente, pega un chillido y se encarama a mi brazo porque ha tocado algo. Para ser algariano, a Kai le desagrada en exceso el roce de las algas; sin embargo, la bruma revela algo distinto al disiparse tenuemente.

—Solo es un esqueleto, *miedusita*, no muerden.

—¡Esqueleto! —exclama con horror—. Un cadáver humano...

—Alguno habrá, sí —digo, oteando las siluetas inmóviles que las algas mecen entre la bruma—, pero, mira, ese te ha rozado con las espinas de la cola.

Las nuestras, de repente, están demasiado juntas; una proximidad casi indecente que me he acostumbrado a permitirle.

—Pero las sirenas... ¿no os convertíais en espuma?

—Es una metáfora, Kai: somos agua cuando la carne se descompone. ¿Decís algo similar con la tierra?

Por desgracia, mi curiosidad no es saciada.

—Ociel... ¿por qué no habías recuperado antes tu voz?

Porque es peligroso. Porque mi padre me lo prohibió como castigo. Porque el simple hecho de haberla entregado es una vergüenza. Porque perdí la esperanza de conseguir mis piernas. Porque no la quiero. No. La. Quiero.

—Estaba atareado con mis labores principescas.

—¿Y qué piensas dar a cambio? ¿Tu... don? ¿Y si la bruja te engaña de nuevo? Entonces ni siquiera te quedaría eso que ofrecerle a la Sombra del Abismo.

El hecho de que alguien pueda querer algo tan inútil resulta casi tan irrisorio como lo que eso implica.

—¿Para qué querría mi voz estando muerto? Mi corazón está bien en su sitio, latiendo por nuestra profunda amistad.

Otra cosa habría sido ofrecerle mi don —si no fuera inútil— a la Sombra del Abismo, como hacen las sirenas de las leyendas. Y es que supongo que los dioses tienen una dieta más refinada que las brujas, que para obtener nuestros dones necesitan comerse el...

—¿Qué?

Kai me aprieta tanto el brazo que tengo que detenerme ante su mirada inquisitiva.

—¡Oye, eras tú quien sabía lo que era una bruja! —Bajo el tono por si algo acecha... Y porque es impropio de un príncipe perder la compostura—. Mira, simplemente no hagas tratos con tu don. Ni con nada. Limítate a esconderte como hemos acordado. Yo me encargaré de razonar con ella.

—Vale, ¿y si decide que tus huesos serán un bonito adorno de jardín?

Muy fácil. Todo está planeado:

—Entonces robas la caracola mientras yo la distraigo.

27

Hablando de ladrones



Kai

Nada está planeado. O tal vez lo esté en la mente caótica de Ociel, quien ha decidido omitir hasta hace poco que las brujas no son respetables señoras desvirtuadas por los prejuicios de la sociedad. Son sirenas que se hacen con los dones de otras a base de comer sus corazones, una dieta que, por lo visto, no es demasiado apropiada para mantener la figura. Aun así, que tengan tentáculos —en realidad, una mutación de su cola— me parece un requisito indispensable en un contexto submarino. ¿Las morenas? Bueno, los cuervos y los gatos no congenian demasiado con el agua y me habría llevado una decepción si todo alrededor del principito pelirrojo

hubiese dejado de ser una referencia constante a un clásico de la literatura y de la animación.

—Pues ahí nada mi abuela... —Lo oigo decir mientras me deslizo entre las sombras—. Bueno, nadar poco, porque ya sabe que la edad... *No*, tampoco ve gran cosa, las visiones *ahí ahí*...

Una nube de pelo rojo acompaña una discreta negación de cabeza hacia la caracola que le muestro desde la distancia. Sus infinitos mechones son benignas imitaciones de los tentáculos con los que interactúa. Perdida entre estos, la grotesca silueta de lo que antaño fue una sirena normal continúa su tarea de revolver el caos de su guarida. Cada rincón en sombra, apenas alumbrado por un resplandor verdoso, es un claro ejemplo del síndrome de Diógenes. Mientras me topo con cosas desagradables y sin identificar, en su mayoría viscosas, me acompaña en la distancia la cháchara de Ociel, por cuyo tono parece que está charlando con una amiga de su abuela sobre lo caros que están los aguacates en la frutería.

—¿Que mi abuela la dejó a usted? Digo yo que habría que contrastar las versiones... —Aguzo el oído para que ese inesperado drama amoroso me haga olvidar que acabo de tocar un fémur—. ¿Mi amante? Ay, cómo nadan los rumores. Aunque, señora Coral, se confunde usted de género, pero *no*, *tampoco* intercambiaría a nuestro hijo si pudiéramos tenerlos. Ah, pues los dientes perfectos, pero el verdadero tesoro es verlo sonreír.

El devenir de la conversación se ha vuelto más terrorífico que los huesos, por lo que me centro en seguir cogiendo caracolas mientras Ociel las descarta por medio de la charla.

—¿Yo? ¡Para guapa usted! Pues mire, el caso es que no está conmigo porque el otro día discutimos... y quiero disculparme con una canción. ¡Que bien sabe lo bonita que era mi voz! —No sé si se está elogiando a sí mismo o repitiendo con énfasis las palabras de la

bruja—. No, *no*... A ver, perderla *no* me ha causado grandes problemas... ¡Sí! ¡*Sí* que la quiero!

La euforia de Ociel se funde con el destello nacarado de una caracola. De curvas suaves, grande y sin quebrar, parece el corazón entusiasmado del joven príncipe de antaño. Al acercármela al oído, me acaricia el eco distante de una canción perdida.

«La caracola más bella para la voz más bella».

No es un pensamiento mío.

Tampoco nada que hayan dicho mientras Ociel sigue negociando en vano por su voz.

—¡Kai!

Un tentáculo arrastra a Ociel al lanzarse hacia mí. Asfixiado entre dos largos cuerpos serpentinos, descubro que los abrazos de la sirena son en realidad muy agradables en comparación con lo que las profundidades tienen que ofrecer. Se me escapa un gemido de dolor cuando las morenas —o más bien el animal prehistórico del que proceden— se enroscan aún más en torno a mis costillas.

—Señora Coral, ¿podría ser un poco más razonable? —trata de mediar el nieto de un frustrado amor de la juventud. Hasta aquí le han traído el diálogo y sus persuasivos aleteos de pestañas: al inminente chasquido de mis huesos.

—¿Con un ladrón?

—¡Hablando de ladrones! Por lo que veo, a mi voz no se le ha dado ningún uso en todo este tiempo. ¿Qué tal si me la devuelve y nos marchamos por donde hemos venido?

Una carcajada estridente hace temblar el precario equilibrio de la cueva. A cada lado de mi cabeza, dos risas extrañamente armoniosas la imitan. Trato de persuadir a las morenas, como hice con Gahon, pero resultan ser una extensión del carácter intransigente de la bruja.

«¡Ha intentado hablar con nosotras! —canturrean—. ¡Ha intentado hablar con nosotras!». Por la expresión aterrada de Ociel, comprendo que no es un sonido inteligible para el resto.

—Dime, cielito, ¿cuál es el don de tu amorcito? —Un pequeño tentáculo que crece de otro inmenso desciende por mi cara hasta detenerse en mis latidos acelerados—. Bueno, ya lo compruebo yo.

—¡Te doy mi don curativo!

—¿Por qué iba yo a querer esa bazofia? En cambio, si algún día tienes el coraje de aceptar tu herencia... hablaríamos entonces. Ese sí sería un intercambio interesante. —Al ver el gesto de asco de Ociel, replica la bruja—: ¿Qué esperabas? ¿Caridad? Oh, qué inmorales somos las brujas, pero los príncipes bien que os zampáis el corazón de vuestros reyes para seguir controlándonos a todas.

Ociel se guarda su opinión sobre esa desagradable tradición. Lo único que importa ahora sobre cómo se transmiten los dones es que la bruja parece relamerse con cada uno de mis latidos. Ávidos a la vez que pacientes, sus gestos responden al arte de la negociación, y el príncipe cae de lleno.

—Yo le di su don —confiesa por puro nerviosismo—. Era un humano y lo convertí en sirena al curarlo. Si no me cree, ¡mire ese agujero que tiene en la barriga!

Un diminuto tentáculo se me mete en el ombligo.

Quiero morir.

—Por eso huele tan mal —masculla la bruja.

—Mi don a cambio de su libertad.

—¿Darías tu vida por él?

—Sin dudarlo.

Al encontrarme con esos ojos del azul más cristalino cargados de determinación, se me forma un nudo en la garganta que va más allá de la presión que las morenas ejercen sobre mi cuerpo.

—El caso —opina la bruja— es que poco me interesa a mí convertir a humanos en sirena. Por divertido que suene, míralos, todos me llegan muertos. Por el contrario... imagina lo útil que sería poder comunicarme con cualquier criatura.

Ociel coge un arpón. Tras una sorprendente muestra de habilidades que no encaja demasiado con su pacífico carácter, un sinfín de tentáculos se impone vencedor.

—Ay, cielito, tampoco te pongas así. Mira, solo por ser quien eres y con el fin de solventar nuestras diferencias... dejaré que te marches con unas preciosas piernas.

—¿P-piernas...?

Ociel mira hacia abajo. Yo solo veo una cola dorada, pero su rostro obnubilado refleja que él ve otra cosa muy distinta. Quiero gritarle que es una ilusión, probablemente la misma que cuando entregó su voz. Pero no puedo.

—¿Las quieres? Pues despídete, cielo, que tengo hambre.

Él no duda demasiado en nadar hacia mí. En su mente, unas largas extremidades agitan la penumbra teñida de bruma verde. Me enseña la cola con una sonrisa triunfal, inocente, dulce. Avergonzada. Culpable.

A pesar de que las morenas han aflojado un poco el agarre, no me salen las palabras cuando sus manos envuelven mis mejillas. Sus dedos me tapan los oídos, opacando el siseo de las criaturas y la trémula nota que sus labios dejan sobre mi frente.

El beso se prolonga mientras cierro los ojos con fuerza hasta que me hace encontrarme con su mirada. Son las mismas aguas cristalinas de siempre, esas en las que no sé nombrar qué tesoros relucen en la arena.

Me quedo flotando en ese día de verano, de repente ajeno a los monstruos que me siguen asfixiando. Sus manos, aún en mis oídos,

me impiden escuchar la parte racional de mis pensamientos. Ha cedido a una ilusión, pero también hay algo tan hipnótico en él que me impide odiarlo por lo que está a punto de hacer.

Las sirenas existen. ¿Qué no habría hecho yo por una cola?

¿Qué no haría él por unas piernas?

De repente, toda la triste dulzura de su rostro se contrae en un grito ensordecedor y la oscuridad tiembla sobre nosotros.

28

Una disculpa



Ociel

Canto con todas mis fuerzas. Con ira. Con desesperación. Sin mi voz de sirena, se traduce en un grito ensordecedor. A pesar de que le he tapado los oídos, Kai se ha quedado casi tan aturdido como las morenas. Se refugian del estruendo entre las sombras, mientras que él apenas parece capaz de leerme los labios:

«Corre».

Las sombras se siguen desplazando. Tentáculos aquí y allá. Gritos que sintonizan con la armonía robada de mi voz.

Tiro del brazo de Kai para que una piedra no lo sepulte. Todo se cae y no hay luz hacia la que nadar más que el resplandor verdoso de los tentáculos que esquivamos. ¿Arriba o abajo? ¿Cuál es la diferencia?

—¡Cielito!

Lejos de esa terrorífica voz.

La cueva ruge como una tormenta. Desde fuera, parece un monstruo inmenso que ha abierto la boca por última vez. Aún veo mis pies, aleteando sin fuerza junto a una frenética cola azul.

Monstruos por todas partes. No son reales.

Uno nos devora y salimos por la oscuridad. La oscuridad se convierte en un día soleado y el día soleado se destruye con una lluvia de rocas. Los esqueletos se levantan, muchos de ellos con las piernas que van apareciendo y desapareciendo de mi propio cuerpo.

Sin carne de por medio, las manos de los humanos y de las sirenas son iguales, pero sé cuál de ellas me araña por el largo surco que sus garras dejan en mi piel.

Todo se derrumba.

El mar se derrumba.

La grieta.

La corriente.

Por todas partes. Las grietas están por todas partes y las corrientes quieren llevarse a Kai. Los esqueletos tiran de él. Los esqueletos lo alejan de mí.

Un tentáculo me roza. Kai le clava un arpón. ¿De dónde ha salido? La oscuridad vomita todo lo que ha estado custodiando con recelo.

Bajo nosotros, la negrura abre sus grandes fauces, aspirándolo todo en un torbellino.

Caemos y caemos. No hay más luz que la de Kai, esa que tira de mí hacia la oscuridad más profunda antes de que nos sepulten las rocas.

* * *

La orilla me mece en la lumbre del firmamento. A mi lado, Kai respira entrecortadamente, rodeado de un resplandor azul que la

arena ha robado de su cola para teñir esta playa infinita: plancton bioluminiscente. Hay estrellas en el cielo y en el agua, en la arena y en sus ojos. En el pasado pude hacerlas llorar. Ahora solo titilan, inmóviles en la oscuridad inalcanzable, mientras asumo que jamás llegaré a rozarlas.

Solo quería mi voz para hacer otro trueque. La desprecio tanto que, en la frenética huida, me he olvidado de ella. Pero Kai está a salvo y él es todo lo que importa y todo lo que he logrado sobreponer a las ilusiones para escapar.

Algunos arañazos en mi piel relatan que no todo ha sido ficticio: los esqueletos moviéndose, la cueva derrumbándose por mi grito ensordecedor, la bruja extendiendo sus tentáculos por cada recoveco de oscuridad.

—Ociel, ¿estás bien?

Todo empezó con esa pregunta.

No.

Todo empezó...

—Toma, tonto. —Kai se incorpora, indemne, para lanzarme algo al pecho—. Haz algo con esto.

—¡La caracola!

La quietud de la noche nos acoge rodando por la arena, que tiñe nuestra piel de destellos azules, como si Kai me hubiera estampado su luz por todas partes. En su sonrisa brillan todas las estrellas y la inmensidad de la luna llena. A veces sueño que esta cae al agua y que las sirenas anidan a su alrededor, pero yo me encaramo a ella para estar más cerca del azul inalcanzable. Es más realista que soñar con los ojos de Kai.

Su mano reposa en mi espalda cuando nos detenemos; la otra me aparta unos mechones tras la oreja.

—¿Creías que iba a permitir que te olvidaras la voz por ahí, despistado? —dice con un tono suave, acompasado al arrullo de las olas.

Apenas me sale un susurro.

—¿Pensabas que te iba a abandonar?

Él pierde la mirada en las conchas de la arena. Conchas sin voces hermosas ni horribles atrapadas en ellas.

—No sé qué estarías dispuesto a hacer por lo que más quieres.

—Nunca quise dejarte.

—Pues dímelo cantando.

—Nunca quise dejarte, Kai —insisto. Tengo un nudo en la garganta que se niega a acoger mi vieja voz, pero en realidad son mis manos, inmóviles, luchando por no lanzar la caracola de vuelta a las profundidades.

—Lo sé, Ociel, lo sé. Solo me pillaste en mal momento para captar las indirectas, medio asfixiado por dos bichos.

—¿Somos amigos?

Su respuesta es rozarme la aleta con la tobillera. Azul y dorado. Dorado y azul. Ahora que tengo tan cerca mi voz, no sé cómo convertir esos colores en música.

—Solo amigos —enfatiza—. Así que abstente de dedicarme canciones de amor, como le dijiste a la bruja.

Sé que es una broma, pero, perdido en mis recuerdos, ya he olvidado cómo reír, cómo cantar.

Recuerda.

Cómo volver atrás.

Kai no tiene cola cuando lo miro. Kai tiene una tabla de surf.

—Le dije que te cantaría una disculpa.

29

Aquel verano



Kai

Nunca podré olvidar aquel verano.

¿Cómo olvidé aquel verano?

Las olas me arrullan con la promesa de llevarme con mi padre. Frías, ásperas.

No.

Son suaves y dulces, un resplandor cálido que me guía en la oscuridad.

Lo primero que veo al despertar en la pequeña cala oculta entre los acantilados —donde he tenido la genial idea de surfear— es mi tabla hecha añicos. Es antigua y preciosa y el turquesa desvaído,

que le da ese toque clásico, cuenta todas las historias que compartió con mi padre, desde que tenía mi edad hasta que se le quedó pequeña. Él creció junto con las olas: ninguna era un reto que no pudiera superar. En las más inmensas que jamás he visto, el azul radiante atraviesa el blanco y el negro de las fotografías en costas lejanas.

En esas imágenes me imagino de mayor, porque en las de la tabla turquesa mi padre me devuelve la misma sonrisa del espejo, la misma mirada clara que contrasta con su piel, las mismas ondas alborotadas por —y como— el mar.

Esas fotos siempre hacen llorar a mi madre. Esas fotos son álbumes cerrados, marcos que han desaparecido de las paredes de casa. Una ausencia que se cierne sobre la tabla rota hasta volcar el mar sobre mis ojos.

A mi llanto se suma un gemido. Una nota extraviada. Un acorde del susurro de las olas. Al mirar al frente, me encuentro una sirena asomada entre las rocas. Solo tengo que pellizcarme para creer que es real. Las sirenas existen y siempre hemos compartido la playa, ya lo dice el señor An.

—Tú me has salvado, ¿verdad? —exclamo gateando hacia la roca, donde el verde y el marrón hacen resaltar una piel pálida envuelta en una larga melena roja. Entre las olas asoman destellos de oro que retroceden hacia el horizonte—. ¡Por favor, no te vayas!

Mi mano se queda suspendida al borde de un sueño. Si pestañeo, desaparecerá, pero, como no lo hace, puedo presenciar el momento exacto en el que la tímida sirena extiende sus dedos de largas uñas hacia mí. Están conectados por membranas tan finas que puedo ver el aguamarina de sus ojos a través de nuestras manos unidas. A ambos lados asoma una sonrisa.

* * *

Empiezo a escaparme por las noches. Por las tardes. Por las mañanas. A cualquier hora en la que pueda encontrarme con la sirena, aunque la sirena no está a todas horas. Otras veces, en cambio, cuando llego con la mochila rebotando en mi espalda, me da la sensación de que lleva esperando horas y horas tendida en la orilla.

Así estamos cuando señalo hacia arriba.

—Cielo —repito lentamente tras repasar todo el vocabulario que nos rodea. Son sonidos tan ajenos a su impronunciable lenguaje, hecho del propio susurro de las olas, que, de no ser porque ha logrado aprender mi nombre y por su ferviente entusiasmo, me habría dado por vencido.

La sirena agita con asombro la cabeza, señalando hacia arriba y hacia sí misma. Llevo días intentando averiguar su nombre, que en su extraño idioma siempre es el susurro más suave de las olas, el azul más resplandeciente reflejado en la orilla. Es aún más verano cada vez que lo pronuncia. Así, a base de repetir el abecedario para buscar sonidos familiares, la O se alza por el momento vencedora.

—¿No me digas que te llamas Cielo? —exclamo incrédulo. Ella me insta a seguir—. ¡Ocielo!

—Ka. —Una de sus largas uñas me señala a mí.

—Es Kai, Ocielo.

—¡Ka!

Entonces lo comprendo.

—¡Ociel!

Ella lo repite con el rumor que mece su aleta en la orilla, después, con una nitidez que nos saca a ambos una sonrisa. ¿Cómo no lo he entendido hasta ahora?

La sirena tiene nombre y se llama Ociel.

* * *

—Kai.

Ociel se gira con dos patatas fritas a modo de pico antes de que yo le responda con colmillos hechos de gusanitos. A nuestro alrededor, amparados por las rocas y por la sombra del acantilado, se despliega un festín nocturno sacado del quiosco.

Me cuesta llevarme cosas de la cocina sin que mi madre lo note, pero la sirena no parece echar en falta la comida casera. Le fascinan los embalajes con sus distintos colores y texturas incluso más que los bocadillos de tortilla, aunque no tengo claro que la ayuden demasiado a centrar la atención en el cuaderno.

No importa. Es una sirena y aun así nos entendemos.

Alzo contra la luna llena la caracola que me ha regalado para describirme cómo es su casa. Sueño con aguas resplandecientes salpicadas de escamas. Un castillo inmenso. Una caracola con una pequeña sirena dentro.

Yo entrando con ella de la mano.

—¡Ay!

Esas manos que prefieren tirarme de la pelusilla de las piernas.

Ociel tiene cierta obsesión con ellas y, en general, con todo lo que se diferencie de su anatomía. Sin embargo, aguantar que me toque el ombligo, recordarle constantemente que no está bonito olerle los pies a la gente y que debajo del bañador no se curiosea parece un precio justo por ver tan de cerca sus escamas. Me he acostumbrado a sentir el cosquilleo de sus dedos en la piel o a anticiparlo con una simple mirada. A que mis ojos destellen con el oro de su cola y de un mundo que solo puedo imaginar.

Casi siempre hablamos sin parar. Aunque la comunicación tiene sus dificultades —a pesar de su rápido aprendizaje—, nada escapa a un lenguaje de gestos y risas. Otras veces, sobre todo en noches como esta, cuando la oscuridad borra la línea del horizonte, compartimos el silencio mirando las estrellas.

No puedo dejar de soñar con sirenas, pero, sobre todo, me pregunto qué sueña una de ellas.

* * *

Para alguien que se pasa la vida en el agua, conocer a una sirena debería ser un aliciente para no salir del mar. Sin embargo, por raro que parezca, nunca he nadado con Ociel —ni siquiera he vuelto a bañarme en la playa—, pues siempre encontramos algún impedimento: de día, alguna persona tomando el sol en la playa; de noche, el agua demasiado oscura para apreciar la experiencia.

La realidad es que, cuanto más me acerco a la orilla, más nítida se hace la línea que separa nuestros mundos. Ociel respira bajo el agua. Ociel no se ahoga.

Ociel no se ahogó.

No me da miedo el agua: me aterra la certeza de que nunca podré pertenecer del todo a ella. Del mismo modo en que yo contemplo absorto la orilla, la sirena pierde la mirada en el mundo que asoma tras el acantilado. En este momento, el marrón y el verde están dorados por el atardecer.

Ociel me coge de la mano. Siempre intentamos en vano que nuestros dedos encajen al completo. Así, entrelazados, pero no del todo debido a sus membranas, me invita al mar con un suave movimiento.

No sé qué ve para hacerlo en este instante. Tal vez sea la costa completamente vacía. Un destello triste en mi mirada. El cielo ardiendo en la línea del horizonte hasta teñir el agua de tonos cálidos y del frescor de los últimos días de verano.

Siempre es verano al lado de la sirena. Solo hay un antes, no un después, y este presente infinito y azul.

Los destellos de su cola me hacen olvidar que la brisa de septiembre se afana en deshacer estos tres meses de sal y sol, que los días se hacen cada vez más cortos y que el instituto está a la vuelta de la esquina, amenazando con devolverme a una vida ordinaria.

¿Cómo olvidé aquel verano?

¿Cómo olvidé lo que era saltar entre las olas hasta casi tocar el cielo?

Gotas de oro salpican el ocaso cada vez que Ociel se propulsa hacia arriba. Abajo, todo es luz y color y aguantar la respiración y perderla a cada instante. Este mar es el mismo que me ha mostrado cada uno de sus recovecos, pero ahora me envuelve con una magia nueva e indescifrable. El mundo bajo el agua tiene otro color nadando de la mano de Ociel. Arriba también.

Los últimos rayos del sol prolongan el crepúsculo en su pelo mientras flotamos en mitad de la nada, donde la costa es un trazo distante al que no deseo regresar. Volveré con la brisa, colgando de la espalda de una sirena, pero en este momento el viento es una caricia perezosa que mantiene mis brazos aferrados a su cuello; bajo el agua, mis piernas cansadas flotan entre escamas de oro.

Pierdo un suspiro en su melena mientras el verano se va alejando lentamente.

—Nunca voy a dejar de venir a verte.

* * *

Llevo desde que nos conocimos pensando qué regalo puedo hacerle a una sirena que me colma de conchas preciosas y aficionada a robar tapones de botella. Nada parece estar a su altura o, directamente, ser compatible con el mundo submarino.

Esto, por supuesto, tampoco lo es, pero he cogido de casa la botella de cristal en la que metemos a enfriar el agua. Con el papel enrollado dentro, parece el mapa de un tesoro.

Ociel desentraña el mecanismo del cierre hasta lograr abrirlo. Con una sonrisa en la que ya ha desaparecido la decepción de saber que la botella en sí no es el regalo, despliega su interior sobre la arena.

He dibujado delante de la sirena muchas veces: es el soporte principal de nuestra comunicación y en lo que invierto cada instante que no estamos juntos. Tengo el cuarto lleno de dibujos de sirena y la papelera rebosante de la frustración de no saber plasmar fielmente su belleza. Aun así, este verano he mejorado mucho y me he estado empapando de lecciones de anatomía. A pesar de que he practicado pocas piernas, Ociel no puede despegar la mirada de ellas.

Yo me pierdo en esos ojos aguamarina que he visto soñar en el horizonte, pero no sobre la línea que corta el mar.

Ociel esboza la sonrisa más radiante que jamás he visto.

A Ociel le resbala por la mejilla la perla más brillante del mundo.

¿Cómo pude olvidar aquel verano?

¿Cómo pude olvidar aquella canción?

30

Alguien que no huye de sus sueños



Ociel

–Kai.

Esa fue la primera palabra que aprendí. La única que importa de verdad. La que susurro en el silencio entre ola y ola, la que nunca había creído volver a pronunciar.

Su nombre se pierde en un silencio salpicado de luz de luna, de fulgores azules en piel y arena. De perlas.

El lento beso de las olas las hace desaparecer alrededor de la cola de Kai, pero algunas nuevas ya resbalan por sus mejillas mientras otras cuelgan de sus ojos cerrados con fuerza.

Nunca volveré a cantar.

Nunca debí hacerlo.

De todas las notas hermosas que puede emitir mi voz, escogí el más cruel olvido.

Estiro la mano hacia la suya, pero Kai la aparta. Solo queda un surco en la arena. Hay un lenguaje en el rastro apresurado de sus uñas, el mismo que hablaban las letras trazadas en mi piel, en los símbolos que borran las olas y aquellos trazos que llenamos en el cuaderno. Aunque haya tenido que dejar la botella atrás junto con todos mis tesoros, jamás olvidaré aquel dibujo.

¿Por qué le hice olvidar?

La respuesta muere una y otra vez en suspiros que la brisa arrastra hacia su llanto. No tengo consuelo ni excusa para justificar lo que hice, ni siquiera el miedo o el doloroso anhelo de lo imposible, así que dejo que la noche envuelva sus perlas en silencio. Cuando las olas dejan de arrastrar ese fulgor iridiscente, me atrevo a hablar.

—Me dibujaste con piernas.

El silencio suena a una perla hundiéndose en la arena. No es mía. Yo no tengo derecho a llorar.

El agua la deshace.

—¿Fue mi culpa?

Con la cabeza hundida entre los brazos, no se me ve negar con la cabeza.

—Les diste forma a mis anhelos, Kai, y en cuanto lo vi supe que no había vuelta atrás: miraría vuestro horizonte hasta asfixiarme con el sueño imposible de caminar sobre él. —Y a mí, que había visto a un chico ahogarse, me daba mucho miedo acabar así. Si él no me recordaba, si no iba cada día a buscarme, sería más fácil alejarme.

No lo fue.

—¿Pensaste en mí?

—Nunca he dejado de pensar en ti.

—Digo que si pensaste en mí al creer que eras el único que soñaba con lo que no podía tener. ¿Pensaste en mí al arrancarme todo un verano de la memoria? ¿Al dejarme tres meses de vacío,

pero cada pensamiento salpicado de sirenas? Dices que somos amigos, pero eso fuimos hace once años, ¡y sin previo aviso decidiste que dejáramos de serlo!

Las palabras de Kai no tardan en quedar ahogadas por su llanto contenido. No preciso del significado de cada una de ellas para comprender lo que me está diciendo. Al fin y al cabo, las palabras no siempre han estado ahí. Al fin y al cabo, siempre nos hemos entendido.

Durante un rato, observo llorar en silencio al chico que para mí ha encarnado a la humanidad. La primera vez que me aventuré por la corriente secreta de mi refugio, no solo descubrí cuál era mi aletargado don, sino que los humanos no eran terribles monstruos que se llevaron a mi madre: eran un muchacho de sonrisa radiante y unos ojos que me acercaban un poco más a ese cielo inalcanzable. Eran las ganas irreprimibles de nadar por aquella orilla infinita y llena de cosas que no sabía nombrar. El deseo incontrolable de conocer el nombre de cada una de ellas. *Kai. Kai. Kai.* Hubo un tiempo en el que todo era Kai.

Esta vez, no me aparta cuando apoyo la barbilla en su hombro.

—Cada día me costaba más volver —murmuro.

—¿A la playa?

—Al mar. Pero había algo que me costaba aún más... —«Por favor, interrúmpeme, interrúmpeme...».

—A mí también me costaba.

—¿Aguantar las ganas de besarme?

—Volver a mi casa —responde al instante él, comprendiendo lentamente mi pregunta—. Espera, ¿qué?

Y entonces escucho lo más hermoso que he oído nunca.

—¡No te rías! —replico, sin poder contener una sonrisa—. ¡Mi vida pendía de las irrefrenables pasiones de la juventud!

Kai se reboza en arena y en destellos azules mientras sus carcajadas animan la música melancólica de las olas. Si no estuviera al borde de morir de vergüenza, yo también me sumaría a burlarme de esa pequeña sirenita que no sabía separar la amistad de una sonrisa encantadora.

—Perdona, Ociel, es que nunca te vi especialmente apasionado, pero qué sé yo.

¿Y qué sé yo? Solo que cuando ese chico de la superficie me daba la mano no quería soltársela. Que me hacía cosquillas en la piel sin siquiera rozarme y que una disuasoria leyenda me venía a la mente cada vez que me quedaba mirando sus labios. Solo tenía trece años por aquel entonces. Por supuesto que no sabía nada, ni de tratos con brujas ni de amor.

—De todas formas, he madurado.

Me cruzo de brazos, quiero creer que con porte principesco.

—Ah, ¿sí? ¿Cuánto? —Kai me desafía con la mirada hasta quedar tan cerca que su cara se desenfoca. Impávido, dejo la vista clavada al borde de esos labios que llenan de calidez el poco aire que dejan a los míos. Tal vez me importaría, de saber cómo respirar—. Me alegra verlo —dice al imponer espacio y una expresión imperturbable entre nosotros—, porque quiero creer que no eres el mismo que cuando usaste esa voz por última vez.

—¿Quién crees que soy ahora?

—Alguien que no huye de sus sueños.

31

Un lugar al que huir



Kai

Las primeras pinceladas del amanecer mantienen el mundo en sombra con tal de preservar durante un poco más el resplandor de las olas. Una parte del paisaje es el nuevo día que asoma en el horizonte; la otra, los brazos de Ociel envolviéndome en luz de estrellas.

Al menos durante un momento merezco cerrar los ojos y dejar que el murmullo del mar se funda con nuestra respiración, que nos arrulle en la orilla salpicada de firmamento hasta que no sepa diferenciar entre el presente y los recuerdos. Hasta que estos y yo

seamos una misma cosa, sin necesidad de escondernos entre pinceladas y retazos de sueños.

Esta noche la marea en calma me ha arrastrado en un torbellino de recuerdos al ritmo de un canto de sirena. La orilla, salpicada de plancton bioluminiscente, se ha llenado de perlas que han muerto entre esas estrellas turquesa, y yo, que siempre he albergado un vacío, por primera vez me he sentido lleno. Lleno de tristeza y de ira. De calma y de felicidad.

La esquiva sirena de mis lienzos tiene nombre y rostro: se llama Ociel, y en este momento siento su pausada respiración en mi cuello. La sirena de mis lienzos tiene nombre y rostro, pero yo nunca lo he sabido, porque su canto hizo con mi memoria lo que el mar hace con todo: enterrarlo en las profundidades hasta que alguien lo encuentre o caiga en el olvido.

Mi encuentro con lo inimaginable más de una década atrás sobrevivió en una vaporosa pincelada de rojo y destellos de oro. Siempre he creído que darle un rostro a esa sirena que viajaba entre los corales sería arrebatarle un pedazo de su magia, pues con frecuencia esta no logra arraigar en las formas definidas.

Me alejo antes de que Ociel despierte. Oculto entre unas rocas, observo cómo las olas lo visten una y otra vez con un manto de estrellas hasta que el plancton bioluminiscente se hace imperceptible y solo queda el dorado de su cola reflejado en el horizonte. El azul de sus ojos.

Permanezco en silencio mientras el sol ilumina la playa. En silencio mientras Ociel mira hacia todas partes, mientras observa sus brazos vacíos y pierde la vista en el mar frío e inescrutable. En silencio mientras su expresión plácida del sueño se resquebraja. En silencio mientras se queda inmóvil, haciéndose cada vez más pequeño en la orilla, sintiéndose solo y perdido.

Una parte de mí se deleita al verlo experimentar lo que es el abandono. La otra sabe que él lo conoce mejor que nadie.

Cuando me dejo ver entre las rocas y él sonríe, amanece por completo.

* * *

A pesar de que no quiero perder ni un segundo, la sobrecogedora perspectiva de dirigirnos al Abismo nos invita a disfrutar de este día radiante como si no hubiese un mañana.

Ociel tiene la mirada puesta en las montañas, mientras que la mía se pierde en el horizonte, entre espirales turquesa y montículos de arena blanca. Es un mundo vacío, sacado de algún sueño en el que solo hay espacio para nosotros y para las gaviotas. Aunque ellas deben de tener la mejor vista aérea de esta isla partida por el mar, somos nosotros quienes sienten sus cálidas aguas, quienes se dejan arrastrar entre corales y un arcoíris de escamas hacia el verde profundo y salvaje.

Entre espirales de sal y arena, la montaña y el mar confluyen en una cascada nacida de la espesura, cuya animada melodía hace emerger el arcoíris de sus aguas. Esa música es la calma que las olas han perdido por culpa de nuestras risas.

Ociel y yo jugamos hasta la extenuación; echamos carreras, saltamos, nos perseguimos, nos escondemos entre plantas que caen sobre su propio reflejo y, en general, nos limitamos a existir sin reclamarle nada al tiempo. El pasado y el presente son una escalera de colores que nace en el arcoíris de la cascada y que sigue bajo el agua, teñida de un azul profundo y dorado.

Él me lleva a su espalda, como en mis recuerdos, cuando su voz, baja y exaltada, irrumpe en mi estado somnoliento.

—¡Algo ha saltado al agua! Parece... ¡un pequeño humano!

Abro los ojos de golpe, sobresaltado ante la idea de que esta isla desierta sea en realidad algún destino turístico.

El «pequeño humano» en cuestión nada hacia mí. Se me para el corazón al sentir su suavidad en mi piel.

—Te amo. Te amo con toda mi alma.

—Ay, Kai...

—A ti no es, idiota.

—¿Estás llorando?

¿Lo estoy? El aluvión de recuerdos me ha puesto sensible, pero es que, si descubrir la existencia de las sirenas es lo más espectacular que me ha ocurrido en la vida, esto es lo más hermoso.

Mi sueño no es ser una sirena. Mi verdadero sueño...

—¿Durante cuánto vas a seguir abrazándolo? —Hasta que se me caigan los brazos. Hasta que me coman sus parásitos—. ¿Puedes abrazarme a mí también?

—¡Deja de arruinar mi momento espiritual!

El oso perezoso ejecuta un movimiento a cámara lenta y yo lo mezo lejos de Ociel, quien acecha al animalito con ávidos ojos curiosos. Cierro los míos para dejarme inundar por toda su paz hasta que, con un suspiro satisfecho, lo suelto para que siga su rumbo.

La experiencia me deja flotando liviano frente a la cascada, convertido en una medusa que se pega a lo primero que halla en su camino. Ociel me envuelve al mismo tiempo, y yo, adormilado, cierro los ojos sobre su hombro.

—Una parte de mí te odia por lo que me hiciste —musito—. La otra te ha echado de menos todo este tiempo. Pero con todo mi ser te agradezco que aquel día me salvaras la vida.

—Tú me la salvaste a mí al hacerme descubrir un lugar al que huir. —Sé a qué forma de escape se refiere. A miradas al cielo y al

horizonte, a suspiros y sueños. Yo huyo cada vez que cojo un pincel, pero también habría saltado al mundo submarino de mis lienzos de ser posible. Ahora estoy ahí—. Cuando desapareciste de repente... comprendí que había un mundo más allá de la orilla en el que nunca podría alcanzarte y decirte que lo siento.

—Tengo guardada una perla. Dentro de una cajita, en mi habitación. —Mi habitación, llena de cuadros de la misma sirena—. Una parte de ti ha estado todo este tiempo en la superficie.

—Y tú en el mar. —Media tabla. Una tobillera. Una canción perdida —. Si pudiera volver atrás...

—No cambiaría nada. Porque si no, no estaríamos aquí.

32

El Dios del Mar



Ociel

La cola de Kai me roza cuando atravesamos un arco, girando como un torbellino, y las algas se agitan con su grito de victoria. A esta profundidad y rodeados de rocas, a nuestro alrededor hay pocos peces que lo oigan. Es uno de sus días animados, considerando que su humor ha entrado en un inestable equilibrio. Todo un verano de recuerdos ha irrumpido dentro de él para hacerse hueco, removiendo donde no hay que tocar y llenando los vacíos a los que ya dio forma y sentido.

Cada vez que lo veo observar la nada con expresión ausente, me pregunto con horror y culpa qué nuevo lugar me habrá asignado a mí, si la traición y la desconfianza ahora acompañan mi nombre. Otras veces, en cambio, me atrevo a rozarlo y descubro que todo está en su sitio: su sonrisa esquiva y preciosa, su sarcasmo y esa forma de dejarse abrazar que me recuerda a mi hermana. Es un

fenómeno algo similar a lo que ocurre cuando juego con la pantalla de su móvil: un caos al que no sé poner orden, pero que se arregla a sí mismo al dejarlo reposar o si por azar toco en el lugar correcto.

Todo lo que puedo hacer es esperar a que los recuerdos de Kai encajen en su sitio mientras tanteo con delicadeza. Algún día, llegaré a conocerlo tan bien que jamás tocaré en el lugar equivocado. Algún día, él podrá abrirse con la certeza de que no lo desbarataré por dentro. Eso es a lo que aspiro por encima de unas piernas: a ser alguien digno de confianza. Y sin sinceridad no hay confianza.

—¡Te he dejado ganar!

—Sí, Ociel, eso dicen todos los perdedores.

La sonrisa de Kai me derrota mientras él nada de espaldas. He aminorado la velocidad justo al final de la carrera con la esperanza de verla surgir, por lo que ahora debo aguantarlo fanfarronear que es más rápido que yo. Con una mirada desafiante hacia la siguiente roca con forma de arco, me dispongo a darle una pequeña dosis de humildad. La victoria, sin embargo, supone tan poco desafío que no me resulta gratificante.

Kai se ha quedado embobado mirando las grandes rocas que se alzan hacia los reflejos de la superficie.

—No son solo rocas —musita—, son...

Observándolo en detalle, el paisaje cobra una nueva forma: ruinas. El esplendor de nuestro reino, pero hecho añicos, entregado a las algas, a las medusas y a los pulpos; a los rayos del sol más esquivos.

El fin de una civilización para los humanos es un regalo para la vida submarina. Grandes algas asoman de ventanales, reemplazando a alguna princesa de antaño; un banco de peces se pasea por el mercado, y un tiburón asciende la escalinata que pisó algún rey. Los

corales son flores a los pies de las estatuas. Ahora que sé que no son humanos durmientes, soy más consciente de que quienes las crearon duermen para siempre desde hace mucho. El tiempo es un peso aparte en este lugar, mucho mayor que la presión del agua: un ente vivo que empuja todo hacia las sombras.

Sigo la tenue lumbre de la cola de Kai entrando y saliendo de los edificios en ruinas; desplegados en torno a una gran grieta en el suelo, parecen reverenciar al que corona el paisaje. Hacia ahí nos dirigimos por la escalinata, siguiendo la estela del tiburón, que ha ahuyentado a todos los peces excepto a las medusas luminiscentes. Sus resplandores violetas impregnan de magia el lugar tras cederlo a la oscuridad donde dormitan los siglos.

Kai y yo nos deslizamos entre las columnas; él, con más reverencia que una sirena que ha pasado toda su vida entre ruinas humanas. Al lado de ellas, el palacio del Rey del Mar parecería una obra nueva, de imperecederos resplandores y tesoros desparramados por cada rincón.

No tardo en aburrirme de nuestro hallazgo. Centro mi atención en la proximidad de Kai, en su perfil absorto en las paredes de esta ciudad perdida.

Debo reconocer que hiere un poco mi orgullo que no le haya dado más importancia a mi tardía confesión de amor; al fin y al cabo, soy un príncipe —o lo he sido— y las fotos de su móvil demuestran sin lugar a dudas lo agradable que soy a la vista, por no mencionar mi encantadora personalidad y mi exquisito sentido del humor. No es que espere reciprocidad, ni me conviene a estas alturas de la historia, en la que todo eso ha quedado en el pasado, pero... al menos podría ponerse un poco nervioso. Preguntarse cómo hubiera sido. Mirarme de reojo y perder el aliento sumido en escenarios ficticios.

Con un suspiro, me dejo caer en una superficie de piedra para acoger ese extraño sentimiento. Por mi bien destruí las posibilidades antes de que existieran; contemplarlas ahora es igual que observar estas ruinas e imaginar cómo habrían sido llenas de vida. Nunca obtendré una verdadera imagen, solo los retazos ficticios con los que me atreva a soñar.

De repente, uno es un cosquilleo en la piel. Otro, Kai diciendo mi nombre.

Sigo con los ojos cerrados mientras me pierdo en una lenta caricia.

—Ociel, ¿podrías venir y traerte a esa medusa, por favor? Y no es respetuoso que te tumbes ahí; creo que era un altar para sacrificios.

Mi ensoñación ha durado poco, por lo que agarro con desgana a la medusa, cuyos tentáculos he confundido con los dedos de Kai, y la empujo hacia la pared a la que él dedica toda su atención. Con un bostezo, dejo caer la mejilla sobre su hombro.

—¡Oh, sirenas! —exclamo al ver iluminada la razón de su interés.

—*Una* sirena —me corrige él justo antes de cogerme de la mano para desplazarme por el mural. La dejo ahí cuando nos detenemos, entre sus dedos, siendo consciente de cada uno de mis latidos, pero Kai aparta la suya para señalar uno de los grabados—. Parece que donde te has echado una siesta sacrificaban muchachas para aplacar a alguna deidad o criatura de los mares —dice, apuntando a un inquietante ojo que abarca toda la circunferencia de un torbellino—. Pero algo ocurrió con una de ellas, porque después de perderse en las profundidades aparece justo aquí con una pequeña sirena.

La mente de Kai no está diseñada para este tipo de razonamientos; quizá ni siquiera es consciente de que hemos llegado por casualidad al templo sobre el que le han hablado algunos peces. Esto no es solo una prueba de que perseguimos algo más que una

leyenda, sino una excusa perfecta para cautivarlo con mis dotes narrativas y el mito de la creación.

—El Dios del Mar y la dama ofrendada se enamoraron y tuvieron un hijo. Ella lo quería consigo en la tierra; él, en el mar. En vistas del desacuerdo, el dios convirtió las piernas del bebé en una cola para que la madre no tuviera más remedio que entregarlo al agua. —En la oscuridad, los ojos azules de Kai han adquirido el tinte violeta de las medusas que flotan a nuestro alrededor. Al fin toda su atención se vuelca en mis labios—. Un día, su hijo le preguntó al Dios del Mar por su origen. Al descubrir que tenía una madre, suplicó al ser todopoderoso que le concediera unas piernas para visitarla, aunque fuera solo durante una noche. El dios, que amaba a su hijo por encima de todas las cosas, así lo hizo. Sin embargo, aquella única noche que pasó en la superficie se enamoró de una joven que correspondió a su amor. Ni un año había pasado cuando el chico volvió a pedirle a su padre unas piernas para acudir al nacimiento de su hijo.

El ceño de Kai se frunce ligeramente, por lo que lo invito a hacer su aportación para que pueda continuar mirándome fascinado.

—Nada, solo pensaba lo mucho que aprovechó el muchacho una sola noche.

—En los cuentos no tienen tiempo de enamorarse lentamente, Kai.

—Las irrefrenables pasiones de la juventud —se burla él, pero lo cierto es que tiene mucho que ver con eso.

—El Dios del Mar trató de persuadir a su hijo, otorgando a cada doncella ofrendada una cola de pez para que le hiciera compañía, en lugar de darse un banquete con ellas. Pero de nada sirvió. Ante la insistencia del joven, de nuevo, el Dios del Mar le concedió a su hijo unas piernas, pero, consciente de que el chico se estaba aprovechando y temiendo perderlo para siempre en la superficie, lo

maldijo con no poder besar a ningún ser humano. Sin embargo, el joven ignoró la advertencia y besó a su amada, convirtiéndose así en espuma.

Kai se lleva una mano a la boca, sorprendido por el giro de los acontecimientos, que desembocan en una ciudad anegada por las aguas. Son las lágrimas del Dios del Mar y nosotros nadamos en ellas.

Repaso con el dedo unos muros que antaño conocieron la luz del sol.

—Todos los que estaban en la ciudad murieron ahogados, excepto un bebé en el que el dios había descubierto los mismos ojos de su difunto hijo. Arrepentido, le concedió una cola y el don de aunar a todas las sirenas. Entonces se perdió en las profundidades, donde pudiera llorar su pérdida y no herir a nadie más.

Kai reflexiona sobre la historia de cara al mural, donde la penumbra onírica y violácea dibuja el generoso contorno de sus labios entreabiertos. La primera sirena murió por contemplar algo así durante demasiado tiempo. Su sangre corre por mis venas.

—Un dios que perdió a su hijo por intransigente. Espero que el que nosotros buscamos sea algo más amable. ¿Cómo decías que se llamaba? ¿La Sombra de...?

—La Sombra del Abismo. Todo lo que queda del Dios del Mar.

33

La persona correcta



Kai

Pasamos la noche en las ruinas, amparados por los siglos y por la luz violeta de las medusas, que flotan en la oscuridad como retazos del inalcanzable firmamento. Me he quedado dormido en el hombro de Ociel, mecido por su voz, la cual tiene una cadencia especial para narrar: pausada y solemne; el eco de una infancia acunada por las historias de su abuela.

No son muchas más las de ese dios que se retiró a las profundidades, pero sí las suficientes para llenar su imaginación de tratos y piernas, mientras que la mía sigue perdida en los grabados de las paredes. Un beso y todo acaba en espuma.

Los recuerdos me siguen asaltando en olas intermitentes que a veces funden el azul de los ojos de Ociel con una orilla cristalina, el tacto familiar de sus manos con un fugaz y tímido roce, las cosquillas que su pelo me hace en la nariz con una sensación muy parecida en el estómago.

No sé cuánto de eso viene condicionado por su canto, como si sus recuerdos se hubieran mezclado con los míos, y cuánto pertenece a mi propia experiencia sin máculas, pero evoco a esa sirena pequeña y delgaducha de mirada inocente y veo a mi yo de trece años apartando la mirada con el corazón acelerado. No es algo que me convenga admitir, pues jamás le daré a Ociel la razón en lo que hizo, pero su imagen me sigue acechando en sueños.

En ellos, una sirena canta y yo olvido. Sigo recordando al despertar.

—Kai. —*Kai*. Fue lo primero que aprendió a decir. Sin palabras nos dijimos muchas cosas—. Vuelve a dormirte. Yo no estoy cansado.

Aunque continúo acurrucado contra su pecho, Ociel debe de notar que no estoy muy por la labor. El mar es demasiado frío y solitario como para no dejarme amparar por sus brazos en la oscuridad. Esa muestra de vulnerabilidad me hace sentir frágil y completo al mismo tiempo.

Permito que me acaricie el pelo con un suave roce que desciende en movimientos lentos y circulares por mi brazo.

—Kai, ¿alguna vez has besado a alguien?

—¿Q-qué importa eso?

—Yo no. Por eso me da curiosidad oír cómo es. La sirena de la leyenda no dudó en arriesgar la vida por eso; ¿merecería la pena o se arrepintió con su último aliento?

Con la mirada perdida en el mural, no sé qué hace Ociel pensando aún en besos ni qué hago yo compartiendo mis nefastas

experiencias sobre el tema. A la romántica lumbre de las medusas, parece fuera de lugar decir que no es de mi especial agrado intercambiar ningún tipo de fluidos con nadie. Tener algo con una persona que no conozco por el mero hecho de que me resulte atractiva me parece inconcebible. Y llegar a experimentar sentimientos por alguien implica para mí conocernos a una profundidad que la mayoría de las personas alcanzan bien avanzada la relación.

La primera vez que besé a alguien, más por presión social que por el deseo de hacerlo, pensé que simplemente no era la persona adecuada. La segunda, sospeché que había algo mal en mí. Tardé algo más en darme cuenta de lo que es ser asexual y de que no hay nada malo en ello. No es que rechace el amor, simplemente lo experimento a una intensidad distinta que el resto.

Al fin encuentro la forma adecuada de expresarlo.

—Cuando era niño adoptamos a una gatita muy bebé. Era tan pequeña que teníamos que darle el biberón y a veces se hacía sus necesidades teniéndola en brazos. A mí no me gustaría que un gato se me meara encima en la calle, pero cuando lo hacía mi gatita, que en paz descanse, me parecía adorable. Imagino que besar a la persona correcta es algo así.

Las carcajadas no tardan en inundar el silencio de las ruinas. Supongo que lo tengo merecido por haberme reído de su tardía confesión.

—¿Acabas de comparar un beso con pipí de gato, Kai? —Ociel finge que se limpia las lágrimas—. Ay, por favor, que alguien le diga a mi yo del pasado que no tenía nada que temer.

Lo observo en silencio, sin atreverme a señalar que he mencionado una clara excepción entre mis reticencias. Mejor no

alimentar la desafortunada metáfora de la orina felina, ni preguntarme qué lugar podría ocupar él en mi escala de tolerancia.

Los labios de Ociel se han quedado suspendidos en la más hermosa de las sonrisas, una que llega a sus ojos aguamarina teñidos de violeta. La luz hipnótica de las medusas hace difícil apreciar que algo se ha apagado en ellos.

—Verás, Kai... Es que a veces me pregunto... si mi madre se convirtió en espuma. Si tal vez encontró allí arriba a alguien a quien quería más que a su familia.

—De ser así, eso es solo porque no llegó a conocerte.

—Lo dices para que me sienta bien.

—Lo digo porque sé lo fácil que es cogerte cariño y, sobre todo, el vacío que se queda al echarte de menos.

34

Generosidad



Ociel

Kai no está bien. Y con ello no me refiero a que aún trata de hacer sitio a sus recuerdos perdidos, sino a que no está psicológicamente preparado para llevar durante tanto tiempo una dieta a base de algas. Según él, ser vegetariano en la superficie implica una abrumadora cantidad de opciones con las que jamás podría aburrirse, ante lo que yo —algo ofendido— le enumero la amplia variedad de especies de algas que componen nuestra dieta.

Sin embargo, los manjares oceánicos solo le parecen apetecibles en el sentido de que no hay espinas de por medio, por lo que, en cuanto surcamos los alrededores de una playa repleta de humanos, sus ojitos se van directos hacia las viandas que los turistas disfrutan bajo sus sombrillas.

Como me siento algo culpable de que la transformación no le haya refinado el paladar y porque me va el riesgo, no puedo sino

emocionarme cuando propone aventurarnos cerca de la orilla con la esperanza de robar algo.

Después de que acechar los barcos no surta demasiado efecto —tener que esconder inmediatamente la comida bajo el agua arruina su textura y sabor—, nos encaramamos a unas rocas de manera discreta. Hay tantas personas que dos cabezas más apenas destacan.

A pesar de que no se atisba ninguna población en la distancia, los humanos siempre se las apañan para estar en todas partes: con la cabeza sumergida y un tubito emergiendo del agua, remando sobre una tabla mucho más grande y gruesa que las de Kai, jugando a algo que requiere el uso de piernas y que el balón caiga constantemente al agua. Un fuerte anhelo me llena de impotencia y esperanza mientras sueño con hacer todas esas cosas, pero también me emociona experimentar la tensión de estar escondido junto con un amigo.

El sol cae a raudales inclementes que instan a los humanos a embadurnar su delicada piel de un oloroso potingue blanco. Lo reconozco de la mochila de Kai: crema solar. Él dice que es imprescindible y que algunas personas están coloradas porque no se la han aplicado debidamente. Es una suerte que las sirenas no la necesitemos o mi piel sería del color de mi pelo.

Nuestro primer éxito del día nos lo concede una niña que va paseando con su flotador y una espesa capa de protección que se prolonga hasta la mano. La mete una y otra vez en un paquete de patatas fritas. Nos dejamos ver con el corazón en la boca. La niña, fascinada con nuestro aspecto, nos alimenta entre risas como si fuéramos dos animales exóticos.

Despachada nuestra primera presa, nos desplazamos sin demora hacia un algún lugar donde no podamos ser identificados por ella.

Una cosa es correr riesgos necesarios y otra distinta, la temeridad.

Estamos riéndonos tras unas rocas, donde el agua cubre lo suficiente como para que se encuentre despejado, cuando un grito agudo nos sobresalta.

«¡Dos sirenas!», habría jurado que exclaman, pero, petrificado como me hallo, solo puedo percibir sonidos ininteligibles cuando una de las chicas se dirige a nosotros.

Kai, con toda la calma que lo caracteriza, le responde con una sonrisa en el primer idioma. No comprendo por qué los humanos necesitan tantas variantes del lenguaje.

—Cuatro sirenas, por lo que veo —dice, señalando con una sonrisa las coloridas colas que asoman en el agua cristalina.

La cosa deriva en una sarta de elogios por parte de las dos chicas, quienes preguntan si mi pelo es natural —les cuesta creerlo, pero no dudan de que la cola es falsa— mientras yo asumo esta situación surrealista. Piensan que somos sirenas de mentira, igual que lo son ellas. Igual que lo fue Kai.

—Necesito que nos digáis de dónde son esas colas, os lo suplicamos —insiste una de ellas antes de girarse hacia la otra—. ¡Es que mira la cintura! ¡Cómo se funde con la piel! ¡Y cómo brillan! ¿Y las orejas? ¿Las branquias? Por favor, vais al completo.

Apenas logro entender sus gritos exaltados y ese acento, pero Kai me tranquiliza pasándome un brazo por los hombros. En lugar de esconderlas, parece querer presumir de sus membranas mientras juega con las puntas de mi pelo. Descubro que ahí reside la clave de la veracidad: en parecer naturales. Su fachada ni siquiera se tambalea a la hora de elaborar una respuesta:

—Pues siento deciros que no están a la venta, las he hecho yo. Me dedico a hacer prótesis para cine.

Las palabras raras parecen poseer una magia inigualable que las deja satisfechas y con la boca abierta, algo carcomidas por la envidia. Cuando logro reunir el valor suficiente para elogiar sus colas, Kai me quita los nervios felicitando mi dominio del lenguaje con un codazo y una sonrisa discreta.

Así que nos quedamos charlando: cuatro sirenas, tres de ellas humanas y una que quiere serlo. No se me pasa por alto la ironía del asunto al ver a esas chicas aleteando felizmente mientras flexionan sus rodillas, algo que nosotros debemos disimular. Si yo pudiera fingir tener piernas, como hacen los humanos con las colas, tal vez me habría conformado hace mucho. Tal vez no hubiera sacrificado mi voz ni habría abandonado a mi familia para dirigirme al Abismo.

La cosa llega al culmen de la credibilidad cuando las chicas nos piden nuestras *redes sociales* para compartir unas fotos. Yo, que sé bastante de redes, pero no precisamente sociales, opto por quedarme callado mientras ellas comprueban en sus móviles colgados del cuello y bien protegidos que Kai es un ser humano real. Me habría sacado los ojos para ver mejor las pocas imágenes suyas que salpican cuadros de sirenas y esculturas que no son de mármol. Kai con un gato negro, Kai con su tabla surcando una ola inmensa que sin duda no corresponde a la playa de su pueblo...

—¡Aquí estás tú! —exclama la chica de larga melena rubia, demasiado dorada para los tonos verdosos de las sirenas, aunque yo tampoco soy quién para opinar. Como mucho, del pelo rosa de la otra.

Tardo un par de miradas expectantes en comprobar que se dirige a mí.

En efecto. Ahí estoy yo. Con una sonrisa pegada a la de Kai. Solo dos chicos de medio torso. Completamente humanos. Me conmuevo

tanto que tengo que hacer mi mejor esfuerzo por no expulsar perlas por los ojos.

Kai se acerca a mi oído mientras las dos sirenas exclaman algo relacionado con sus esculturas que no son de mármol. Al parecer, las reconocen de haberlas visto en otra pantalla.

—Recuerda que lo hice pensando que era un sueño —se excusa—. Y, por si acaso era real y alguien acababa denunciando mi desaparición, dejar una pista sobre quién me había secuestrado.

Aunque no estoy seguro de que eso último sea una broma, le dedico mi más radiante sonrisa mientras sigo conteniendo las lágrimas. Luego, cuando nuestras nuevas amigas nos proponen ir a comer y Kai rehúsa, alegando lo mucho que cuesta quitarse nuestras colas, es él quien tiene que aguantar el llanto al ver que ellas regresan con un festín para cuatro, que engullimos sobre una tabla.

La diversión se prolonga hasta que el sol cae en el horizonte y las chicas nos invitan a seguir disfrutando de las vacaciones en la superficie, pero Kai sabe despedirse con elegancia y sin levantar sospechas. Por alguna razón, se ríen cuando las informa de que nos dirigimos a «la Fosa de las Marianas», ese nombre que él se empeña en ponerle al Abismo.

Agito la mano cuando se giran desde la orilla, aunque respiro aliviado en cuanto al fin desaparecen de nuestra vista. Me duele todo el cuerpo de pasar el día nadando de forma antinatural para ocultar que tengo articulaciones en toda la cola, en lugar de tobillos y rodillas.

Kai suspira contra una roca, exhausto tras haber tenido una interacción social tan prolongada con seres humanos. Las estrellas y los peces reclaman la playa solitaria a la luz de la luna.

—Ojalá pudiéramos haber ido —me lamento, observando el horizonte verde e inalcanzable.

—Pues yo prefiero estar a solas contigo. Aunque probablemente lo diga porque tengo el estómago lleno.

Le propino un ligero empujón del que me sirvo para dejarme caer contra su hombro. Me maravilla la sincronía con la que Kai estira el brazo para amoldarse a mi figura.

Unas mantas acuden a la orilla. Una familia de tortugas nada entre las rocas. Una sirena de escamas doradas suspira y dice:

—Todos queremos lo que no podemos tener, ¿no?

Sé que esas chicas habrían matado por estar donde está él, pegado a una cola de sirena real. Kai mismo lo habría hecho en el pasado. Yo haría lo que fuera por poder sacarme la cola como ellas y perderme más allá de la orilla.

Kai asiente, mientras enrosca un mechón de mi pelo en su índice, antes de elaborar su respuesta.

—Tú podrás tenerlo.

—Todo no.

Me encuentro con esos ojos hechos de un día radiante de verano. No es el azul del mar, sino el cielo que en él se refleja.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que tengas todo lo que desees en la superficie.

Aunque me ha malinterpretado, su dulce generosidad me saca una sonrisa mientras las olas me arrullan contra su pecho.

35

Temores



Kai

Ociel contempla sus piernas con el brillo de todo el firmamento en la mirada. De ella escapa una perla que se pierde en la arena.

—Es lo más hermoso que he visto nunca —susurra.

Desde los dedos de los pies, le paso una mano por las rodillas, siguiendo la curvatura de los muslos hasta detenerme en su cintura, donde acaricio con esmero la tersa piel bronceada. Pero él no para de moverse, tan entusiasmado como está mirándose los dedos de los pies, por lo que la arena se resquebraja para revelar el dorado de su cola. Extendida hacia el agua, la mía tiñe de azul las olas somnolientas.

Acabo por esbozar una mueca de aprobación, aunque algo insatisfecha. Al menos, no son las piernas toscas y desproporcionadas de mis recuerdos, cuando éramos niños y creía que esculpir era lo mismo que construir castillos de arena. Aun así, por aquel entonces, bastaron para hacerle ver a una pequeña sirena que su mayor deseo era que fuesen reales.

—¿Qué pasa, Kai?

Que me frustra no disponer de los medios para pasarme todo el día esculpiendo los músculos de las piernas, mimando cada sutil detalle. Al mismo tiempo, me embarga esa alegría casi irracional, intrínseca al proceso de creación, con independencia del resultado. Adoro crear, y eso pueden atestiguarlo estas piernas tanto como los castillos que el agua ha engullido junto con una clase de escritura al caer el sol.

—Aún no me ha salido la barba —comento en su lugar. Es algo tan conveniente como preocupante en un entorno sin herramientas para afeitarse. Al reparar en la expresión confusa de Ociel, pongo en palabras la reflexión implícita—. Sospecho que el tiempo se ralentiza bajo el agua.

Mi tersa piel sugiere que apenas llevo un día de periplo submarino, pero todas las veces que he cerrado los ojos bajo las estrellas, o en una oscuridad iluminada de dorado, me hacen perder la noción del tiempo y pensar en meses. Sentir que conozco a Ociel desde hace demasiado no contribuye a ubicarme. Aunque ni siquiera necesite mis recuerdos perdidos para predecir sus reacciones, no esperaba que estallase en carcajadas.

—¡Pero si eres muy joven!

Al borde de la fina línea que marca el punto de inflexión hacia los treinta, no me atrevería a negarlo. Él, no obstante, comprende mi ceño fruncido.

No me tranquiliza demasiado saber que me faltan al menos cincuenta años siendo una criatura mitológica para que me salga pelusilla.

—¿Cómo medís el tiempo las sirenas? —Una estrella cae del cielo, como si él la hubiera derribado con la punta del dedo—. Pero si la mayoría no salen a la superficie.

Ociel se encoge de hombros con aire melancólico. Esa costumbre, al igual que la capacidad de su piel para broncearse, evidencia que las sirenas no han nacido para recluirse en las profundidades. Lo evoco narrándome aquella leyenda mientras contempla un firmamento que no comprende. Puesto que no parece albergar intención alguna de deshacerse de sus piernas de arena, las utilizo de almohada.

—¿Crees que lo conseguiremos antes de que acabe el verano?

Todavía tengo que buscar piso, comprar el vuelo, aprenderme el camino al estudio para que mi pésima orientación no me haga llegar tarde al primer día de trabajo... Septiembre va a ser un mes ajetreado, pero también una grata recompensa después de tantos años de esfuerzo. Algo que me devolverá la ilusión tras haber descubierto que eso de que «trabaja en lo que te apasiona y no trabajarás nunca» no es del todo cierto.

Con el tiempo he comprendido que una satisfactoria carrera laboral no se compone de grandes logros en el currículum que me tengan viajando de un lado para otro. La verdadera satisfacción reside donde el corazón se halla en paz, y por eso mi sueño es ganarme la vida con mis cuadros de sirenas, retirado del ajetreo del mundo a la sombra de esos acantilados que protagonizaron mis primeros lienzos. Mientras no sea una decisión financieramente responsable, el proyecto que me aguarda en la vida real es un paso más para conseguirlo.

Estoy tan ensimismado que no me doy cuenta de la manera en la que Ociel contempla el firmamento.

—Lo siento, Kai...

Así que ya ha pasado septiembre. O más que eso, a pesar de que, en la parte del mundo donde nos encontremos, no se note el frío o nuestra piel de sirena no sea capaz de percibirlo.

Cuatro lunas, me confiesa Ociel. Cuatro meses. Estamos en octubre.

Una sirena murmura todo tipo de palabras de ánimo —que tengo mucho talento, que ya encontraré algo parecido...—, pero yo solo puedo pensar en la oportunidad que he dejado ir mientras el tiempo sigue su curso. Resulta irónico lamentarme de que ya no podré diseñar una sirena cuando yo mismo soy una y la cola de otra reposa bajo mi cabeza y montones de arena. Pero lo extraño es haber tomado de repente consciencia de que ahí fuera existe un mundo que continúa funcionando sin mí, tan lejos que no puedo ser siquiera testigo más que en la distancia.

Las estrellas caen y el universo sigue sin ellas. Frágiles y fugaces, transportan mi deseo. No es mágico ni romántico, solo un método desesperado para ponerlo en manos de alguien más que esa sirena que ahora me acaricia el pelo y que cree en la cuestionable existencia de una criatura ancestral.

Los deseos no pueden decirse en voz alta, pero los temores son más peligrosos de verbalizar.

—¿Y... y si no lo conseguimos?

—Esa no es una opción.

—¿Y si no lo conseguimos, Ociel? ¿Y si ese monstruo-dios no existe? ¿O y si existe, pero no puede darnos unas piernas?

Mis esperanzas caen como los destellos del firmamento. En medio de un mar acribillado por los astros, Ociel es un ancla firme a la que

no consigo aferrarme.

Lo observo contemplar las estrellas en silencio. Tal vez haya en ellas una respuesta que no comprendo, pero al final su mirada también cae, titilante, hacia las aguas oscuras.

36

El corazón en la orilla



Ociel

Haberme visto con piernas, aunque fueran de arena, me invita a soñar. A recordar.

Hay un chico en la orilla. No es un monstruo de la superficie, o al menos no imagino con esos delicados rasgos a las criaturas que, según dicen, devoraron a mi madre. Lo he estado observando alzarse sobre las olas, más glorioso de lo que ningún rey del mar lo habría sido jamás, y no me ha parecido que algo importe más en su vida que la tabla que he visto partirse contra el acantilado. La toco, pero ningún cosquilleo atraviesa mis dedos como cuando he rozado al chico. Mis escamas no brillan con más fuerza junto a su piel, resplandeciente de una forma tan distinta a mi cola.

No sé si va a despertar o si se sumirá en el mismo sueño eterno que las grandes figuras del jardín de los durmientes.

Una perla resbala por mi mejilla y se desliza por su torso, tan parecido al mío, hasta hundirse en la arena. A nuestro alrededor, el mundo está limitado por las paredes del acantilado. Las olas y la arena se estrechan en un espacio más íntimo, más comprensible que la inmensidad abrumadora de la superficie.

El sol brilla opacado por la espuma del cielo —*nubes*, dicen las historias de mi abuela—, pero no por ello es menos cálido y cegador. Poco a poco, ese océano inalcanzable en el que flotan unos peces alados —*el cielo y las aves*, repite mi abuela— se va calmando hasta desvestir al sol de esa neblina que es un velo de azul y penumbra bajo el agua. Aunque me he pasado la vida mirando hacia arriba, descubro que aquí esa luz es tan resplandeciente que no puedo contemplarla, así que vuelvo a centrarme en el chico. Respira pausadamente entre mechones negros que poco a poco van convirtiéndose en ondas.

«¿De qué color son tus ojos? ¿Marrones, como la tierra que envuelve el mundo? ¿Verdes, como el mundo que no puedo imaginar?».

El mundo es este acantilado y la curvatura de la costa. Los humanos, un chico tendido sobre la arena. Las olas, somnolientas y resignadas, suspiran ante sus extrañas aletas —*pies*, susurra mi abuela—. El mar se ha enfurecido al verme salir, pero nada ha podido hacer para remediarlo más que castigar a este hermoso ser de la superficie.

La fascinación y el arrepentimiento pugnan en mí a partes iguales. De repente, sus espesas pestañas tiemblan. Yo también me estremezco tras una roca.

Azules. Sus ojos son azules. Como el mar que doma con esas piernas. Como el cielo que puede alcanzar con sus manos.

Me quedo atrapado en ellos mientras unos sonidos ininteligibles salen de su boca. La mente me pide huir; el corazón, extender la mano hacia la suya.

Mi cuerpo toma una decisión. No es igual al suyo, porque entre palma y palma solo se extienden unas membranas, pero la sonrisa que asoma entre ellas no entiende de diferencias.

* * *

Kai. No entiendo nada de lo que sale de su boca, excepto ese sonido breve y sencillo con el que se señala a sí mismo. Le he dicho muchas veces el mío, pero no parece comprenderlo más que al susurro de las olas, que repiten una y otra vez que vuelva a casa.

Bajo el sol radiante me parece cada vez más inconcebible la idea de regresar a mi agujero. La corriente oculta de mi refugio es un pasadizo hacia un mundo mágico, pero también un secreto que pesa y que lleva el nombre de mi madre. Sé que está aquí, en alguna parte. Y no sé qué hacer con ello más que enterrar el extraño vacío que tengo en el pecho.

Kai empieza a llenarlo la primera vez que dice mi nombre. Lo acaba convirtiendo en extraños símbolos que las olas borran una y otra vez junto con mis fallidos intentos. Kai lo llena con palabras que dan forma a este mundo, haciéndome creer que puedo atrapar cada destello incomprensible en un sonido. Kai lo llena con su risa, el lenguaje en el que nos entendemos. Con silencios bajo el firmamento que acompañan el murmullo de las olas.

«Míranos, míranos», murmuran, pero yo ya no puedo dejar de ver cómo limitan el horizonte.

«Os quiero, pero también quiero conocer la tierra y el cielo». Ansío más de lo que un rey puede tener y por eso nunca seré un buen heredero.

Mi hermana es la primera en darse cuenta. «Tu piel está cambiando, ¿estás enfermo?».

Así me siento los primeros días que paso castigado en la cueva: enfermo de tanto anhelar el sol. Pero Kai siempre está ahí, día tras día, esperando como si nunca me hubiera ausentado, como si siempre hubiéramos sido él y yo, en esa playa.

El tiempo recobra su ritmo al rozar la orilla; el mundo, su color. El mar está celoso de otro azul, pero no tarda en comprender que son las olas reflejándose en su mirada y empieza a entregarme tesoros para él.

Kai ama el mar y todo lo que habita en él, y eso me hace sentir especial. Durante un tiempo, basta para hacerme creer que no anhelo nada más que sentir el sol en la orilla. Pero la tierra sigue llamándome en todas direcciones. Las estrellas me tiran del pelo, arrastrándome de vuelta a la superficie. Y yo no puedo dejar de imaginar cómo es el mundo al que regresa ese chico cuando lo veo desaparecer entre las rocas.

* * *

Compruebo que mi don es tal cuando Kai llega un día con la rodilla raspada de haber tropezado de camino a nuestra cala secreta. Rozo su herida, siento un cosquilleo, mi cola centellea. Él sonríe.

Otro día, encuentro esa misma sonrisa algo agrietada. Un cosquilleo anticipa mi gesto hasta asentarse en la punta de mis dedos, que reposan sobre sus labios entreabiertos. Mis escamas iluminan sus ojos azules, aunque siempre brillan por sí solos.

El cosquilleo persiste aun cuando ha sanado su piel, cuya tersura me permito experimentar durante un instante. Sus ojos siguen resplandeciendo, clavados en los míos, y sé que hay algo en ellos de

lo que sacan su fulgor mis escamas, avivando ese don dormido que aún no he conseguido despertar bajo el agua. Pero lo que pase ahí abajo no importa: en este momento, solo puedo preguntarme de qué otra manera podría haberle curado el labio, con este don que me borbotea en todo el cuerpo. Tras nosotros, las olas murmuran, convirtiéndose una y otra vez en espuma.

* * *

Canto. Esa melodía me perseguirá por siempre en sueños, en el susurro de las olas, en el silencio de un firmamento que me prometí no volver a contemplar, cuando aún no había descubierto que una promesa hacia mí mismo no duraba tanto como el miedo y el arrepentimiento.

Canto porque quiero ser un heredero digno. Deseo que mi padre no vuelva a mirarme con reproche cada vez que me ve llegar con una sonrisa y la tez más morena antes de encerrarme en la cueva. Canto para sacarme de la cabeza lo que no puedo tener: unas piernas con las que saltar hasta ese cielo que comparte color con los ojos de un chico. Canto porque me invade la certeza de que mi madre nos abandonó por otro mundo. Porque duele, porque la envidio, porque no puedo hacerle eso a mi familia ni al reino.

Canto porque me asusta convertirme en espuma. Porque no me aterra lo suficiente atreverme a hacerlo. Porque me da miedo lo que pasará después. Canto porque oigo el murmullo de los árboles por encima del de las olas. Porque nunca tendré piernas y siempre las desearé. Canto porque eso es lo que hacen las sirenas.

Canto para huir, pero me dejo el corazón en la orilla.

37

Un lugar cálido y luminoso



Kai

Cada vez estamos más cerca del Abismo. Un grupo de sirenas anida en el arrecife de coral al que acabamos de llegar.

Ociel está en alguna parte a mi espalda mientras me informan dos delfines. Para mi sorpresa, se digna a aparecer antes de que se marchen. Les dedica lo que pretende ser una mirada desafiante mientras ellos llenan el tenso silencio con sus agudas carcajadas. Por poco se me contagian.

Él se cruza de brazos con dignidad. Yo solo puedo apretar los labios, consciente de que me echaré a reír si me aventuro a preguntarle por qué lleva algas en el pelo. Colocadas con esmero a

modo de peluca y sostenidas por una tiara de conchas, revelan en qué ha estado invirtiendo su tiempo mientras yo memorizaba indicaciones, pero no la razón de su arrebato de estilismo, que culmina con su larga melena recogida en un moño envuelto en más algas oscuras. Su cola, siempre de un dorado cegador, ahora es de un marrón insulso que, por el momento, se mantiene adherido a sus escamas. Imaginarlo revolcándose en arena pantanosa no contribuye demasiado a preservar mi seriedad y aún menos verlo atusarse la peluca con aire presumido mientras dice:

—Vamos a visitar a esas sirenas, ¿no?

No son pocas las veces que me he lamentado de apenas haber podido contemplar a las sirenas en su hábitat, pero no pienso arriesgarme por mera curiosidad. Ociel y yo siempre hemos tomado la precaución de viajar por los caminos más solitarios, refugiándonos cada vez que podemos a dormir en la superficie. Sin embargo, desde que ha recuperado su voz y yo mis recuerdos, me da la impresión de que intenta complacerme con demasiado ahínco.

—Es peligroso.

Ajeno a mi advertencia, el príncipe fugitivo da un giro para lucir modelito.

—Como puedes ver, voy camuflado para no llamar la atención. Además, las sirenas salvaj... independientes no suponen un peligro, y no hemos vuelto a toparnos con las guardias de mi padre.

Es en esa pausa dubitativa donde asoman sus verdaderas motivaciones: más allá de concederme un capricho, Ociel necesita comprobar si esas sirenas que se han alejado del reino son realmente felices. Así que avanzo hasta él. Permito que me coja del brazo con esa radiante sonrisa que me quedo mirando entre capas de algas y barro.

—¿Q-qué pasa?

—Nada, es que así despiertas mis irrefrenables pasiones de la juventud —bromeo, pero, para variar, no se le da bien pillar las sutilezas del lenguaje.

—Siempre supe que tendría más éxito de moreno —murmura sonrojado mientras se vuelve a atusar la peluca—. Aunque tampoco es que tenga yo interés en ir rompiendo corazones. O sea, no es que rechace tu... Es decir, ¡a ti jamás te rompería el cora...!

Lo interrumpo antes de que siga sacando las cosas de contexto.

—Tranquila, Ariel. El pelirrojo te sienta muy bien.

A pesar del cumplido, Ociel pone cara de haber sido ultrajado.

—*Ariel*. Me has llamado por el nombre de otra. —La tiara parece estar apretándole el cerebro, aunque en su defensa debo reconocer que nunca me he molestado en explicarle quién es la misteriosa aludida. Parece el momento de hacerlo, pero apenas consigo abrir la boca—. No, Kai, no necesito excusas, pero que sepas que esa sirena te ha mentido para llamar tu atención. En el mar solo hay un rey y, por lo tanto, los únicos príncipes y princesas somos mi hermana y...

—¿Quiénes sois?

Un grupo de sirenas nos cerca con aire amenazador, mientras que a ellas las rodea un encantador estallido de colores. No es momento para admirar los corales ni los peces exóticos, tampoco al pulpo que se ha asomado a curiosear desde una roca coronada por estrellas de mar. Una familia de tortugas se esconde tras unas algas más parecidas al pelo natural de Ociel que su preciada peluca. Esta, para mi asombro, no levanta más sospechas de las que despierta de por sí nuestra simple presencia.

—Solo somos viajeros —interviene él—. Esperábamos encontrar un lugar seguro para descansar, pero si no somos bienvenidos...

Una de las sirenas nos sorprende aproximándose para meter la nariz entre nosotros, o al menos me sorprende a mí, pues Ociel

mantiene una actitud tan serena como estas cálidas aguas en la superficie.

—No huelen a aguaclara —concluye, arrugando la nariz demasiado cerca de mi cuello.

Al parecer, no logro desprenderme del olor a humano, pero tampoco es momento para preocuparme de que en realidad pueda desagradarle a Ociel y nunca me lo haya comentado por educación.

Tras un intercambio de miradas y asentimientos, somos bienvenidos a este remanso de paz.

La líder es una sirena de largo cabello trenzado, tan oscuro como su tez salpicada de cicatrices. Mientras nos conduce a través del arrecife y de sirenas sonrientes que salen propulsadas hacia la superficie para llenarla con sus risas, ambos disimulamos como podemos nuestro asombro. Existe algo más allá de la palidez cenicienta, verdosa y azulada a la que estamos acostumbrados. Aunque hay algunas que están simplemente morenas, la tez de muchas otras delata ser así con independencia del sol, lo cual sugiere generaciones y generaciones de sirenas que se han alejado de las profundidades. No sé por qué me sorprende tanto, si nosotros somos una prueba de que las sirenas tienen una piel resistente al sol. Es una suerte, ya que bajo el agua no hay donde comprar crema solar.

El rostro de Ociel se ilumina con cada sonrisa que ve. Esto es lo que hay después del dolor: paz y esperanza. Sin embargo, también existe el sufrimiento.

—Aquí es donde cuidamos a las enfermas —nos informa la líder, señalando una cueva velada por la penumbra de la que escapan algunos alaridos—. Si no habéis pasado por el mal del desarraigo, por favor, hacédnoslo saber.

Esos gritos también han sido los de Ociel y así se refleja en su mirada. En la mía, aunque no haya experimentado más dolor que las heridas que él siempre me ha curado, asoma el recuerdo de haberlo visto sufrir.

La líder nos conduce a una caracola donde nos invita a descansar. Más allá de esta zona en calma, llena de pequeñas cuevas y conchas que ejercen de refugio, la actividad del día continúa con trueques, búsqueda de alimento y los juegos que llenan de alegría el ambiente. Es un lugar cálido y colorido, de aguas tan cristalinas como parecen serlo las intenciones de estas hospitalarias sirenas.

Es justo ahora, al sentirme bienvenido, cuando me doy cuenta de lo exhausto que estoy de vivir siempre alerta. Siempre pensando en llegar al Abismo.

Ociel también se deja caer en el interior de la caracola, codo con codo debido a sus reducidas dimensiones. Mientras que su antiguo refugio era más grande que muchos pisos, este apenas deja espacio para algo más que cerrar los ojos. Las paredes desnudas de la caracola nos envuelven con una agradable e íntima penumbra, sin llegar a oscurecerla.

Ociel mira hacia arriba con expresión ausente.

—Podrías quitarte esto —sugiero, rozando un alga que se ha soltado del moño.

—Si saben quién soy, me odiarán.

—Nadie te odia, Ociel.

«Tampoco yo, aunque sé que a veces te haría sentir mejor que lo hiciera». No es algo que convenga decir, igual que no hace falta señalar que probablemente no sea yo el único que se ha dado cuenta de que el rojo asoma entre alga y alga.

—¿Qué más te da si lo llevo?

Ociel me da la espalda, con los brazos cruzados sobre su pecho; la posición perfecta para que le susurre al oído.

—Porque quiero que vean que mi mejor amigo es la sirena más bonita de todos los mares.

Aunque Ociel oculta el rostro, olvida que el rubor le llega hasta las orejas.

—No sabía que podías ser tan adulador, Kai.

—Es que cuando estoy de buen humor me da por decir verdades. —Lo estoy como no recuerdo haberlo estado nunca, porque este lugar entibia el corazón, pero me lo parte ver que él se culpa del dolor ajeno.

Por supuesto, también hay espacio para sentir celos de un personaje ficticio.

—¿Y qué hay de esa tal Ariel?

—Tú le das mil vueltas y tu don también, al de cualquiera.

—No es cierto... No puedo hacer nada para aliviarles el dolor.

—Sí que puedes. Con estar ahí es suficiente, pero primero debes descansar.

Ociel no se da cuenta de que su verdadero don no es la curación, sino su bondad y empatía, capaces de convertir hasta el más oscuro agujero en un lugar cálido y luminoso, acogedor.

—Gracias por estar, Kai.

Largos mechones rojos llenan la caracola hasta asentarse entre su espalda y mi pecho. Aspiro su aroma en una penumbra de oro y azul: huele a hogar y a un verano eterno.

—Siempre, sirenita.

Yo también me quedo dormido, escuchando su pausada respiración.

38

Un alto en el camino



Ociel

La penumbra de la cueva comienza a desdibujar los días desde que cuido de las enfermas. «Enfermas» es un término impreciso, injusto a mi parecer, pues en ese dolor no hay más que un profundo deseo de libertad.

En realidad, paso menos tiempo sanando arañazos que ofreciendo consuelo y compañía, algo que todas las que estamos aquí, atentas a cada rostro afligido, necesitamos en el pasado para dejar atrás el dolor. En la vastedad del océano, muchas otras sirenas perecen en su propia agonía porque no pueden soportarlo, porque no tienen a nadie que, como hizo Kai, les sostenga los brazos para evitar que se desgarren la piel. Nadie que las proteja de los depredadores que acuden al olor de la sangre y la debilidad.

A veces sueño con heredar el trono solo para liberar el don que mi padre debe transmitirme con su último aliento. El proceso es el

mismo que emplean las brujas para acumular todos esos poderes que desfiguran su cuerpo y su alma: comer el corazón. No hay más manera de endulzarlo que una regia ceremonia y la creencia de que es la única forma de unir a una especie entera que de otra forma estaría indefensa y desperdigada, a merced de los crueles monstruos de la superficie.

Otras veces me pregunto si los reyes existirán solo por miedo a lo desconocido, o peor: por miedo a anhelarlo. Y otras, en cambio —las que me guardo para la oscuridad de la noche, para los días que paso perdido en el horizonte—, pienso que simplemente hay algo mal en mí. Que nadie más renegaría de su propia naturaleza.

Los días que paso cuidando a las enfermas no me redimen de mi deseo de ser humano, pero me reconcilian un poco con mi herencia. En toda buena acción hay siempre un componente egoísta, y mi mayor muestra de egoísmo estos días es esconder una sonrisa en mitad del sufrimiento cada vez que Kai llega con cestas cargadas de pescado y algas que repartimos entre las afectadas.

Es entonces cuando las cuidadoras nos permitimos, por turnos, una pausa: me retiro a compartir unas algas con Kai y él bromea con comerse mi peluca; yo me río, por primera vez en el día, antes de volver a sumergirme por voluntad propia en mi labor hasta la noche, echándolo de menos en los pocos momentos en los que me permito respirar.

Por tarde que acabe, él siempre me está esperando a la entrada de la cueva, tras pasar la jornada ocupado en otras tareas: recolección de alimentos, fabricación de utensilios, o la supervisión y enseñanza de las crías —disimulando que él también está aprendiendo—. Nadamos en un cómodo silencio hasta la caracola, donde me aconseja que no me fuerce demasiado. Entonces yo esbozo una sonrisa cansada y él comprende que necesito esto:

ayudar para sentirme menos culpable, igual que necesito ese abrazo en el que duermo envuelto toda la noche para olvidar lo que hice con sus recuerdos. Es un alto en el camino, pero uno que ambos necesitamos a nuestra manera; uno que merece la pena solo por escuchar a Kai contándome sus aventuras.

Esta tarde la rutina da un pequeño giro cuando me pregunta, con bastante misterio, si por la noche puedo hacerle un hueco para enseñarme algo. Por supuesto, me paso el resto del día divagando mientras cumplo con mi labor de manera metódica, perdido en una ensoñación ajena al dolor que inunda esta parte del arrecife.

Mis compañeras, siempre observadoras, se han dado cuenta de que mi mente nada en otra parte. Aunque ya las conozco a todas, no logro distinguir quiénes murmuran algo sobre una cita y que debo contarles todos los detalles. Si algo nos caracteriza a las sirenas, aparte de ser algo celosas, es la curiosidad. Y, por supuesto, nuestra afición por inventar historias.

Pero por mucho que haya imaginado mil escenas, ninguna incluye a Kai tomando un alga de mi cuidado camuflaje para vendarme los ojos y conducirme a alguna parte.

Sé que hemos dejado atrás el arrecife cuando me suelta el pelo —que aún no me atrevo a llevar al descubierto—, y que hemos llegado a nuestro destino cuando me retira la venda.

—¿A que es bonito?

Lo primero que veo es a Kai bañado en destellos azules, su cola refulgiendo en el intenso turquesa del agua, su iris robándole color y protagonismo. Asiento al instante, absorto en mi contemplación.

Por encima de los reflejos que tiñen su pelo, del techo de la cueva cuelgan las estrellas. No se atisba ni un resquicio del firmamento, pero lo tenemos aquí, cayendo en haces de luz que invitan a alzar la mano. Nunca creí que pudiera estar tan cerca del cielo.

Un cosquilleo se extiende por mi cuerpo cuando Kai me acaricia el brazo, lleno de los arañazos intrínsecos a mi labor.

—Tienes que descansar —dice, como cada noche, pero esta vez no es una sugerencia que acabaré ignorando, sino una afirmación que se materializa en este instante de paz.

Al principio, descanso poco nadando con él de un lado para otro, saltando en nuestros intentos de tocar el techo y sumergiéndonos una y otra vez en carreras hasta el fondo luminoso. Pero, al final, caigo rendido con un suspiro entre sus brazos. Con los ojos cerrados, me dejo mecer por ellos y por el agua, mi espalda contra su pecho y sus serenos latidos.

Me quedo adormecido por la delicadeza con la que me acaricia los brazos, desde cada nuevo arañazo hasta la cicatriz que me dejó el monstruo marino, más tenue de lo que nunca habría llegado a ser sin sus rigurosos cuidados.

No me importa ser incapaz de sanarme a mí mismo, pero, en cuanto distingo un rasguño en una de sus manos, no puedo permitirlo: me la llevo a los labios. En menos de lo que tardo en abrir los ojos, la rozadura desaparece.

Dejo reposar los labios ahí mientras imagino cuántas heridas invisibles podría borrar en su piel, hasta dónde me atrevería a llegar solo para no llegar a ninguna parte. Me sorprende aún en ese beso detenido cuando él apoya su boca en mi cabeza y me abraza con un poco más de fuerza, tan imperceptible como el momento en que dejo de vagar por escenarios imposibles para centrarme en el presente. En su calidez, en su tacto firme, en el perfume de un mundo que me invita a soñar.

—Kai, ¿crees que soy mala sirena por querer dejar todo esto atrás?

—Precisamente eso es algo que me gusta de ti: que persigues lo que quieres independientemente de lo que piensen los demás.

—¿No es egoísta?

—Si por egoísta te refieres a pensar en ti mismo, sí, lo es, y espero que nunca dejes de serlo. Si no velamos por nuestros propios deseos, nadie lo hará en nuestro lugar.

Su voz me acaricia el oído para infundirme valor y confianza, el amor propio que me falta.

—¿Y qué más te gusta de mí? Aparte de mi pelo y de que soy la sirena más bonita de todos los mares.

Kai me empuja con el hombro y mi risa queda atrapada entre las paredes de la cueva.

—Mal vas si pretendes utilizarme para que te suba el ego —replica. Pero, al instante, se resigna con los ojos en blanco ante mi carita de pena—. Pues... me gusta tu generosidad. Tu empatía, tu bondad.

—Todo eso son rasgos de mi egoísmo. —Me cuesta menos decirlo en voz alta porque lo tengo de espaldas, o tal vez sea que hablar con él se parece mucho a hablar conmigo mismo—. Ayudo a esas sirenas para sentirme menos culpable. Hasta a ti te acompaño al Abismo porque también quiero unas piernas. Incluso de no ser así, lo haría porque no podría soportar que estuvieras triste o me odiases.

—Te he dicho que me gusta que seas *egoísta*, así que no hay manera de darle la vuelta.

Me giro para mirarlo bien a los ojos. Al pasarle las manos por el cuello, él las desliza hasta mi cintura.

—A mí también me gustan tus defectos, Kai. Cuando eres irritante, esquivo y demuestras tu pésimo sentido de la orientación. Además, desafinas cantando y abusas de poner los ojos en blanco.

Eso último hace al responder.

—Agradezco tus elogios. Por favor, no enumeres mis virtudes o se me subirán a la cabeza.

También me gusta su sarcasmo.

—Podría resumirlas en que me haces feliz, ¿te basta?

Otro «defecto» de Kai es que la mayor parte del tiempo se expresa sin palabras. Así que nunca llego a oír una respuesta, sino que se limita a enterrar los labios en mi pelo y abrazarme con fuerza.

39

Días de tranquilidad



Kai

Nuestra sociedad capitalista puede irse al Abismo —como dicen las sirenas— cuando puedo pasarme la vida haciendo collares de conchas. Es una de las tareas del día y una de las más gratas: las sirenas son muy presumidas, así que, después de una exhaustiva búsqueda de las conchas más bonitas, un pequeño grupo y yo nos sentamos entre corales a trenzarlas con algas y redes de pesca. Mi botín es el más resplandeciente gracias a la inestimable ayuda de un cangrejo, que se entretiene cortando la red ante la curiosa mirada de un caballito de mar y de la enorme manta que me hacen compañía en esta radiante mañana.

Al fin estoy viviendo mi idilio submarino. De lo único que puedo lamentarme es de no compartir más tiempo con Ociel, que vive una experiencia completamente distinta en la penumbra de la cueva. Pero él lo necesita tanto como las sirenas enfermas a él, mientras que yo, el único que no ha experimentado el desarraigo, no me siento con derecho a acompañarlas en su dolor. Ese espacio es para él: para su injusta culpabilidad, su bondad y su don extraordinario.

Todo lo que puedo hacer mientras tanto es contribuir en el resto de las tareas, compartir con él los ratos del almuerzo y charlar por las noches hasta que se queda dormido. Y también lo que estoy haciendo ahora: una diadema para sustituir la rudimentaria tiara que improvisó para sujetarse la peluca de algas; un arcoíris de conchas que confecciono pensando en su pelo rojo, aunque todavía no se atreva a mostrarlo.

No me doy cuenta de lo mucho que he llegado a apreciar este pequeño refugio hasta que la líder se acerca para mantener una conversación privada conmigo. Las sirenas que trenzan a mi lado la reciben con más respeto que reverencia. Es el respeto que se gana con los años, con compromiso y responsabilidad, velando por el bien común. Una figura que las representa a todas, sin encarnar ningún poder superior. No es una reina, ni se le parece ni pretende serlo, y esa es tal vez la mayor amenaza que el Rey del Mar ve en estas sirenas.

Ahora mismo, sin embargo, me inspira más miedo de lo que jamás me infundió él. Miedo porque estos días de tranquilidad amenazan con opacarse como nunca lo hace aquí el sol. Aún no estoy preparado para encarar un futuro incierto ni la oscuridad que nos aguarda en el Abismo. No quiero marcharme. Y eso es, sin duda, lo que va a pedirme. Lo hará con esa expresión afable que persiste en ausencia de su sonrisa, pues no procede de sus labios serenos e

inmutables, sino de la seguridad con la que habla, la calma que transmiten sus movimientos y su presencia.

Lo sé, aunque no pueda anticiparlo en la firmeza de su mirada, que contrasta con la tersa piel de alrededor igual que las viejas cicatrices de su piel oscura. Una de ellas le divide el rostro entre el pasado y el presente; entre la paz de este lugar y lo que debió hacer para conseguirla. Nosotros no pertenecemos aquí y, tras cinco lunas —incluso ya he dejado de pensar en meses—, hemos abusado lo suficiente de su hospitalidad.

—¿Habéis pensado ya en instalaros? —La sirena líder capta al instante mi desconcierto y añade—: No me malinterpretes, podéis marcharos cuando os apetezca, pero queríamos haceros saber que vuestra labor aquí está siendo invaluable.

Aunque me pille de improviso, hay una parte a la que sé responder:

—Más bien diría la de Ociel, yo...

—Tú también, Kai; tu don es un tesoro. ¿Quién hubiera dicho que alejar a los tiburones de la cueva solo era cuestión de explicarles la situación? —La sirena extiende un dedo hacia el cangrejo que descansa en mi hombro y este corretea hacia el suyo—. ¿Es por Ociel? De ser así, no debería temer quitarse las algas. —Una pausa elocuente. Una mirada que lo es aún más—. Conocemos los rumores.

Sus palabras son tan amargas como reconfortantes. Amargo el camino que nos ha traído hasta aquí como fugitivos, y un alivio que lo acepten sin más.

—¿No os preocupa que nuestra presencia pueda suponer un peligro?

—El peligro siempre está ahí. Vosotros no podéis cambiarlo, como tampoco lo aumentáis. —La sirena suspira con una sutil sonrisa, más

para sí misma que para mí—. Nunca pensé que pudiera haber uno bueno, pero creo que Ociel hubiera sido un gran rey.

—Él tiene sus propias aspiraciones y yo también. Por eso debemos... Bueno, lo pensaremos. Lo hablaré con él.

No sé por qué me interrumpo antes de rechazar la oferta. O tal vez sí: aunque no lo haya puesto en palabras, lo proclama la paz que siento aquí. ¿A dónde debo volver? ¿De qué hay ya que huir? ¿Quién me espera en la superficie? De repente, todo lo que necesito parece reunido en un mismo lugar y ese lugar no puede existir sin Ociel.

* * *

Me encuentro con él, como siempre, a la entrada de la cueva hospital, lo suficientemente apartados como para no oír los alaridos que escapan del interior. Sin embargo, aunque estuviéramos dentro, Ociel lo hubiera eclipsado todo con la sonrisa que esboza al entregarle el regalo. Lo luce en uno de esos giros presumidos.

Después, cuando comemos, lo molesto intentando morder su peluca. Nos reímos y le pido que mantenga un momento la sonrisa para quitarle un trozo de alga de los dientes. Tal vez sea del interés de alguna bruja saber que son perfectos, resplandecientes, como la manera en la que los emplea para sonreír. Mi sonrisa, que siempre ha sido esquiva, es algo irremediable a su lado. No me imagino aquí ni en otra parte sin él.

—Ociel, tengo que decirte algo —anuncio con tal solemnidad que se asusta—. Es algo bueno, o eso pienso, pero tendrás que esperar hasta la noche.

El sobresalto le dura el segundo que tarda en colgarse de mi cuello.

—¿Y piensas dejarme con la intriga todo el día? No seas malo, Kai, ¡una pista! ¿Con qué tiene que ver?

—Con los dos.

—¿Y es algo a lo que debo responder sí o no? —Sonríe aún más al verme asentir—. ¿Es algo que podría ser recíproco?

—Espero que lo sea.

—¿Cuánto tiempo llevas queriendo decírmelo?

—Es algo de lo que no me había dado cuenta hasta ahora, pero que lleva ahí más tiempo.

—¿Es algo que lo cambiaría todo? ¿Es algo que me haría feliz?

—A los dos.

Aunque este breve descanso no es el momento para proponerle quedarnos aquí indefinidamente, su entusiasmo y la precisión de sus preguntas me sugieren que él ha estado pensando lo mismo. Solo le falta aceptar que su identidad no supone ningún problema. Por el momento, sigue empeñado en colocarse la peluca cuando lo llaman desde el interior de la cueva. No es una de sus compañeras cuidadoras, sino una voz masculina quebrada por el dolor. Me molesta que exija justamente la presencia de Ociel en su único momento de descanso. A él, que cuida de los demás más que de sí mismo, no le importa.

Me cuesta soltarlo cuando me abraza para despedirse, como si nunca fueran a pasar las horas que quedan hasta el anochecer.

Me quedo contemplando la entrada de la cueva después de que los destellos de la diadema se pierdan en el interior. De repente, escapa un grito. No de dolor, sino de miedo. Un grito de esa voz que llevo grabada en mis recuerdos perdidos y que solo debería existir para reír.

Me propulso hacia la cueva con el corazón a punto de salírseme del pecho. Con un mal presentimiento que no alcanza a superar lo

que encuentro en el interior.

Las sirenas gritan, sanas y enfermas, en medio del caos por el que una de ellas se abre paso con Ociel agarrado del cuello. De su preciado camuflaje solo quedan algunas algas enganchadas en su pelo y el destello de la diadema rota, que flota hasta perderse entre las sombras.

Todas las sirenas se apartan a su paso brusco y algo errático hacia el exterior, menos yo, que me quedo inmóvil, esperando a que Ociel —sin duda más fuerte y entrenado que su agresor— le dé un buen golpe. No hay armas a la vista, solo las uñas alrededor de su cuello. Rápidamente recuerdo que eso ya es un arma. Que prefiero una dentellada de tiburón a que una sirena me clave las garras con todas sus fuerzas.

De repente, el rojo que tanto he anhelado ver, el de su melena, flota como una premonición: su cuello, desgarrado si hago algún movimiento en falso.

La líder aparece, rodeada de un grupo armado. Retroceden al ver cómo el agresor aprieta el cuello de Ociel mientras balbucea sobre entregarlo al rey para que acabe con todo ese dolor.

Se me ocurren formas más rápidas de que deje de sentirlo, pero no me atrevo a mover ni un dedo. El miedo y la prudencia me paralizan tanto como al resto, cuyo diálogo conciliador resulta inútil. Mientras tanto, ninguna palabra logra salir de mis labios, solo la llamada silenciosa y desesperada de mi don.

Un cangrejo trepa por mi hombro. Una medusa se ilumina contra la penumbra de la cueva: dice llamarse Dusi y no para de gritar el nombre de Ociel. Un tiburón me roza las escamas, expectante, mientras otros más se colocan a mi espalda. No serviría de nada.

Una parte de mí piensa que el secuestrador no se atreverá a matar a Ociel; la otra teme que sea el intento desesperado de

alguien que no ve más futuro que la muerte.

—Deberías llevarme. A mí también me buscan —le digo. Una negativa no logra disuadirme, aunque aprieto los dientes al percibir el olor de la sangre—. Si el rey se entera de que me has dejado escapar, acabará contigo.

Lo único que le importa a esa sirena es avanzar por el camino que se abre gracias al semblante compungido del príncipe y su rastro de sangre. Los tiburones se apartan, confundidos por el olor y mi petición silenciosa. Tanto ellos como las sirenas somos en este momento igual de impotentes que el cangrejo, que la medusa que flota desesperada y lentamente hacia su amigo.

Ociel suelta un gemido cuando las garras se le clavan aún más.

—Aprieta un poco más y te arranco las manos.

El secuestrador ignora mi advertencia. El olor de la sangre aumenta cuando avanzo. De repente, en la nada que hay a su espalda y por la que pienso perseguirlo hasta que se arrepienta con su último aliento, aparece una corriente. Son invisibles, pero las percibo, pues durante estos nueve meses he aprendido a sentir sus ondas en la piel. Sé por la sonrisa desfigurada de la sirena que la ha estado esperando. Su don: atraer las corrientes, oigo en susurros a mi espalda.

Sigo suplicando en silencio la ayuda de algo, de alguien. No se diferencia mucho de rezarle a un dios inexistente.

El olor de la sangre me nubla la razón. Solo quiero abalanzarme y arrancarle esas garras del cuello.

No puedo hacer nada.

Por favor. Por favor.

No puedo hacer nada y ellos siguen retrocediendo hacia la corriente, donde perderé a Ociel.

Ahí, a punto de desaparecer, estalla el caos.

40

El mayor gigante de la historia



Ociel

Es como si me hubiera caído todo el peso del océano encima.

La piel me escuece. Justo ahí, un surco rojo narra el desesperado intento de unas garras por seguir aferrándose a mí. Era en vano: la embestida ha dispersado a todas las sirenas. Menos a Kai. Kai estaba ahí, nadando hacia el caos. Mientras, yo me mantenía sujeto a una aleta, lejos de la corriente que amenazaba con separarnos.

En algún momento, me ciega el sol vespertino. En algún momento, me veo flotando sobre una inmensidad gris azulado mientras miro a los ojos de Kai, que contemplan el mismo color de su iris en el cielo despejado.

—La ballena azul es el mayor animal que jamás ha existido, tanto vivo como extinto. Es más grande que cualquier dinosaurio —dice con tono pausado y monótono, carente de la emoción que debería acompañar a sus palabras.

Aunque me intrigan esos dinosaurios y siempre me interesan los datos curiosos, tengo que recordarle que he estado a punto de morir.

Una perla se desliza por su mejilla. Desaparece en el agua que agita la ballena, meciéndonos sobre ella en el mar en calma.

—No... no sabía qué hacer. —Kai se frota los ojos. A pesar de que les niega a las olas más de sus perlas, estas arropan su voz quebradiza con su música.

Lo que ha hecho es extender su llamada de auxilio a través de los ignotos caminos de la corriente. Desde donde yo solo veía un vacío que me iba a transportar hacia la perdición, ha acudido a él una inmensa ballena. Es más de lo que habría podido hacer por mí mismo, tan impotente como temeroso de herir a una sirena agonizante. Y es más de lo que podría haber hecho en la misma situación por mi amigo, que por suerte no ha acabado con más daños que un rasguño en la mejilla.

Me acerco a él para curarlo con un beso en el que imbuyo toda mi gratitud. Aunque es la primera vez que me atrevo a hacerlo, la calidez y el perfume de Kai me envuelven como un hogar. Más allá del habitual cosquilleo, me invade la certeza de que la herida se ha curado al instante, pero me permito disfrutarlo sin prisas.

Me estoy preguntando cómo sería deslizar los labios un poco más abajo justo cuando la ballena nos sacude sobre su cuerpo para sumergirse. La magia no desaparece con ese instante que rompe el beso, sino por lo que dice Kai justo después:

—Te pido que no vuelvas a hacer eso.

Gracias a que ahora estamos bajo el agua, es fácil dejar que mi pelo oculte la vergüenza. Aunque Kai me contó que no le gustan los besos, no pensé que eso también se aplicara a un inocente roce en

la mejilla. Incluso creí, con un optimismo injustificado, que yo podría ser su excepción.

Ahora sospecho que lo que tenía que decirme no era una declaración de amor, por mucho que sus respuestas me tuvieran soñando con ese instante. Al menos, hasta que aquella sirena enferma decidió secuestrarme. La culpa se me clavó junto con sus garras. Si podía acabar con el sufrimiento de alguien, aunque fuera a costa de mis propios deseos, ¿no debería haberlo hecho? ¿No debería haberme dejado arrastrar, por mucho que mi mente siguiera anclada a la superficie, al espejismo de unas piernas, a Kai?

Para ahuyentar esos pensamientos, interrogo a Kai sobre lo que quería contarme.

—Si te pasa algo, me muero —responde en su lugar mientras acaricia con suma delicadeza la herida que no puedo curarme a mí mismo. Sin que él sea consciente de ello, su tacto me sana de muchas maneras—. Es decir... Sin ti probablemente acabaría perdido en una corriente y me comería algún monstruo marino poco partidario del diálogo. Sin embargo... es en los momentos de paz cuando me he dado cuenta de lo mucho que te necesito. Pero... En fin, ya no importa.

—Continúa, por favor —lo insto al ritmo de mis acelerados latidos.

Kai suspira, con la mirada perdida en los juegos de luces que proyectan las olas sobre nosotros, pálidos trazos en su piel morena que anhelo seguir con los dedos.

—Me hubiera gustado quedarme allí. Contigo.

Contigo.

—¿Y renunciar a tus piernas? Eso no es lo que quieres, Kai.

—Creo que no sé lo que quiero.

—Lo que no quieres es abandonar tus opciones. Yo nunca he pensado desprenderme de mi cola, ¿por qué debería ser

incompatible con las piernas?

—Pero si lo fuera, tendrías claro qué elegir. No sé, Ociel, supongo que solo tengo miedo. Tengo miedo de estar persiguiendo algo que no existe. Tengo miedo de que exista y que todo esto desaparezca como un sueño. Tengo miedo... de sentirme solo ahí arriba.

—No sé si seré suficiente, pero intentaré con todas mis fuerzas que no te sientas así.

Me atrevo a recogerle unos mechones tras la oreja. Él, para mi sorpresa, apoya la mejilla en mi mano.

—Es lo que llevas haciendo todo este tiempo. —Con la mirada aún perdida en los reflejos del agua, no parece ser consciente de que ha empezado a trazarlos con lentas caricias en mi brazo—. Puede que lo que quiera en realidad sea estar donde estés tú. —De repente, Kai despierta—. ¿Sabes que no cabemos por la garganta de esta ballena? Eso sí, nos matarían las toneladas que pesa su lengua mientras engulle muchos millones de seres diminutos al día.

Ver a Kai colorado e intentando desesperadamente cambiar de tema es una escena más inusual que surcar el mar a lomos del mayor gigante de la historia. Los vestigios de una carcajada asoman en mi voz cuando bromeo:

—Ay, medusita, no habrá sido eso una declaración de amor, ¿no?

—Puedes irte a la mierda. Cuando vuelvas, me cuentas si has encontrado ahí esa declaración.

—Prefiero pasarme antes por el Abismo a visitar a una criatura ancestral que me dé unas piernas con las que aceptar esa amable propuesta, ¿y tú?

Kai desliza la mano por el lomo de la ballena y me lanza una mirada cargada de determinación.

—Yo, no sé, pero ahí es donde va ella.

41

Todos los colores del mundo



Kai

Un canto de ballena se entremezcla con las notas mágicas de esa voz que me robó y devolvió la memoria. Ser capaz de escucharlo es otro tipo de magia: una que le debo a mis oídos de sirena. Es una música que hace vibrar cada gota que el sol seca en mi piel, empapada de la luz de las escamas de Ociel y de un día radiante.

Me sumo con una tímida nota que trata de imitar las suyas, pero apenas logro estar a la altura de su sonrisa cuando él estalla en carcajadas. Por burlarse de mis dotes musicales —defectuosas porque no me transformó como es debido—, Ociel acaba rodando hasta el agua.

Nuestra compañera ballena se zambulle para sacarlo a flote antes de salpicarnos, juguetona, con una aleta.

En una situación así, con la risa de Ociel haciéndome cosquillas en el cuello mientras se protege la cara de la avalancha de agua, es complicado pararse a añorar nada. Deseaba quedarme en el arrecife, sí, pero sobre todo deseaba permanecer en esos instantes que no necesitan el sol más radiante ni el mar más turquesa ni la fauna más colorida para atraparme con su brillo. Ociel lleva esa luz más allá de sus escamas: persiste con los ojos cerrados y en las noches sin luna como lo haría en las profundidades del océano y en la superficie.

Así que me permito empaparme de su risa, de su aroma a eterno verano y de su cálido tacto hasta olvidar todo lo demás mientras me dejo arrastrar a través de un azul interminable. Aún no tengo claro que quiera volver a pertenecer a una especie que ha masacrado a seres tan excepcionales como este hasta el borde de la extinción. Las cicatrices de la ballena azul son testigos de la crueldad del ser humano, y también de cómo decido callar todas las demás razones por las que no me enorgullece ser uno de ellos. Eso solo invitaría a Ociel a enumerar los motivos por los que él no quiere ser una sirena. Su mirada dota de magia a la superficie, no solo por el anhelo de libertad con el que observa un horizonte opuesto al que yo siempre he contemplado, sino por su ilusión e inocencia.

Al principio, me ahorré mi opinión sobre que un ser mitológico deseara convertirse en un simple humano, por miedo a que entrase en razón y me abandonara en esta alocada búsqueda. Ahora comprendo que él siempre ha mirado un horizonte más amplio que el que abarca mi vista: el mar, el cielo y la tierra. Ociel lo quiere todo. Si no pide unas alas, es porque ha visto a los humanos volar.

En este momento, nosotros también volamos, saltando al ritmo de las pequeñas zambullidas de la ballena, aunque el verdadero vértigo

llega cuando se sumerge del todo. Son al menos treinta metros de magnificencia, piel repleta de vida e historias y cien años que llegan a su fin condensados en una mirada sabia y serena. En las profundidades del océano, donde apenas llega la luz solar y los nutrientes son escasos, su muerte será la vida de muchas especies. Sin embargo, lo que verdaderamente busca ella es descansar con los restos de su pareja.

Los hombros de Ociel aún se agitan después de haberle contado la historia. Aunque sus lágrimas sean imperceptibles bajo el agua, por un instante deseo borrárselas del mismo modo en que él me curó el rasguño de la mejilla. Después recuerdo que su gesto fue tan dulce como imprudente y que podría haber acabado en tragedia. Mi corazón dio una sacudida al mismo tiempo que la ballena, pero ahora está en calma, como ella, nadando lentamente por este mundo lleno de vida y magia. No es la magia que nos transporta a través de las corrientes y que oculta la existencia de las sirenas y los monstruos marinos, sino la de una inmensidad inexplorada por el ser humano. El mar es mágico porque no podemos hacerlo nuestro, por mucho que nos esforcemos en dejar nuestra horrible huella.

En lugar de dárselo a Ociel, le doy un beso a la ballena antes de tumbarme con el brazo estirado a lo ancho de su cabeza. Tan estilizada e inmensa, apenas debemos de ser dos puntos de color para los innumerables peces que atrapan la luz del atardecer. Para nosotros, ellos son un hipnótico arcoíris.

Le sumo el color de nuestras colas entrelazadas: azul y dorado, el pelo de Ociel ondeando como un atardecer infinito, sus ojos de aguas cristalinas. Mi mente está llena de trazos, de una sirena que siempre le ha negado su rostro al pincel, de tantos paisajes que necesito explotar sobre el lienzo. Si deseo volver a ser humano, es

para que instantes como este perduren para siempre, para que este sueño sea real.

—Algún día, nosotros también nos convertiremos en espuma.

—O en polvo —añado con la mirada perdida en un mar de escamas.

—Pero, más que la muerte, me aterra la idea de quedarme atrás. ¿Cómo habrá sido sentirse sola durante tantos años?

Con la mano que tiene justo al lado de la mía, meñique con meñique, Ociel acaricia a la ballena. Aunque esta guarda ahora un silencio acogedor, hemos escuchado su canto melancólico. Capaz de viajar más de mil kilómetros, alcanzará su destino antes que nosotros. Suena a «Ya voy».

—Siente a su pareja en cada gota de agua —repito por nuestra amiga.

—¿Sueles pensar en tu padre?

Es y no es un cambio de tema. Es Ociel leyéndome la mente. Ociel pensando en todas las formas en las que uno puede quedarse atrás, tratando de imaginar el rostro de su madre.

—Sobre todo cuando estoy en el mar. Le habrías encantado.

—¿Y a tu madre?

—A ella no le gusta el mar. Ya no.

—Yo lo amo y no quiero que piense que lo estoy abandonando. Siempre estaré cerca y siempre volveré.

Todos los colores del mundo destellan en las escamas de los peces sobre nosotros: el verde de la tierra que Ociel ansía recorrer, los mil matices de cada ocaso que contemplamos en el horizonte, nubes de tormenta, un prado de flores. Pero sus ojos solo pueden definirse con el color del verano, y ningún verano tiene más color que el que hemos pasado juntos.

—Estoy seguro de que no lo piensa. Que te desea lo mejor. Aunque sea triste separarse, sabe que sigues ahí.

Por el arrepentimiento que titila en su mirada, sé que Ociel es consciente de que estamos hablando de dos cosas al mismo tiempo.

Una disculpa que nunca lo abandona vacila en sus labios, pero desaparece cuando le pongo un dedo sobre ellos. Dibujo una sonrisa con sus comisuras. Él traza lentos círculos en mi mano.

La dejo ahí mientras contemplamos un estallido de luces y colores, rumbo hacia la oscuridad.

42

Una pesadilla



Ociel

Desde que me reencontré con Kai, mi don no ha hecho más que progresar. Tanto que ya no me siento inútil, sino valioso, a pesar de estar ahora al borde del colapso tras haber curado a una ballena.

No me gusta dramatizar y, en estas circunstancias, tampoco necesito hacerlo: estoy postrado sobre una roca que emerge en mitad del océano y cuya profundidad no me encuentro en condiciones de investigar. Me estremezco al imaginar orcas ahí abajo.

Esta misma mañana, mientras nosotros buscábamos sustento, una manada ha aprovechado para atacar a nuestra amiga, que nos alertó con su grito. Las agresoras desaparecieron nada más vernos. Afortunadamente, la herida no era mortal, pero bastó para exprimir mi energía al completo.

Con un entusiasmo mermado por la preocupación, Kai ha dibujado una vívida estampa en mi mente: bajo este inhóspito y diminuto islote —bendecido por el sol, al menos—, el arcoíris se arremolina en infinitos bancos de peces entre los que nadan tiburones, delfines y ballenas, cuyos restos óseos descansan en un fondo aún más repleto de vida. En alguna parte proliferan también unas deliciosas algas que ha recolectado y con las que él mismo me alimenta durante mi convalecencia. Y es que de verdad que no me gusta dramatizar, ni lo estoy haciendo: con las fuerzas que tengo, bien podría abatirme alguna de las gaviotas que sobrevuelan la roca, por suerte más atentas a los peces que a añadir una sirena exánime a su dieta. Si mi integridad realmente dependiera de ello, tal vez lograría reunir energía para ahuyentarlas, igual que podría forzarme a levantar una mano para llevarme las algas a la boca, pero lo cierto es que los cuidados de Kai me dan años de vida.

Se da cuenta de que mi existencia no peligra cuando me echo a reír. No puedo evitarlo: ha aparecido con unas gafas de sol puestas.

Me cede su hallazgo para que la luz no me moleste al dormir. Solo necesito descansar. Comida y sueño en cantidades ingentes.

—¿Seguro que no quieres que me quede? Te advierto que las algas que traiga te las vas a comer con tus manitas.

—¿Esas son formas de tratar a un héroe? Si Laboon te oyera... ¿Dónde está, por cierto?

Kai sonríe al oír el nombre con el que ha honrado, con su permiso, a nuestra nueva amiga, pero su expresión no tarda en desvanecerse.

—Abajo hay un cementerio de ballenas. No te preocupes —se apresura a añadir—, aquí no hay orcas.

Suspiro de alivio, pues no me quedan fuerzas para volver a curar a un ser tan inmenso tras otra reyerta con esas abusonas, y sería una

tragedia perderla antes de que ella, ya centenaria, considere que ha llegado la hora.

—Entonces solo me inquieta que te pierdas, pero te has convertido en una medusita competente. Estoy orgulloso de ti.

—Deberías estarlo de ti mismo.

Kai me revuelve el pelo con la promesa de regresar pronto y yo cierro los ojos tras verlo desaparecer bajo las olas, cuyo rumor me arropa hasta caer profundamente dormido.

Sueño con un día de verano de muchos años atrás, con una playa oculta en el acantilado y un niño de ojos azules que me observa como si fuera un tesoro del mar. Sueño con su mano tocando la mía.

Algo me toca. Todavía anclado a la inconsciencia, sigo soñando con Kai. Con la manera en la que se deja abrazar y la sutileza con la que me abraza a mí, sus dedos jugando con mi pelo, nuestras colas entrelazadas.

Algo me toca la cola. No es el cosquilleo que experimento cuando lo hace él.

Es una pesadilla.

Solo puede ser eso, porque estoy boca abajo, siendo arrastrado hacia arriba mientras me retuerzo en vano con mis pocas fuerzas.

Impacto con brusquedad sobre algo sólido y liso, húmedo por las gotas que caen de mi cuerpo. Quiero despertar, pero los golpes que recibo mientras lucho no me devuelven a la realidad, ni siquiera a un dulce recuerdo.

El dolor se transforma en una patada en las costillas, en una presión insoportable en las muñecas y en la cola, retorcida sobre sí misma. La boca me sabe al olor desagradable de una tela en la que se clavan mis colmillos. Me produce arcadas. Me ahogo. Mis branquias piden estar a salvo bajo el agua, no expuestas al destello inclemente de los móviles.

Los humanos, exaltados, hablan entre ellos mientras no dejan de grabar. Algunos se regocijan al tocarme con sus manos toscas y ásperas. La aleta, la cola. El torso, la cara, las orejas. El pelo.

Incluso de haber tenido acceso a mi voz, dudo que pudiese entonar algo que los hipnotizara: la tela sofoca mis gritos y la respiración se me entrecorta mientras las sombras se ciernen en torno a mi vista emborronada.

—Nos vamos a forrar.

—¿Con la sirena o con las perlas?

—Dos por uno. ¿O tres? Dicen que si te comes una escama te vuelves inmortal.

—¿No era la carne?

Una punzada de dolor me recorre la cola hasta asentarse en el escozor de mis ojos, que derraman lágrimas sin control.

—Esto está como una piedra.

—¡Traga, traga!

—Voy a cagar oro.

Un estallido de carcajadas anima al que muerde mi escama. Otros están sumidos en su propia euforia mientras recogen más y más perlas. Cuando no les parecen suficientes, me las sacan.

Es una pesadilla.

No es real.

Los humanos no son monstruos.

Los humanos son un chico de ojos azules que me tendió la mano, que me enseñó a no tenerles miedo, a soñar con un mundo más allá del mar.

—¿Se está muriendo?

Me echan un cubo de agua. Me meten la cabeza en el cubo.

—Respira, guapa. Pronto tendrás una pecera bonita.

El cubo es azul. Si cierro los ojos con fuerza, despertaré en el mar.

—Es un tío, ¿no le ves el cuerpo?

—¿No le ves la cara?

—Lo que sea se nos muere.

Me ahogo. El mar sigue teniendo apenas el tamaño de mi cabeza. El agua salada está caliente y rancia, cargada de mis bocanadas y de desesperación.

—Bueno, tampoco creo que lo vayan a diseccionar vivo, ¿no?

—Yo lo metía en un acuario.

—Antes de eso, ¿me como una escama o le doy un bocado? Yo también quiero ser inmortal.

—Cuidado, a ver si te conviertes en un bicho.

—¿Y oler a pescado? No, por favor.

—Qué mal rollo dan sus manos. Esto te pilla en el agua y no lo cuentas. Ni loco vuelvo a bucear yo aquí.

—¿Y las gafas que llevaba? ¿Nadie va a mencionarlas?

Me sacan la cabeza del cubo. Me las ponen. Uno se acerca a mí para que otro nos haga fotos. Cuando me suelta, me desplomo en el suelo.

El suelo tiembla. El mundo tiembla. Nunca creí que fuera posible hundirme en el mar, pero es tan agradable como oír las risas convertirse en gritos.

43

Monstruo



Kai

Un vacío. Un vacío sobre un mundo lleno de vida. La roca parece demasiado inhóspita ahora que Ociel no está para convertir en joyas los rayos del sol.

Lo primero que pienso es que se ha recuperado y ha ido a buscarme. Lo segundo, casi al mismo tiempo, es que no tendría que haberlo dejado solo.

Una embarcación se aleja en la distancia. Mis pensamientos son sombríos, inverosímiles. Antes incluso de que les dé forma, Laboon se lanza a por ella.

Risas. Golpes. Llanto. Una inmensa sombra bajo el cielo despejado.

La ballena emerge sobre todas esas cosas horribles, que caen a las olas producidas por su furia.

Los humanos patalean entre gritos cuando la embarcación vuelca. Todo lo que había en ella se precipita hacia la oscuridad: equipo de buceo, dispositivos electrónicos... Una sirena atada y amordazada.

Libero a Ociel con un roce de mis garras, que se convierte en un zarpazo iracundo a la embarcación. Esta chirría junto con el sonido estridente de mi voz: un grito de sirena. A oídos humanos debe de ser un pitido infernal.

Los tiburones comienzan a congregarse a nuestro alrededor, expectantes y al acecho. A diferencia de la creencia popular, las personas no entramos en su dieta, pero no les gusta que unas criaturas de la superficie los molesten. Sus piernas agitan el agua con desesperación mientras las olas de treinta metros de ballena furiosa desatan la tormenta sobre un día en calma.

Los humanos están aterrados y, aun así, no es suficiente para lo que han hecho pasar a Ociel. No es suficiente para que uno de ellos, con el móvil colgado, deje de grabar los sucesos.

Lo arrastro bajo el agua con las uñas en torno a su cuello antes de destruir la pantalla de un zarpazo.

El aparato se hunde y él se ahoga. Sigue sin ser suficiente.

En un brazo, un humano agonizante. En el otro, una sirena inconsciente.

No me siento humano. No quiero ser humano.

Y no lo soy. Soy un monstruo marino: lo que ellos han visto en Ociel. Y como tal, actúo.

Unas manos sin fuerza me agarran del antebrazo, desesperadas por soltarse. Cuanta más forma toman los hechos en mi cabeza —las

ataduras, el olor a sangre, el destello ausente de una escama...—, menos es suficiente.

Una trémula mano me envuelve la muñeca. Una trémula voz, una trémula mirada; aun exánime, tiene espacio para la compasión.

—N-no. Kai... Por favor...

Por esos ojos azules no perdonaré a los humanos, pero tampoco seré el mismo monstruo.

44

Un largo sueño



Ociel

Ha sido una pesadilla. Solo una pesadilla, porque la superficie brilla arriba con sus juegos de luces, que tiñen de claras ondas la piel de Kai. De espaldas a mí, su pelo ondea con los destellos azules de su cola, envuelta por sus brazos en una pose contemplativa.

Laboon suelta un canto lastimero al incorporarme con languidez sobre su cabeza tras un largo sueño. La acaricio con mis pocas fuerzas mientras nos transporta lentamente bajo el agua. Una voz serena suena tras la suya.

—En la mitología griega, las sirenas tenían alas en lugar de cola. —Los datos curiosos de Kai; cuánto los he añorado durante mi horrible pesadilla—. Te sugiero que le pidas unas a ese dios, porque yo voy a desear la extinción de la humanidad.

De repente, me ahogo de nuevo.

—¿E-están... vivos?

—No lo merecen. —A Kai le disgusta mi suspiro de alivio—. Deberías odiarlos. A los humanos. A todos.

—Tú eres humano.

—¿Me ves con pinta de serlo?

Cuando se gira para mirarme, nada queda en él de la calidez inalcanzable que el sol solo le concede a la superficie. Es frío y oscuridad. Es el mar en una noche de tormenta. Un grito ensordecedor. Unas garras alrededor de un cuello sin branquias.

—Las sirenas te hicieron daño, ¿nos odias?

La oscuridad titila.

—No es lo mismo. No todas...

—Exacto, no todas.

La oscuridad vuelve a ser insondable.

—Nosotros... *Ellos* sí, todos. Tienes suerte de no haber acabado abierto en canal en un laboratorio o siendo una atracción de feria.

Su tono sombrío me basta para suplir el significado de esas palabras desconocidas.

Al abrir la boca, recuerdo el sabor vomitivo de la tela, la sequedad y la falta de aire, y todo lo que vino con ello: los golpes, las risas, las palabras de desprecio —«Qué asco», había dicho uno al tocar mis membranas—, las lágrimas sin control, que ahora amenazan con un regreso invisible al ver a mi amigo ahí, convertido en un sueño del que nunca quiero despertar.

—Para mí eres especial, pero objetivamente no creo que seas único —reflexiono al recuperar el aliento, consciente de que por fin puedo respirar—. Igual que tú siempre me trataste con respeto, otras personas también lo hubieran hecho. Tú has conocido a los monstruos del mar, Kai, y lo sigues amando. Ahora yo he descubierto que también hay monstruos en la superficie, pero eso no hará que deje de soñar con unas piernas.

La oscuridad se resquebraja en haces de luz.

—No quiero que te arrepientas ni que seas infeliz —musita él, con el rostro refugiado entre sus brazos y la cola. De ellos escapan dos destellos turquesa—. ¿No tienes miedo?

Si Kai tuviera voz de sirena, le pediría que me cantara hasta olvidar.

—Sí, pero más miedo me daría no intentarlo nunca.

Él acepta mis palabras con un silencio resignado.

Al cerrar los ojos con fuerza, descubro que la pesadilla no ha borrado el recuerdo de un niño que me tiende la mano; su sonrisa, nítida a través de mis membranas. Al abrirlos, todo lo que queda de la oscuridad se ha disipado.

Los abrazos de Kai son como el sol: un roce suave, casi imperceptible, que cobra fuerza cuanto más permaneces ahí. Así se posan también sus labios en mi frente: un leve toque, porque el sol no abrasa, sino que te envuelve todo el cuerpo con la misma calidez.

Unos rayos alcanzan mi mejilla para deslizarse por cada moretón que aún no ha salido. Hacen resplandecer el dorado de mis escamas, que es el azul de las suyas ahí donde me faltan algunas. Se pierden en mi pelo y acaban en mis manos. Debido a las membranas, nuestros dedos no pueden llegar a entrelazarse del todo, pero no importa, porque él traza lentas caricias que los unen más que ninguna otra forma.

—El problema —susurra Kai— es que el mundo no está a tu altura, ni dentro ni fuera del agua.

45

A casa



Kai

Un canto melancólico se pierde en las profundidades, donde cae una perla que se ha deslizado por mi mejilla. Deben de haberlo oído hasta las gaviotas desde el cielo: desde ahí, el Abismo parecerá la pupila de un gran ojo aguamarina, como los que tengo cerrados contra la ballena.

Mis brazos quedan ridículos tratando de abarcarla, pero me siento correspondido por la forma en la que cierra los ojos, por el dulce eco de ese adiós que persiste en nuestro silencio. Aunque no necesito palabras para emplear mi don, sé que me quebraría igual que si abriera la boca.

—Te queremos, Laboon —dice Ociel en mi lugar.

Sus dedos rozan los míos desde donde él la abraza. Me reconforta con una fugaz caricia cuando se me escapa un sollozo.

La ballena centenaria mira hacia el pozo de oscuridad. La caricia de las olas es cálida y reconfortante, pero arrastra un rumor desconocido: de lo ignoto, del frío, de la muerte. Hay también un sonido que nosotros no oímos, un canto entrelazado con el suyo: una bienvenida, un reencuentro. Laboon está lista para descansar con los restos de su pareja y para llenar de vida este abismo.

Hemos compartido durante tres meses el mismo rumbo, pero ahora, aun dirigiéndonos al mismo lugar, nuestros caminos se separan: uno hacia la oscuridad y la muerte, otro hacia una vida bajo el sol.

Ella está lista para tomarlo, yo no.

Me da un suave empujón para sacarme una sonrisa mientras entona un canto que llena el mar de perlas.

—Nunca te olvidaré, Laboon.

Mi triste sonrisa persiste mientras la veo marcharse.

Quiero hacer mío el valor que ha tenido la ballena para enfrentarse a las profundidades, pero solo puedo negar con la cabeza cuando Ociel pregunta, con la voz aún quebrada por la pena:

—¿Listo?

De no ser porque he acompañado con la mirada a nuestra amiga hasta que ha desaparecido, no tendría valor para encarar ese abismo.

—El fondo abisal es más profundo que el punto más alto de la tierra —digo envuelto en un azul reconfortante—. La presión es tan alta que podría aplastar un coche.

—No sé qué es un coche, Kai, pero tu cuerpo es el de una sirena. Está adaptado al agua.

—Las criaturas que habitan allí han evolucionado acordes al entorno. ¿O me estás diciendo que un pez de agua dulce sobreviviría en el océano?

—Te estoy diciendo que te tranquilices. No iremos hasta el fondo, seguro que no tardamos en encontrar a la Sombra del Abismo.

—También podría matarnos un volcán activo o un tiburón duende. Por no mencionar que nos perdamos y muramos de frío o inanición.

Con Ociel cruzado de brazos, no puedo dejar de mirar mi reflejo atrapado en su pupila. Me recuerda al Abismo: turquesa y negro.

—Antes estabas entusiasmado. Decías que siempre había sido tu sueño imposible. Sé que impone, Kai, y entiendo que tengas miedo, pero todo saldrá bien.

No me molesto en explicarle que en los sueños no se puede morir. Que no es lo mismo la imaginación o la protección de un submarino que lanzarte con piel y escamas a todas las posibles formas de morir allí.

No me enorgullezco al acercarme a él y bajar la voz hasta un susurro que roza su oído con mis labios.

—Podríamos ser felices. Piénsalo.

Siento la duda en su respiración entrecortada. Pero es fugaz, como el momento que duramos el uno junto al otro y mis escamas entrelazadas con las suyas.

—¿Qué es lo que más te gusta de la superficie y de ser humano? Piénsalo. Si de verdad quieres renunciar a ello para siempre, abandonaré mi sueño para estar a tu lado. Yo te hice esto y no pienso dejarte solo.

Lo primero que recuerdo es el frescor de la orilla, la arena hundiéndose bajo mis pies entre un camino de piedras y conchas que seguía día tras día, pero que nunca era el mismo. El mar en todas las estaciones, el neopreno en invierno, encerar la tabla con

calma antes de lanzarme a las olas furiosas. El agua serena y cálida una noche de luna llena, envolverme con la toalla al salir, dejar que el pelo se seque al aire después de la ducha solo para volver a llenarlo de sal al día siguiente. Las rocas con conchas fosilizadas del sendero boscoso sobre el acantilado, conocer cada grieta de las cuevas y que me salude su eco. Tomar un helado en las tardes calurosas, la brisa del atardecer, cuando las luces se encienden en la casa sobre el acantilado, y subir la cuesta con el sonido de los grillos para cenar con el señor An. Los gatos del pueblo, sus calles pintorescas y las casas blancas como la espuma. Tantas series y videojuegos sin acabar, libros con el marcapáginas en medio. Lienzos a los que les faltan pinceladas, pinceles con ansias de pintar, un hueco en la pared sin azul ni sirenas. Mis esculturas. Viejas fotografías que se perderán en mi memoria. Un mensaje sin contestar. Ni una despedida. Los viajes y las ganas de volver a casa.

A casa.

—Tengo mucho miedo.

Mi voz se quiebra entre los brazos de Ociel. No es lo mismo renunciar a mis piernas por elección que aventurarnos en un abismo donde no habrá ningún dios o donde una criatura terrorífica nos niegue las piernas. Si lo elijo, si cierro los ojos y dejo que el mar, a veces frío, a veces furioso, a veces solitario, sea un hogar, no tendré derecho a echar de menos los paisajes a los que regreso una y otra vez en mi memoria.

—Y yo.

—No se te nota.

—Porque estás a mi lado. He estado años posponiendo esto, Kai. Tal vez nunca me hubiera atrevido de no ser por ti.

Ociel sigue envolviéndome con esa calidez que rivaliza con el sol. Es siempre un día radiante en sus escamas doradas, en su pelo, en

su sonrisa. Es un sol que no quema, bajo el que cerrar los ojos y sentirse en casa. Mientras no me suelte la mano, nos acompañará la luz.

46

La Sombra del Abismo



Ociel

–¿Puedes dejar de marcar músculo?

—No estoy haciendo eso.

—Sí, Ociel, ni los humanos ni las sirenas nacen apretando el bíceps.

A pesar de sus quejas, Kai sigue estrujándome el brazo. Nuestras manos entrelazadas no parecen suficiente garantía para evitar perdernos en la oscuridad, donde le conviene recordar que tiene a una sirena bien entrenada al lado.

—Siento estar más fuerte que tú. Al menos, te servirá para sentirte protegido de esos tiburones no sé qué.

—Duendes. Menos me preocupan los calamares vampiro y el pez víbora. Dan miedo, pero son pequeñitos. Luego está el pez gota, al que todo el mundo toma por una abominación, cuando la realidad es que lo desfigura la presión al verse arrastrado fuera de su hábitat.

Desde que nos hemos adentrado en el Abismo, Kai ha demostrado poseer un conocimiento inigualable de su fauna. Cuanto más distante es el sol, más son las especies que enumera con una encantadora descripción acompañada del dato sobre la profundidad a la que habitan. Por extraño que parezca, esos cuentos para no dormir me reconfortan en la misma medida que deben de otorgarle a él cierto control sobre la situación. Si sabe sobre esos seres, es porque alguien ha vivido para contarlo.

—En la superficie quiero ver duendes y vampiros. A ver si se parecen como para que les pongáis a las pobres criaturas esos nombres raros.

—Lo tendré en cuenta si no te zampa un *Saccopharynx*: una anguila tan grande como tú con el estómago extensible que encontrará más apetitosos tus músculos tensados por la caprichosa naturalez... ¡Ah!

No comprendo por qué grita hasta que lo tenemos frente a la cara, dibujado por la tenue lumbre de nuestras escamas. Es como si un tiburón se hubiera comido a otro y le hubiese sentado tan mal que lo hubiera regurgitado a medias con una horrible mueca de dientes afilados. Puro terror, aunque Kai se esfuerza en disimularlo mientras esa criatura más grande que nosotros nos inspecciona con su picuda frente.

—H-hola, bonito...

Tras un intercambio de miradas a ciegas con esos diminutos ojos, el tiburón duende —por el que ya no quiero conocer duendes en la superficie— se pierde en la oscuridad insondable.

No tardo en superar la estupefacción para continuar hablando: si no bromeamos constantemente, sucumbiremos al miedo.

—¿Por qué no lo has acariciado? ¿No haces eso con todos los tiburones?

Kai me agarra con aún más fuerza desde el encuentro y no me suelta. Es como un pulpito a los que tanto añoro y que, por si acaso son menos encantadores, prefiero no encontrar aquí.

—Es feo con ganas.

—Tal vez tenga buen corazón.

—Eso mismo pensé de ti.

—Creo que la presión comienza a afectarte al cerebro. Recuerda que me dijiste que soy la sirena más bonita del mundo.

Kai tiembla al reír. El frío es cada vez más intenso, como el dolor de cabeza que amenaza con darle la razón. Si explotan nuestros órganos, lo último que oiré será un «Te lo dije». Pero sostengo una hipótesis: si las sirenas tenemos bioluminiscencia, al igual que muchas de estas criaturas, es porque estamos hechas para soportar la misma oscuridad.

—Eso fue en tus mejores sueños.

Esto es una pesadilla. Una pesadilla en la que me he embarcado por mi mayor sueño. Una pesadilla en la que voy con los ojos cerrados hasta que algo aparece delante de mi cara. En estos momentos, el brillo de unos seres poco agradables a la vista y el de dos sirenas preciosas se encuentran para revelar dientes enormes y ojos ciegos, pieles traslúcidas y formas imposibles.

Kai saluda en vano, pues aquí nadie está demasiado dispuesto a charlar.

Tampoco parece tener interés algo que presentimos a nuestro lado. Una luz intermitente. Una boca enorme. Un nombre que Kai no sabe porque probablemente nadie ha salido vivo del encuentro. Si existen seres de mandíbula extensible y un estómago acorde a su imponente medida, debe de ser porque aquí habita algo más que pececillos y crustáceos diminutos.

Nadamos con todas nuestras fuerzas sin soltarnos el uno al otro. Kai, que se ha convertido en un excelente nadador, es un torbellino impulsado por el miedo. Sorteamos rocas y montañas, algunas de las cuales serán volcanes de los que ya no hay que preocuparse. En la oscuridad absoluta, no parece haber nada más a nuestro paso: solo la inmensidad de las profundidades y el agua agitándose tras nosotros. Aunque tenemos experiencia con monstruos marinos y brujas, ir a ciegas convierte este en nuestro más terrorífico encuentro.

Acabamos por refugiarnos en una cueva en la que tal vez habite un monstruo aún mayor. Aquí se pierde la percepción de estar arriba o abajo, a derecha o izquierda, dentro o fuera. Tan solo sé que la negrura está en calma, que el rostro de Kai, apenas esbozado por un resplandor azul y dorado, serena mi respiración, y que al fin conozco el significado de la talasofobia que ahora alega padecer. Es no saber qué hay en la oscuridad. Es imaginarlo todo.

Kai y yo nos abrazamos. Poco a poco voy olvidando el resto del mundo. Solo estamos él y yo. Por un momento, me imagino a solas en esta gélida oscuridad, asustado y perdido. Él me infunde valor y la certeza ciega de que todo saldrá bien.

—Ociel... por si nos zampa algún bicho, debes saber que te quiero. En plan amigos —se apresura a añadir.

El corazón aún me late rápido por la persecución.

—Yo también te quiero, Kai. En plan amigos, pero si en algún momento estamos a punto de morir, podrías darme un beso. Tu boca parece un final más dulce que la de estos amiguitos. —Solo el pánico me permite bromear sobre mis deseos ocultos.

—Ni hablar. Mientras a ti te comen, yo huyo.

—Me sacrificaría por ti.

Siento la sonrisa de Kai en mi mejilla. Es trémula y asustada, como su cuerpo tembloroso contra el mío, pero también es como sus abrazos: ese roce del sol. No es un beso ni un amago, es un «Estoy aquí».

Nos quedamos en silencio, sintiendo la respiración del otro, hasta que unas espirales tiñen la negrura con un arcoíris.

—Es muy extraño encontrarlos a esta profundidad, pero parecen *Cestum veneris*, el cinturón de Venus —me susurra al oído tras apoyar la cabeza en mi hombro—. El verde azulado es adulto y el violeta es anciano. Los jóvenes son transparentes. Es curioso que la vejez los haga más hermosos.

Kai calcula que debemos de estar a unos mil metros, la profundidad que no exceden esos seres con los que alguna vez me he cruzado muy arriba. Entonces me parecieron trazos transparentes, como el capricho artístico de las olas, pero en este momento son magia del firmamento. Un arcoíris nocturno. Él los compara con auroras boreales.

No sé lo que son, pero me promete que en la superficie viajaremos para verlas. Allí veré la nieve que da nombre a las motas que la claridad dibuja en la negrura: partículas de materia orgánica que alimentan a la fauna abisal. Algún día, los restos de Laboon harán nevar en la noche submarina, y los nuestros también, pero las espirales violetas hacen del final algo hermoso.

Lo sigo pensando mientras, en algún momento de este hipnótico espectáculo, mi nariz roza la de Kai. Él no se aparta, sino que siento el cosquilleo de su proximidad en la cara y en todo el cuerpo. Hay algo en las profundidades que embota la mente y nubla la razón, cegada por esa oscuridad que hace perder la noción del tiempo. Así que no sé cuánto permanecemos así, perdidos en la respiración del otro, sintiendo el vértigo al borde de sus labios. No sé por cuánto me

balanceo ahí, sin atreverme a sentirlos y soñando con hacerlo. ¿Y si todo es una mentira? ¿Y si el Dios del Mar no existe? ¿Y si no hay maldición ni tampoco piernas?

«Podríamos ser felices. Piénsalo».

Kai ya me hace feliz, pero ¿podría serlo por mí mismo, a medias? Siempre he sentido que me falta una parte del cuerpo que solo tiene cabida en los sueños. Es una ausencia distinta a la de una madre que nunca he conocido, quien en mis sueños —o pesadillas— viajó hasta aquí para vivir en la superficie.

Yo también abandoné a Kai por un deseo. Por un deseo que no me parecía incorrecto, sino que era maravilloso y emocionante, como la primera vez que vi el horizonte. Quiero unas piernas y quiero besar a mi amigo. Si no puedo tener lo primero, tal vez encuentre la parte que me falta en lo segundo.

En la densa oscuridad, su rostro es apenas un contorno difuso mientras trazo con el índice el camino que no me atrevo a recorrer. Su mejilla, su cuello, su barbilla, unos labios entreabiertos que me rozan con sus colmillos, la única prueba de que el tiempo no se ha detenido. La noche sigue brillando con luces violetas. Un final hermoso.

De repente, los arcoíris se apagan. Nuestras colas también. Sé que nosotros mismos no hemos desaparecido porque siento a Kai agarrándome con todas sus fuerzas: la persona a la que he estado a punto de besar se reduce a una sensación, una forma conocida en la oscuridad más absoluta.

Una negrura más densa que el vacío. Una sombra más profunda que el Abismo.

¿Es esta la oscuridad a la que se refería mi abuela?

La cabeza me va a explotar. El mundo también, porque no cabe en esta inmensidad. Es algo más grande que las profundidades, solo

comparable a la medida del firmamento. Una noche sin estrellas, el vacío gélido y eterno del espacio incognoscible. El mundo solo lo contiene para que no se derrame.

No hay nada más. A duras penas existimos nosotros.

Todas iguales. La superficie y los humanos. ¿Quieres ser espuma?

La voz palpita en mi mente con el dolor de cabeza. Es un sonido atronador, un eco profundo y, al mismo tiempo, el silencio más ensordecedor. Es la Sombra del Abismo.

No tendré miedo. No dudaré.

—Q-quiero unas pi...

Kai me tapa la boca, aprovechando el movimiento para envolverme con gesto protector. Parece que ha estado todo el trayecto agarrado a mí solo para reservar su valor para este momento.

—Queremos ser humanos.

Kai no se limita a expresar su deseo con firmeza, sino que expone todos los pormenores: para él, el cuerpo que tenía; para mí, uno acorde al resto. Las piernas deben ser funcionales. No necesitaré aprender a caminar. No nos las entregará en las profundidades, sino que aparecerán al emerger en la cueva donde todo empezó. Del mismo modo, el mar nos devolverá la cola. No el agua, no una gota de sudor, no una lluvia inesperada. Mitad humanos, mitad sirenas.

En este momento comprendo que, de haber venido solo, me habría convertido en la diversión pasajera de un dios: un chico pataleando antes de ahogarse en la oscuridad. Tal vez me habría dado unas piernas tan pequeñas que no pudieran sostenerme. O unas piernas hermosas e inmóviles.

«Quiero unas piernas». Mi anhelo es tan desesperado que ni siquiera he sabido definirlo.

La voz vuelve a invadir mi cabeza. Esta es la verdadera presión de las profundidades, lo que va a hacerme explotar.

¿Qué das a cambio, príncipe sin corona?

—Mi voz. Es muy poderosa. Pude arrebatarle los recuerdos a mi amigo y devolvérselos.

Sangre mía corre por tus venas. No tienes nada que no posea.

Miro a Kai de reojo, pero solo hay oscuridad. En el sepulcral silencio, sé que él y la Sombra del Abismo están manteniendo otra conversación en su cabeza mientras mi corazón late con estruendo ante el primer rechazo.

—M-mi pelo. No hay sirenas con el pelo rojo.

Ya tengo una llama para esta oscuridad.

Hubo un tiempo en el que una sirena iluminó el reino. Su luz sigue brillando en su ausencia.

—¿De quién?

¿No recuerdas? No. No eras tú.

—¿Mi madre? ¿Mi madre te dio su pelo? ¿Dónde está?

No veo lo que sucede bajo el sol.

El corazón sigue aporreándome el pecho, pero esta vez es al ritmo de la esperanza.

—Te ofrezco mi don curativo.

No tengo amor para hacerlo funcionar.

—¿Mi don funciona con amor? —Mi don, que ha nacido y resurgido con Kai. Que no funciona con cualquiera, y mucho menos conmigo mismo, la sirena a la que menos aprecio.

Él sigue en silencio. ¿Y si el Dios del Mar ha rechazado el don de Kai? ¿Qué más tiene él para dar? ¿Y si se retracta? ¿Y si no salimos juntos de aquí?

No hay respuestas. No hay trato. No tienes nada que ofrecer.

«Algo tiene que haber, por favor» —suplico en mi mente—. «Lo que sea. Por favor».

De repente, Kai me aprieta la mano. Es un gesto enérgico y sereno. Una victoria.

«Cualquier cosa, cualquier cosa», sigo suplicando.

El dios permanece en silencio. Su presencia me comprime hasta hacerme diminuto e insignificante. En mi imaginación, un gran ojo me contempla desde el abismo inabarcable de su pupila. Antaño, su hijo murió por besar a una humana. Su sangre es lo que me va a explotar en las venas.

¿Qué le falta a este dios?

«Lo que sea, por favor».

En el Abismo habita una sombra más inmensa que el mar, más oscura que la noche eterna de sus profundidades. Por el sol hago una promesa con ella.

47

Un deseo irrefrenable



Kai

Todo ha sido un sueño. Las aventuras, las profundidades, el trato. Un sueño en el que emergemos en la cueva del acantilado, como arrastrados por unas manos invisibles.

Siento todo el frío del Abismo en mi piel desnuda, a pesar de que los cálidos colores del atardecer brillan entre las grietas de la roca. Ociel también tiembla en el suelo. Tiembla como si tratase de encajar en toda esa nueva piel, como si la brisa de la superficie lo arañara de un modo en el que no lo hacían las gélidas profundidades.

Intenta ponerse en pie. Yo lo consigo antes, aunque apenas recuerde cómo hacerlo. Me siento dentro de un cuerpo ajeno, un cuerpo que lucha contra el impulso de saltar al agua mientras le tiendo la mano.

Ociel no la acepta. En su lugar, se queda observando esos dedos suspendidos en el aire; dedos sin más, sin membranas y con las uñas cortas. Encuentra lo mismo al mirar hacia abajo. Sus dedos de los pies se mueven. Y eso, más que el mundo que ha dejado atrás, le parece magia.

Es magia que logre levantarse y adelantar una pierna a la otra. Primero lentamente, luego tan rápido que podría resbalar con el borde húmedo de la roca. Así ocurre.

Cae al agua antes de que pueda tenderle la mano.

Hay una sirena en la cueva. Por un instante, la visión de sus hermosas escamas le horroriza. Esos dedos con membranas, esas uñas hechas para desgarrar. Pero entonces las clava en el suelo para impulsarse hacia fuera.

Solo hay dos humanos en la cueva. Uno de ellos vuelve a levantarse, vuelve a andar. Esta vez, Ociel no intenta correr, sino que se queda inmóvil, contemplando sus piernas mientras lágrimas que no son perlas se deslizan por sus mejillas.

* * *

Todo ha sido un sueño. Un sueño en el que mis cosas siguen ahí: un móvil sin batería, ropa con la que me cubro con torpeza, como si ya no supiera cómo vestirme, y una toalla para la cintura de un pelirrojo obnubilado con sus piernas. Las llaves de casa.

Sigue siendo un sueño.

El agua corre por la bañera, con mi mano lánguida midiendo la temperatura y la mirada perdida en su reflejo hasta que rebosa.

Por la ventana se cuelan las últimas luces del crepúsculo y escapa el vapor que no hace menos fríos los azulejos.

El agua sigue helada. El blanco es negro. Y todo ha sido un sueño.

—¡Venga ya, Kai! ¿Vas a llenar eso o el *baño* entero?

A mi espalda, un chico pelirrojo da saltitos. Su pelo infinito se agita en ondas marinas que no flotan, sino que siguen el largo recorrido de sus piernas. No hay ningún abismo a sus pies, ni siquiera un hermoso arrecife, solo unas baldosas conocidas que soportan su impaciencia.

Es ese ritmo persistente lo que me devuelve a la realidad. Estoy en casa. Hemos llegado aquí tras emerger en la cueva, donde mis pertenencias han permanecido intactas a la espera de este momento, entre ellas la toalla que ahora yace a los pies de Ociel. Se ha tapado a regañadientes, sin comprender por qué debe cubrir el cuerpo por el que ha luchado tanto.

Hemos ido al fondo abisal. Hemos hecho un trato con un dios aterrador y salido con vida. Esto es real, no una ilusión. No es un último sueño mientras la oscuridad nos devora.

Me pongo en pie lentamente, esforzándome por mantener el equilibrio. Casi lo pierdo cuando Ociel se lanza al agua.

Una lluvia lo rocía todo y me despierta por completo.

—Cuando acabes, te traigo la fregona.

—No sé qué es eso, pero yo encantado. Oye, ¿no te metes conmigo? Después de tanto tiempo *bañándonos* juntos...

La sonrisa de Ociel se ensancha aún más ante su propia broma. Mientras, yo ando sumido en pensamientos catastrofistas: si los humanos nos resbalamos en el baño, ¿cuántas probabilidades tiene de sufrir un accidente una sirena con sus piernas recién estrenadas?

Así que me trago mi pudor y me meto con él, encajado a duras penas en una bañera que no está diseñada para la escena romántica de una película. En la vida real, la mayoría de la gente no tiene bañeras en las que dos tíos más altos que la media se pueden quitar cómodamente la sal de su aventura submarina. Pero es precisamente ese detalle lo que me sumerge aún más en la realidad: Ociel, con las piernas tan estiradas que casi tengo sus pies en la cara, porque se niega a esconderlos bajo la desorbitada cantidad de espuma que ha provocado para embriagarse de olores desconocidos.

—¿Estás bien, Kai? —Una sirena que ya no lo es alza sus ojos aguamarina entre pompas de jabón. Los destellos me transportan por un instante a una negrura salpicada de arcoíris.

—Solo sigo un poco desorientado.

Ociel observa el cuarto de baño, como si lo conociera mejor que yo, como si él no dudara de la realidad ante el espejo empañado. Después, oculta un hilo de voz tras la espuma.

—¿Puedo ponerme contigo?

—No necesitas pedirme permiso —me sorprendo diciendo—. Rompiste mis límites a base de abrazarme en contra de mi voluntad.

Ociel vuelve a salpicarlo todo al colocarse de espaldas contra mi pecho. Sus piernas sobresalen entre la espuma junto a largos mechones que huelen a hogar. Un bote entero de mascarilla no basta para embadurnarlos, pero yo sigo deslizando las manos con gesto somnoliento, adormecido por el suave roce de sus dedos.

La última vez que vio mis piernas las hizo desaparecer. Pero hay un pasado compartido más remoto, en el que cada uno soñaba con lo que tenía el otro y con que llegara el día siguiente para encontrarnos. Una noche de verano corrí a la playa sin saber que sería la última vez en muchos años que vería a esa sirena. Ociel me hizo olvidar porque comenzó a anhelar demasiado: unas piernas, un

beso que lo convertiría en espuma. En la densa oscuridad, cuando más dudábamos de conseguir lo primero, nuestros labios casi se rozaron. Las profundidades embotan la mente de un modo similar a como lo hace el vapor del baño, aunque la brisa que se cuela por la ventana basta para mantenerme lúcido y consciente de esa insensatez.

Al parecer, Ociel también está pensando en besos.

—Te molestó cuando te di un beso en la mejilla —murmura—. Me dijiste que no volviera a hacerlo. Por eso quería asegurarme de que no te incomodo.

No necesito hacer memoria para saber a qué momento se refiere. Entonces me pareció que mis motivos quedaban muy claros, aunque ahora veo el malentendido en la tímida pesadumbre de su voz.

—¡Porque no pensaste! Íbamos sobre una ballena dando botes, ¿y si te hubieras convertido en espuma por accidente?

Se queda perplejo.

No comprendo cómo un ser mitológico que ha sido capaz de estudiar por su cuenta el idioma y las costumbres de otra especie puede pensar tan poco. No pensó en ese momento, como tampoco lo hizo en el Abismo, primero rozándome más allá de los límites de la sensatez, luego estando a punto de formular mal su deseo. Sin embargo, sí que parece estar pensando mientras esboza una amplia sonrisa que estampa en mi mejilla.

Se lo permito para compensar el malentendido, incluso una segunda vez, porque me cuesta negarme a mí mismo que la primera me ha parecido muy agradable.

—Para —digo para el décimo de sus sonoros besos. Se suceden a tal velocidad que no he podido decirlo antes.

Él se detiene, obediente.

—¿Te da asco?

En cuanto pongo los ojos en blanco, Ociel reanuda su efusiva tarea.

—Para.

—¿No te gusta?

Suelto un gruñido ininteligible que interpreta como una invitación para seguir.

—Para.

—Solo si me das un motivo.

Las palabras se cuelan entre un millón de besos, que se quedan en el aire cuando salgo para envolverme en la toalla con la misma presteza.

—¡Se acabó el baño! —Mi grito no puede competir con su risa desenfrenada—. No te abras la cabeza al salir. No andes descalzo. Y vístete.

Ociel solo cumple una de mis exigencias.

* * *

Un sendero de gotitas lleva hasta mi cuarto para culminar alrededor de la sirena que decora las paredes. Fuera de los lienzos, esa misma melena está recogida en un voluminoso moño que deja al descubierto toda su espalda, resplandeciente aun en ausencia de escamas.

La sonrisa de Ociel destella en el espejo y me llena el corazón de júbilo mientras lo observo desde la puerta, todavía demasiado incómodo por el peso de mis gafas, que me hacen añorar la vista privilegiada que me concedió su don curativo.

En el mundo hay mucha gente guapa y con frecuencia esa belleza sin mácula resulta insulsa. La de Ociel es distinta: sus definidos músculos reflejan toda una vida surcando los mares, cuya superficie

ha bronceado una piel que habla de anhelos y de los fracasos escondidos en sus cicatrices. Su infinita melena roja es una madre ausente y la luz de un reino, el soporte defectuoso de una corona. Su sonrisa persistente, siempre cargada de inocencia, es un reflejo más de las aguas cristalinas de sus ojos, que muestran sin pudor cómo es por dentro.

No comprendo cómo tanta belleza puede caber en un mismo ser, pero no tengo reparos en reconocerlo. Así que avanzo hasta que nuestros reflejos son uno, solo roto por la mano que se alza para rozar la cicatriz más amplia: dientes de monstruo marino, la única razón por la que estoy aquí.

—¿Me dejarías hacer algo que llevo deseando mucho tiempo?

Aunque lo he pillado desprevenido, Ociel no tarda en cambiar la sorpresa por una sonrisa tan suave y discreta como su voz.

—Puedes hacer lo que quieras.

—Espera en la cama.

Sobre la mesita de noche, el móvil descansa enchufado. A pesar de que no he añorado la tecnología, ha sido lo segundo que he mirado, justo después de nuestras piernas. Vuelve a ser verano, como si hubiéramos dado marcha atrás. Solo que es un año después de una ráfaga de fotos borrosas y tengo el correo a rebosar de mensajes del trabajo que abandoné sin previo aviso. El evidente despido culmina con unas cuantas llamadas perdidas a las que se suman un par de un número de sobra conocido. No son muchos más los mensajes que me ha enviado mi madre: algún escueto saludo, una pregunta sin respuesta, varios reproches; el último, una sobria felicitación de cumpleaños hace unos meses.

Por el momento no encuentro las palabras para reaparecer de entre los muertos. ¿Así es nuestra relación? Yo desaparezco y ella piensa que he decidido cortar el poco contacto que mantenemos. Sin

embargo, no he venido hasta aquí para eso. Aunque nunca llegué a deshacer el equipaje, siempre guardo lo único que ahora necesito en el cajón.

Ociel me espera en la cama, con los ojos entornados y una expresión serena, completamente desnudo. A pesar de lo que sugiere su rostro, noto su pulso acelerado al rozarle el cuello para alzarle el mentón.

—¿Estás nervioso?

—Bueno, ya sabes que para mí es la primera vez.

Nuestras miradas se encuentran por un fugaz instante, justo antes de que cierre los ojos al serenarse con mi voz.

—Solo tardaré un momento.

—¿Cómo me pongo?

—Simplemente relájate.

Bajo el mar, creí que podía pasarme toda la vida sin volver a hacerlo. Las sirenas existen y mi alma no necesita más que la contemplación de su belleza y esos paisajes inefables; sin embargo, con Ociel delante me invade un deseo irrefrenable que me hace alegrarme de haber recuperado las piernas. Hay algo que no pueden hacer las sirenas.

Ociel sigue con los ojos cerrados, el cuello ligeramente ladeado en una expresión expectante y confidente, como si estuviera a punto de contar un secreto o guardar uno. Se estremece cuando le inclino un poco más la cabeza antes de rozarle los labios, que se entreabren para mostrar un atisbo de su interior. Aún permanece inmóvil cuando le suelto el pelo, que cae en una cascada de bucles por sus piernas.

Ociel solo se mueve cuando grito. Lo veo empañado a través de las lágrimas, con la vista emborronada por un dolor indescriptible.

—¡Kai, Kai! ¿Qué te pasa?

No me sale la voz, solo un grito interminable cargado de sollozos.

Y, aun así, lo vuelvo a hacer. Recojo el cuaderno y el lápiz rojizo, que han caído al suelo con la misma brusquedad que yo. Solo llego a trazar una línea violenta y quebrada: un movimiento más y perderé el conocimiento por el dolor. Un movimiento más y perderé la mano.

Igual que he perdido mi *don*.

Ociel repite mi nombre desesperado, acariciándome la muñeca como si pudiera aliviar el dolor. Es lo único que hay en mi voz al responder:

—Pensé... que simplemente tendría que aprender a dibujar de nuevo.

—¿Kai?

El llanto apenas me deja explicarlo:

—No quiso mi don para comunicarme. Solo podía darle el otro.

48

Cosas de humanos



Ociel

Mi primera noche en la superficie empieza en una cama para mí solo, pero basta una simple mirada para cambiar ese espacio en el que no cabemos los dos por una fortaleza improvisada. Nuestro mullido nido se erige en el salón: retazos de color llamados «cojines», esparcidos por el suelo bajo una techumbre de tela blanca salpicada de luces. Un artefacto de aire llamado «ventilador» levanta tenues ondas en el pijama de Kai mientras a mí me refresca el torso y las piernas, solo separados por la famosa «ropa interior» en esta noche estival.

Charlamos y reímos como si el dolor no existiera, y descubro la mágica televisión, que es como una versión gigante del móvil que yace apagado en una esquina, sin que la voz de una madre resuene en ninguna cueva. Ese es uno de los temas que evitamos, porque es un día para celebrar: igual que en aquel instante en la oscuridad del

Abismo, en esta noche salpicada de luces solo existimos Kai y yo. No hay tratos con dioses, no hay arrepentimientos, no hay nostalgia ni una vida abandonada. Ni siquiera la incertidumbre en la que todavía palpita una chispa de esperanza: mi madre.

Kai brilla bajo las luces con las que ha decorado el salón. Ahuyentan la negrura de nuestros recuerdos colgando como estrellas alrededor de una techumbre vaporosa: unas «sábanas». Una parte de mí se siente aún en el mar, en alguna cueva en la que dormiremos abrazados; la otra se halla perdida en el perfume de un mundo ignoto. Él es para mí esas dos cosas: lo conocido y lo nuevo, el horizonte que anhelo y el hogar.

Me ha advertido que no me acostumbre a dormir así —un capricho de mi primera noche en la superficie para espantar la oscuridad de los sueños—. Los humanos suelen dormir separados y yo no quiero deshonrar sus costumbres, aunque será difícil no hacerlo tras tantas noches juntos. Será difícil no imaginar cada día mis piernas entrelazadas con las suyas, recordándome que son reales. A él recordándome que está ahí con unas perezosas caricias en la espalda. No quiero dormir por si resulta ser un sueño, pero al final caigo rendido entre sus brazos.

* * *

Si no creo que sea un sueño, es porque despierto rodeado de cosas que nunca habría podido imaginar. Un nuevo día atraviesa la cueva improvisada, filtrando la luz en una atmósfera onírica y acogedora que me acaricia la piel. La de mis piernas son retazos oscuros entre las sábanas blancas, enredadas con estas en ausencia de otras piernas. A mi lado, el nido está frío, sin nada que evidencie que Kai ha estado aquí.

Mientras deambulo por la casa, me pregunto si Kai ha sido un sueño. Tal vez ha decidido quedarse en el mar para siempre. Tal vez nunca ha existido. O tal vez él haya sido el precio impronunciable por mis piernas.

Las siento algo torpes al subir las escaleras, una estructura familiar sobre la que nadé hasta un templo hundido y que se enrosca sin destino en palacio. Aun así, mis pies hacen su trabajo hasta llegar a una serie de puertas cerradas. Cada una parece entrañar un misterio, una elección, pero no todas silencian el ruido.

Kai existe y Kai se ha quedado en el mar, porque el azul inunda toda la estancia. En lienzos, el mar asoma desde bolsas oscuras, que rehúyen el sol tanto como este chico de aspecto sombrío, dispuesto a borrar el océano de las paredes.

No me mira mientras sigue retirando esas hipnóticas imágenes de todas partes. No hay nada que no conozca: arrecifes de coral, arcoíris de escamas, algas mecidas por la corriente entre rocas cargadas de vida y color, ballenas y rayas contra los resplandores de la superficie. Pinturas que no transmiten ni un ápice del frío y la soledad del mar. Los colores son demasiado hermosos para existir, nacidos al fusionar la realidad con una mirada luminosa. Aun rodeado del mundo con el que siempre he soñado, anhelo sumergirme en esos paisajes dulces y acogedores cargados de serenidad. Esa es la verdadera apariencia del alma de Kai: un estallido de calidez y color. Rojo y dorado en una silueta esquiva que nada de cuadro en cuadro.

Se me contrae el corazón al verme retratado desde su olvido. Solo merezco ser sombras, un mal sueño, pero él me ha convertido en el protagonista de todo. Perdida en el paisaje, una vez reparas en sus destellos no puedes dejar de contemplar a la misteriosa sirena sin rostro. Ya nunca tendré la oportunidad de devolverle la mirada.

Cojo a Kai de la muñeca mientras guarda sin cuidado un cuadro junto a otro.

—Yo los quiero. Así que no los tires, por favor.

En silencio, deja caer la bolsa para llenar otra con el contenido arrasado de una estantería: botellas de cristal cargadas de lápices con pelo. Deben de tener un nombre que se afana en olvidar. Hay incontables botes de color y un óvalo de madera manchado de ellos, como una obra de la que han nacido todas las demás. Solo se salvan los tarros con conchas, que mantienen a duras penas el recuerdo del mar junto con la brisa que mece las cortinas.

Desde que aparecimos en el acantilado bajo las luces del atardecer, sin recuerdo alguno de haber salido del Abismo, Kai le ha dado una palabra a cada cosa que señalo. Sin embargo, no sé cómo nombrar este sombrío y pesado silencio. ¿Tristeza? ¿Impotencia? Arrepentimiento.

—¿Te arrepientes?

Él sigue callado, negándome una simple mirada de sus ojos enrojecidos e hinchados. ¿Cómo va a querer mirarme si todo es mi culpa?

Entonces desliza una mano por mi pelo. ¿No le recuerda a los trazos rojos y quebradizos que se esparcen por el cuaderno del suelo, cada uno aguantando más dolor que el anterior?

—Lo que he vivido no lo cambiaría por nada —dice con los ojos cerrados y la voz amortiguada por un llanto silencioso—. Mis recuerdos y... todo lo demás son más valiosos que esto. ¿Para qué quiero pintar si nada estará a la altura de lo que he visto?

—Por cómo te hace sentir.

—Cuando quiera experimentar lo imposible, solo tendré que regresar al mar.

Se ve desde el balcón, resplandeciente y glorioso, casi al alcance de las manos y a la vez tan lejos. Tengo la sensación de que él está a la misma distancia.

—Lo lamento tanto, Kai. Tal vez pueda curarte...

—Todo tiene un precio. Hice mi elección.

—Porque no tenías ninguna más. Yo insistí en venir...

Por primera vez desde la noche, me encuentro con ese azul inalcanzable, ahora tan distinto del cielo despejado.

—Quiero esto, Ociel. Todo está bien, solo tengo que acostumbrarme. Además, no soy el único que ha sacrificado algo importante. Tu voz...

—Sabes que no la quería. —La voz me tiembla. El mundo tiembla bajo mis pies, amenazando con convertirse en un abismo.

Pero entonces Kai sonríe. Es una sonrisa invisible, que asoma en el imperceptible brillo de su mirada, en una comisura ligeramente tensada y en unas notas que se sobreponen a la tristeza.

—Pero ahora tendrás que cantar con horrible voz de humano.

—Tus canciones de amor.

—De princesa sirena.

—De amor.

Kai me toma de la mano, dejándome atrás en un sinfín de cuadros.

—Vamos, princesa sirena, tenemos cosas que hacer.

* * *

—¿Me sientas para que no se note que soy más alto que tú, medusita?

Kai me dedica una mirada que jamás reconocerá la verdad. Estoy subido en un claro en la encimera, sobre la que se esparcen

demasiadas palabras que recordar. Aunque su ropa me queda perfecta y la diferencia es apenas perceptible, cuando estamos muy cerca él tiene que alzar la mirada lo suficiente como para que pueda jactarme de ello.

Me pone las manos en las rodillas cuando lo envuelvo con las piernas, medio tratando de zafarse, medio dejándose atrapar. Aprovecha para darme unas palmadas en el pantalón que me ha obligado a ponerme, pero poco contribuye a eliminar esa arena blanca, llamada harina, en la que he acabado rebozándome.

—Te siento porque lo has puesto todo perdido y me esfuerzo por no vivir en una pocilga.

Pocilga. No pregunto porque prefiero descubrir lo que es con mis propios ojos. Al parecer, voy por buen camino. ¿Será este el dulce aroma de una pocilga? Cuanto más tiempo pasa la mezcla de ingredientes en el *horno*, mejor huele la cocina.

Me llevo a la boca un trozo de manzana que ha sobrado mientras observo a Kai barrer bajo mis pies con un utensilio semejante a la fregona. Esta me espera tras el baño con el que me quitaré el blanco del pelo, recogido en un enorme moño para que no haya ningún ingrediente secreto y pelirrojo en la tarta.

Esta mañana, sin embargo, lo he llevado suelto por las calles del pueblo. Casas blancas, caminos de piedra, acantilados y mucho verde: una parte parece como si hubieran vaciado el mar para llenarlo con el cielo.

Cosas que sé nombrar: árboles, perros, gatos, gente. La otra parte es nueva y abrumadora, pero su encanto sosiega mis sentidos sobrecargados. Hay tantos colores y texturas en el supermercado cuyas puertas se abren por arte de magia... Demasiados olores desconocidos, demasiadas comidas que quiero probar, cosas de las que necesito saber su función.

Unas ancianas han saludado a Kai frente a la frutería —donde no hay algas— y le han preguntado por su madre con un desacierto que él ha logrado disimular. Después se han deshecho en halagos conmigo, tocándome el pelo hasta dejarme la autoestima por las nubes. En ellas me quedé flotando con el efusivo saludo de sus perritos diminutos y blancos.

Por el momento, mi interacción con los humanos ha sido un éxito. Nadie ha visto nada raro en las piernas que lucen por primera vez unos pantalones cortos y unas chanclas que me rozan entre los dedos, pero que son preferibles a ocultarlos cruelmente en unos zapatos. Nadie ha visto branquias sobre el cuello de mi camisa veraniega ni membranas en las manos que cargaban con ilusión las bolsas de la compra. Simplemente me han mirado con curiosidad porque soy una cara nueva y porque acompaño al chico solitario del pueblo, cuyos niveles de encanto, aunque no rocen los que alcanza con los animales, son más que inesperados y satisfactorios con esa especie a la que juró exterminar.

Kai entreabre el horno y yo bajo de un salto impaciente para supervisar el proceso.

—¿Así que esto es para tu otro amigo? —El tenue despecho que asoma en mi voz no son celos, sino la desilusión de que se me haya privado de una tarta para mí solo—. Que no es tu mejor amigo, porque ese soy yo.

—El señor An es mi vecino —comenta mientras se dirige al *fregadero*, donde comienza a bañar los utensilios empleados. Lo mismo hizo anoche con los restos de tomate de unos deliciosos macarrones—. No sé si «amigo» es la definición más apropiada, es más bien como un abuelo.

—Alguna vez os vi en su barca.

Kai enarca una ceja que no oculta ningún tipo del reproche que yo creo merecer, sino cierta satisfacción por haber tenido siempre la compañía silenciosa de una sirena.

—Me pregunto cuántas cosas has visto tú.

Cosas que no debería haber presenciado nunca una inocente sirena, que se vio obligada a documentar por el bien del conocimiento lo que hacen algunos humanos con sus piernas en las oscuras y solitarias playas. Eso me llevó a malinterpretar las intenciones de Kai, quien solo observaba mi hermoso cuerpo desnudo con ojo artístico, sin percatarse de cómo se entrecortó mi respiración. Experimentar ese tipo de intimidad no es una de mis prioridades; aunque me intriga vivir la experiencia humana al completo, soy feliz sabiendo que Kai se deja besar en la mejilla tras los pertinentes aspavientos.

Mientras lo observo culminar su sesión didáctica de limpieza, él me advierte sobre lo que ocurrirá en el baño si sigo comiendo sobras de masa. No entiendo cómo algo tan delicioso puede resultar perjudicial, pero de una cosa no me retracto: quiero vivir la experiencia humana al completo. Luego, tras descubrir que el cuerpo humano entraña secretos oscuros y que no quiero volver a vivir esa experiencia en concreto, nos encaminamos con la tarta por el sendero del acantilado.

Las vallas de madera y los matorrales que enmarcan los escalones de piedra parecen separarnos del mar.

—No saltes con chanclas.

¿Cómo no voy a saltar si tengo piernas?

—No corras con chanclas.

¿Cómo no voy a correr si tengo piernas?

Kai aprieta el paso para enganchar un brazo con el mío, coartando de una manera bastante apetecible mi voluntad.

—No te abras la cabeza hasta que cometa alguna ilegalidad para conseguirte documentos, por favor, no queremos follones en el hospital.

Esa última palabra se coloca justo después de la pocilga en mi lista de lugares por conocer. Sin embargo, antes que ninguno de esos está la inminente visita a la casa del señor An.

Sobre el acantilado y recortado por el radiante cielo de la tarde, se halla el paisaje que tantas veces he contemplado desde el agua: una casa grande y solitaria, algo destartalada, que ha sido el escenario de muchas de mis ensoñaciones. ¿Cuántas grutas ocultará dentro? ¿Cuántos refugios habrá tras las grietas llamadas ventanas? Por cada una, siempre he imaginado al miembro de una familia observando un horizonte opuesto al que yo anhelo.

Ahora sé que ahí solo vive un hombre y que no mira demasiado el mar, que no sueña con sirenas. Su joven vecino me ha pedido que esa palabra quede vetada de la conversación. ¿Por qué iba a hablar yo de sirenas si tengo tanto que aprender de los humanos mientras finjo haber sido siempre uno?

Como con Kai no tengo que fingir, le cuento lo nervioso y emocionado que estoy por conocer a otro humano, por probar la tarta, por ver esa casa por dentro y el mar desde lo alto, por bajar la cuesta a la carrera hasta saltar la línea del horizonte en el que aguarda mi madre. Él disipa mis inseguridades asegurándome que el señor An no me preguntará nada personal, que escuchará cualquier cosa que le cuente sin sorprenderse ante ninguna palabra extraña. Si se me escapa alguna, él se apresurará a repetirla con naturalidad para que ya no sea algo mal dicho, sino «cosas de jóvenes». Cosas de humanos.

Sostengo la tarta cuando Kai se detiene a abrocharme un par de botones para no parecer desaliñado —¿cómo va a hacerme parecer

eso toda esta magnífica piel?—, de modo que las flores tropicales del estampado se completan sobre mi pecho. El moño, que por el contrario ha ido dando botes por el camino, tan solo recibe una caricia que poco va a arreglarlo, pero que de algún modo disipa todos mis nervios. Junto con Kai, todo sale bien. Con Kai, todo está bien.

Un señor mayor nos abre la puerta. No sé qué le ha molestado de mi aspecto para que se eche a llorar.

49

La casa del acantilado



Kai

–Lamento haber desaparecido sin previo aviso, señor An...

Mis palabras no logran frenar la pena del anciano; sus arrugas están surcadas por lágrimas silenciosas. Son pocas, nada parecido al llanto desconsolado que me ha ahogado esta mañana en la soledad de mi estudio, sino de esas que se atascan como esquirlas en los ojos. Una pena a la que le cuesta salir porque está demasiado arraigada al corazón.

¿Por qué? *¿Por qué?*

El señor An sigue sin articular palabra mirando a mi lado, donde la sonrisa más radiante que existe se ha transformado en confusión.

Tras cerrar los ojos con fuerza, mi vecino logra serenarse lo suficiente.

—Lo siento, por un momento creí que eras... Ociel, ¿cierto?

No. *No. No*.

Quiero agarrar a mi amigo y salir corriendo, pero él ya tiene un pie tras el umbral.

* * *

La casa del señor An siempre ha estado demasiado vacía en comparación con las de otras personas mayores, llenas de recuerdos de toda una vida. Las paredes, desnudas excepto por un reloj que ya no marca la hora y un cuadro de su barca que pinté en la adolescencia —ahora me da más envidia que vergüenza ajena—, carecen de las habituales fotografías familiares. Conozco ese tipo de ausencia en el mobiliario porque mi madre también escondió todas las sonrisas inmortalizadas de mi padre, quien solo perdura en el rostro de un hijo demasiado parecido. Igual que nosotros, el anciano también tiene álbumes llenos de polvo en las profundidades del armario.

El señor An está con Ociel en un sofá demasiado pequeño para un tercero. El resto de la casa tampoco invita a una multitud. Al amparo de una penumbra que mantiene a raya al resplandor del mar tras los amplios ventanales, un sillón solitario y hundido siempre parece gritar «Vete, déjame solo», igual que la pequeña mesa de la cocina con una sola silla. Una casa enorme que en algún momento amputó todo lo doble para resguardarse de su propia soledad.

El té tiembla en la bandeja mientras lo llevo con tres porciones de tarta a la mesita, donde una pila de álbumes aguarda su turno tras dos décadas cogiendo polvo. Me siento en el brazo del sofá para mirar por encima de la cabeza de Ociel. Su pelo, ahora suelto, es lo

que le falta a la mujer de las imágenes para ser una versión femenina de él. Puesto que los rasgos de mi amigo son bastante andróginos, los retratos poseen un inquietante parecido que solo desbarata una sonrisa a medias, nostálgica y ensimismada, que en él no existe, porque la suya siempre es radiante. Incluso en este mismo momento, mientras alza el álbum para enseñarme en primer plano las fotos de su madre.

De una sirena que entregó su melena fulgurante a un dios a cambio de unas piernas.

No. No. No.

—Qué guapa. Y usted también, qué jovencito.

En poco más de veinte años, al señor An, que entonces no aparentaba rozar los cuarenta, le han caído las décadas multiplicadas encima.

Pasan las páginas hasta que me veo en una. Me veo reflejado en la cara de mi padre, quien posa junto a dos mujeres que charlan ignorando al fotógrafo. También me veo en los brazos de una de ellas, a la que conozco bien: sostiene a un bebé con bucles morenos y los ojos azules. Me pregunto si, de haber sido algo mayor, recordaría a la mujer sin pelo que está frente a mi madre y a la que yo observaba fijamente.

Solo conozco su ausencia por la tristeza de mi vecino anciano y viudo. Su rostro, por el chico que pregunta:

—¿Dónde está mi madre?

No. *No*. *No*.

El señor An sigue hablando de su esposa en presente, atrapado en otro tiempo y en unos ojos azules que han renacido frente a los suyos.

Es evidente que Ociel piensa que el amor no le ha sonreído para siempre a esa pareja. No pasa nada: los matrimonios se rompen; él

mismo ha sido criado por un rey abandonado por su reina.

Quiero que el tiempo se detenga, igual que en esta casa anclada en los noventa. Es como si, tras toda una vida aquí, mi vecino hubiese hecho entonces una gran y colorida reforma que ahora se destiñe en las sombras. Me imagino a Ociel desenfrenado en una tienda de muebles, sin haber heredado ni una pizca del gusto refinado que también le falta para combinar los colores de la ropa.

—Tu madre quería traeros, a ti y a tu hermana, pero no era posible... ni justo para vosotros. —El señor An alza la mirada mientras yo deseo en vano que vuelva a hablar en presente—. ¿Eres feliz aquí?

—Nunca he sido más feliz. Me encanta la casa de Kai: el olor del baño, de la lavadora y de la pocilga.

—La cocina, Ociel, la cocina —murmuro, sin demasiadas ganas de reír.

Ya no tiene que fingir un absoluto dominio del lenguaje: le ha contado al señor An todas las veces que ha seguido nuestra barca. También, nuestro periplo submarino. Lo inteligente que fui al negociar un trato con el que pudiéramos conservar la cola: a ninguna sirena desesperada por unas piernas se le hubiese ocurrido algo así, dice. Ociel está tan nervioso que se come las palabras.

—¿Dónde? —insiste.

Unos ojos prematuramente envejecidos se empañan de nuevo. Las lágrimas atascadas, el nudo en la garganta, el rostro de su esposa frente a él, desdibujado por la pena. Tantos años después, las palabras se niegan a conformar la horrible realidad, que solo habita en los susurros del pueblo. La casa del acantilado, donde vive un viejo loco que asegura que su esposa fue una sirena. No quiere oír hablar de ellas ni escuchar su propio nombre, que fue música en

la voz de una, como el rumor de un mar que no calla. Cada día, las olas le susurran la misma historia al estrellarse contra la roca.

—Señor An, necesito encontrarla, por favor. ¿Es que no quiere verme?

El viejo pescador agita la cabeza. Por un momento, Ociel debe de creer que ese gesto es la respuesta y se le rompe el corazón. En este punto aún puede recomponerse: siempre ha sabido que su madre lo abandonó.

No. *No*. *No*.

—No podía soportar más haberos dejado atrás —logra decir el anciano—. Se lanzó a buscaros. Pero ella no hizo un trato que le permitiera conservar la cola.

50

A pesar de todo



Ociel

El viento me azota al borde del acantilado. He corrido hasta que la casa ha desaparecido entre el verde y la roca, hasta que la voz de Kai ha quedado opacada por el aullido del viento y las olas, por la distancia. ¿Será esta la altura a la que mi madre dio un salto con su deseo irreversible? La que ella puso entre sus sueños y nosotros, la que me separa de todo lo que he dejado atrás.

Una distancia mucho más grande que la que para ella había entre la locura y la desesperanza.

Está tan alto que las olas jamás me salpicarán las mejillas, secas y a la espera de una orden, de algún sentimiento que devuelva los latidos a mi corazón aletargado por el vacío.

Cuando Kai me rodea con los brazos —no para consolarme, sino con desesperación—, debe de notar un ritmo atronador en mi pecho,

aunque yo solo perciba la diferencia entre la vida y la muerte. Un ínfimo paso.

—Vámonos. Es peligroso estar aquí.

Él ha saltado la valla como si no lo fuera, o como si no le importara. Como si hubiera traspasado tantas veces los límites de seguridad como ha puesto la mano en el hocico de un tiburón. Es cuestión de saber leer el humor de esas criaturas en los movimientos. Del mismo modo, el viento no está furioso, solo algo exaltado, y la roca es lo menos quebradizo que hay aquí.

—Solo quería mirar el paisaje. —La voz me sale ausente, como si le perteneciera a otra persona; a la misma que se ha desprendido de las chanclas para correr con más facilidad, la que ha empezado a desabrocharse la camisa. En algún momento, el Ociel que parecía a punto de saltar se ha convertido en uno al que no le importa nada—. No iba a saltar y, aunque lo hiciera, no podría ahogarme.

Me convertiría en sirena, porque mi pacto así lo permite gracias a Kai. ¿Había sido mi madre tan irreflexiva como yo o simplemente no exigió conservar su cola porque había renunciado al mar para siempre? ¿O acaso impuso esa distancia a propósito, como cuando yo borré los recuerdos de Kai para que no me buscara?

—Te golpearías contra la roca. Tener cola no te hace invencible.

Quizá así acabó todo. Con la piedra manchada de rojo. Las olas lamiendo lo que les pertenecía.

Kai permanece en tenso silencio hasta que determina que no hay peligro. Entonces me suelta, porque me ha estado abrazando con demasiada fuerza y así no es como lo hace él. Tan cerca como estoy del cielo, no siento los rayos del sol, sino el cálido roce de su piel. Tal vez me abrace así por temor a romperme con un poco más de fuerza, pero es precisamente ese contacto lo que me mantiene de una pieza mientras me deslizo hacia el suelo. Él me imita.

Apoyo la espalda contra su pecho.

El viento, el silencio, el tenue roce de los labios de Kai en mi pelo y la imagen de una madre que carece de él. No puedo sacarme su rostro de la mente: su sonrisa —a veces a medias, algunas ausente y otras completa, pero siempre nostálgica— es tan familiar que la siento conocida. Me han comparado tantas veces con la reina que he crecido imaginando una versión más hermosa y resplandeciente de mí mismo, pero en lo que de verdad nos parecemos mi madre y yo es en que compartíamos los mismos anhelos.

—No sé cómo sentirme. —¿Triste? ¿Enfadado? ¿Aliviado? Hay una mezcla de todo eso en la idea de que nos abandonó, pero que, si no pudo volver, fue porque la distancia insalvable entre el mar y la superficie se lo impedía. El mar ruge bajo nuestros pies. Con las mejillas aún secas, la imagino en la espuma—. Sé que debería llorar, pero no me sale.

¿Es un problema de mi corazón o es que al conseguir piernas se me gastaron las lágrimas? Tal vez las de los humanos no sean infinitas, como yo sentía las mías bajo el mar. Ellos están hechos de algo más que de agua.

En silencio, Kai me dedica una caricia reconfortante.

—Si pudieras decirle algo... ¿qué sería?

Las palabras vacilan al borde de mis labios. Al límite del acantilado, las plantas crecen así: preparadas para el último suspiro y, al mismo tiempo, resistiéndose a él. Trémulas y fuertes. La esperanza es algo parecido hasta que la realidad la arranca.

—Que crecimos habituadas a su ausencia. Que no tenía que volver. Que no podíamos echarla verdaderamente de menos porque no la conocimos, ni ella a nosotras. Que debió haber sido fiel a su deseo. —El nudo que comienza a formárseme en la garganta quiebra un suspiro—. Que guardé su corriente en secreto. Que

siempre lo supe. Que siempre esperé. Que la imaginaba en el horizonte y no pensaba en que nos había abandonado, sino en el momento en que yo tuviera unas piernas con las que ir a buscarla. Que, si hubiera esperado, ahora estaríamos juntas.

Las lágrimas de los humanos son extrañas. Demasiado intangibles, demasiado húmedas, demasiado dolorosas. El viento las arranca de mis mejillas, arrastrándolas más allá del acantilado.

Kai acaricia el surco de una que se ha perdido entre mis labios. Él guarda en su casa una perla del día que lo abandoné. Al parecer, ese tipo de decisiones se lleva en la sangre.

—Por un momento, sí que había pensado en saltar —le confieso—. Pero solo era para ir a ver a mi hermana. Creo que merece saber la verdad. También quiero contarle que todo ha salido bien. Que no me olvido de ella ni de la abuela, incluso a ratos también me acuerdo con extraña nostalgia de mi padre. Pero, sobre todo, quiero que sepa que jamás me arrepentiré. Si solo pudiera decirle una cosa a mi madre, sería eso: que, a pesar de todo, soy inmensamente feliz.

El horizonte está al alcance de mis manos. Tengo unas piernas capaces de correr por el fulgor anaranjado del cielo y de saltar sobre las nubes rosáceas. El mundo no tiene límites, todo depende de la fuerza con la que yo quiera abrazarlo. En este momento, Kai me abraza sin miedo a romperme.

51

En todos los idiomas



Kai

La futura reina de las sirenas emerge entre olas de cabello oscuro y sombras. A la luz de la luna llena, que se cuela por las grietas de la cueva, el resplandor púrpura de sus escamas atrapa la mirada. Una lumbre hipnótica que distrae de lo verdaderamente inusual: la expresión de asombro que late bajo rígidas capas de imperturbabilidad y desconfianza, que también ceden ante la dulce sonrisa de su hermano.

Pisínoe trata de disimular otra sonrisa mientras pasa las manos húmedas por las páginas del álbum. Parece increíble que pueda existir delicadeza en las mortíferas garras de las sirenas, que sirven

tanto para amenazar la vida de un príncipe como para acariciar el rostro de una madre ausente.

—Tenéis la misma cara. Seguro que también el pelo.

La princesa roza fugazmente las ondas de su hermano, que difieren de sus mechones mojados no solo en color, sino en la longitud que simboliza su alcurnia. Mientras bajábamos del acantilado, de cara a la puesta de sol, el antiguo heredero del Rey del Mar me pidió que le cortara el pelo. Una trenza mucho más larga que la melena que ahora le llega a la cintura cayó al suelo del baño.

Aunque a Ociel no le agraden los delfines —en especial los machos—, uno de ellos se encargó de llevar la trenza a su hermana como prueba de que sigue vivo. Ni siquiera hizo falta transmitirle mi mensaje; ella supo dónde encontrarnos al ver aparecer al delfín por la corriente secreta de la caracola.

—El de nuestra madre sin duda era mucho más bonito —responde Ociel—, por eso ella pudo entregarlo a cambio de unas piernas.

Sobre su rodilla, una mano pálida, de tintes cenicientos y azulados, destaca contra la piel morena. Es un gesto tan casual que resulta fácil pasar por alto lo significativo que es: la piel de una sirena que nunca ha visto el sol y que rechaza a los humanos, apoyada sobre la pierna de uno. Con ese simple roce, Pisínoe acepta en lo que su hermano se ha convertido.

—¿Qué diste tú?

Ociel deja de acariciarle la mano con sus uñas cortas.

—Mi voz. Él, su don, pero no el de sirena.

Desvío la vista desde las sombras, sintiéndome fuera de lugar, pero sin intención de marcharme porque Ociel me ha pedido que me quede. A pesar de cómo lo ha tratado, sé que Pisínoe no es mala: nos ayudó a escapar e, incluso ahora, un año después del comienzo

de nuestra aventura, guarda en secreto la corriente. Tampoco intentó aspirar al trono hasta que él se lo entregó con su partida.

Como hijo único, me cuesta analizar los entresijos de una relación fraternal que se fragua entre el amor y el odio, pero ahora me parece que este último siempre fue miedo. Miedo a que el sueño de Ociel lo llevara a desaparecer sin explicación, sin una despedida, sin dejar más que una profunda incertidumbre como la que les dejó su madre. Ahora ese miedo son imperceptibles destellos de preocupación en el oscuro azul de los ojos de Pisínoe, atenuados por una voz que le cuenta con entusiasmo sus breves aventuras en la superficie. A pesar de la tristeza, deseo que él suene siempre así de feliz, no como esa sonrisa que se va destiñendo en las fotografías antiguas con el paso de los años.

Pisínoe cierra con cuidado el álbum de fotos que nos ha prestado el señor An, después de que Ociel, tras serenarse, regresara a su casa para pedirle disculpas —y un poco de tarta— por su súbita partida. En ese instante, la pilla desprevenida y le planta un beso a traición en la mejilla. Pisínoe se revuelve, pero el fuerte abrazo en el que ha quedado atrapada no la libra de una dosis de afecto que no ha pedido y que, en el fondo, o al menos según mi experiencia, resulta insospechadamente agradable.

Apoyado contra la pared, devuelvo mi atención al móvil mientras los hermanos forcejean.

«¿Cuándo nos vemos?».

Hace rato que le he enviado un mensaje a mi madre. Hace rato que ella ha respondido eso al instante.

No he tenido valor para llamarla, y menos para mentirle, así que le he escrito diciendo que he estado de retiro espiritual por parajes exóticos sin cobertura. ¿Me pega algo así? La realidad baila entre un «Imposible» y un «No podía haber otra explicación». Pero que haya

sentido la arrolladora necesidad de contactar con ella después de descubrir que la difunta esposa de mi vecino es la madre de mi amigo no significa que tenga preparada una respuesta. ¿Que cuándo nos vemos? Habíamos quedado hace un año, después de mucho tiempo sin vernos debido a la distancia, y me dejó tirado. También ha tenido todo un año para hacerme exactamente esa misma pregunta.

Un chapuzón me hace apartar la mirada del mensaje sin abrir.

Al ver el agua llena de destellos dorados, me invade una profunda melancolía, aunque la escena dista de ser melancólica: harta de una sesión de afecto forzado, Pisínoe ha tirado a su hermano, pero lo único que ha conseguido es transferir los besos y abrazos al agua.

—¡Vente, medusita!

Desde la distancia, le dedico a Ociel una mueca que puede significar tanto «No te oigo» como «No pinto nada ahí». A pesar de que me ha hablado en mi idioma, comprendo también el lenguaje de las sirenas: un susurro ininteligible para los humanos, similar al rumor de las olas, comprensible para mí gracias a la proximidad del mar. Del mismo modo, Ociel ha podido comunicarse con su hermana sin transformarse, solo al borde del agua. Cuanto más me acerco, más nítidas son sus voces, porque más leve es la línea que separa mis piernas de una cola.

—Sálvame, aguaoscura.

Me sorprende tanto oír a la princesa que dejo de hacerme el distraído observando la pantalla. Su tono no suena a petición, ni mucho menos a invitación, sino a una orden.

El mar me llama de una forma más silenciosa, metiéndome sus susurros en la piel, en la cabeza. Introduzco una mano, maravillado, para descubrir cómo solo esta se transforma. Garras y membranas en una, simples dedos y uñas inofensivas en la otra.

Nunca podré volver a hacer surf, porque me transformaría en sirena, pero eso da igual: tampoco subiría a un avión si tuviera alas.

Aunque la ropa desaparece junto con la parte inferior de mi cuerpo, al emerger estará empapada —así lo comprobé al transformarme para hablar con el delfín—, por lo que comienzo a desvestirme, absorto en los destellos del agua.

—No mires, Noe. Kai dice que es de mala educación observar a los humanos sin ropa. Yo no lo entiendo.

—Lo que no entiendo yo es qué hay que mirar. Tanta piel es aburrida. Además, ¿qué oculta bajo todo eso? Los durmientes no llevan nada.

—Si te fijas en su curiosa anatomía...

—¡Que no miréis!

Solo Ociel me comprende al hablar en mi idioma.

Su risa, en cambio, se entiende en todos los del mundo cuando salto al agua, donde, para desasosiego de la princesa que solicita un rescate, yo también caigo en sus garras.

Ociel nos estruja hasta que nos rendimos, con los brazos lánguidos a ambos lados. La postura de «Te dejo abrazarme» de Pisínoe es como verme reflejado en un espejo.

—Os quiero mucho —nos dice él.

También reaccionamos a la vez cuando, en silencio, los dos estrechamos a Ociel con todas nuestras fuerzas.

52

Lo mejor del mundo



Ociel

Hay muchas cosas interesantes en la habitación de Kai, pero la que más me fascina es una estantería repleta de libros. Páginas llenas de dibujos, otras solo de palabras, y mis favoritas: las que combinan las dos formas. Además, es la opción que me ha aconsejado para iniciarme en la lectura, pues todo lo que no entiendo puede deducirse por el contexto de las escenas en blanco y negro, cargadas de dinamismo. Ante la despechada mirada de una montaña de ropa, me debato entre unos simpáticos piratas y un niño con gafas que resuelve crímenes.

Esta misma mañana, he descubierto que convivimos con otro habitante en la casa: una criatura azul intenso que te juzga con la mirada aun estando dormida y que ruge cuando nos subimos en su interior. En realidad, son los barcos de la tierra, pero a mí me pareció viva mientras pulsaba los botones y Kai me regañaba. Las ventanas

se abren solas, algo remueve agua en el cristal, e incluso canta. Sin embargo, lo más increíble es su velocidad: ningún ser vivo puede superarla en una carrera, a pesar de que todos los otros *coches* nos pasaran por delante mientras miraba por la ventanilla.

Para que me estuviera quieto —y para que dejara de pedirle que fuese más rápido— Kai me cogió la mano y la colocó bajo la suya en el control del monstruo terrestre, una palanca que se mueve hacia delante, hacia atrás y hacia los lados. Ha dicho que, si me porto bien, me dejará conducirlo en un descampado e incluso me apuntará a clases para aprender.

Así que fui un humano ejemplar hasta que llegamos a nuestro destino, incluso mientras me probaba ropa emocionado y zapatos en contra de mi voluntad, y lo seguí siendo mientras doblaba el botín para meterlo en el armario. En algún punto, mi atención ha abandonado por los libros todas esas prendas de mi elección, algunas de las cuales Kai considera «horteradas» —¿cómo van a ser sus camisetas lisas mejor que los estampados?—. Ahora, dejo los libros por él.

—¿Qué haces?

Kai escruta un móvil gigante llamado ordenador a través de sus gafas, que le dan un toque muy atractivo e intelectual. Cuando entorna los ojos, parecen juzgarte con fundamento, la misma forma en la que analiza el caos de su cama antes de responder:

—Cosas ilegales para... esto. ¿A dónde quieres ir?

Al apoyarme en sus hombros para observar la pantalla, siento su mirada clavada en mí de soslayo. Sin embargo, no puedo sucumbir a la proximidad de sus ojos azules porque hay demasiados colores delante, demasiadas formas que no puedo comparar con nada conocido, ni siquiera con este pueblo de casitas blancas y acantilados.

Hay ruinas que puedo equiparar al palacio —las mismas columnas, las mismas estatuas...—, pero también construcciones que rozan el cielo y brillan en la noche. Hay castillos que parecen tan húmedos como el verde paisaje y construcciones triangulares que apuntan al sol desde la arena; casitas sepultadas en una blancura heladora que, de algún modo, las hace parecer más acogedoras, y otras junto a calles de agua surcadas por barquitas.

Hay tanto por descubrir sin siquiera alejarme del pueblo de Kai, incluso de su casa, que mi imaginación no puede abarcar el mundo entero. El horizonte siempre me ha parecido el mismo y ahora tengo la posibilidad de surcarlo.

—¡A todos!

Su risa me hace cosquillas en el oído.

—Me refiero a dónde quieres ir primero.

Antes de que pueda tomar esa imposible decisión, un sonido levanta a Kai, que me pide que deje de seguirlo como un patito. Ya lo conozco por haber visitado al señor An: el timbre, la llamada que anuncia la llegada de alguien. ¿Habrá venido el anciano a devolvernos el plato de la tarta? De ser así, ¿quedará aún algo? ¿Tal vez algún amigo secreto de Kai? O acaso... ¿ha respondido al fin a su madre?

—Eh, sirenita. —Kai me encuentra carcomido por los nervios al regresar. Él es la viva imagen de la calma, apoyado contra la puerta con las manos a la espalda y completamente solo—. Tengo dos regalos para ti, pero solo puedes escoger uno.

Mi decisión de elegir un lugar al que viajar primero queda aplazada por una elección algo menos complicada. Al decantarme por la mano derecha, descubro tras su espalda algo adorable.

—¡Eres tú!

—Dos gotas de agua —ironiza él, pues al parecer no se considera una medusita rosa de ojos enormes.

Pero entonces le da la vuelta y la medusa se vuelve azul y malhumorada.

—¡Ahora sí que eres tú! —Mi risa se pierde en su pelo al abrazarlo —. Ay, Kai, es el mejor regalo del mundo.

—¿Consideras que has hecho una sabia elección?

Puesto que él sigue con una mano tras la espalda, aprovecho el abrazo para arrebatarle el otro regalo. Resulta ser una decepción.

—Mucho mejor que una caja...

—Ábrela, caraculo.

La Sombra del Abismo me ha bendecido con una agradable vista trasera de mis piernas, por lo que Kai me ha dicho literalmente: «Ábrela, guapo». Con una sonrisa ensanchada por su halago, acaricio las fascinantes y diversas texturas de la caja. Entonces me quedo petrificado.

Las manos me tiemblan.

—Oye, como se te caiga y se rompa, no pienso comprarte otro.

Su advertencia solo es un murmullo distante en mis oídos.

—Esto... ¿Es para mí? Es...

—Bueno, pensé que...

Kai se ahoga con sus propias palabras cuando salto encima de él. Caemos sobre la cama y el móvil junto a nosotros, con menos cuidado del que merece.

¿Para qué quiero yo un móvil? Apenas sé escribir un par de palabras y aún menos en la pantalla. No tengo a quién llamar. Todas mis fotos salen borrosas. Y, aun así, Kai me ha dado uno porque sabe que me importa, aunque solo sea para sentir su peso entre las manos y admirar su brillo y todos esos símbolos que no entiendo.

Me lo ha dado porque todos los humanos tienen, y yo ahora soy uno a sus ojos, no una sirena con piernas.

Soy un humano y también una sirena. Y él, que es exactamente lo mismo, con frecuencia me hace preguntarme si la maldición que pesa sobre mi especie habrá dejado de aplicarse ya a nosotros. Pero entonces recuerdo sus labios demasiado cerca de los míos en el Abismo y una sombra más oscura que la negrura insondable preguntándome si quiero convertirme en espuma. Así que me limito a expresar con palabras lo que siento.

—Eres el mejor amigo del mundo.

Kai logra zafarse de mis besos en la mejilla, pero solo es para coger aire y decir:

—Y tú lo mejor del mundo.

53

Una sirena en la piscina



Kai

La oscuridad pesa más en soledad y silencio. Junto a una puerta eternamente cerrada, la luna asoma sobre la lumbre de una lamparita en el rincón más sombrío de la estancia. A mi alrededor, una sirena oculta el rostro tras su melena, camuflada entre corales y escamas. Si la luna sintiera curiosidad por conocer su identidad, solo tendría que asomarse más abajo, a una ventana abierta al murmullo del mar, donde este mece a un chico durante muchos años atrapado en mi memoria. Se ha escondido siempre en cada resquicio de la pared llena de lienzos, en el caballete siempre ocupado, en los botes

de pintura y en los pinceles, en un hueco de mi mente que conecta con mi mano.

Ahora me tiembla. Parece que nunca va a dejar de hacerlo. El dolor excede un umbral que impide el hábito, pero he logrado llevar las lágrimas de agonía y todo sonido por dentro. Las de frustración, en cambio, empapan una línea muchas veces quebrada. El resultado siempre es el mismo: un dolor incapacitante.

Dejo atrás mi estudio y bajo las escaleras a tientas hasta dejarme caer en el sofá. Es nuestra cuarta noche en la superficie y la primera que dormimos separados, por el simple hecho de que me parece lo más lógico. Nuestra vida ya no corre peligro a cada instante y, si Ociel quiere ser un chico normal, no va bien encaminado durmiendo conmigo en el suelo, entre cojines y bajo una sábana llena de lucecitas. Sin ellas y sin él, la oscuridad se transforma en siluetas y en un frío ajeno al ventilador a toda potencia. Su ruido me reconforta a medias, porque la voz que se cuela en el duermevela es un susurro demasiado atronador. Cuando me levanto, ya he perdido la cuenta de las veces que he mirado por encima del hombro.

De pequeño, cada verano me asaltaba el insomnio. Si no me tenía viendo dibujos animados de forma clandestina, me arrastraba a la cama de mis padres como un alma en pena. Entonces ellos me hacían hueco entre los dos y al instante lograba conciliar el sueño. Ahora aquellos días solo son un recuerdo que me hace ser más consciente de cada hueco donde falta una fotografía.

Arriba hay una puerta eternamente cerrada que una pequeña versión de mí estaría abriendo en el pasado; en el presente, en cambio, giro lentamente el pomo de mi habitación.

La penumbra dibuja unos grandes ojos que no parecen recién sacados del sueño, más bien, frustrados por su vano intento de conciliarlo. A pesar del calor, Ociel está tapado hasta arriba con las

sábanas, revueltas como olas. Una sonrisa asoma entre ellas cuando se pega a la ventana para hacerme hueco.

Dejo caer el pijama al suelo para que el aire no encuentre demasiadas trabas y me apretujo con él en la cama individual. Sin palabras, porque no hace falta decir en voz alta que la oscuridad parece más densa de lo que realmente es.

Ociel desliza una mano por mi mejilla, con un peluche de medusa de por medio. Nos limitamos a mirarnos mientras las sombras adquieren una nueva forma en presencia del otro: ahora lo que asoma en la silla solo es una montaña de peluches de oso perezoso y lo que acecha en la esquina del armario no son más que bolsas de ropa. Ante todo, la oscuridad se limita a ser eso: simple oscuridad. Sin voluntad ni consciencia. Sin nada que dar ni arrebatar.

Cuando todas las sombras regresan a su forma original, me doy la vuelta al borde de la cama. Ociel me atrae un poco hacia el centro al pasarme una pierna y un brazo por encima, y yo me dejo abrazar mientras acaricio donde antes estaban sus escamas.

—Mañana nos arrepentiremos de esto —reflexiono.

—Yo no me arrepiento de nada.

—Dímelo cuando amanezcas con la espalda destrozada.

Su risa es como una nana.

—Estoy abierto a cualquier experiencia.

Acomodo la mejilla junto a su mano y la rozo levemente con los labios. Siento los suyos en mi hombro.

—Buenas noches, sirenita.

—Descansa, medusita.

Cierro los ojos mecido por su pausada respiración. Ya no necesito abrirlos para comprobar a cada instante que las sombras no cambian. Es como en las profundidades abisales: a su lado, hasta la

más densa oscuridad tiene siempre un poco de color. A su lado, solo me deparan dulces sueños.

O eso habría ocurrido si de Ociel no emanara un calor infernal. Él debe de pensar lo mismo de mí, porque las sábanas han acabado en el suelo y nuestra tierna postura ha derivado en espalda contra espalda, algo que él aprovecha para empujarme hacia fuera con el culo como quien no quiere la cosa. El ventilador hace todo lo que puede desde el techo; vanos esfuerzos que ni siquiera logran dar frutos con la ventana abierta de par en par.

Cuando anuncio mi retirada, Ociel me vuelve a echar las piernas por encima. Al parecer, el calor no es tan terrible comparado con la oscuridad.

Atrapado entre ellas, imito su vieja manía de tirarme del vello jugando con el poco del que le ha dotado el ser de las profundidades. Mis piernas siempre han estado ahí —o al menos la mayor parte del tiempo—, pero las de Ociel son pura magia. Ha saltado y corrido, pero hasta ahora no he caído en todas las cosas que puede hacer con ellas.

—¿Así que quieres nuevas experiencias?

* * *

Ociel me salta encima sin mucho cuidado.

—¡Esto es muy raro, Kai!

Raro es que no se haya desnucado con el bordillo de la piscina. Pero sí, raro es también verlo chapotear sin cola, haciendo piruetas torpes y, al mismo tiempo, extrañamente elegantes.

En esta noche calurosa, el agua está a una temperatura perfecta que se hace aún más agradable cuando Ociel me pasa los brazos por el cuello. Las luces de la piscina tiñen el agua de un esplendor

turquesa que me hace evocar una orilla plagada de plancton bioluminiscente. La añoranza, sin embargo, no asoma más que en mi tenue sonrisa, porque él lleva consigo todo lo que puedo echar de menos.

Lo paseo a mi espalda de un lado a otro y luego él a mí, justo antes de darme una paliza en una carrera con esas piernas recién estrenadas, mientras que con sus pulmones bate con creces el récord del mundo aguantando la respiración veinte minutos. Saltamos una y otra vez al agua, desde el borde y desde los hombros del otro; buceamos sin parar y jugamos a atravesar nuestras piernas mientras vamos estrechando más y más el hueco. Por su experiencia deslizándose por grietas claustrofóbicas, él sale de nuevo victorioso.

Lo cierto es que nunca le he prestado demasiada atención a la piscina, pues, con la playa tan cerca, me parece solo una forma de rellenar el césped. Los días de oleaje, en los que la gente se recluye en sus jardines, yo salgo con la tabla de surf; para el frío, neopreno, y los días nublados el mar luce una belleza especialmente melancólica. Sea cual sea la estación y el clima, la playa siempre es mi lugar favorito. Estando allí, solo en una ocasión pensé en esta parte de mi casa.

—¿Recuerdas cuando se me ocurrió cargarte en brazos hasta aquí para que vieras la superficie? En aquel momento parecía un plan infalible, pero, pensándolo bien, mi madre no me hubiera dejado tener una sirena en la piscina.

Ociel suelta una carcajada de cara a la luna, sin duda evocando nuestro lenguaje inventado de signos. La idea, en realidad, había sido hacerlo un día que ella iba a estar ausente hasta tarde, aunque fantaseamos con extender la estancia.

—Unas vacaciones en esta charquita y todo un reino preocupado porque han secuestrado a su príncipe.

Por supuesto, no llegó a ocurrir, y no solo porque me diera un brote de sensatez. Sigue siendo extraño recordar lo que durante tanto tiempo he olvidado. En la mirada de Ociel, aquel último día de verano no deja de asomar como un profundo arrepentimiento.

—Pero en el fondo me alegro de que no llegáramos a hacerlo —continúo—. Ni nada de esto. Éramos demasiado jóvenes, y ahora también somos jóvenes, pero ya no tengo que preguntarle a nadie si puedo meter a un gato en casa o una sirena en la piscina, ¿entiendes?

Solo en las películas los adolescentes gozan de la independencia de un adulto. En la vida real, ahora soy un adulto que ha perdido su trabajo y sin expectativas de recuperarlo, pero con unos considerables ahorros que me permitirán darme un descanso indefinido. Porque así es la vida cuando no estás haciendo collares de conchas en un arrecife de coral: necesitas dinero, y no solo para conseguirle documentación por métodos poco lícitos a un ser mitológico que se ha vuelto humano, sino para hacer que todo lo que ha soñado, y lo que no puede ni siquiera soñar, esté al alcance de sus manos.

—¿Ahora soy el gato o la sirena en la piscina? —bromea Ociel.

—Eres una lapa con dos patas. —Las patas en cuestión están alrededor de mi cintura. Desde que tiene sus piernas, necesita dejar constancia en todo momento de que están ahí—. A lo que me refiero... es que ahora puedo cuidarte como tú me has estado cuidando a mí. Lo que quieras, sea lo que sea, pídelo, y haré todo lo posible para que lo tengas.

Ociel exagera un gesto pensativo. ¿Qué va a pedir ahora que tiene un móvil, un peluche de medusa, cantidades ingentes de ropa

extravagante y un viaje por el mundo en camino? Puede que su mente aún no sea capaz de maquinar esas cosas, pero no dudo que en algún momento me pedirá saltar de un helicóptero.

—Déjate barba.

—Petición denegada.

Ociel se restriega contra mi mejilla con gesto suplicante. Puede que a él le parezca curioso que a los hombres nos salga pelo en la cara antes de alcanzar la mitad de los casi doscientos años que no tenemos de esperanza de vida, pero a mí no me importaría cambiarle mi piel por su carita imberbe con tal de no tener que volver a afeitarme.

—Pues dame un abrazo.

—Ya lo estoy haciendo —le recuerdo, moviendo los dedos sobre sus costillas. Como él sigue haciendo el koala, mis manos reposan alrededor de su cintura y lo siguen haciendo mientras se revuelve por las cosquillas.

—Más fuerte.

Las cosquillas aumentan su intensidad a la par que su mirada de advertencia. Tras llevarme alguna patada accidental, acepto con los ojos en blanco que se refiere al abrazo.

Aunque siempre he sido reacio al contacto físico, no me cuesta nada abrazarlo a él. Lo que me cuesta es soltarlo.

—Ahora dame un besito —exige.

—Vamos a empezar a poner límites.

—Pues pensaré que tu oferta es un poco *fraudulenta*.

Ociel sonríe con orgullo al presumir de su léxico. Casi atrapo esa sonrisa que va en aumento al rozar con los labios su mejilla, deslizándolos suavemente hacia su oído hasta propinarle el más sonoro de los besos.

Él se queda sordo, pero no incapacitado para vengarse con una ahogadilla. A esa la siguen otras, y más juegos y más carreras, hasta que caemos rendidos a la luz de las estrellas.

54

Las olas quitan y devuelven



Ociel

La oscuridad es dulce con la cara enterrada en el pecho de Kai, donde la negrura adopta la forma de un sueño profundo y apacible. A pesar de que vinimos aquí huyendo del calor, acabamos igual de apretujados en una cama llamada «tumbona». Aunque hay varias de ellas disponibles, ninguno de los dos titubeamos al desplomarnos el uno junto al otro, tan exhaustos que ignoramos cualquier incomodidad. No he dormido mejor en mi vida: bajo las estrellas, con piernas, con Kai.

Él se esconde aún más en mi pelo para huir del sol, desafiándolo con un murmullo somnoliento. Lo sigue otro casi ininteligible que me enorgullezco de entender: «¿*Orae...*?».

Es evidente que la sombrilla nos protege del inclemente sol del mediodía, pero los humanos, o al menos él, sienten la extraña necesidad de saber los minutos, por lo que estiro la mano hasta su

móvil. Está olvidado entre la hierba y lleno de nuevas fotos borrosas. El mío lo mantengo a salvo como un tesoro.

—Las una menos cuarenta.

—*La* una menos *veinte* —me corrige con gentileza antes de enterrar el rostro en mi cuello.

Un Kai con sueño es más adorable que la medusita rosa de ojos gigantes, por lo que me permito disfrutar del cosquilleo que me despierta su pausada respiración y de sus piernas entre las mías, del roce de nuestras tobilleras.

Alzo el móvil con una sonrisa para inmortalizar este instante, pero nuestra imagen desaparece de repente.

—Ha aparecido un simbolito en la pantalla, ¿puedo tocarlo?

En realidad, más que pedir permiso, lo estoy poniendo sobre aviso. De lo que nadie me avisa a mí es de que va a sonar una voz.

—¡Oye, al fin coges! Estoy aparcando, ¿vale?

Antes de que pueda decir nada, Kai me arrebata el móvil.

—¿Mamá...? Pero si habíamos quedado el fin de semana. S-sí, estoy en casa... Ah, qué bien.

No hace falta conocerlo tan bien como yo para saber que en realidad no le parece bien. A no ser que la palabra «mierda» tenga un significado que desconozco repetida varias veces y sin aliento.

—Mi madre está aquí.

—¿Me da tiempo a ponerme guapo?

—Lo que te vas a poner es la toalla para ir a distraerla mientras yo arreglo la casa. Está hecha una pocilga, Ociel, no puede verla así.

Me dispongo a hablar en favor de las pocilgas cuando recuerdo que no es un término para designar una cocina impregnada del dulce aroma a tarta recién hecha, sino para referirse al caos que impera después.

La mañana siguiente a nuestra primera noche, Kai me ilustró con lo que era una sesión de limpieza intensiva en la superficie —lo que en un refugio submarino se traduce en retirar unas cuantas piedras y algas—: una criatura que se lo traga todo llamada aspiradora, la fregona que cada día uso tras el baño y productos que huelen de maravilla pero que está terminantemente prohibido ingerir.

Lo que sí ingerí anoche fueron cantidades ingentes de pizza; esta vez, me abstuve de probar la masa hasta que salió humeante y deliciosa del horno. Ha sido la única vez en la que Kai ha despachado la limpieza y el orden con un «Mañana lo hacemos» para tirarnos al sofá a ver la tele.

Sin darme más instrucciones, desaparece a toda prisa en el interior de la casa. Justo al mismo tiempo, suena el timbre tras los arbustos.

El corazón se me sube a la boca. ¿Cómo debo llamarla? ¿Cómo se saludan los humanos? Las ancianas del supermercado me tocaron el pelo y el señor An se echó a llorar, por lo que no parece haber ningún patrón de conducta. Kai solo saluda a los gatos por voluntad propia, pero no sería apropiado rascar tras la oreja a una humana. De repente, todos mis conocimientos se han esfumado.

El nombre de su hijo suena repetidas veces sin respuesta junto con el timbre. Un tintineo metálico me hace apretar el paso.

¿Cómo se habla?

—¡Ho! Ociel, me llamo Ociel. Hol-hola, un placer.

La madre de Kai tiene gafas y también juzga a través de ellas. Me mira de arriba abajo, desde mi torso envuelto con recato en una toalla hasta mis gloriosas piernas embutidas en ropa interior.

—Hola... —dice, alargando mucho las vocales con el ceño fruncido —. ¿Llego en mal momento?

—Bueno, nos acabamos de despertar. No podíamos dormir, así que nos fuimos a la piscina. Estamos acostumbrados a hacerlo en el agua.

Vuelvo a ser juzgado a través de las gafas.

—¿Así que eres la pareja de mi hijo?

El crujido de mi corazón se oye en mi voz.

—Kai me dijo que no tenía pareja.

—Perdona, quiero decir... ¿Eres la persona de la foto que me envió justo antes de desaparecer durante un año? ¿Ha estado contigo en ese retiro espiritual?

Con los nervios que tengo, no estoy preparado para dar explicaciones.

No se me ocurre otra cosa que dejar caer la toalla.

—¿Quieres ver cómo aguanto veinte minutos bajo el agua?

* * *

Alguien me tira de la mano que mantengo fuera del agua, una postura incómoda pero necesaria para demostrar que no me estoy ahogando. Cuando emerjo, todavía sin haber alcanzado mi límite, descubro a Kai con los brazos cruzados y los ojos entornados. Los de su madre están abiertos de par en par. Decido que esos ojos verdes son más seguros que un mar de tormenta.

—¿Cuánto he aguantado?

—Veintiún minutos... —musita la madre—. ¿Cómo...?

—Ociel es un buceador profesional. Un chico humilde al que no le gusta llamar la atención con sus talentos —interviene Kai, halagándome con la voz, fulminándome con la mirada.

—Veintiún minutos, amigo mío —replico con la misma intención.

Me quedo mirándolos desde abajo, a la espera de un reencuentro emotivo, pero intuyo que la madre debe de ser como el hijo: el tipo de persona que deja los brazos colgando en un abrazo, lo cual no propicia la situación. O tal vez sea que hay público.

Así que, después de que Kai me baje discretamente —y en contra de mi voluntad— la toalla hasta la cintura, no me demoro en perderme en su habitación para cambiarme: pantalón corto, camisa de flores y chanclas. No huelen a lavadora, sino a tienda mezclada con piscina. Por suerte, entre las bolsas de la compra se esconde el más dulce de los perfumes, justo después del aroma que desprende el pelo del chico que me aguarda en la cocina.

Mientras su madre pone la mesa en el salón, me acerco a Kai para susurrarle al oído:

—¿Le has dado ya un besito y un abrazo?

Él responde entregándome una bandeja metálica en cuyo reflejo deformado no puedo evitar mirarme.

—Mete esto en el horno.

—Y tú dale un beso y un abrazo.

Mi opinión es ignorada del mismo modo que se ignoran ellos durante el almuerzo. De algún modo, me he convertido en el centro de atención o, más bien, en el punto de apoyo para ignorar una conversación que no quieren tener. Por suerte, Kai tiene las respuestas de las que yo carezco, y así interactúan los dos.

¿Que de dónde soy? De todas partes. ¿A qué me dedico? Ya lo dijo, buceador. Nos conocimos aquí un verano, muchos años atrás, y perdimos el contacto.

Cuando intervengo para comentar que soy el hijo de la esposa del señor An, la madre de Kai la reconoce en mis rasgos. Un silencio. Una mirada que evoca las olas. Me habría gustado que me contara de qué hablaba mi madre con ella en una foto, qué la hacía sonreír

en otras tantas, si alguna vez nos mencionó a mi hermana y a mí al ver a ese niño de rizos oscuros. Pero lo que de verdad me gustaría es que se dijeran lo que sienten, porque ellos dos sí pueden hacerlo.

Lo único que dice Kai es que huele a quemado.

Su madre y yo nos quedamos a solas, uno frente al otro en la mesa y un asiento vacío a mi lado que me hace reparar en cada hueco reciente en la estancia. Hace unos días, Kai colocó fotos de su infancia donde solo había polvo. Lo vi muy pequeño, de pie sobre una tabla, sonriente, mientras una versión un poco más adulta de él lo sostenía. Mucho cielo, mucho mar, muchas sonrisas. En algún momento, poco antes de que yo lo conociera, una había desaparecido y dos de ellas se habían apagado. Kai quiere recordar; su madre, olvidar. En ese proceso, ambos colisionaron hasta separarse.

No quiero inmiscuirme y, al mismo tiempo, siento que al no hacerlo traiciono nuestra amistad.

—Ha pensado mucho en ti.

La mujer pierde la vista en el pasillo. A pesar de que su hijo no parece de buen humor, nos llega un tarareo desde la cocina.

Ella sonríe con tristeza. Me recuerda a los trazos quebradizos de Kai; todo lo que puede dibujar ahora.

—A mí esta casa me trae recuerdos dolorosos. Bonitos, pero que duelen precisamente por eso. A él, en cambio, le obsesiona este lugar. El mar, el surf. Todo lo que me ha hecho daño y puede hacérselo a él.

—El mar también sana. Las olas quitan y devuelven.

—Supongo que lo sabes bien.

Aún me arden los ojos de pensarlo. Pero, igual que el mar me ha hecho llorar de tristeza, también guarda mis lágrimas de felicidad.

—A mí me han devuelto a un amigo. —Se me escapa una sonrisa fugaz—. Es mi culpa que haya estado tanto tiempo fuera, pero, incluso cuando dudó si volver, saber que tenía a alguien aquí era un motivo para regresar. Siento mucho haberos alejado.

Ella niega con la cabeza.

—No sé qué habéis estado haciendo, pero le ha sentado bien. Parece otra persona.

—Más bien, él mismo.

El Kai que desea la extinción de la humanidad es el mismo que me ha ayudado a ser humano y el mismo que esbozó una enorme sonrisa al ver sus piernas. También es un Kai de sonrisas sutiles, de miradas significativas y pocas palabras, el mismo que se ríe a carcajadas cuando hacemos el tonto, que derrama sin vergüenza sus lágrimas, que charla sin parar con los peces y que, de un modo u otro, siempre expresa lo que siente. El Kai al que no le gustan los abrazos te envuelve cuando más lo necesitas, el que detesta los besos te apoya los labios en el pelo hasta que el mundo recupera el color. Kai está hecho de contradicciones que encajan y que lo hacen aún más hermoso.

—Siempre ha sido bastante solitario: el mar y sus cuadros —continúa ella—. Nunca había traído a nadie a casa y, desde luego, no podía imaginar que algún día llegara a mirar a alguien como te mira a ti.

Hoy me parece que me mira especialmente disgustado desde mi numerito en la piscina y tras decirle lo que tiene que hacer, pero él aparece antes de que pueda indagar.

—Bueno, espero que os guste la lasaña chamuscada. Tú, no habrás subido por casualidad la temperatura del horno, ¿no?

Miro hacia otro lado para ocultar mi culpabilidad. ¿Acaso no se cocina más rápido así?

Cuando vuelvo a mirar, Kai está de pie junto a la mesa, con las manos embutidas en guantes de horno suspendidas en el aire. Lentamente, se los quita para posar la mano en la cabeza de su madre. Ella entierra el rostro aún más en su pecho mientras lo estrecha.

Kai la envuelve con los brazos y los ojos brillantes. Y yo me retiro para no dejar huella en este instante que tanto se merecen.

55

Disparidad de opiniones



Kai

Es nuestro penúltimo día antes de partir de viaje sin billete de vuelta. Aunque desearía quedarme en casa con Ociel jugando a videojuegos, como llevamos haciendo los últimos días, creo que es conveniente habituarlo al gentío antes de meternos en un aeropuerto. No serán pocos en nuestro itinerario para que una sirena conozca el mundo, empezando por Francia. Pero, sobre todo, pienso que no debo condicionarlo con mis hábitos, sino dejar que lo experimente todo y se forme a sí mismo como humano. Así que, aquí estamos: en un concurrido bar del paseo marítimo del pueblo de al lado, núcleo de la vida social de la zona, mientras mi pueblo,

mayoritariamente compuesto por ancianos y gatos, duerme apaciblemente.

Este aspecto de la juventud escapa a mi entendimiento. A pesar de que en la adolescencia traté de forzarme a encajar, hace años que he rebasado el maravilloso umbral en el que deja de importar la opinión ajena. Si, apoyado en la barra, parezco un aburrido, no será más que un pensamiento fugaz en la mente de algún desconocido; mientras tanto, yo disfruto para mis adentros de ver a Ociel divirtiéndose, incluso escondería una sonrisa cada vez que le doy un sorbo a mi refresco si no fuera porque tengo que estar demasiado pendiente de las chicas con las que está bailando.

Se han acercado a nosotros y, aunque yo he mostrado con educación mi desinterés, lo he animado a ir sin mí. Está bien que Ociel aprenda a desenvolverse en el mundo por su cuenta, aunque no puedo evitar no quitarles el ojo cada vez que una se acerca demasiado.

La brisa del mar se cuela a trompicones para recordarme la amenaza de la espuma, que asoma en cada persona que esta noche ha intentado ligar con mi amigo sin que él se percate, feliz de que lo inviten a todo. Con sus varias copas encima, ha quedado claro que no le gusta el alcohol, pero también que va a probar todo lo que le pongan por delante. Por el momento, he tenido que intervenir ante el ofrecimiento de un cigarrillo. Puedo mantenerme al margen mientras a cierta sirena no le planten un beso ilícito, pero no permitiré que le fastidien esos pulmones prodigiosos.

—Eh, Kai, ¿crees que tengo posibilidades con el pelirrojo?

Me giro con el ceño fruncido —y no solo por haber oído mi nombre— para encontrarme con un chico rubio que me sonríe expectante con una cerveza en la mano. Por su aspecto, especialmente por la melena ondulada que huele a horas de

esfuerzo para que parezca recién salida del mar y a un poquito de decoloración, deduzco que alguna vez nos hemos tenido que cruzar haciendo surf.

En realidad, este lugar está plagado de gente del instituto, a quienes he olvidado junto con aquellos años en los que no era una virtud que un chico dibujara sirenas para clase de arte. Tal vez la chica que acaba de tomar la mano de Ociel mientras él da saltos, bailando a su peculiar manera, estuvo frente a mí haciendo sintaxis.

En cualquier caso, el rubio se plantea en silencio y con optimismo su propia respuesta mientras observa al pelirrojo en cuestión. Puesto que a simple vista su danza carece de intenciones ocultas de arrimarse a otro cuerpo, habrá supuesto que todas las posibilidades de éxito apuntan hacia su género.

Yo también miro a Ociel. Siempre incorregible con sus chanclas y haciendo apuestas arriesgadas en cuanto a combinaciones de estampados y colores, todas las luces parecen irradiar de él: las del techo, la de la luna, la que flota siempre a su alrededor. Un halo de calidez que atrae las miradas como a polillas, no solo porque sea una cara nueva ni por su belleza, sino por la forma en la que sus expresiones han pulido esos rasgos hasta brillar con hipnótica dulzura.

Mientras el chico pide en la barra una bebida para su objetivo, yo le concedo mi tardía respuesta:

—Ni en sueños.

Lo dejo atrás con sus dos bebidas y cojo la mano de Ociel.

A él le desagrada la música de los humanos, a no ser que sea para montarnos un musical submarino, y yo odio bailar, salvo para dar vueltas con él en nuestro espectáculo privado. Él ha hecho su concesión mucho antes de que la ebriedad opaque su gusto musical porque quiere experimentar lo mismo que los habitantes de la

superficie, así que yo hago lo propio, porque mi parte más egoísta no quiere regalarles esa experiencia a unos desconocidos.

El mundo deja de existir cuando Ociel me pasa las manos por el cuello, me sonríe al oído y deja de existir más allá de su risa mientras lo imito haciendo el tonto. Quiero que aprenda a estar sin mí y, al mismo tiempo, no deseo pasar ni un segundo lejos de él.

Tras un rato, me excuso para ir al baño mientras me pregunto qué clase de vejiga tiene Ociel. Desde luego, va a ser una en la que entre un buen vaso de agua, porque eso de hidratarse al parecer no es un pensamiento recurrente para alguien que nunca lo ha necesitado.

Cuando regreso tras una espera insufrible, ha desaparecido. Miro hacia todas partes, obligándome a recordar que ya no es un príncipe a quien alguna sirena desesperada ansíe raptar. Tampoco una criatura mitológica que me haya hecho presenciar el lado más oscuro de mi especie y desear nuestra extinción.

Alguien me llama desde atrás.

—Se ha ido a la playa con esas chicas —dice el rubio—. Corre, que te lo quitan.

Me doy la carrera de mi vida para llegar a la orilla. Ahí todo son risas, vestidos en la arena y bikinis; un chico tambaleante que se deja arrastrar hacia las olas, solo calmadas para poder saborear la tragedia.

Les arrebato a Ociel a un paso del agua. Ellas, que ya están dentro, me invitan a entrar.

La arena mojada no traspasa mis zapatos, pero la siento tirar de mis pies, hundirme en el mar. Las chanclas de Ociel están desperdigadas en la oscuridad. En lugar de correr a recogerlas, lo que deseo es zambullirme, perderme en el brillo de la luna.

A esta distancia de las olas, su rumor embota los sentidos con una dulce nana, tan similar al lenguaje de las sirenas: «Ven, ven». A pesar de que una gota no nos transformaría, pues fui precavido con el pacto, es complicado resistirse al influjo. Las escamas quieren arrancarme la piel.

Retrocedo sujetando a un Ociel entre borracho e hipnotizado. Las chicas siguen llamando, como el mar. Mientras ignoro su influjo y, precisamente, para lograrlo, les suelto alguna respuesta cortante. A ojos de los demás, mi amigo no es una sirena, sino un chico que apenas se mantiene en pie y que puede ahogarse.

Agradezco haber traído el coche mientras maldigo en silencio a toda mi especie.

* * *

El grifo suena en el aseo de la habitación de mis padres. La puerta lleva tanto tiempo cerrada que incluso había olvidado su existencia, igual que se agazapa en un rincón de mi memoria la sensación de compartir esta cama con ellos cuando aún cabía entre ambos y los veranos eran largos y las sombras densas, estimuladas por la imaginación de la infancia.

Ahora veo una oscuridad distinta por las noches, fría y aterradora de una forma en la que jamás debería haberlo sido en realidad, aunque en este momento la luz de las lamparitas solo derrama una penumbra acogedora.

El ventilador me refresca recostado contra el cabecero. Evoco a mi padre leyendo justo en este lado. Siempre parecía tener el mismo libro: avanzaba poco porque se dormía rápido. Imagino sus sueños de color azul, como el paisaje sobre el cabecero: un océano de toscas pinceladas y firma infantil. La mente de mi madre, en cambio, es del tipo que se fija en las sombras, que las sigue viendo cuando

ya no están ahí: el fantasma de un libro y una segunda lamparita de noche encendida, un lado con las sábanas destapadas y arrugadas, algún pelo largo y ondulado en la almohada.

Abandonó nuestra casa con alivio cuando me marché a trabajar al extranjero. Y, aunque no se lo reprocho, me produce la misma amargura que las fotografías enmarcadas cogiendo polvo en una caja. Pero cada quien tiene su forma de lidiar con los recuerdos y la pérdida. Poco después de que una ola inmensa, que parecía dominar, se llevara la vida de mi padre, yo ya estaba con la tabla bajo el brazo. No me parecía que el mar fuera de repente un enemigo, sino algo que nos unía y que nos separaría por completo si me alejaba. Mi madre, en cambio, empezó a deshacerse de todo, a esconder cada recuerdo y a odiar cualquier paisaje marítimo. Un odio cargado de nostalgia que le impide hacer con esta casa algo más que cerrarla con llave y acelerar hacia las montañas.

De no ser por Ociel, las cosas habrían quedado ahí, en una irreconciliable disparidad de opiniones y un sentimiento de abandono por mi parte, tras un año desaparecido sin suscitar preocupación. Seguiríamos siendo dos piezas de puzle que no encajan en ausencia de la del medio. Aunque las cosas no vayan a ser de repente de color rosa, hemos hablado y nos hemos abrazado, y ella abrió esta puerta. Ahora la luna se dibuja tras las cortinas; incluso en la penumbra, hay más color que nunca porque el silencio se retira tras una larga estancia.

El grifo se cierra para dar paso a un chico en ropa interior. Debería estar demacrado tras haber vomitado hasta el desayuno, pero, de algún modo, parece recién salido de un anuncio de perfume; su energía habitual deshecha en cierta languidez que invita a coger un pincel.

Ociel se derrumba junto a mí en la cama, donde las líneas imaginarias que he trazado se pierden entre las sábanas. Ahí cobran una nueva forma: su pierna sobre las mías, su brazo sobre mi pecho, yo acercándome para que acomode la cabeza mientras le acaricio el pelo.

—Nunca más, Kai. Esto es como la masa de tarta: bien al principio, pero no volvería a probar. Tengo la cabeza más embotada que en el Abismo. —Alza unos ojos que nunca dejarán de ser un mar cristalino—. ¿Estás enfadado?

—No ha sido culpa tuya, sirenita, no debí haber tardado tanto.

—¿Ni por dejarte solo?

—Te animé a que lo hicieras. No soy el único humano del mundo.

Ociel hunde el rostro entre mi hombro y mi cuello, donde su voz se pierde convertida en una música perezosa con aroma a menta.

—Yo quiero jugar a recolectar fruta contigo para vendérsela a... un gato raro a cambio de bayas y ver la tele y que me leas y saltar a la piscina y caerme con tu tabla de surf con ruedas y cocinar...

Pierdo una sonrisa en su pelo mientras sigo acariciando sus ondas sedosas y revueltas. Rojo y dorado. Un faro en la oscuridad.

—¿Qué hay de limpiar?

—No, eso no. Pero sí que me vuelvas a coger la mano en el cine y que la pongas en mi rodilla cuando me llevas en coche y dormir contigo y...

La enumeración de acontecimientos acaba en algo que nunca ha ocurrido. Me quedo inmóvil, conteniendo la respiración y consciente de cada uno de mis latidos. Debe de sentirlos al besarme el cuello. Es un roce suave, precavido, tan fugaz que insta a desear más. Como cuando ves una estrella caer y crees que va a pasar otra.

—Ociel, creo que deberíamos dormir.

—Luego.

La firmeza de su voz contrasta con la delicadeza de sus labios, un roce trémulo que aviva suspiros contenidos. No son así sus besos en la mejilla: sonoros e inocentes, libres de la amenaza de una maldición al acecho.

—Mañana te va a doler la cabeza, y reza por no recordar nada de lo que te puedas arrepentir.

—No puedo vivir siempre con miedo, pensando en una posibilidad. ¿Y si...?

—¿Qué te hace pensar que yo quiero?

Creo que mi tono basta para zanjar el asunto, pero él responde deslizando una fugaz caricia hasta la línea de mi ropa interior. Su pierna, aún entre las mías, cobra un sentido distinto al hacerme ser consciente de cada parte de nuestra piel.

Ociel me está tocando de una forma distinta y, al mismo tiempo, no, por lo que no siento que mi espacio esté siendo invadido, sino que la distancia se estrecha en un momento expectante. Su tacto es como el aire del ventilador, sutil; una invitación a subir el volumen.

—Me voy a mi cama —anuncio desde el borde del colchón, pero él me atrae con un gesto suplicante tras el que me resigno a suspirar —. Mira, vamos a correr un tupido velo sobre esto porque no estás en posesión de todas tus facultades. Entiendo que tienes un cuerpo nuevo y curiosidad por probarlo.

Sujetándome todavía por la espalda, me responde al oído.

—Te estoy siendo sincero. Y solo quiero contigo.

Me cuesta mirarlo a los ojos, convertir esa vorágine de sentimientos en un desafío, afilar la voz que me derrite su contacto y que cristaliza el miedo.

—De acuerdo, sincero, prueba suerte mañana. A ver si te atreves sobrio.

—¿No quieres besarme?

Me doy la vuelta en la cama, tapándome hasta arriba.

—Lo que quiero es que te quites esa estúpida idea de la cabeza. Duérmete o métete en el baño a experimentar con tu cuerpo, pero a mí me dejas.

La cama es grande, por lo que ni siquiera siento su espalda contra la mía, solo un inmenso vacío.

56

Magia y sueños



Ociel

La noche desaparece como un sueño y no porque lo haya olvidado, tal y como afirmo por la mañana, sino porque despierto con Kai abrazado a mí. El espacio inabarcable que nos ha separado se reduce al silencio entre respiración y respiración.

Es una mentira que a duras penas puedo disfrazar de verdad a medias, pues recuerdo a Kai advirtiéndome de que tenga cuidado con la bebida, pero no cuándo decidí ignorarlo; recuerdo la playa, pero no haber llegado a la orilla. Él no quiso bailar, pero no fui consciente del momento exacto en el que su sonrisa apareció junto a la mía, esa sonrisa que quería cada vez más cerca y que, de algún modo, permanece en su sitio. Así que en eso queda mi desliz: en poco más que un sueño que se olvida al despertar. El resto del día, en cambio, se me queda grabado en la memoria.

Nos despedimos de mi hermana, quien me sorprende trayendo la media tabla y el dibujo embotellado que guardo entre mis tesoros, y subimos a la casa del acantilado. El señor An me da su número de móvil y a Kai un amable consejo: «Me gustan tus cartas, chico, pero no hay que ser siempre tan analógicos». Su joven vecino se defiende indignado: «Señor An, nunca lo he visto con un dispositivo electrónico. Ni microondas tiene usted».

Veo el pueblo perderse desde el coche de la madre de mi amigo y el atardecer desde el cielo. Por eso he querido siempre unas piernas: porque puedo correr y nadar y volar.

Kai me da la mano mientras contengo el aliento cuando despega el avión y se duerme en mi hombro con el paisaje cambiando a nuestros pies. Abajo, cada diminuto destello es un mundo, igual que las estrellas que me mostró una noche desde su balcón, cuando desempolvó su *telescopio*. Como si aún lo estuviera usando, cuando nos acercamos a tierra el mundo cobra formas que no podría describir ni aunque robara una palabra de cada idioma que escucho entre el gentío.

Kai asegura que más de la mitad de la superficie del planeta está cubierta por el océano, pero a mí la tierra me parece mucho más grande. Tantas luces, tantos colores, tantas formas, tanta gente. Tanta magia imposible, como esa que impregna el primer destino de mi elección: un enorme castillo rosa, dorado y azul en una tierra llamada Disneyland. Bajo el agua, me habría asomado a cada torreón mientras evocaba los cuentos de mi abuela; sin embargo, al traspasar sus puertas descubro que jamás hubiera podido soñar eso. Un mundo en cada esquina. ¿Qué van a dejar los humanos para las estrellas?

Más adelante, los paisajes de cuento se transforman en uno de grandes jardines, construcciones que roban el aliento y un gran río

que me permite recobrarlo cerca del agua. Ahí compruebo lo poco que Kai se parece a su madre, pues, mientras que ella huye de lo que le han arrebatado, él se lanza hacia el arte. Los museos son el hogar de los durmientes y de todos los colores. No comprendo cómo algo así puede haber sido creado por manos como las mías ni de qué magia dotaban al pincel esos dedos entrelazados con los míos mientras recorremos los pasillos del Louvre. Kai me lee en un susurro confidente la nota junto a cada obra de nuestro interés, de las que siempre tiene una historia para complementarla. Cuando a medio camino se detiene para preguntarme si está siendo aburrido, el brillo de mis ojos responde por mí.

Los pies acaban doliéndome de museos, de jardines y de parques, de cementerios grises y verdes llenos de cuervos, de seguir el ritmo de un órgano en el eco de una iglesia y de cargar bolsas de todo lo que se me antoja. Es un dolor tan glorioso como la sensación de descansar tras un largo día mientras espero con impaciencia al siguiente.

Kai, por su parte, tardará un tiempo en recuperarse de retar a la gravedad en Disneyland, aunque cada vez queda menos del chico mareado al que no le he dado tregua entre atracción y atracción. Parte de ello se debe a que descansamos en una cama de ensueño, el centro de una habitación inmensa que nos envuelve en la paz del blanco y el celeste, con los detalles dorados de un reino submarino.

Parece una versión simplificada y moderna de las antiguas dependencias reales que me hicieron reparar en que aquí arriba el mundo evoluciona a un ritmo distinto. Sin embargo, nada envidio de aquel palacio de oro rodeado de jardines y agua, pues carece de las comodidades que ya he degustado en el hotel: piscinas cubiertas y abiertas al cielo, un lugar extraño y divertido donde los humanos se

ejercitan y comida exquisita. Pero, ante todo, lo que no tiene ningún palacio es a Kai contemplando la noche.

A diferencia del pueblecito, las ciudades de la superficie visten un cielo desnudo, sin estrellas, para poder lucirlas en su piel de piedra, asfalto y árboles, cuyo verdor se derrama hasta la terraza de nuestra habitación. Amparada por hojas y flores, una pequeña piscina burbujeante llamada jacuzzi nos despoja del cansancio y el calor del día. La ciudad viva, siempre despierta, con esa torre inmensa y brillante llamada Eiffel y nosotros contemplándola en calma desde el agua. Brillamos sin escamas.

Kai acaba de echar un vistazo a su móvil cuando me pasa un brazo por los hombros con una tenue sonrisa.

—Mira qué me ha dicho mi madre. —Su sonrisa se ensancha al dedicarle una mueca de soslayo, pues sabe bien que no entiendo más que mi nombre. Sin mirar la pantalla, se aclara la garganta para leer—: «Lo cierto es que Ociel es un caraculo y un poco feo, por no decir que bastante exhibicionista, pero algo tendrá, porque nunca te he visto tan feliz como a su lado». —Al mensaje en cuestión lo sigue una respuesta comprensible: una fila de corazones azules y una foto nuestra en la que él se esfuerza por no parecer demasiado perjudicado tras haber estado un rato boca abajo en una montaña rusa. Sin borrar la sonrisa, Kai sigue inventando—: «Tienes razón, Ociel es una lapa con patas y más que un poco feo, igual que el culo que admira demasiado ante el espejo, pero algo tiene que me hace sonreír sin remedio y no logro imaginar la vida sin él ni recordar cómo era cuando no estaba a mi lado».

Me trago el nudo de la garganta solo porque él se ha esforzado en darle un toque cómico a sus preciosas palabras: no es su estilo ponerse demasiado sentimental. El mío, en cambio, ha sido mentirle

y no estar a la altura de su gran corazón. Así que, a pesar del miedo a estropearlo todo, me obligo a rescatar cierta noche del olvido.

—Kai... antes de irnos no fui sincero contigo. Sí que me acuerdo de lo que pasó y tenías razón: me arrepiento. No me porté bien.

Pienso que se alejará de mí al instante, como entonces en la cama, pero su brazo permanece a mi alrededor; su mirada, serena sobre el horizonte.

—Tan solo hiciste lo que acordamos: olvidarlo.

—Pero... no creo que esté bien ignorar cada vez que hago algo mal.

—Ni yo que debas martirizarte cada vez que eres humano. Además, reconozco que me pasé de borde.

—Pero...

Estoy a punto de replicar cuando el aire abandona mi cuerpo. Está ahí, condensado en el nulo espacio entre nosotros, entre sus labios y mi cuello, donde un beso suave y fugaz estampa en mi piel magia y sueños.

—Mira, ahora estamos en paz.

Me zambullo en el azul de sus ojos, mucho más cálidos que el agua con sus luces, que un paisaje pintado de destellos y la brisa estival. No sé por cuánto permanecemos mirándonos, mi mano en su mejilla, su otra mejilla en mi hombro, ni cuánto de lo que siento se me derrama del pecho por no hallar más espacio para contenerlo.

Qué ínfimo es mi deseo de besarlo comparado con la inmensidad de este sentimiento y con todas las otras formas en las que puedo expresarlo, las mismas de las que él me colma cada día con pequeños gestos.

—Tú también eres un poco feo, Kai —le digo a lo más hermoso del mundo—, pero no sé cómo he aguantado tantos años sin ti.

57

Un romance fugaz



Kai

Ociel sigue paseándose con chanclas por hoteles de cinco estrellas. A pesar de su atuendo poco convencional y su negativa a cubrirse por debajo de las rodillas, nadie lo ha mirado raro o puesto ningún impedimento. No sé si achacarlo a su belleza privilegiada o a que, de algún modo, entre ese batiburrillo de estampados y colores chillones de ropa de diseño, uno acaba sospechando que tiene un sentido superior de la moda.

Su origen principesco no solo lo delatan las cifras desorbitadas de las etiquetas que él no mira y de las que yo aparto la vista mientras saco la tarjeta, sino los lugares por los que se pasea con esas

chanclas que cuestan como mi móvil. Ociel no tiene punto intermedio: cuando no señala el hotel más lujoso cada vez que le ofrezco escoger alojamiento, se para en un callejón mugriento y sombrío porque le fascina cómo la suciedad se acumula en la superficie.

No es que yo sea millonario, ni tampoco un irresponsable con mis finanzas, pero mi experiencia submarina me ha hecho comprender que, al final, los cofres rebosantes de oro no son más que la guarida de algún pulpo; algo sin más prestigio que los tapones de botella entre los tesoros de una sirena. Ociel no comprende el valor del dinero, porque es algo que hemos inventado para no intercambiar cuerda por tomates ni hacer collares de conchas sin ánimo de lucro. Lejos de permitir que el capitalismo mancille su pureza, he optado por impregnarme de ella. Me colma el corazón gastarme el triple de lo aceptable en una botella de agua si a él le gusta más la rugosidad y el color de ese tapón. Más adelante, ya lidiaré con la realidad cuando no pueda permitirme ni una hamburguesa vegana chamuscada.

Entre vuelo y vuelo, el verano da paso a un cálido otoño en Italia, cuya brisa pronto nos acompaña por una costa de casitas de colores y aguas cristalinas en las que esconder nuestras escamas de los turistas. Ya que carezco de conocimientos mecánicos para saciar sus dudas existenciales, dejo que Ociel escoja el coche de alquiler para complacerlo. A pesar de que no puedo explicarle ni cómo cambiar una rueda, me esfuerzo por calmar sus ansias de información con arte. El que nuestra habitación parezca sacada de un palacete renacentista, con frescos entre arco y arco, no ayuda demasiado a olvidar el don que tuve que sacrificar a cambio de mis piernas. Tampoco que Ociel coleccione los folletos de todos los museos: los

atesora en varias lenguas por si los pocos minutos que dedica al día a una aplicación para aprender idiomas lo vuelven multilingüe.

Con sus ojos destellando tras una funda turquesa de purpurina, no parece, en realidad, estar peleándose con el alfabeto. Por su sonrisa silenciosa, tampoco acaba de ganar al señor An al parchís. Es, en cambio, una sonrisa íntima, secreta pero irreprimible, dedicada a lo que sea que esté tecleando con entusiasmo y paciencia. Y eso es raro, porque siempre manda mensajes de voz o utiliza el dictado.

Un día, durante nuestro primer viaje, decidí darle algo de vidilla a mi existencia virtual. Ya no deleitaré con más sirenas a mis seguidores, pero me permití una broma irónica conmigo mismo al compartir una foto que hizo Ociel sin más descripción que una sola palabra: *sirenita.* Dada la espontaneidad de la escena, debe de pertenecer a una ráfaga de las que le ha dado por hacer desde que descubrió la existencia de esa función y del temporizador. Para que mi autoestima no decaiga cada vez que me veo con los ojos cerrados o la boca abierta, he decidido achacar a su origen sobrenatural que él sea tan fotogénico, aunque en esa foto en especial, en la que ni siquiera sonríe al objetivo mientras reímos en un jacuzzi, queda claro que su belleza resalta por su naturalidad.

La publicación se hizo viral. Lejos de promover mi arte, acabó con miles de comentarios bajo la sonrisa del anónimo pelirrojo. En mis mensajes privados no se deslizó ningún estudio pidiéndome que les diseñara una sirena, sino una gran marca que no dudó en emplearme de intermediario para contactar con la belleza misteriosa. Aquello derivó en el primer trabajo de Ociel: otro avión, otro hotel, una sesión en la que descubrió que no puede ser modelo porque no soporta quedarse quieto, pero aún menos tener que moverse para una cámara que no sostiene él.

El resultado nos saludará el verano que viene desde los escaparates cada vez que entremos a un centro comercial, donde un atractivo joven tratará de vendernos bañadores de manera bastante convincente. Lo sé porque, para desasosiego de Ociel, he visto las fotos. Aunque a mí me convence poco su expresión seductora: quien lo conozca, sabe que eso es como pedirle a Bambi que pose amenazante. Sin embargo, debo reconocer que a ojos ajenos da el pego.

La primera vez que vimos el resultado de la sesión fotográfica, el modelo me hizo una confidencia en exclusiva al oído: lo pillaron en el proceso de poner los ojos en blanco, algo para lo que hay que acabar con su infinita paciencia.

De esa experiencia surrealista he sacado varias conclusiones: Ociel quiere hacer su aportación económica a nuestros viajes, Ociel tendrá que estar al borde de la pobreza para volver a trabajar de modelo y Ociel seguramente esté hablando con el o la protagonista de algún anuncio de colonia.

Me trago mis teorías conspiratorias y ese extraño sentimiento tras una guía de museo mientras me entierro aún más en el sofá. Desde el sillón, él sigue absorto en la pantalla.

Al final, me armo de valor para preguntarle de manera casual. Al fin y al cabo, somos amigos. ¿No puedo interesarme?

—Pero bueno, ¿y esa sonrisilla de enamorado? —digo sin asomar más que unas cejas alzadas sobre el folleto—. ¿Acaso lo corteja alguien de su profesión, señorito modelo?

—Kai, los que derrochamos verdadera belleza estamos por encima de eso.

Su ambigua respuesta me provoca un nudo en la garganta que trato de deshacer con una risa.

—¿Así que no niegas que hay alguien?

—¿Te molesta?

—No quiero ponerme en plan padre, pero no olvides las precauciones. —Las precauciones: «No te mueras con un beso».

—Ya lo tengo hablado. Nos veremos esta noche.

El síndrome de Stendhal es una desmesurada reacción emotiva ante la contemplación de la belleza en el arte. Aunque este me conmueve, nunca he sido víctima de tal aflicción, hasta que un día me paré a pensar en lo bonita que es la vida junto a Ociel. Los colores, las formas, las luces... El mundo entero tiene un aspecto distinto en su presencia, tan hermoso que, si me pierdo demasiado en ese pensamiento, se me humedecen los ojos.

No concibo nada más idílico que nuestra relación, no romántica, sino platónica; una amistad profunda y sincera que no mellan las canciones de olvido ni los besos en el cuello. Después de que me confesara —para sorpresa de nadie— que sí se acordaba de aquella noche y lo mucho que se arrepentía, zanjé el asunto devolviéndole el gesto y las tensiones acabaron. Sin embargo, al parecer, esa curiosidad que puede costarle la vida no se ha disipado de la misma forma, sino que ha encontrado a alguien dispuesto a corresponderla.

Me obligo a recuperar la respiración mientras me escondo tras el folleto de la Galería Uffizi.

—Fabuloso. Ten cuidadito por el camino y llega antes de que el carruaje se transforme en calabaza.

—Estaremos en el hotel.

Por lo visto, esta noche me iré pronto a dormir. O mejor, me mantendré bien lejos de la habitación. Iré a alguna plaza a contemplar, melancólico, cúpulas y rosetones. Mañana, si nuestro itinerario sigue en pie y vamos a Roma, lloraré a los pies del *Laocoonte* y *La Piedad*.

Cuando Ociel solicita mi compañía para comprar ropa para la ocasión, pienso en escaquearme, pero al instante me asalta la mala conciencia. Él se merece todo lo mejor; incluso emocionarse con un romance fugaz que le permita disfrutar sin riesgos, mientras yo me mantengo en vilo, preocupado por su vida y temiendo estar a punto de salir de ella. Probablemente tenga alguna barrera lingüística con esa persona, pero ya quedó demostrado en nuestro pasado compartido que eso no supone un obstáculo para los sentimientos. Me pregunto con tristeza qué podría haber hecho mejor con los míos mientras paseamos por calles llenas de historia que presencian el fin de la nuestra.

Dada la naturaleza de su cita, Ociel se muestra especialmente preocupado por causar una buena impresión; incluso acepta llevar unos zapatos cerrados cuando me pide que le escoja el conjunto. Ahora se admira en el espejo: una camisa aguamarina de tela suave y ligera que resalta su bronceado y sus definidos antebrazos, un pantalón claro y un reloj que se le ha antojado, cuyo precio conviene olvidar tanto como el momento al que se acercan las manecillas.

Me recluyo junto con mi humor sombrío en una esquina.

Hoy muchas cosas son inusuales, como esta, pues Ociel se ha pasado un buen rato arreglándose el pelo, cuando normalmente el aire es libre de estilizarlo. Lo que sí resulta más propio de él es su arrebato de darse un chapuzón cuando reconoce estar sudando por los nervios.

A pesar de que su sudor no puede oler a otra cosa que no sea a flores tras su rutina de cuidado facial y corporal —que incluye una colección de cremas que amenazaría la masculinidad de muchos—, una sirena no puede conformarse con el inmenso baño de nuestra habitación, sino que necesita echar a perder en el spa su hora de acicalamiento.

Mira su reloj elegante.

—Es buena hora.

«A sus órdenes, alteza», pienso mientras lo sigo con la agridulce sensación de poder compartir juntos un rato más.

El agua brota en calma en una penumbra acogedora. La enfatiza la sensación de intimidad que produce el espacio entre arco y arco, con sus columnas invitando a huir del presente a través de la arquitectura. En el resplandor turquesa del agua regreso a una orilla teñida de bioluminiscencia, cuando la vida era más difícil y, al mismo tiempo, más sencilla. Por aquel entonces, Ociel no sabía más que escribir nuestros nombres en la arena, pero ahora puede enviarse mensajes con otra persona, camuflando con pericia sus carencias, como esa que le impide leer el enorme cartel de «reservado» en la puerta.

Alguien se ha dejado una fortuna para disfrutar en la intimidad de un par de botellas de vino y refrigerios, rodeados de velas y de un sendero de pétalos que sin duda oficiarán una noche de bodas.

Una parte de mí piensa que los pétalos son una horterada y que el vino no está menos asqueroso por más caro que sea; la otra, la que no se pregunta cuánto puede costar este capricho, desea arrastrar a Ociel al agua sin pensar en las consecuencias.

—Oye, no podemos estar a...

Apenas me he dado la vuelta cuando él tira de mí.

58

Todo el tiempo del mundo



Ociel

Es un instante que se transforma en eternidad. Un instante por cada vez que lo he soñado, por cada centímetro que ha acercado nuestras respiraciones, por cada mirada que me ha hecho resbalar hasta su sonrisa, por cada roce cargado de vértigo.

Todo a nuestro alrededor se vuelve ingrávido. Solo quedan mis manos sobre sus mejillas, desprendiéndose del resto de mi cuerpo, sin dejar de mí más que los labios y una leve consciencia de estar flotando. Una sensación de irrealidad acompañada de la certeza de que no hay nada más que esto: ese punto cálido y ansioso que nos conecta.

Entonces la conexión se rompe. Kai me empuja, o más bien se aparta con brusquedad. El silencio suena a las esquirlas de un beso. Esos labios, tan suaves, ahora cortan por todas partes en una mueca de horror.

El silencio también suena a mi corazón hecho añicos, a los fragmentos de una amistad. Trato de recogerlos con desesperación.

—Lo sient...

—¿Estás loco? —Una voz entre rota y furiosa rebota en las columnas y me alcanza directa al pecho. En el de Kai, su mano reposa sobre unos latidos que creía en sintonía con los míos—. Ociel...

Mi nombre se vuelve trémulo en sus labios, casi deshecho en el llanto que asoma en el brillo de sus ojos. Son del color de las olas que se convierten una y otra vez en espuma.

—Estoy vivo, Kai.

La calma no trae más que el ritmo entrecortado de su respiración. Hace meses estrené mis piernas con una carrera desenfrenada que acabó con el corazón amenazando con salírseme por la boca. Esta quietud agitada me recuerda a esa sensación: la de contener algo que desea estallar. Así he aguantado hasta la noche mis ganas de besarlo. Él, en cambio, parece mantenerse inmóvil para que el tiempo no retome su flujo. Para que una maldición no recuerde que debe actuar.

Los minutos pasan. Sigo vivo. A Kai se le secan los ojos y se le serena la respiración, a pesar de que su rostro permanece estático, entre el alivio y la desconfianza.

—Te la has jugado —dice al fin.

Oculto tras mi pelo una mirada avergonzada y un murmullo.

—Se me ocurrió preguntarle al señor An, no sabes cuánta vergüen...

Es como ahogarse, aunque la diferencia es que yo no me puedo ahogar. Es como tener el mar por todas partes, sin dejar un resquicio de piel sin abrazar, como estar en casa. Es también como las primeras gotas de lluvia: tenue, tímido, anhelante, suave. Kai me

besa como si temiera que fuera a desaparecer de entre sus brazos y, al mismo tiempo, como si no fuera a dejarme salir nunca de ellos.

—¿Entonces no has quedado con nadie que huela a más perfume que tú y que te vaya a sorprender traicionando su amor?

—¿Eres tonto?

Kai esconde una sonrisa en mi oído.

—¿Y tú me has hecho comprarte ropa solo para quitártela?

Abrocharme los botones ha entrañado cierta dificultad, y aún más mantener la farsa, pero todo vuelve a su lugar cuando él desliza las manos por mi piel. A veces son gestos perezosos, como alargando el instante; otras, movimientos más impacientes entremezclados con nuestras risas.

El eco de este lugar suena a alivio; cuando nos lanzamos al agua, a alegría pura. No hay carreras ni juegos, sino que nos limitamos a sentirnos entre los destellos del agua en una esquina. Tan grande como es este espacio, no necesitamos más, y esa misma sensación me embarga cuando pienso en la inmensidad del mundo y luego miro a Kai.

A veces no hay hueco para las palabras; otras, estas son una extensión más de las caricias. Un lenguaje de silencios, de susurros y de risas.

—¿Hasta qué hora has reservado esto?

—Toda la noche. —Por un momento, parece que se le van a salir los ojos—. ¿Qué?

Kai agita la cabeza antes de enterrar una carcajada en mi cuello.

—Que me alegro de que tengamos todo el tiempo del mundo.

El tiempo no existe. Un segundo se detiene en sus labios y se prolonga en una sonrisa, en una caricia en la mejilla, unas manos en la espalda que bajan hasta mi cintura. Los besos de Kai son suaves y delicados, dejan espacio para respirar, para reír, para charlar.

Me cuenta lo mucho que le he hecho sufrir esta tarde y yo le aseguro que quien ha sufrido soy yo, reprimiendo las ganas de poner en práctica mi descubrimiento. Nunca sabremos si la maldición se rompió al convertirnos en lo mismo o si nunca ha existido, pero sí sé que nada ha cambiado: que Kai me mira de la misma manera, que nuestras manos encajan, que mi corazón late con la misma música por él. Esta intimidad es un capricho del cuerpo; lo amaría igual convertido en espuma, en aire, en polvo, en recuerdos.

Nos creemos vencedores de una batalla librada en la oscuridad. Aquí, donde solo hay una agradable penumbra salpicada de destellos azules, pétalos y agua, le pregunto que cuándo hubiese ocurrido este primer beso de no haber habido ninguna maldición. Él se limita a canturrear «Bajo el mar».

Bajo el mar Kai me dijo que no le gustan los besos. Con algo de esfuerzo, si logro borrar su cara de la mente cuando cierro los ojos, puedo imaginar por qué. Puedo imaginar no sentir nada con otra persona, solo piel con piel, la reticencia a que me roben el aire y a que tomen más de lo que yo quiera dar. Con él, en cambio, cada caricia encaja en su sitio y nuestro ritmo parece una melodía ensayada. Si nunca he experimentado el deseo de besar a alguien más que a él, es porque jamás he compartido esta conexión.

Con cara de no querer estar en ningún lugar más que aquí, rodeado de agua, de fulgores y de piel contra piel, Kai comenta que todo esto podría haber ocurrido en la habitación. Yo respondo que he visto demasiadas películas como para no tomarme en serio este momento, planeado al detalle sobre la marcha, pero con opción al desastre, y que no puede negar que secretamente le gustan los pétalos. Sin desmentirlo ni reconocerlo, él se sorprende de que me haya planteado en algún momento la posibilidad de que me rechace

y me besa por todas y cada una de esas veces en las que el miedo a la maldición ha opacado sus sentimientos.

Dejo que los míos se desborden y él los sostiene, meciéndolos con cariño. Nuestras manos encajan sin ese espacio insalvable; nuestros cuerpos también. Floto en palabras dulces, en caricias, en silencios que expresan lo que no se puede decir y en el azul de su mirada.

Mi amor es más profundo que el océano y el terror que mora allí. Más profundo que el miedo al futuro. Tan profundo que, al igual que en aquella oscuridad, es complicado ver que existe algo más. Ni siquiera la certeza de que, si tanto amo a Kai, nunca he debido entregarle un corazón con fecha de caducidad.

59

En ninguna otra parte



Kai

Parece haber pasado una eternidad desde que Ociel me prometió que me devolvería las piernas. Hace no tanto descubrí que, en realidad, nunca fueron una necesidad tan apremiante. Aunque ahora agradezca su existencia, por el simple hecho de sentir su piel contra la mía, floto en una especie de ingravidez que me desliga de cada parte de mí, salvo del lugar donde cobijo ese sentimiento.

—¡Kai, mira arriba de una vez!

Lo estoy haciendo. Acurrucado sobre su pecho, veo las auroras boreales reflejadas en sus ojos, una vieja promesa hecha en la oscuridad. El espectáculo promete durar toda la noche, pero la

forma en la que brilla su mirada solo pertenece a este instante. Ya no siento la necesidad de capturar en un cuaderno la belleza, sino que los colores tiñen mi alma de azul, rosa y verde: la paleta de un recuerdo inolvidable. Entregué mi arte a cambio de esto, de momentos intraducibles al lienzo, y volvería a hacerlo una y otra vez.

El otoño ha dado paso al invierno y a una Navidad en el pueblo, en casa con mi madre y el señor An, quienes le han cogido un cariño inmenso a ese chico que les ha estado manteniendo al día con fotos de nuestros viajes. Los días en los que el sol brilla, desafiando a las estaciones, los hemos pasado en la playa; los que no, también, explorando cada rincón de los acantilados y del monte. Hemos salvado medusas atrapadas en la orilla y recorrido la costa a la luz de la luna para luego dejarnos caer exhaustos entre las sábanas.

La planificación espontánea de los viajes se ha convertido en una rutina agradable, de pequeños detalles y una cotidianidad reconfortante. La convivencia me ha hecho ver que Ociel tiene algunos defectos como humano: se deja la pasta de dientes y la tapa del váter abiertas —aunque, por suerte, tira de la cisterna—, la ducha y la nevera son una colección de botes vacíos y, a pesar de que se aplica con rigor cremas de delicado aroma y precio desorbitado, se olvida de beber agua hasta rozar el límite de la deshidratación. Nunca pone el móvil en silencio y es demasiado madrugador, pero siempre baja el volumen de la tele cuando me quedo dormido entre sus brazos. Todo él es un paisaje por capas que no me canso de ir descubriendo.

El tiempo me parecía inmensurable bajo el mar y así se han vuelto los días a su lado: ajenos al reloj, sin más medida que el atardecer o la luna que contemplamos juntos. Tenemos todo el tiempo del mundo, por lo que hemos decidido frenar nuestros viajes para coger un poco de aire con olor a mar y a hogar. El invierno, sin embargo,

invita una vez más a hacer las maletas, que descansan en un caos comedido en mitad de la cabaña.

El desorden de ropa de abrigo es un toque de realidad para este escenario de ensueño, donde un techo acristalado se abre al firmamento. Resulta fascinante cómo se pueden encajar todas las comodidades de la civilización sobre el tronco de un árbol, cuya espesura nos esconde en el bosque nevado y nos cobija del clima del exterior.

La calefacción invita a Ociel a lucir su cuerpo no como vino al mundo, pero sí a la superficie, mientras que la cama, tan grande y mullida, se encarga de retenerlo entre las sábanas. El tacto de estas, o quizá el suyo, borra el cansancio de un día nadando con ballenas en unas gélidas aguas, aptas solo para la piel de una sirena, con los fiordos marcando el rumbo.

Mientras lo miro, él sigue recordándome que observe el cielo. Su voz es apenas un murmullo, como si temiera espantar los colores o como si fuera a despertar de un sueño en el que estos flotan en el firmamento en lugar de en las profundidades. Unas lentas caricias en la espalda me anclan a la realidad al tiempo que me sumen en mi propio sueño.

Desestimo su invitación a contemplar las auroras boreales dejando un sendero de besos por su cuello; al llegar a su oreja, sigo por su torso. La risa de Ociel reverbera en su estómago mientras bajo, burlándose de las pasiones irrefrenables de la juventud y conteniendo las cosquillas al llegar a la línea algo más clara que, para su pesar y fascinación, ha marcado el bañador.

Entonces se incorpora, pero solo para invertir nuestras posiciones. Quedo de cara al espectáculo: las vívidas y exaltadas pinceladas de algún ser que rige el firmamento. Pero ningún color me atrapa más que el azul de sus ojos.

Ociel desliza los labios desde mi cuello hasta mi oído.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero?

—No me suena. ¿Yo te lo he dicho a ti?

Nuestras sonrisas se resisten a participar en el juego. En sus ojos veo reflejado a un chico al que el amor ha vuelto un poco empalagoso, aunque a veces me esfuerce por contrarrestarlo.

—Creo que una vez me lo dijiste temiendo estar al borde de la muerte.

—Así que tendría que volver a estarlo para que se repitiera. —Mi reflexión me granjea un inesperado mordisco en la nariz, que me deja dramatizando mi último suspiro entre las sábanas—. ¡Ay! Ociel, te qui...

El resto halla el camino entre sus labios. Un beso repentino, como el primero, y a la vez tan distinto, pues no hay miedo en ese gesto, ni siquiera un final a la vista; solo un sendero compartido para expresar lo que sentimos.

Todo lo que nunca he querido se convierte en anhelo al ver que él lo desea. Mis labios encajan entre los suyos del mismo modo en el que lo hacen nuestras manos, sin trabas, donde mi corazón descansa entre sus dedos, a salvo de rasguños.

Es aquí y en ninguna otra parte. El mar puede arrojarme otra vez contra el acantilado, que volveré a encontrarme con él. Una canción puede arrebatarme de nuevo todo un verano, que volveré a vislumbrarlo en sueños. El mundo puede desaparecer, que solo quedaremos él y yo, este estallido de colores y todo el amor que se me desborda del pecho.

60

Sin un final a la vista



Ociel

Las olas son un coro somnoliento en la cueva. Más allá de las grietas, el atardecer contempla mis nervios y una sonrisa irreprimible mientras hago los preparativos.

—¿Para qué es todo eso?

—Para una cena romántica.

—Qué asco.

Mi hermana pone los ojos en blanco en dirección al mantel, donde reposa una nevera portátil con refrescos y un par de fiambreras. Me he estado peleando toda la tarde con los ingredientes hasta que un dulce aroma y una cocina sin incendiar me han proclamado chef. Si lo que le da asco a mi hermana es la pasta con la que conmemoro mi primera comida en la superficie o no, queda a la libre interpretación.

Le salpico unas gotas que ella me devuelve.

—Envidiosa.

—Sabes que estoy comprometida con un apuesto joven.

—Ninguno tan guapo como mi Kai. —Se me escapa una sonrisa al verla repetir ese gesto hastiado del que ambos abusan—. Al final os habéis hecho amigos.

Pisínoe desdeña mis palabras con un movimiento de manos. Vistas desde fuera, las garras y la piel cenicienta de las sirenas —más parecidas a la representación «monstruosa» que los humanos hacen de nosotras que a la princesa ficticia de la que estuve celoso alguna vez— invitan a imaginar una muerte lenta bajo el agua. Yo, en cambio, solo puedo fantasear con cómo habría sido entrelazar nuestras membranas recorriendo estos acantilados. El lugar que nos separó bajo el agua nos une ahora en la superficie.

—Es pura conveniencia. Si le dirijo la palabra, siempre vuelve con más *tarta* de esa para complacerme. Sacrificios que hace una cuando su hermano no consigue prosperar más allá de las algas.

Finjo desinterés cuando le paso ante la cara un plato caliente. Aunque me siento orgulloso de mi postre, es cierto que mis intentos nunca complacen el paladar exigente de una princesa tanto como las recetas de Kai.

Me quedo observando los resquicios del cielo en silencio, mecido por los chapoteos de una sirena y su forma curiosa y disimulada de tocarme las piernas. No solo he hecho un sacrificio a cambio de ellas, sino que mi vida en la superficie me ha permitido sanar mi relación con mi hermana.

—Noe, si yo algún día faltara... no lo dejarías solo, ¿verdad?

—Ya te dije que serás bienvenido cuando reine. Y a él... bueno, tendré que soportarlo.

«Cuando reine». Sonrío ante ese destello del futuro, uno sin la opresión del don de los reyes del mar. Su heredera me ha contado

en un susurro —y en un idioma recién aprendido, torpe, que las olas no comprenden— que dejará marchar ese poder con los últimos latidos de nuestro padre. Por supuesto, lo hará solo porque le produce arcadas el método de transmisión del don y porque es tan apta para la corona que nadie cuestionará nunca su autoridad. Será una gran reina, mucho mejor de lo que yo lo habría sido jamás, por mucho que me esforzase.

La miro a los ojos, visualizando una corona sobre ese pelo oscuro y revuelto, verdoso como el hogar.

—Pero cuando yo no esté, también.

—Para eso, primero tendrías que separarte al menos un segundo de tu humano, y eso es imposible. A no ser que sea para preparar en secreto una cena *romántica*.

Pisínoe vuelve a poner los ojos en blanco. Es como el agua de la piscina: fría al principio, hasta que el tiempo transforma esa sensación en tibieza. Su piel empapa mi ropa al robarle un abrazo antes de dejarme arrastrar al agua.

Amo mis escamas tanto como mis piernas.

—A ti también te quiero. No lo olvides.

* * *

Me abalanzo hacia Kai en cuanto aparca su bestia azul, herida en batalla justo el día en el que me saqué el carnet —en un tiempo muy inferior a lo que tardó él en su momento— y varias veces después durante la difícil tarea de internar a la criatura en su garaje. Le arrebato un suspiro de cansancio tras una inesperada tarde de compras con su madre —para nada orquestada por mí— y varias bolsas caen al suelo con la amenaza de dejarme sin regalos. Pero la

curiosidad no es mayor que mi impaciencia, así que lo arrastro sin darle un respiro a través del acantilado.

Sobre este, en la casa del señor An, se enciende una luz para combatir las sombras del ocaso, que lucha desde el horizonte contra la luna y las primeras estrellas. He recorrido ya tantas veces este escarpado terreno, más allá de los escalones de piedra, la valla de madera y los matorrales, que la roca me transmite la misma sensación que al tomar la corriente de mi viejo refugio, ahora en buenas manos.

Kai se deja arrastrar hasta la cueva. Cuando cierra los ojos, a petición mía, avanza con decisión por un camino que conoce incluso a ciegas, convirtiendo cada desnivel en solo una excusa para apretarme más la mano. No se la suelto cuando llegamos a nuestro destino, sino que acaricio su mejilla para que abra los ojos.

—Feliz bípedo-aniversario, medusita.

—Es mañana, tonto el que lo lea —me corrige con una sonrisa.

Sobre las grietas del techo, la luna promete una estancia corta en estas noches de verano, pero yo la miro como si la negrura del firmamento sellara la roca en un espacio ajeno al tiempo.

—Vaya, pues yo no pienso hacer otra vez de comer.

Kai me besa y yo a él. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez.

A pesar de que lamento no haber podido aprovechar todo el día juntos, la privacidad que he necesitado para organizar la cena sorpresa se ve recompensada en cuanto Kai abre mucho los ojos con el primer bocado. Esta misma noche un año atrás —un año menos un día—, él me deleitó con unos macarrones con tomate alegando no tener otra cosa en la despensa. Yo, en honor a la tradición, pero al mismo tiempo queriendo demostrar mi destreza, he subido el nivel al probar una receta de uno de nuestros viajes. Tenía tantas posibilidades de salir mal como el día en el que decidí —gracias a la

respuesta del señor An— poner a prueba la maldición. Desde entonces, he pensado tan poco en esta como en la oscuridad, la cual ahora no es más que una acogedora penumbra cada noche con Kai. Incluso aquí, rodeado de velas que titilan contra las paredes de la cueva, él irradia una luz que suaviza toda sombra.

Me pide que cierre los ojos, recordándome que aún no es aniversario de nada, pero que, por suerte para mi despiste, ha aprovechado su salida para recoger una cosa.

Me encuentro con una joya más hermosa que cualquiera de mis tesoros. En su centro, una perla que no es una perla, traslúcida, anacarada, diamantina, atrapa los destellos de la luna junto con un fulgor azulado idéntico al de sus escamas. Este se ondula alrededor de la circunferencia como olas detenidas a punto de besar la orilla. Todo en esta joya evoca el mar; sin embargo, la tierra está implícita en cada detalle que proclama su autoría humana: una obra de arte.

Mi mano se mueve por sí sola, encajando el anular antes de que pueda reaccionar más allá del asombro. Al fin, encuentro mi voz en unos ojos azules.

—He visto tantas películas que podría confundir lo que significa esto.

Kai suelta una risa alegre que nada tiene que ver con la lágrima que reposa en mi dedo. O tal vez sí, porque hasta este momento he olvidado que existen lágrimas de felicidad.

—No te emociones, que no te estoy pidiendo matrimonio. Solo es un regalo para decirte, por si no ha quedado claro aún, que solo me imagino a tu lado el resto de mi vida. —Kai besa mis nudillos, justo sobre la perla, antes de alzar una mirada risueña—. Que luego tú quieras hacer de eso una ceremonia ostentosa es otro tema.

Por un instante, me permito soñar con ello.

Desde hace un tiempo, he empezado a temer los planes a largo plazo, que siempre acaban convertidos en una vaga idea relegada por la agradable rutina. Al fin y al cabo —argumenta Kai a mi favor —, tenemos toda la vida para viajar. Mientras que un «para siempre» me parece un término impreciso, sobre el que es demasiado fácil perder el control, «toda la vida» posee unos límites más manejables. La promesa de la eternidad adaptada a la fugacidad de la existencia. En sus labios, sin embargo, suena más parecido a ese «y fueron felices para siempre» con el que cierran los cuentos. Más allá de la última página o de la escena final, nada puede desmentir esta declaración. La vida con él es ese final feliz repetido una y otra vez.

—Yo también quiero pasar a tu lado el resto de mi vida, Kai.

Tengo un nudo en la garganta conectado con los ojos. Él me coge la mano antes de que me los frote, llevándose mis lágrimas con un roce de labios.

—Cuidado, sirenita, que se deshace la perla.

Saben a sal cuando me encuentro con ellos, pero también a paz, a hogar, a días eternos de verano. Al lado de Kai, nada tiene un final, ni siquiera la noche estrellada que asoma entre las rocas, tan distinta a la oscuridad que araña las olas.

Me permito olvidar, pero también recordar para siempre. Un «para siempre» que quede estampado en el cielo que rige las mareas, que se quede grabado en cada latido de ese hermoso corazón que acompasa el ritmo del mío sin un final a la vista.

61

Ausencia



Kai

No me despierta la luz de un nuevo día filtrándose por las persianas bajadas, sino la calidez que le falta a las sábanas. El ventilador ha trabajado al máximo para que nos durmamos abrazados y, aunque durante el transcurso del sueño cada uno suele acabar en una punta, el amanecer siempre nos devuelve a los brazos del otro.

Ahora, el lado vacío de la cama no invita demasiado a dejarse arrastrar por la pereza que embarga estas mañanas de verano, en las que Ociel, de algún modo, sigue sacando energía para salir a correr a las siete.

A veces envidio esa capacidad de maravillarse con algo tan simple como el hecho de adelantar una pierna a la otra; los humanos lo tenemos tan asumido que no somos conscientes del mecanismo tan complejo que entraña. A veces pienso en eso: en cómo se dieron las condiciones fortuitas del universo para crear a cada ser como una maquinaria perfecta; en cómo, dentro de ese azar, se han fusionado todos los atributos que convierten a alguien en quien es, y en cómo se puede llegar a amar tanto que cueste atribuirle a la casualidad que nuestros caminos se cruzasen.

Así que a veces, como anoche, a la luz del firmamento y de las velas, de unos ojos azules que atrapaban los destellos de un anillo hecho con una lágrima de alegría, me da por pensar en el destino. El destino que rompió mi tabla de surf y que más de una década después me hizo lanzarme a la tormenta. ¿En qué momento pasé de creer que había muerto con veinticuatro a tener veintiséis? En algún momento de esos dos años que hoy marcan mi tiempo junto con Ociel. Uno bajo el agua, otro en la superficie, y el sinfín que promete el futuro en ambos.

Sé que aún no ha regresado, porque siempre hay algún sonido a su paso: el agua de la ducha, cacharros de cocina, algún audio para aprender idiomas metiéndose de fondo en esa cabeza privilegiada suya.

Su móvil sigue en la mesita de noche: el pobre se habrá quedado sin fotografiar el amanecer. Igual que cuando busco las gafas aun llevándolas puestas, cojo el mío por inercia para decirle que lo ha olvidado.

La hora marca más de lo que duran sus carreras. Mis notificaciones: una cita para una entrevista de trabajo en un museo y un mensaje de Ociel que se suma a la larga lista de conversaciones que mantenemos por escrito para practicar. Mi fondo

de la pantalla de bloqueo es una foto de su fugaz debut como modelo de bañadores que le da mucha vergüenza. Al deslizarla, se transforma en la sonrisa sincera y entusiasmada de una sirena que pulsa por primera vez el botón de una cámara mientras yo sonrío también, creyendo estar en un sueño. Desde entonces, he conocido muchas versiones de su sonrisa: triste, melancólica, orgullosa, tímida, divertida... y la que aún siento en los labios desde anoche, cuando alargamos las horas en la cueva y en la cama hasta que caí rendido entre sus brazos, y en mis sueños se colaron susurros de lo mucho que me quiere.

El mensaje es un vídeo. Lo primero que me viene a la mente son todos esos vídeos de su mano acariciando gatitos, con los que me bombardea cada mañana junto con fotos del amanecer. El fondo, sin embargo, es esta misma habitación. De repente, su ausencia me acelera el corazón. Por un instante, me parece verlo, de reojo, con el móvil delante y hablando para sí mismo, sentado en esta misma cama donde, en realidad, solo hay unas sábanas arrugadas y vacías. El ritmo frenético de mis latidos no encaja con la larga pausa tras el *play*, en la que Ociel, inmóvil, parece digerir su discurso.

Cada segundo me aporrea más el pecho.

Cada segundo estoy más convencido de que esto es un sueño. No. Una pesadilla. Despertaré a su lado, enterrado en bucles rojos, con el azul de su mirada destellando como el sol.

Solo quiero despertar para que Ociel deje de decir tonterías. Lo mucho que ha significado este año. Otra vez, lo mucho que me quiere. Que si pudiera volver atrás nada sería distinto. Que su hermana estará siempre ahí y que gracias a ella me ha podido dejar parte de sus tesoros bajo la cama para compensar todos sus caprichos. Que perdón, perdón y perdón, que ha sido muy egoísta, pero que ese día no pudo evitar besarme y, desde entonces, no ha

conseguido dejar de hacerlo. Que no me merezco esto, pero que ojalá guarde un buen recuerdo de él. Que pensó en hacerme olvidar, si fuera posible borrar tantos recuerdos con su voz. Otra vez, que es egoísta, y que por eso en realidad no quiere que lo olvide. Pero sí que sea feliz.

«Sé feliz, por favor». Él lo ha sido más que nunca, más de lo que hubiera podido imaginar, más de lo que era posible. Y que, por eso, aún parece todo un sueño. Que no tiene demasiado miedo. Que la oscuridad será la de cerrar los ojos a mi lado. Que en ella seguro que habrá lugar para los sueños, como las auroras boreales del Abismo. Que me quiere, otra vez. Y una y otra vez. Para siempre y para el resto de su vida, aunque esta no dure más que una última noche.

Mis manos agitan un móvil salpicado de lágrimas. No sé cómo reúno fuerzas para agacharme y mirar debajo de la cama, a la espera de que él esté ahí, aguantando la risa, pero solo encuentro una bolsa de deporte muy pesada que se derrama con el destello de monedas antiguas. Dorado, como su cola.

No sé en qué momento mis escamas reemplazan a mis piernas en la playa, cómo no me ahogo con el agua ni con el aire. Cómo puedo mantenerme a flote en este azul que no es azul sin sus ojos, entre destellos que no lo son sin el reflejo de sus escamas, solo la oscuridad de un mundo sin Ociel.

A un mundo de distancia, llamo a gritos a la Sombra del Abismo, al Dios del Mar, a lo que sea ese ser despreciable que ha jugado con las ilusiones de un chico. Todo en Ociel es valioso, por eso esa criatura se ha llevado todo, sin dejar un resquicio de su sonrisa, de su voz, de su mirada, de ese corazón bondadoso.

Grito para que me oiga en cada gota de agua y desde las profundidades del Abismo.

Grito como no debería gritársele a un dios y mucho menos a un monstruo. Grito con todas mis fuerzas, porque estas no llegan para cruzar un mar sin Ociel. Grito que tengo lo que quiere, la razón por la que las personas a las que amó, con ese corazón del que no queda nada, lo abandonaron.

Este día es demasiado radiante para una ausencia, pero el cielo anticipa los designios del mar y se tiñe de gris, tal vez porque el mundo no es capaz de mantener esta luz con tanta negrura. El agua, azul y serena, se transforma en un oleaje iracundo. Bajo mi aleta, todo es un vacío gélido, insondable, opresor. Un silencio y un clamor que comprimen mi mente hasta no dejar más que una voz atronadora y la imagen de Ociel.

Un trato es un trato, humano. *Unas piernas, una vida*.

Hay un abismo inmenso y negro bajo mis pies, como si las profundidades hubieran viajado hasta aquí. Eso me recuerda más que nunca que no estoy ante una criatura abisal, sino ante un ser dueño de todo el océano y encadenado a él. Y tiene interés en escucharme.

—Tengo otro trato.

Logro que la voz no me tiemble pensando que ese ser alguna vez ha amado a su manera, y que ese amor al que le puso cadenas lleva la sangre de los reyes que corre por las venas de Ociel. Él, que se ha entregado a cambio de su deseo, no es más que un tesoro hermoso para decorar las profundidades. El triste reemplazo de un hijo que lo dejó atrás.

Ya tengo lo que quería de ti.

—¿Sabes por qué te abandonaron? —Un silencio me martillea la mente—. No. No lo sabes porque ese mundo está fuera de tu alcance. Nunca has visto más allá de tu oscuridad.

No siempre fui oscuridad.

—Fuiste azul, el reflejo de un cielo que envuelve el mundo que no puedes ver. —El silencio, esta vez, es como una gota resbalando por mi piel. Un líquido espeso que cae lentamente. Un tirón helado, como el pez que muerde el anzuelo. Solo que el cebo soy yo—. Yo pertenezco a ese mundo por el que te dejaron atrás. Te lo ofrezco a través de mis recuerdos. A cambio de su vida, toma de mi mente lo que desees.

La destrozaré. Destrozaré cada recuerdo de ese lugar que no alcanzan mis olas. Y mis olas te arrancaré también.

—Destroza mi mundo o sueña con él, pero devuélveme a Ociel.

No es el fulgor de sus escamas mi último pensamiento, ni siquiera el destello de sus ojos ni su sonrisa, sino esa luz que lo envuelve en todas sus formas, en presencia y en ausencia. Me aferro a ella en la oscuridad más absoluta con la esperanza de hallar el camino hacia ese rostro que engulle el abismo.

62

Solo un sueño



Kai

Me rompo como mi vieja tabla de surf.

Ese día conocí a una sirena. Aquel verano que volví a recordar.

Las puestas de sol, las noches en la playa, con la arena fría entre los pies. Cada día bajaba corriendo los escalones de piedra para encontrarnos, sin siquiera rozar la valla: los conocía como cada secreto de los acantilados. Como lo conocía a él.

Esa sirena era mi secreto. Es una parte de mi historia.

Nunca la voy a olvidar.

¿De qué color eran los ojos de mi padre? ¿Cómo sonreía mi madre?

¿Por qué me entusiasmaba tanto visitar a un anciano?

Los gatos del pueblo, los árboles que competían contra el azul del mar, el canto de los pájaros cuando abría las ventanas y un perfume salado se colaba en mi cuarto. Desde ahí tenía un mundo entero que dibujar.

Todo se emborrona. Es un trazo difuso, como una melena roja en un lienzo azul.

Me aferro a ella y al fulgor dorado de sus escamas. No la voy a olvidar.

Recuerdo sus carreras por el pueblo, su ropa de estampados chillones y su capacidad para dejar el baño encharcado. Recuerdo su don para sanar no solo el cuerpo, sino el alma, y una sonrisa que siempre se sobrepone al dolor. Recuerdo el roce de sus labios.

El agua lucha por borrarlo de mi piel. Se me escurre su nombre.

Recuerdo... Recuerdo a una sirena, pero quizá fue solo un sueño, porque no está al despertar.

«Solo oscuridad», me dijo una vez alguien. Tenía razón: todos los colores se van esfumando.

Recuerdo... Recuerdo algo, como un sueño. Al abrir los ojos, el rojo y el dorado desaparecen como una estrella fugaz.

63

Una canción perdida



Kai

Mi madre dice que he estado dos años en una relación con un chico. Es una mujer a la que apenas recuerdo, solo a través de escenas insustanciales, lo poco que puebla ahora mi mente: un desayuno en silencio, un meneo por la espalda a las ocho de la mañana para ir al colegio, una sonrisa fugaz al lado de un hombre similar al desconocido del espejo.

El hombre de la tabla de surf, en cambio, es una ausencia distinta, porque de él sí conservo una especie de vacío clavado en el pecho. Después de que mi madre pasara foto tras foto de mi padre, me negué a ver la cara de ese chico, la supuesta pareja, a pesar de que

no había mucho que hacer en el hospital más que seguir aquella recomendación y ver la tele, con pelirrojos anunciando bañadores a finales de verano y mi madre apartando la mirada.

La estación ha transcurrido de camilla en camilla, de prueba en prueba, para que al final dijeran que todo está bien. Que no lo entienden. Que los recuerdos volverán poco a poco y que no me acerque aún al mar, para evitar revivir algún trauma que agrave la situación. Mi cabeza vaciándose a la par que mis pulmones para no conservar más que el milagro de despertar en la orilla. Durante aquellos largos días, aparte de esa mujer cuyo rostro apenas ubico en escenas cotidianas y sueltas, me visitó un anciano. Entró por la puerta acompañado de una brisa y del olor de un mar que no recuerdo, me dijo que me esperaban en casa y se marchó a la suya, sin ser consciente de que ya no hay nada para mí a lo que llamar hogar.

Mi madre no tardó en dejar de insistir con el chico. No quiero saber su nombre ni su aspecto, porque todo lo que sé es que no está aquí, que decidió olvidarme antes de que yo lo olvidara todo. De todas formas, no podría rescatar de la nada lo que hubiera sentido por él.

A veces logro escapar en sueños de la luz fría y artificial y del olor de los hospitales. El azul que se cuela a duras penas por la ventana al fin me envuelve sin ahogarme y todos los colores de esta realidad desteñida cobran vida en un paisaje que, de algún modo, tengo las palabras para describir.

El azul del cielo se convierte en ondas y las nubes en espuma; los pájaros tienen escamas. Las mañanas despejadas son un mar cristalino y los días nublados me sumergen lejos del sol, pero aún más la noche: ahí es cuando me entra frío y miedo y me escondo

entre las sábanas. Incluso a través de ellas siento que algo me observa.

El atardecer me produce una sensación totalmente distinta: con el cielo teñido de pinceladas anaranjadas, soy yo quien siente que no está viendo algo. Lo busco entre las nubes hasta que el sol se esconde y solo queda melancolía y oscuridad.

Encuentro la misma sensación entre algas y corales, donde el destello dorado de unas escamas oculta tras ondas rojas una mirada. Cuando trato de soñar con el color de esos ojos, todo se vuelve negro.

Temo a esa oscuridad, la de mi mente y la de tras los párpados, pero no esos paisajes en los que parece más fácil respirar. Pruebas y pruebas, fotos y fotos y un horizonte montañoso. Cuando creo estar a punto de asfixiarme, le pido a mi madre que me lleve al mar.

* * *

No me veo con valor para entrar a la casa nada más llegar, pero tampoco tengo un lugar conocido al que ir. Aquí el mar se reduce a la piscina; los árboles que llenan de verde los acantilados, al césped sin recortar. Lo atravieso como si pasara sobre las esquirlas de mis recuerdos. Si me corto, no siento el dolor.

El interior de la casa está lleno de fotografías familiares y de la cálida luz de la mañana. Los rayos del sol acarician el polvo sobre los marcos, como si esos recuerdos hubieran estado guardados durante mucho tiempo. Por lo demás, la casa está resplandeciente; la fregona, aún en medio del salón.

Me quedo mirándola, sin prestarle atención a las fotos, perdido en la fugaz sensación de que en ella hay más recuerdos que en

cualquier imagen. Supongo que solo trato de posponer el momento de visitar mi dormitorio.

Aunque mi madre no me mete prisa, yo me apuro a esconderme en algún lugar donde no me vea perdido.

No recuerdo haber pintado ninguno de esos cuadros. No recuerdo haber cogido de la orilla las conchas que resplandecen en botes. El mar está a todo mi alrededor y, al mismo tiempo, demasiado lejos.

Me siento en la cama para no ahogarme con ese vacío. ¿Por qué hay un pelo largo y rojo sobre la almohada? Lo tiro por la ventana. Más allá, el mar, que también está en las tablas de surf colgadas de la pared y en la que hay en la cama, a modo de cabecero.

Acaricio esta última hasta la mitad donde acaba: yo también me siento así, a medias, como si me hubiesen arrancado una parte del cuerpo.

Me siento tan vacío rodeado de tantas cosas que salgo corriendo de la casa.

* * *

Me calmo paseando a solas por un sendero de escalones de piedra y vallas de madera que me cuido de no rebasar por la hipnótica llamada de una caída en picado. Entre el verde y el marrón, una casa se recorta contra el cielo azul del acantilado.

Mi vecino agita la mano desde la distancia, con un buen puñado de pinzas con las que va tendiendo ropa estrafalaria. Sin señal de que haya nadie más en esa casa, lo imagino vistiendo esos estampados en secreto. Y sobre cosas secretas me habla, cuando me acerco con timidez a saludarlo, sobre una pequeña cala a la que puedo ir si no quiero que nadie me moleste.

—Hoy hace un día magnífico para nadar —comenta ese señor al que llaman An.

Por primera vez, el agua es una invitación, no algo prohibido. Aunque no digo nada, tengo la sensación de que siempre ha sido así: siento la llamada de las olas en su rumor lejano, como una canción perdida que anhela ser encontrada; su superficie en calma, un imán azul y plata que me atrae desde el horizonte.

Los puntos de color que salpican la orilla, a la vista desde la casa del acantilado, revelan que hay unas pocas personas disfrutando de uno de los últimos días del verano. Sin embargo, yo siento que el mar me llama de un modo distinto, con un canto más profundo e hipnótico. Esas sombrillas no existen: estoy solo. Al mismo tiempo, siento que falta alguien a mi lado.

Como ya me he llevado algunas miradas lastimeras desde la ventanilla del coche, decido ir a la cala secreta que me ha recomendado el anciano. El camino es escarpado y va más allá de la valla de seguridad.

Bajo una pendiente ideal para abrirme la cabeza con los pocos recuerdos que albergo, el acantilado ampara una pequeña porción de arena, guijarros y conchas que lamen las olas en calma. Su rumor es una música familiar que agita algo en mi interior, algo que permanece por un instante tan fugaz en la superficie como mis huellas en la orilla. De algún modo, el agua llega a mis ojos.

Solo es una lágrima, pero es suficiente para que me la enjugue con presteza al reparar en que hay alguien mirándome. Su presencia pasa de repente menos desapercibida que la camisa chillona y las chanclas que hay tiradas en una esquina.

Solo son unos ojos azul cristalino asomando tras una roca en el agua, un atisbo de piel bronceada, una cascada pelirroja. Me mira extraño, no como el resto del pueblo, pero sí de una forma que me

hace dar un paso atrás, a pesar de que, no sé cómo, la orilla se ha aproximado.

—Puedes bañarte, si quieres.

La voz acompaña a una sonrisa que parece sacada de un anuncio, pero que encaja tanto en un catálogo como un pez de agua dulce en el mar.

No quiero compartir esta experiencia con nadie, y menos con un desconocido, especialmente en un espacio tan íntimo. Sin embargo, el bochorno me impide dar media vuelta balbuceando cualquier excusa. Y es también el murmullo de las olas, que tira de mí para ahogarme, para quitarme lo poco que tengo. Para permitirme respirar.

Al final decido que, si me tiene que dar un ataque de pánico o he olvidado cómo nadar, es aconsejable que sea con supervisión. El chico solo es una mirada disimulada tras una roca: puedo ignorar su presencia.

El mar me llama y me abraza, sin arañarme con sus garras. Garras como las que, al sumergirme, hay de repente en mis manos con membranas; membranas traslúcidas con el tono azulado de una aleta; aletas que salen del fulgor cerúleo de una cola.

Apenas tengo recuerdos con mis piernas, por lo que no entro en pánico, sino que me invade el alivio de que una pieza encaje en su lugar. No importa si no he sido siempre así. ¿Cómo voy a ser ahora de otra manera? Puedo respirar las olas.

A mi lado, un destello dorado se desliza entre ellas. El mismo azul, el mismo rojo, el resplandor de su piel convertido en escamas. Solo he imaginado al chico con piernas porque he visto el calzado.

—Eres una sirena —digo, no como si yo no lo fuera, sino como si observase en voz alta la agradable temperatura de esta tarde de septiembre.

La sirena me dedica una sonrisa melancólica, como la melodía de las olas.

—Creo que perdiste una canción.

—He perdido más que eso.

No retrocedo cuando me coge de la mano, apenas un roce superficial que sobrepone nuestras membranas. A través de ellas, asoma una trémula mirada aguamarina.

—Déjame que te devuelva algunos versos.

64

Hasta que él regrese de la oscuridad



Ociel

Había una canción perdida en el mar. Algo la rompió en mil pedazos, en perlas y en recuerdos que se esparcieron por el agua. Sentía que sin esa música me iba a ahogar.

Fue también por ella que seguí nadando hacia la orilla, recogiendo cada fragmento que he atesorado hasta que él regrese de la oscuridad.

Al fin la puedo cantar.

Los primeros versos van sobre un niño herido en la orilla, junto a una tabla de surf rota. A su lado hay una pequeña sirena. Tiene miedo y un don que en ese momento despierta. La sirena nunca más volvió a curar a alguien como curó a ese chico: algún día descubriría que era porque su poder funciona con amor.

Pero para eso quedaba mucho por aquel entonces: aquel fue un verano de descubrir el azul en el cielo y en una mirada, de aprender

palabras nuevas y, la más importante, un nombre: Kai. Se repite en la canción como un ruego para que recuerde. Incluso cuando canto sobre arrepentimiento y olvido.

Canto sobre una sirena que siempre persigue la misma barca de pesca desde las profundidades, sin atreverse a rozar la superficie ni esos dedos que juegan con el agua.

Canto sobre un chico que sueña con el mar, que lo ama, que lo respeta, que lo dibuja; en sus lienzos, siempre la misma sirena de mirada esquiva.

Lo miro con unos ojos que ahora tampoco recuerda, pero no dejo de cantar.

Canto sobre una tormenta y otro accidente. La música arrastra a ese chico bajo el agua; sus piernas, convertidas en una cola que es al mismo tiempo un sueño y una condena. Los colores y la oscuridad se mezclan en cada palabra, igual que el miedo y la felicidad.

El corazón de la sirena también se encuentra dividido: una parte es tierra y la otra, mar, impotencia y determinación. Una vez perdió su voz a cambio de unas piernas que solo fueron un espejismo y, aunque teme que todo su plan también lo sea, le promete al chico que le devolverá las suyas.

A veces, entre risas, carreras, atardeceres y noches estrelladas en la orilla, ambos parecen olvidar esa promesa, como si estando juntos no tuvieran nada más que desear. Canto sobre amistad y sobre una maldición que impide que esa amistad se convierta en algo más.

Canto sobre miedo a un beso y a la inmensidad del mar. En lo más profundo aguarda un dios que un día amó demasiado y que no supo amar.

El humano que es una sirena le entrega a él su don: esa magia con la que crea arte. De la sirena, sin embargo, no quiere nada. Me

tiembla la voz al cantar sobre su última oferta: unas piernas, un año en la superficie, a cambio de una vida.

Y así los versos se suceden como el tiempo. Están llenos de viajes, de maldiciones sin importancia y de te quieros. De una cuenta atrás.

Esta vez, no canto sobre arrepentimiento. La sirena siempre lamentará haber hecho olvidar al chico en el pasado, pero jamás podrá arrepentirse de todos esos nuevos recuerdos. Tras una última noche juntos, más luminosa que ningún día, se los lleva consigo a la oscuridad.

Pero, incluso en la más densa negrura, la sirena ve una mano que la busca. Jamás la soltará.

65

Un nombre que suena a océano y a cielo



Kai

El mar me arrulla con el canto de una sirena, cuyas notas contienen secretos escondidos entre las olas. Los veo, los pierdo y los vuelvo a ver; es como capturar el momento exacto en el que la espuma estalla en la orilla. Es como coger conchas bajo el agua: meter la mano para sacar una caracola y acabar con una piedra, hasta hallar un tesoro inesperado.

Hay tantas notas que abruman como una playa llena de guijarros, pero su voz me guía de tesoro en tesoro. Encuentro estatuas que duermen en la profundidad del océano y playas desiertas cubiertas de estrellas, un arrecife de libertad y colores, el clamor de una

ballena en busca de la paz. La historia de una mujer que abandonó el mar por amor y que se ahogó en él de añoranza. Me siento del mismo modo.

Encuentro conchas sin nombre y un nombre que suena a océano y a cielo.

Con el último susurro, una perla resbala desde mi mejilla hasta sus manos y ahí, en ese punto entre sus dedos y en una mirada cargada de promesas, comprendo que él no dejará esa lágrima caer. Que al fin estoy en casa.

Agradecimientos

«Muchas cosas se pierden en el mar», dice en cierto momento Kai, y yo llegué a pensar que esta historia era una de esas cosas que nadie encontraría nunca. Me equivoqué.

La canción perdida del mar era un manuscrito más enterrado entre todos los que tengo. Descubrió lo que era la luz más allá de las profundidades gracias a Eva Fraile. Algo en su instinto de agente literaria le dijo que esta sería mi próxima novela publicada y no se equivocó, sino que nadó conmigo, a contracorriente, hasta llegar a la orilla.

Allí nos esperaban Sara Torrico y Ana Lafuente, a quienes estaré eternamente agradecida por creer, antes que nada, en mí como escritora. Ellas les han dado a estas sirenas un lugar donde sentirse en casa, la certeza de que es aquí donde deben estar. Y es que solo tengo palabras de gratitud para lo mucho que han cuidado este manuscrito con sus consejos y sus minuciosas correcciones. Gracias a ellas, y a todo el equipo que ha participado en la elaboración de este libro, puedo decir que para mí es perfecto tanto por dentro como por fuera.

Esto último se lo debo especialmente a mi hermana Irene: gracias (a tu infinita paciencia) por plasmar a Ociel y a Kai tal y como son en mi imaginación, rodeados de la magia del mundo submarino. Aunque si hay unas personas a las que debo agradecer que ambas conozcamos lo especial que es el mar es a mis padres, que me criaron rodeada de los paisajes que inspiraron esta historia.

Por la playa de Kai y Ociel, siguiendo el acantilado, Dani me paseaba en paddle surf mientras yo imaginaba sirenas bajo la tabla. Gracias por remar cuando yo no creo ser capaz de hacerlo, por buscar conchas conmigo y por hacer que a tu lado los veranos sean más verano, porque sin esas cosas no existiría esta canción perdida que en realidad va sobre encontrar. Además, este es el segundo libro en el que debo extender mi gratitud a su familia por haberme regalado una planta de los deseos a la que le sigo pidiendo que se cumplan mis sueños.

Empecé los agradecimientos de mi primera novela diciendo que la escritura era un camino solitario y en algún momento ha dejado de ser así. Ahora debo retractarme y hacer esta sección más larga de lo que habría esperado, pero no voy a llenarla de nombres. Espero que cada persona que me ha brindado su apoyo a través de las redes sociales se dé por aludida cuando digo gracias, gracias y gracias por hacerme creer que mis historias merecen un lugar en las estanterías. Gracias a todas las personas que desearon poder leer algún día sobre estas sirenas: lo acabamos manifestando. Sé que sin ese apoyo Kai y Ociel seguirían perdidos, y yo con ellos. Pero, de nuevo, esto va sobre encontrar, y yo he encontrado más de una amistad.

Así llegamos a la persona que, en realidad, tendría que haber mencionado al principio de todo: Marina Villar. Marina, la primera persona que leyó esta historia y que creyó en ella. A mi amiga le debo algunas escenas, el «colchón» de la cama-ostra para que no diera asco, y mi fe en que Ociel y Kai llegarían a donde merecen estar.

Ese lugar es entre tus manos. Sí, las tuyas, que estás leyendo esto: gracias por haber acompañado a Ociel y a Kai hasta el Abismo sin miedo a perderte. Espero que esta historia te haya hecho sentir

la calidez del sol y la magia del océano. Gracias por encontrar entre las olas esta canción.

La canción perdida del mar
Julia Pla

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Julia Pla, 2026
Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Irene Pla, 2026
Ilustración de la caracola, © Pics Garden / Shutterstock
Ilustración de la tabla de surf, © Vectorcarrot / Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2026
MatchStories es una colección de Ediciones Martínez Roca,
sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-270-5501-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
Prólogo. El mayor tesoro de la superficie
1. Bendecido por las olas
2. Aguaoscura
3. Compañía
4. Dos monstruos
5. El jardín de los durmientes
6. Una joya resplandeciente
7. Lo que se pierde en el mar
8. Magia
9. Solo oscuridad
10. Vía de escape
11. Azul y dorado
12. Tonterías
13. El azote de la ironía
14. Esperanza
15. Libertad
16. Una charla sobre la libertad
17. Distancia interpersonal
18. Más como siempre
19. Aguas cristalinas
20. Una fama inmerecida
21. Una inefable calidez
22. El sonido y su significado
23. Motivos para cantar
24. Aguaoscuras
25. Dolor
26. Un bonito adorno de jardín
27. Hablando de ladrones
28. Una disculpa
29. Aquel verano

30. Alguien que no huye de sus sueños
31. Un lugar al que huir
32. El Dios del Mar
33. La persona correcta
34. Generosidad
35. Temores
36. El corazón en la orilla
37. Un lugar cálido y luminoso
38. Un alto en el camino
39. Días de tranquilidad
40. El mayor gigante de la historia
41. Todos los colores del mundo
42. Una pesadilla
43. Monstruo
44. Un largo sueño
45. A casa
46. La Sombra del Abismo
47. Un deseo irrefrenable
48. Cosas de humanos
49. La casa del acantilado
50. A pesar de todo
51. En todos los idiomas
52. Lo mejor del mundo
53. Una sirena en la piscina
54. Las olas quitan y devuelven
55. Disparidad de opiniones
56. Magia y sueños
57. Un romance fugaz
58. Todo el tiempo del mundo
59. En ninguna otra parte
60. Sin un final a la vista
61. Ausencia
62. Solo un sueño
63. Una canción perdida
64. Hasta que él regrese de la oscuridad
65. Un nombre que suena a océano y a cielo

Agradecimientos
Créditos